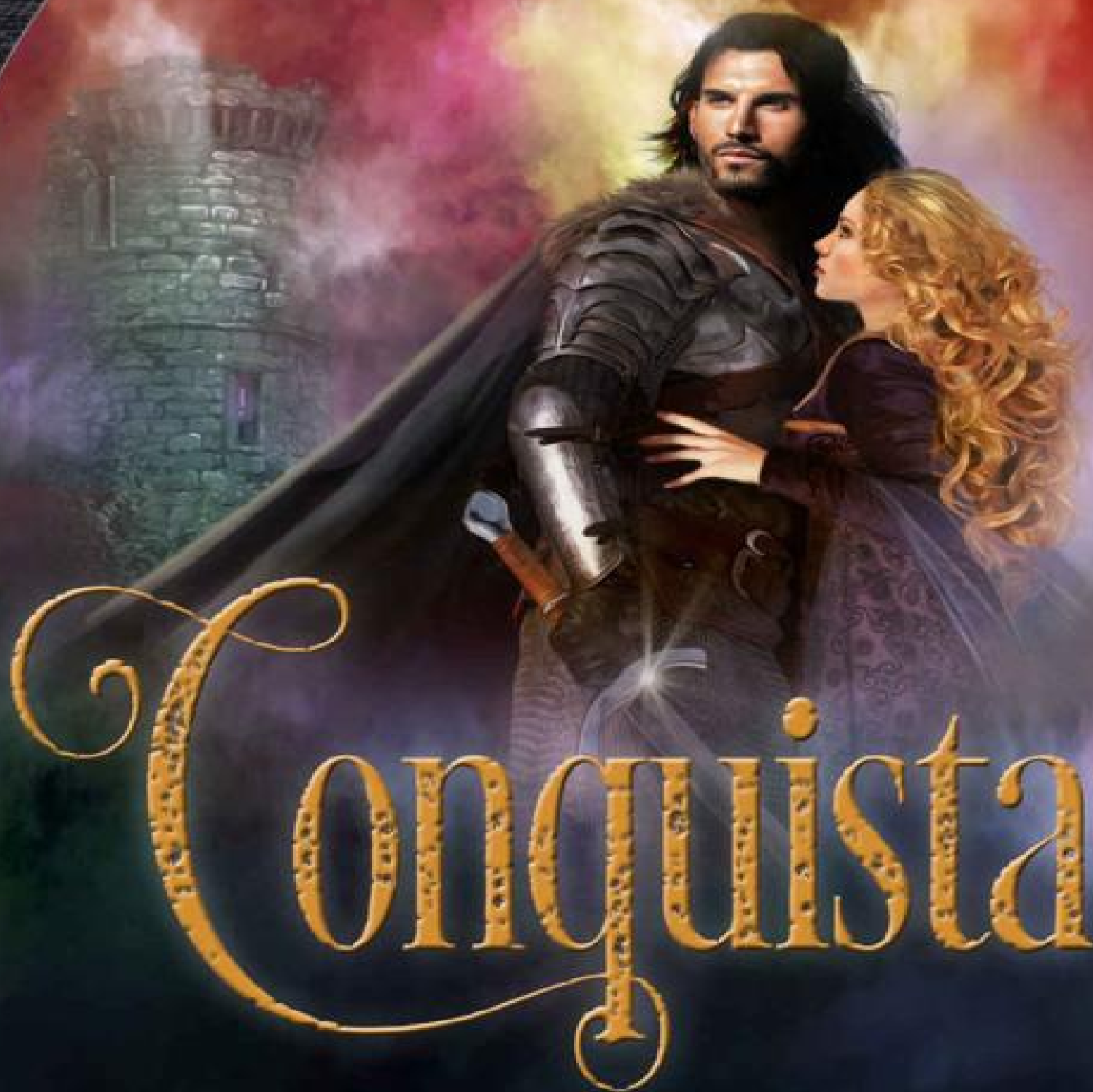


EL LEGADO
MONTBRYCE 1

ANNA MARKLAND

LA AUTORA DE NOVELAS ROMÁNTICAS
DE MEDIEVAL MÁS VENDIDA DE
USA TODAY



Conquista
El Legado Montbryce

Libro Uno

ANNA MARKLAND

Contenido

[Página del título](#)
[Dedicatoria](#)
[Copyright](#)
[Más de Anna Markland](#)
[Una Año Nuevo](#)
[Un Año Maldito](#)
[Regreso a Casa](#)
[Nuestro Seigneur Está Muerto](#)
[Tesoro Preciado](#)
[Una Fiesta De Compromiso](#)
[Explorando Montbryce](#)
[Primer Encuentro](#)
[¿La Decisión Correcta?](#)
[Él No Me Desea](#)
[Visita deL Duque Guillermo](#)
[Construyendo La Flota](#)
[Stamford Bridge](#)
[La Invasión Comienza](#)
[El Patriota](#)
[Preparándose Para La Batalla](#)
[Carnicería](#)
[Desenlace](#)
[La Curandera](#)
[Despedida](#)
[Tomado Por Sorpresa](#)
[Confrontación](#)
[Ascha](#)
[Alensonne](#)
[Una Boda](#)
[Lealtad](#)
[Noche De Bodas](#)
[Una Nueva Dinastía](#)
[Vuelo](#)
[Ellesmere Toma Forma](#)
[Rebelión](#)
[Morwenna](#)
[Hijos](#)
[Accidente](#)
[Recuperación](#)
[Conspiradores](#)

[Veneno](#)
[En Necesidad De Protección](#)
[Normandía](#)
[Planes Trazados](#)
[Secuestro](#)
[Cadair Berwyn](#)
[Rescate](#)
[El Sueño](#)
[Una Pareja Perfecta](#)
[Ambar](#)
[Sin Futuro](#)
[Yuletide](#)
[Nacimiento](#)
[Muerte](#)
[Negociaciones](#)
[No Te Vayas](#)
[El Puente](#)
[Por Gales](#)
[Un Tonto Afortunado](#)
[Secuela](#)
[Posdata](#)
[Acerca de Anna](#)

Dedicatoria

La pasión dominante sigue conquistando a la razón.

~Alexander Pope

Para Don, mi Conquistador.

Copyright

Conquista de Anna Markland

Libro Uno, El Legado Montbryce, Edición Aniversario

(Partes de esta historia se publicaron originalmente bajo los títulos Pasión Conquistadora y Pasión Desafiante)

© 2011, 2012, 2018 Anna Markland

Todos los derechos reservados. Este libro está autorizado únicamente para su disfrute personal. No puede ser revendido ni compartido con otras personas. Si desea compartir este libro con alguien más, adquiera una copia adicional para cada destinatario. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Este libro, o partes del mismo, no puede ser reproducido de ninguna forma, almacenado en ningún sistema de recuperación de información ni transmitido por ningún medio—electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro—sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo establecido por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos de América.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, empresas, compañías, eventos o lugares es pura coincidencia.

Portada de Dar Albert

Más de Anna Markland

Anna es una autora bestseller en USA Today que ha escrito más de sesenta novelas y novelas cortas galardonadas y muy queridas de romance histórico ambientadas en épocas medievales, vikingas, de las Tierras Altas, isabelinas y de la regencia. Sin importar el contexto histórico o geográfico, muchas de sus series narran las aventuras de generaciones sucesivas de una misma familia, poniendo énfasis en la importancia de la ascendencia y el honor. Se puede encontrar una lista detallada con enlaces en <https://www.annamarkland.com/>

Es una autora independiente, por lo que dar a conocer su libro es vital para su éxito. Por favor, considere escribir una reseña en la tienda donde lo adquirió. Las reseñas ayudan a que otros lectores encuentren libros..

Una Año Nuevo

Arques, Normandía,

Día de Año Nuevo 1066 A.D.

Lady Mabelle de Valtesse se quitó el delantal salpicado de grasa con un suspiro de cansancio, lo enrolló y se envolvió en una escasa manta sobre los hombros. Exhausta, se dejó caer sobre los juncos ralos esparcidos en el duro suelo de piedra, usando el delantal como almohada para su cabeza abatida. Su padre, el exiliado señor de Alençon, roncaba tendido en el espacio que les habían asignado a ambos en el Gran Salón.

Con cuidado de no pisar las formas dormidas —humanas y animales— en el área común de descanso del castillo de Arques, avanzó lentamente, una tarea dificultada por la penumbra de la madrugada. Un velo de humo azul del fuego apagado desde hacía horas flotaba en el aire, irritando sus ojos cansados. Se sobresaltó cuando su impredecible padre preguntó en voz alta:

—¿Por qué te acuestas tan tarde?

Mabelle apretó los dientes y tensó los hombros. Despertarlo era lo último que deseaba.

—No me permitieron salir de las cocinas hasta que todo estuvo limpio. El banquete de Año Nuevo fue más grande de lo habitual. Estoy agotada.

—Es intolerable —replicó él sin esfuerzo por bajar la voz—. La única hija de Guillaume de Valtesse trabajando como una campesina en las cocinas.

—Papa, por favor, no ahora —susurró ella—. El mayordomo del castillo dejó claro que debemos contribuir si queremos aprovechar su hospitalidad.

Su irritante padre consideraba indigno de él hacer cualquier aporte.

—¿Hospitalidad? —espetó con desprecio—. ¿Dónde está la cámara que debería tener, como corresponde a mi rango?

—Silencio allá —gritó alguien—. Es medianoche.

Valtesse se irguió y gritó de vuelta:

—No me digas que me calle. Soy Guillaume de Valtesse, señor de Alençon.

La respuesta no tardó:

—Nos importa un bledo si eres el Rey de los Ingleses.

Este sentimiento fue rápidamente apoyado por las quejas de otros que habían sido despertados tras un día de arduo trabajo para su amo. Los perros ladraban. Los gatos asustados corrían, chillando en protesta por la interrupción de su búsqueda nocturna.

Mabelle sabía bien el potencial de que la discusión se intensificara. En sus andanzas, había visto a su padre ser expulsado de más de un salón debido a su incapacidad para controlar su lengua y su temperamento. Entrecerró los ojos hacia él.

—Por eso estamos exiliados. Si no hubieras atacado y dejado ciego al señor de Giroux durante aquella discusión hace seis años, no estaríamos en esta situación.

Su padre escupió sobre los juncos.

—Si tu bastardo medio hermano no hubiera ayudado a la familia Giroux en su venganza, nunca habrían capturado Alenzone ni nos habrían expulsado.

Mabelle se frotó los ojos cansados.

—Pues Arnulf gobierna allí ahora, mientras nosotros...

—No dormiré con campesinos ignorantes —comenzó su padre, rebuscando torpemente su espada.

Un dolor sordo comenzó a latir en sus sienes.

—Papa, calla, por favor. Debo dormir. Nunca dejas de quejarte.

Él se incorporó.

—Eres demasiado impertinente, hija. Las jóvenes nobles no hablan así a sus padres.

Mabelle puso los ojos en blanco, deseando señalar que su impertinencia y astucia le habían salvado la miserable vida muchas veces. Le había dicho a menudo que creía que la única persona con poder para acabar con su exilio era su señor feudal, el conde de Montbryce.

Murmurando, Guillaume se cubrió con su manta, se giró de lado y parecía a punto de quedarse dormido de nuevo, pero de repente gruñó:

—Prepárate al amanecer. Partimos hacia Montbryce.

—Oui, Papa —murmuró ella, tratando de no sonar sorprendida. Sería un error hacerse ilusiones. Al principio, cuando tenía trece años, había seguido a su padre sin cuestionarlo, aprendiendo rápidamente qué sirvientes ganarse. Si no podía sonsacar comida sobrante a una muchacha de cocina cuando la hospitalidad de un señor era escasa, la robaba. Compartía la comida con mozos de cuadra hambrientos y recibía avena para sus caballos. Ayudar a las lavanderas le proporcionaba ropa limpia. Escuchaba los chismes y usaba lo que aprendía a su favor.

Vivir de su astucia había sido más fácil cuando era una niña. Siempre había algo que intercambiar. Seis años después, era más difícil. Las prendas campesinas que llevaba ocultaban el cuerpo de una mujer, pese a sus esfuerzos por disimularlo. Ahora, los hombres querían algo a cambio que ella no tenía intención de ofrecer. En un constante juego del gato y el ratón, Mabelle rara vez sentía que era el gato.

A pesar de sus defectos, su padre había demostrado estar al tanto de los peligros crecientes y era rápido para protegerla, pero su temperamento volátil a menudo llevaba a enfrentamientos y limitaba parte de su libertad. Agradecía su protección, pero temía su incapacidad para controlar su temperamento. Durante el último año, había ignorado repetidamente sus intentos de llevarlo hacia su señor feudal. A veces temía que él fuera más feliz en su miseria.

Ahora, había accedido a ir. ¿Qué le había hecho cambiar de opinión? Tal vez los rumores sobre la reciente muerte de Edward, rey de los ingleses, lo habían llevado a notar los vientos de cambio que soplaban en Normandía. Cada normando sabía que su duque Guillermo había recibido la promesa del trono del Confesor usurpado por Harold Godwinson. El conde de Montbryce podría estar dispuesto a ser el instrumento para ayudar a recuperar su dote, tierras perdidas ante Arnulf y ahora de importancia estratégica para el duque.

Los fuertes ronquidos de su padre indicaban que él no estaba despierto preocupándose. Arrugó la nariz, presionando un dedo y el pulgar sobre sus fosas nasales, cerrando el paso a los desagradables olores que emanaban de los juncos. Encogiendo las rodillas hacia su vientre, esperó que el sueño llegara rápidamente y que en esta noche estuviera demasiado cansada para soñar con ropas elegantes, comida abundante y la cómoda habitación que había sido suya en Alenzone, antes de que Arnulf usurpara el castillo.

A pesar de su agotamiento, el sueño resultó esquivo mientras su mente inquieta pensaba en

el viaje a Montbryce. ¿Sería este el medio para recuperar al fin la vida de nobleza respetada a la que había nacido? Apartó la insistente idea de que, si no podía recuperar su dote, el matrimonio con un noble sería la única solución. ¿Cómo lograr algo así? ¿Realmente quería cambiar a un noble autoritario por otro? Solo podía rezar para que el Año de Nuestro Señor mil sesenta y seis trajera un cambio de fortuna para ella y para su duque.

Se acurrucó en una bola más apretada y se tapó los oídos contra los gruñidos de un campesino que había aprovechado su inesperado despertar para retozar con su compañera.

Un Año Maldito

Alensonne, Normandía 1066 AD

Un sol tenue anunciaba el primer día del año, sus rayos apenas penetraban en la choza donde Simon Hugo estaba sentado, mirando el cuerpo de su hija. Si necesitaba más pruebas que este sería un año maldito, solo tenía que desviar su renuente mirada hacia el pequeño bulto que yacía sobre el cuerpo sin vida de su hija.

—Al menos su alma está preservada —murmuró la partera del pueblo antes de envolver al niño muerto en un viejo trapo—. Tales son los salarios del pecado.

Dicho esto, lo había dejado solo con su dolor y su ira.

Estelle era lo único precioso que tenía, un recuerdo vivo de su esposa, fallecida durante el parto hacía quince años. Su vida diaria era una rutina dura: arar unas pocas hectáreas con su buey, sembrar y cosechar. Su único consuelo al final de una jornada agotadora, lo único que lo sostenía, era ver el rostro angelical de su hija.

Entonces, su señor, el codicioso Arnulf de Valtesse, señor de Alensonne, la había llenado de un bastardo.

Había fallado como padre. ¿Por qué no prestó atención a los susurros de sus compañeros campesinos? Se sabía que Arnulf cazaba a doncellas jóvenes, y, aun así, Simon envió a su hija al castillo a entregar nabos cultivados en la escasa parcela de tierra que arrendaba. Arnulf era libertino y decadente, aunque no poseía el temperamento fogoso del padre al que había expulsado del castillo. Al menos con Guillaume de Valtesse los campesinos podían prosperar si evitaban enfurecerlo.

El estómago de Simon se retorció al recordar la noche en que su hija regresó a su choza, desaliñada y sollozando. Había sabido la horrible verdad antes de que ella se lo contara y había revivido esa noche una y otra vez, las palabras lo atormentaban. Finalmente, encontró su voz, apartando los ojos de su rostro sucio y surcado de lágrimas.

—No diremos nada a nadie —murmuró.

Durante un largo rato, el único sonido fue el llanto de Estelle. Simon apretaba y soltaba los puños, con el corazón roto.

—Nunca tendrás que volver al castillo. Arnulf es un cerdo.

¿Qué palabras podría haber pronunciado? ¿Cómo podría haberla consolado?

—No es tu culpa, hija. He fallado en protegerte.

Su silencio lo preocupó más que sus desgarradores sollozos. Quería correr al castillo y matar a Arnulf, pero solo pudo golpear con los puños la tosca mesa, sabiendo que tal venganza resultaría en su ahorcamiento y Estelle quedaría sola. Era un cottar impotente, un campesino. Su señor era dueño del buey y del arado. No podía hacer nada.

Con el tiempo, se hizo evidente que había concebido. Las chismosas del pueblo cargaron sobre ella su censura, intensificando la ira de Simon.

Ahora estaba muerta. Cobarde como era, se había agazapado fuera de la choza, presionando su capa contra sus oídos, incapaz de acallar sus gritos mientras la partera, de rostro avinagrado, que mantenía un constante comentario de sombrías predicciones.

Ahora hizo una promesa. Algún día, Arnulf pagaría por su crimen.

Regreso a Casa

St. Germain de Montbryce, Normandía, abril 1066

Rambaud de Montbryce se puso de pie en los estribos y se frotó los músculos adoloridos de la silla.

—Después de tantos años a caballo, mi trasero no debería doler tanto como lo hace —se quejó a sus hermanos.

Antoine y Hugh se rieron, compartiendo su malestar. Habían salido del castillo de su padre para darle la bienvenida mientras se acercaba con un gran contingente de hombres de armas de los Montbryce.

Ram sonrió, siempre feliz de ver a sus hermanos.

—¿Cuándo llegaron con sus brigadas? Deben haber estado más ansiosos de volver a casa que yo.

—Ayer —respondió Antoine—. Pero no teníamos tanto camino que recorrer. Estábamos en Caen.

Ram se limpió el polvo de los labios con el dorso de la mano.

—Espero que tengan listo un jarro alto de cerveza. Ha sido un largo viaje desde Ruan.

Hugh sonrió.

—Padre ya se encargó de eso.

El corazón de Ram se llenó de alegría al ver las acogedoras murallas del castillo familiar en Saint Germain de Montbryce. Rodeado de fértiles praderas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, el imponente edificio se alzaba sobre un promontorio estratégico en la confluencia de dos valles fluviales. Vigilaba las tierras del dominio, que incluían extensos huertos de manzanos. Los siervos elaboraban un excelente brandy de manzana para su señor, famoso en toda la región de Calvados, al igual que la miel dorada y el cremoso queso que producían.

En el patio de armas, Ram despidió a sus hombres. A su señal, una multitud emocionada se lanzó hacia adelante para recibir a los caballeros mientras desmontaban, besando a sus esposas y alzando a sus hijos sobre los hombros. Era una escena alegre, pero al bajar de la silla su cansado cuerpo de casi dos metros, Ram apartó rápidamente el pesar que le producía que la única persona que saliera a recibirlos a él y a sus hermanos fuera su padre.

—Es bueno verte, muchacho —declaró el conde Bernard—. Ha pasado demasiado tiempo. Luces en forma. Las campañas te han fortalecido.

Le dio un golpe en el hombro, y Ram fingió estar herido. Se estrecharon los brazos y se abrazaron, mientras su padre le daba palmadas en la espalda.

—Tu cabello está demasiado largo. ¿No te lo afeitas para el servicio militar?

Ram rio, estirándose mientras pasaba los dedos por su cabello oscuro.

—Vaillon me lo afeita cuando es necesario. Animo a mis hombres a hacer lo mismo, aunque no necesitan que yo les diga que es más cómodo bajo un casco. Pero me crece rápido.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de mí —lamentó su padre, pasando la mano por los pocos mechones grises que le quedaban. Rio y despeinó el cabello de Ram—. No es de extrañar que te llamen Rambaud el Negro.

Señaló el cielo amenazante.

—Entremos.

Ram hizo una mueca, lanzando miradas irritadas a sus sonrientes hermanos, que sin duda habían disfrutado las bromas de su padre.

—Creo que el apodo tiene más que ver con la disciplina que espero de mis hombres —replicó.

Su padre pareció percibir su incomodidad.

—Es bueno tenerlos a los tres en casa. Estoy orgulloso de ustedes. Están continuando la noble tradición militar de esta familia, al servicio de Normandía. Que hayan sobrevivido en estos tiempos peligrosos es prueba de su destreza. Muchas familias nobles no han tenido tanta suerte.

Con dieciséis años, Ram había peleado por primera vez al lado de su padre y recordaba con cariño el orgullo en los ojos de su progenitor mientras enfrentaban juntos a los angevinos.

—Aprendimos de ti, papá. Eres un gran guerrero.

Antoine y Hugh expresaron su acuerdo.

El conde le dio una palmada a Ram en la espalda.

—Si tan solo pudiera acompañarlos todavía. Con las malas noticias de Inglaterra, siento que volverán a la guerra pronto.

Ram asintió.

—El duque Guillermo está indignado porque Harold Godwinson ha reclamado el trono del Confesor. Tienes razón, significará guerra.

—Entonces tus muchas habilidades serán aún más importantes para el duque.

Cuando llegaron al solar, Ram se dejó caer en una silla y arrastró un escabel con los pies.

—Guillermo es ahora nuestro gobernante indiscutido. Durante mi última visita a la corte ducal, todas las familias importantes habían enviado un representante. Sin embargo, la destreza militar no será suficiente. Si se convierte en rey de los ingleses, necesitará administradores capaces, y quiero que me vea como algo más que un guerrero.

Dos criadas entraron y sirvieron jarras de cerveza.

Su padre esperó hasta que las mujeres salieron.

—Como mi heredero, todo esfuerzo que dediques a la eficiente administración de nuestras tierras te beneficiará. Continuarás nuestro orgulloso legado como descendientes de los primeros hombres del norte.

Ram propuso un brindis.

—Por el honor de la familia Montbryce.

—Montbryce... Fide et Virtute —repitieron los demás.

Los cuatro se sentaron un rato, bebiendo con satisfacción.

Ram se relamió los labios y eructó, golpeándose el pecho.

—Buena cerveza. Justo lo que necesitaba después del largo viaje.

Se volvió hacia su padre.

—Le he pedido al duque que me permita pasar un tiempo ayudándote con la administración de nuestras tierras. Antes de ir a la guerra, me aseguraré de que todo esté en orden.

El conde Bernard pareció indignado.

—¿Crees que me estoy volviendo demasiado viejo para el trabajo, eh?

Ram intercambió una mirada con sus hermanos, negó con la cabeza y sonrió.

—Será bueno dejar la vida militar por un tiempo, y el duque reconoce que eres un excelente maestro. Sabe que ya hemos aprendido mucho de ti.

Relajado en la comodidad del castillo donde había crecido, Ram tuvo que admitir que su

padre había envejecido rápidamente tras la muerte de su madre, una mujer amorosa que siempre se había sometido a su esposo. Esperaba encontrar una esposa así, si algún día decidía casarse.

Su padre continuó hablando mientras él estaba perdido en sus pensamientos.

—De acuerdo, hay un asunto en el que debo involucrarte.

Ram esperó, curioso por saber qué era tan importante que debía discutirse en ese momento.

Su padre se acercó a la ventana, dio otro trago a su cerveza y jugueteó con el encaje de los puños de su túnica. Finalmente, carraspeó y dijo—El exiliado señor de Alençon, Guillaume de Valtesse, nos ha apelado con quejas de que su hijo bastardo, Arnulf, ha usurpado sus tierras. Valtesse y su hija, Mabelle, se vieron obligados a huir. Al principio parecía un problema menor. Tal vez recuerden el escándalo. Guillaume de Valtesse era un señor competente, pero impredecible. Ahora esas tierras se han vuelto estratégicamente más importantes, y Arnulf está formando alianzas con nuestros enemigos, sus vecinos angevinos.

Antoine se inclinó hacia adelante.

—Creo haber oído algo sobre ellos en mis viajes. Un juglar en Caen interpreta una balada que cuenta la historia de Valtesse cegando a otro noble. Eso no puede ser cierto.

Su padre lo corrigió —Hace casi seis años hubo una disputa agria por tierras. Valtesse es un tipo irascible. Perdió los estribos y reaccionó violentamente. Además de dejar ciego a Charles de Giroux, le cortó las orejas al desafortunado. Eso llevó a Giroux a la locura.

Hugh extendió su jarra vacía.

—Nunca había escuchado esta historia. ¿Y qué hay de Arnulf?

Su padre rellenó las jarras.

—Ojalá fuera solo una historia. Aprovechando la oportunidad para aumentar su riqueza, Arnulf se alió con la familia Giroux. Retaron a Valtesse a salir y luchar, pero sin el apoyo de su propio hijo, su valor flaqueó. Se rindió y fue exiliado, llevándose a su hija con él, por insistencia de Arnulf.

—¿Y él y la muchacha han vagado desde entonces? —preguntó Hugh.

—Oui. La única vida que su hija ha conocido durante años es la de una marginada, mirada con desprecio y probablemente con desconfianza, como la hija sin tierras de un asesino y mutilador despiadado.

—¿Asesino?

—Se sospecha que Guillaume de Valtesse mató a su esposa. Fue estrangulada.

Ram se rascó la cabeza. ¿Por qué su padre había dirigido la conversación hacia la muchacha?

—Esta mujer, ¿cómo se llama? ¿Mabelle? Es tan malvada como su padre o tiene inteligencia suficiente para sobrevivir, a pesar de su locura.

Su padre parecía decidido a continuar la historia.

—No cabe duda de que ha tenido una vida dura. Creo que el dinero ha sido un problema, y se han visto obligados a depender del código de hospitalidad. Imagina a una joven nacida en la nobleza, pero incapaz de ocupar el lugar que le corresponde. Nunca ha tenido la oportunidad de ser quien estaba destinada a ser. La única forma de recuperar su posición sería... el matrimonio.

A Ram no le gustó la mirada especulativa en los ojos de su padre.

—¿Quién se casaría con una refugiada sin tierras, sin dote, y qué tiene que ver esto con nosotros? —preguntó con cautela, dejando su jarra sobre la mesa.

Su padre se encogió de hombros, guiñándole un ojo.

—Puede que no me guste ese hombre horrendo, pero es mi vasallo y el legítimo señor de las tierras en cuestión. No podemos permitir que hijos impertinentes usurpen las propiedades de sus

padres, ¿verdad?

—Non, supongo que no podemos —dijo Ram con una carcajada. Al igual que su padre, probablemente ofrecía una silenciosa oración de agradecimiento por el vínculo de confianza que aseguraría que nada de eso ocurriera entre los Montbryce. En tiempos tan inciertos, la traición familiar podía ponerlo todo en peligro.

La voz de su padre interrumpió sus pensamientos.

—Además, ya es hora de que tomes una esposa.

Ram se tensó. La cerveza de repente le supo amarga. Se puso de pie, cuadró los hombros y enfrentó a su padre de frente, cruzándose de brazos. Sus hermanos se removieron nerviosos en sus asientos. No era la primera vez que su padre insinuaba que debía considerar el matrimonio, pero nunca lo había hecho de manera tan directa.

Ram decidió mantenerse calmado.

—Primero, tengo mucho tiempo para esas cosas.

Reconoció internamente que ya había pasado la edad en que la mayoría de los hombres jóvenes tomaban esposa, pero continuó.

—En cualquier caso, Guillermo intentará destronar a Harold, y habrá guerra. No es el momento adecuado para casarse. ¿Y qué tiene que ver esto con el problema de Valtesse?

Su padre adoptó una postura igualmente desafiante.

—Tienes veinticinco años. Ya es hora de casarte. Deberías estar engendrando hijos mientras estás en tus mejores años. Además, me estoy haciendo viejo y me gustaría ver a mis nietos. Mabelle de Valtesse ya es una mujer.

A Ram le hervía la sangre, pero prefirió no perder los estribos. Hasta ahora había logrado desviar los intentos de su padre de casarlo. Le gustaba la libertad de su vida de soltero.

—¿Por qué querría casarme con una vagabunda que ha pasado su vida deambulando, sin herencia, títulos ni dote? No sería una condesa adecuada.

—Algún día puede tener esas cosas. Vamos, Valtesse nos espera en su habitación.

—¿Está aquí? ¿Ahora? Pero...

—Oui, ahora.

Ram deseaba objetar. Acababa de llegar a casa, pero una vez que su padre tomaba una decisión, era inútil discutir. Aunque no tenía deseos de conocer a ese dudoso noble, no desobedecería.

—Acabemos con esto de una vez —gruñó, lanzando una mirada de reproche al sonriente Antoine.

—¿Puedo no asistir, si les parece? —ofreció Hugh—. No he terminado mi cerveza.

—Está bien. No necesitas estar presente, pero Antoine, tú deberías venir.

La sonrisa de Antoine desapareció mientras seguían a su padre hacia la habitación asignada a Valtesse. Se hicieron las presentaciones. La postura arrogante y el rostro ceñudo de Valtesse añadieron desconfianza al fastidio de Ram. ¿Y dónde estaba su hija?

Bernard de Montbryce explicó que sus hijos viajarían a Alençon para negociar con Arnulf. Ram arqueó las cejas y miró a Antoine, que parecía igualmente perplejo y confuso. Precavido por lo que había aprendido sobre el noble errante, abordó el asunto con cuidado.

—Dígame, milord, su hijo...

Guillaume lo fulminó con la mirada.

—Arnulf es un bastardo gordo y perezoso. Me robó mis tierras, y a Mabelle, mi heredera legítima. Tomó partido por la familia Giroux para avanzar en sus propios intereses y debe ser derrocado. No tiene derecho a las propiedades que ocupa.

—¿Está fortificado Alençon? —preguntó Antoine.

Los ojos de Guillaume se desorbitaron mientras caminaba de un lado a otro.

—Todos mis castillos están fortificados. Arnulf nos obligó a huir al sur, cerca de Anjou. Tuvimos que marcharnos de allí por la animosidad angevina hacia los normandos.

—Pero...

—Por culpa de Arnulf y del Seigneur de Giroux, nos han negado nuestra posición legítima y hemos vagado de Caen a Fécamp, de Arques a Avranches. ¿Qué clase de vida es esa para mi hija? En ocasiones, ha tenido que ayudar a los cocineros en las cocinas. Mi única hija, ¡una sirvienta! Es intolerable.

—Mi padre ha sugerido...

Valtesse no hizo ningún esfuerzo por escuchar y continuó, su boca retorcida en una mueca desagradable.

—Mi hija y yo hemos tenido que dormir en camastros en cámaras húmedas y abandonadas, si teníamos suerte de encontrar algo así.

Extendió los brazos y lanzó las manos al aire, mirando las vigas como si buscara justificación de algún espíritu que habitara allí.

Ram abrió la boca para hablar, pero Valtesse reanudó su andar frenético y su diatriba.

—Otras veces, nuestro lecho ha sido juncos rancios sobre suelos de tierra. El Seigneur de Alençon, Belisle y Domfort, durmiendo junto a sirvientes y campesinos. El Señor nos ha abandonado.

Afortunadamente, el obispo no estaba presente para escuchar esa tirada herética sobre ese supuesto maltrato. Ram miró a su padre, quien se limitó a encogerse de hombros. Antoine mordía su puño, aparentemente divertido por la situación. Ram sintió pena por la gente de Alençon si aquel fanático enfurecido recuperaba sus tierras. Experimentó un leve pesar por la joven que había sido obligada a recorrer Normandía con su irascible padre. Probablemente era tan enojada y retorcida como él.

Al salir de la tensa reunión, Antoine y su padre se dirigieron al Gran Salón, pero Ram tomó una dirección diferente.

—¿No vas a cenar en el salón? —preguntó su padre.

—Non, tengo un compromiso en otro lugar.

Su padre negó con la cabeza y se alejó.

Antoine agitó un dedo hacia su hermano.

—Ah, la provocativa Joleyne —lo provocó.

Ram se llevó un dedo a los labios.

—Baja la voz.

Antoine resopló.

—¿Crees que Papá no sabe? Además, Mabelle de Valtesse probablemente estará en el salón. ¿No quieres conocerla?

—Nada saldrá de la idea de que me case con ella. No es adecuada. ¿Por qué habría de sacrificar un encuentro esperado hace mucho para pasar una hora hablando con una chiquilla ignorante?

Antoine frunció el ceño.

—Joleyne tampoco es adecuada. Es una campesina, una mujer para engendrar bastardos, no herederos.

La mandíbula de Ram se tensó.

—Soy consciente de eso, y no tengo intención de engendrar bastardos con mi amante. Te

quiero, hermano, pero no me entrometo en tus muchos amoríos. Cenaré en privado con Joleyne. Para mañana, padre habrá olvidado a Guillaume de Valtesse. Te deseo buenas noches.

Ram se equivocó al día siguiente, cuando su padre permaneció firme. Él y Antoine no tuvieron más remedio que partir hacia Alensonne para buscar una solución al problema de las tierras disputadas.

El clima había empeorado considerablemente. La brigada de caballeros Montbryce avanzaba lentamente por el camino, con los arreos tintineando. Aunque marchaba con orgullo a la cabeza de la columna bien armada, Ram miraba el camino embarrado con gesto amargo mientras la lluvia caía.

¿Por qué insiste tanto Papá en este asunto?

—Me sentiré aliviado cuando lleguemos a Alensonne —se quejó Antoine—. Malditas lluvias de abril, convierten la tierra en fango.

Fortis resopló, aparentemente en acuerdo, mientras sacaba sus grandes pezuñas del barro con cada paso. Ram no veía ninguna buena razón por la cual debía encargarse de aquella misión trivial. Solo llevaba un día en casa. Al menos, había tenido la oportunidad de disfrutar de los talentos de Joleyne. El recuerdo de su encuentro mitigaba su descontento.

Un Error Enmendado

Una figura envuelta en una capa se coló por la pequeña poterna de Alensonne y se detuvo a escuchar, sus ojos recorriendo cada rincón oscuro. La noche sin luna era perfecta para los planes de Simon. Nubes densas amenazaban con más lluvia, pero el aguacero había cesado momentáneamente.

Había oído recientemente rumores en el patio: Rambaud de Montbryce, hijo de su señor feudal, llegaría al día siguiente. Los guardias estarían más alerta, y Montbryce traería consigo a sus hombres. Ahora era el momento de vengar la muerte de su hija. Había esperado lo suficiente.

Avanzando con cautela por el oscuro patio, agradeció haberse tomado tiempo para planear. Era cerca de medianoche. Aún habría guardias en las torres. Apretó los puños callosos con los que pensaba someter a su víctima. Ya no tenía nada que perder. Si lo ahorcaban por el asesinato que estaba a punto de cometer, que así fuera. Ese señor no tenía honor ni moral.

Es cruel el hombre que arrebató a las jóvenes lo único de valor que poseen.

Dos centinelas se cruzaron mientras patrullaban las almenas.

—Mon vieux, ¿cómo va esta oscura noche?

—Ojalá estuviera acurrucado en una cama caliente con mi esposa, viejo amigo.

—Ojalá yo también estuviera acurrucado en una cama caliente con tu esposa.

Simon esbozó una sonrisa irónica y apoyó la cabeza contra el muro. La capucha lo protegía de la piedra áspera. Sospechaba que esos dos habían intercambiado ese saludo jovial muchas veces a lo largo de los años. Ambos rieron con sordina mientras continuaban su ronda, más atentos a su chiste que a su deber.

Moviéndose sigilosamente por el patio oscuro, Simon se pegó a los altos muros de piedra, respirando aliviado al no encontrar guardias frente a la pesada puerta del torreón. Todo estaba tan descuidado como siempre. Las bisagras de la puerta de roble crujieron mientras la empujaba con lentitud. Se detuvo, atento, con los gruesos dedos aferrando la madera gastada por el tiempo.

Nadie lo desafió. Sus botas gastadas no hicieron ruido al subir los escalones hacia la cámara donde todos sabían que dormía el señor. Se detuvo nuevamente para calmar su respiración, mientras sus dedos rozaban el vial oculto bajo su capa. Reasegurado, sonrió con frialdad y entreabrió la puerta con cuidado.

Un fuerte ronquido atacó sus oídos cuando entró en la habitación, y su disgusto se intensificó. —¡Cochon! —murmuró.

El cerdo era un hombre de treinta años, mientras que Simon había soportado cincuenta. Sin embargo, el noble disoluto no sería rival para la fuerza nacida de años de trabajo en los campos, de este cruel desdichado y su padre antes que él.

Un eco del último grito desesperado de su hija, en los últimos momentos de su agonía, se presionó sobre su memoria mientras esperaba a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Entonces había estado indefenso, pero ahora no lo estaba. La ira recorría su cuerpo mientras arrancaba la cortina de la enorme cama y gruñía: —¡Cochon!

Arnulf se sobresaltó y luchó por incorporarse, la confusión era evidente en sus ojos entrecerrados. La ira amenazaba con ahogarlo. Agarró a su presa y la arrastró hasta la cabecera de la cama, presionando su rodilla contra el pecho de su víctima. Forzando la cabeza de Arnulf contra la tabla de respaldo, utilizó sus grandes manos para taponarle la boca repulsiva, silenciando el grito que amenazaba con escapar. Con una mano, metió los dedos en su capa y encontró el frasco. Aturdido por su propio latido, soltó el tapón con el pulgar y, despacio y deliberadamente, vertió la cicuta entre los labios protestantes de Arnulf.

El desdichado intentó mover la cabeza, sus gruesas piernas pateaban frenéticamente, pero

Simon aumentó su agarre y aplicó todo su peso sobre el pecho de su señor. Un hedor nauseabundo llenó el aire, y Simon experimentó una satisfacción sombría al saber que los intestinos de su víctima lo habían traicionado.

Solo hicieron falta unos minutos para que la lucha cesara. Los ojos de Arnulf estaban muy abiertos, conscientes de que pronto sería un hombre muerto, y su cuerpo paralizado no podía hacer nada. Simon estudió la mirada moribunda y sonrió con amargura.

He rectificado la injusticia, Estelle. La venganza es tuya.

Luego, todo terminó.

Simon retrocedió y dejó la cabeza caída sobre la almohada. Se limpió el sudor de las manos en las sábanas mientras las colocaba sobre el cuerpo. Se obligó a esperar hasta que su respiración se estabilizó, seguro de que pasarían horas antes de que alguien se alarmara.

—Duerme bien, cerdo —gruñó, su corazón finalmente en paz—. Era tu destino morir esta noche. Ya es demasiado tarde para ayudar a mi Estelle, pero rezo para que otras almas se beneficien de tu muerte.

Nuestro Seigneur Está Muerto

—Me estoy empezando a sentir curioso acerca de esta Mabelle —admitió Ram a Antoine cuando Alensonne apareció a la vista. La posibilidad de un posible matrimonio con una refugiada desconocida lo llenaba de aprensión. La guerra era inminente. No era un buen momento para casarse. —¿Cómo puede una chica que ha pasado su juventud vagando de un lugar a otro con un hombre como Guillaume de Valtesse ser una comtesse adecuada?

—Si hubieras cenado en el Gran Comedor, la habrías visto —respondió Antoine con una sonrisa. —Tal vez no habrá tratado con Arnulf, y Mabelle nunca heredará ninguna parte de las tierras de su padre. Estarás libre para casarte con alguien más de tu gusto, alguien más adecuado, que te traiga una rica dote. Quizás entonces yo me ocupe de Mabelle.

Ram lanzó una mirada desconcertada a su hermano. —Ya tienes demasiadas mujeres a tus pies. ¿Cómo las controlas?

Antoine se rio. —¿Qué te puedo decir? Me gustan las mujeres, y a ellas les gusto yo. ¿Qué tiene de malo eso?

—Nada, supongo.

Cuán similares eran él, Antoine y Hugh en muchos aspectos. Sin embargo, Antoine tenía mujeres atractivas a su disposición, mientras que Ram dudaba que el tímido y gentil Hugh hubiera estado alguna vez con una mujer.

Sacudió la cabeza, enviando gotas de agua volando. —Es irónico que me den la tarea de ser el diplomático en una misión que preferiría que no tuviera éxito. Estoy seguro de que hay futuras esposas con antecedentes más adecuados que esta Mabelle.

Secándose la lluvia de la cara con la mano, pensó de nuevo en Joleyne. Ella le proporcionaba alivio a sus necesidades físicas, pero no era una relación satisfactoria en ningún otro nivel. Él no significaba nada para ella, más allá de ser una forma de satisfacer su considerable pasión. Le pagaba bien por su discreción. Siempre que la llamaba, ella acudía a una cámara apartada que él mantenía para esos encuentros, sin querer ensuciar su propio nido.

Sonrió al pensar en su salón, decorado con recuerdos militares y trofeos. Le encantaba pasar las manos por las espadas y escudos preciados montados en las paredes. Era su refugio. Estaba seguro de que su padre sabía de su amante, pero era una relación que no exhibía. Pocos en el castillo lo sabían. Comparado con Antoine, él era un monje.

De repente, se le ocurrió un pensamiento errante. Se volvió hacia su hermano. —Imagina ser un hombre casado con una hermosa esposa que es solo tuya. Una mujer que devuelve el amor que sientes por ella.

—Basta —respondió Antoine con buen humor—. ¿En qué estás pensando? ¿El barro te ha nublado el cerebro? Eres el hijo mayor del Comte de Montbryce. No tendrás voz en eso. Ninguno de nuestros compañeros en matrimonios arreglados está enamorado de sus esposas. Es una idea tonta esperar eso de un matrimonio. Todos lo sabemos. Aunque yo soy el hijo del medio, mi esposa será elegida para mí. Esa es una razón por la que estoy disfrutando ahora.

—Tienes razón. Mira a nuestro amigo, Pierre de Fleury.

—Exactamente.

Un escalofrío recorrió a Ram mientras la posibilidad de un destino similar se perfilaba. —Pobre Pierre. ¿Cómo lo soporta? ¿Cómo puede acostarse con su mujer gruñona?

Frunció el ceño, tratando de recordar lo que su padre había dicho acerca de Mabelle. No había prestado atención—quizá debería haberlo hecho. Era su responsabilidad asegurar la

sucesión de su familia. Tenía que confiar en su padre para asegurar que la mujer que llegara a ser su esposa trajera consigo más riqueza e influencia. La felicidad no era un asunto. Tampoco la pasión. Eso podría encontrarse con alguien como la tentadora Joleyne.

Finalmente, llegaron al patio de Alensonne, pero nadie vino a atender sus cansados caballos. Mujeres parloteando corrían de un lado a otro. Hombres gritaban, sin propósito aparente. Gallinas indignadas esquivaban la estampida. Los perros ladraban. La lluvia torrencial añadía más miseria.

¿Qué causaba el alboroto? El cuerpo de Ram se tensó mientras apretaba los dientes. Había empujado a hombres y caballos a través del diluvio para llegar a refugio, pero los estaban ignorando.

—Este Arnulf no tiene a sus sirvientes entrenados en el código de hospitalidad —murmuró mientras la humedad se le metía en los huesos.

Antoine asintió con acuerdo, encogiéndose de hombros.

—Tú, —gritó Ram a un chico que pasaba corriendo.

El niño se detuvo, pero mantenía la mirada fija en el suelo embarrado.

—¿Qué sucede aquí? ¿No hay nadie que se encargue de nuestros caballos? —preguntó con ira, mientras el agua de lluvia goteaba de su casco y cota de malla.

—M...milord —balbuceó el harapiento niño, tomando las riendas, dejando escapar miedo de su voz—. Nuestro señor está muerto. Está muerto. Nadie sabe qué hacer.

—¿Muerto? ¿Arnulf de Valtesse?

—Sí, milord.

Ram y Antoine se miraron. —¿Cómo murió?

El niño miró furtivamente a su alrededor, como buscando una forma de escapar. —Nadie lo sabe, milord. Su criado encontró el cuerpo en la cama.

—¿Murió en su cama?

El niño parecía confundido por la pregunta. —Nuestro señor solía dormir hasta tarde, pero su sirviente se alarmó cuando se acercaba la hora de la comida del mediodía y él no había despertado.

El chico, con el cabello pegado a la cabeza por la humedad, estaba casi histérico, aparentemente abrumado por la presencia de dos caballeros frunciendo el ceño, acompañados de una brigada de hombres, y el bullicio a su alrededor.

—Un señor que duerme hasta el mediodía —comentó Ram a su hermano mientras desmontaba, sabiendo por experiencia que el éxito de un castillo dependía de un líder que se levantara con el sol. Los sirvientes y siervos aprendían disciplina de sus amos.

Finalmente, los mozos aparecieron para tomar las riendas de sus caballos.

—Asegúrense de que los caballos estén bien secos —ordenó Antoine.

—Soy el Vicomte Rambaud de Montbryce. ¿Quién está a cargo aquí? —preguntó Ram al niño, que señaló tímidamente a un hombre bajo, barbudo, que estaba con un grupo en el patio, unos seis metros de distancia. Estaba rascándose la cabeza, con los hombros encogidos, tratando de refugiarse de la lluvia bajo un pequeño toldo cerca de la puerta. Cuando los hermanos se acercaron enfadados a los charcos, levantó la cabeza y se apresuró a caminar hacia ellos, su consternación evidente.

Antoine sonrió. —Ya se ha dado cuenta de quiénes somos y de que ha fallado en darnos la bienvenida adecuada.

El hombre se inclinó. —Mes seigneurs, perdonen. Soy Michel Cormant, mayordomo de Alensonne. Como ven, estamos en confusión aquí. Nuestro señor está muerto, el cuerpo fue

descubierto recientemente. Por lo tanto, hemos fallado en darles la bienvenida adecuada y les pedimos perdón.

—Soy Rambaud de Montbryce. Este es mi hermano, Lord Antoine. Su señor fue informado de nuestra visita. ¿Se han hecho los arreglos para mis hombres?

—Mi hijo, Paul, los guiará a sus aposentos, y yo mismo los llevaré a su habitación.

¿Quién llorará?

Los hermanos Montbryce siguieron al mayordomo dentro del castillo. Subieron por las empinadas escaleras de piedra hasta el segundo piso de una de las tres torres. Los llevaron a una habitación circular bien amueblada, con dos grandes camas, pesadas cortinas y tapices exquisitos. Ram asintió con aprobación hacia Cormant, y luego, confiado en que no había sirvientes cerca, preguntó:

—¿Cómo murió su señor?

—No estamos seguros —respondió el mayordomo, encogiéndose de hombros y sacudiendo la cabeza—. Quizás alguna especie de ataque.

—Necesitaremos ver el cuerpo.

Cormant dudó un momento, luego respondió —Por supuesto, milord. Todavía está en su cama. Síganme, por favor.

Ram era reacio a realizar el macabro deber con la ropa mojada. Dio permiso para que dos sirvientes entraran a llevar sus baúles.

—Déjanos ahora, Cormant. Enviaremos nuestra cota de malla, espadas y gambesones con estos sirvientes para que se sequen. Vuelve en una hora e iremos juntos.

No quería entregar su espada. Se sentía desnudo sin su arme blanche, un regalo de su padre, pero se oxidaría si no se cuidaba. La había llamado Honneur y la había comprometido al servicio honorable de su duque.

Cormant hizo una reverencia y se marchó.

—Dudó cuando pediste ver el cuerpo —comentó Antoine, rebotando en el borde de la cama.

—Sí, pero rápidamente desechó sus dudas. No cabe duda de que está aliviado de que alguien de la familia de su señor haya llegado en este momento de crisis.

Se despojaron de su armadura y ropa mojada con la ayuda de los sirvientes, quienes se apresuraron a llevársela. Ram encontró dos toallas secadoras sobre una silla y le lanzó una a Antoine, quien se la puso alrededor de la cintura y frotó sus piernas. Al ver un peine de hueso sobre una mesa cerca de la cama, Ram lo pasó por su cabello mojado y luego se lo entregó a su hermano.

—¡Ay! Cada día me parezco más a ti —lamentó Antoine.

—¿Qué tiene de malo eso? —replicó Ram, de buen humor—. No hay más que dos años entre nosotros, y los dos nos parecemos a nuestro padre. Afortunadamente tus ojos son verdes.

Antoine se encogió de hombros.

—Quizás la próxima vez que me afeite la cabeza, la deje así, para que la gente no siga confundiéndome contigo.

Ram sonrió.

—Qué raro, nunca me han confundido contigo.

La fricción de la tela lo calentó. Pasaba largas horas en los campos de entrenamiento para mantenerse en forma, listo para la batalla. Su cuerpo era todo músculo, aunque delgado. Se frotó el vello rizado en su pecho y bajó la mano a lo largo de la línea de vello hasta el espeso racimo de pelos en su ingle.

—Estoy empapado —dijo con un escalofrío. Mientras se frotaba, recordó los comentarios eróticos de Joleyne—. Eres tan grande, milord —solía susurrar—. Nunca vi tal arma.

Fue sacado de su ensueño egoísta por el golpe de un trapo mojado que su hermano le lanzó sobre las nalgas, sonriendo.

—¿Te estás admirando, Ram?

Se vengó y pasaron unos minutos disfrutando de sus travesuras, persiguiéndose alrededor de la habitación como cuando eran niños. Luego se pusieron serios al recordar la desagradable tarea que tenían que realizar.

—Mejor pongámonos a ello —murmuró Ram.

—Tienes razón.

Tomaron medias limpias, camisas de lino y jubones de lana de los baúles de hierro y se vistieron rápidamente, ayudándose mutuamente, ya que no habían traído un criado. No tuvieron más opción que ponerse las botas mojadas.

Un toque educado en la pesada puerta anunció el regreso de Cormant, y lo siguieron hasta las escaleras y a través del pasillo hasta otra torre, donde subieron nuevamente al segundo piso. Cormant abrió la puerta de esta habitación después de golpear.

—¿Por qué golpearía? —susurró Antoine.

—Hábitos de toda una vida —murmuró Ram.

El mayordomo hizo una reverencia.

—Después de ustedes, mes seigneurs.

Su habitación estaba elegantemente amueblada, pero la que entraron ahora era opulenta. Una enorme cama, con pesadas cortinas, estaba sobre una plataforma elevada, dominando la habitación. Las cortinas estaban abiertas, y una figura era visible. La colcha había sido retirada. El penetrante olor a excrementos humanos cortaba el aire como un cuchillo afilado.

Ram se acercó al cuerpo con resolución, consciente de que Cormant seguía en la puerta.

—No hay una abundancia de familiares en luto —susurró sarcásticamente a Antoine, quien estaba al otro lado de la cama, con una mano cubriéndose la nariz y la boca.

Colocó las manos tras la espalda y observó el feo cuerpo de Arnulf, reacio a tocarlo.

—Parece sorprendido. La muerte llegó inesperadamente. Pero ¿fue por causas naturales o hubo mano criminal?

Antoine mantuvo la voz baja.

—No hay sangre. Ningún arma a la vista.

Cuando un señor moría de manera repentina y misteriosa, todos eran sospechosos. Ram agradeció haber llegado después de esta muerte y sintió simpatía por la evidente nerviosidad de Cormant.

—¿Se ha llamado a un médico?

—Sí, milord. Llegó poco después de que se diera la alarma y no está seguro de lo que ocurrió. Un ataque, cree. Una apoplejía. El señor había disfrutado de una comida bastante copiosa la noche anterior.

Mirando las mejillas gordas y el vientre hinchado, Ram podía creer que este cerdo de hombre hubiera muerto por sus excesos. Eso confirmaba su baja opinión de toda la familia Valtesse.

—Es evidente que nadie va a echar de menos a un espécimen tan pobre de la humanidad —susurró a su hermano, quien se había movido para estar a su lado mientras conferían—. Ni lamentará su muerte.

—Su muerte inesperada podría resolver problemas para la casa de Montbryce.

—¿Pero qué si alguien asesinó al infeliz? En su propia cama. ¿No debería realizarse una investigación?

Antoine hizo un gesto hacia el cuerpo.

—Sabes tan bien como yo la probabilidad de encontrar al verdadero asesino, si es que existe uno. Es mucho más probable que algún chivo expiatorio inocente sea castigado en su lugar.

Ram se giró hacia el mayordomo, tratando de no arrugar la nariz.

—Debemos tomar una decisión sobre nuestro curso de acción y hacer que este cadáver se limpie y se entierre.

—Sí, milord. Sin embargo, no tengo la autoridad. Usted es el noble de mayor rango.

—No quiero perder tiempo haciendo una investigación sobre esta muerte —confió Ram a Antoine—. Tengo cosas más importantes que hacer por nuestro padre y por Normandía. Tomaré una decisión. Declaro que su muerte fue por causas naturales, en concordancia con lo que ha observado el médico. Lo enterramos mañana. Cormant, verás que se hagan los arreglos.

Miró a Antoine, quien asintió en señal de acuerdo.

—Sí, milord —respondió Cormant, con alivio evidente en su voz.

Ram lamentó tener que decir lo siguiente.

—Hermano, acabamos de llegar y el viaje ha sido largo, pero sugiero que partas mañana para llevar las noticias a Montbryce. Yo me quedaré para ayudar a Cormant unos días.

Antoine apretó los dientes.

—Me iré después del entierro.

Al día siguiente, en el funeral, Ram se preguntaba cómo un hombre de familia noble había llegado a tal estado; la mayoría de las personas presentes eran los caballeros de los hijos de un conde que no habían venido por razones sociales.

Asistieron personas del castillo: Cormant, su esposa y tres hijos, el cocinero, la chatelaine, los mozos de cuadra, sirvientes y aldeanos. Todos miraban con desinterés, aunque un campesino harapiento no hizo ningún esfuerzo por ocultar su sonrisa burlona. Arnulf fue enterrado con una solemnidad aparentemente interminable por el obispo de Alençon. Se necesitó de ocho robustos hombres de armas para levantar el enorme ataúd de plomo.

Antoine susurró a su hermano:

—Me pregunto dónde consiguieron semejante monstruosidad.

Ram negó con la cabeza. —Espero que haya más personas que lloren mi partida cuando llegue el momento, y que realmente les importe mi muerte. — Su padre estaba envejeciendo y no era probable que Ram muriera primero, a menos que cayera en batalla.

¿Quién llorará por mí?

Se resolvió a dejar este castillo tan pronto como fuera posible. Al mover su peso, miró al cielo. —Alabado sea los santos, la lluvia aguantó. Es bueno estar seco por un rato. Unos días aquí asegurarán que el mayordomo tenga todo en su lugar para la gestión exitosa del castillo hasta que Guillaume de Valtresse pueda regresar.

—Cormant parece un buen hombre —acordó Antoine—. Incluso con Arnulf como su señor, el mayordomo parece haber mantenido las cosas funcionando razonablemente bien. Pero es difícil saber si él y el resto de los sirvientes y siervos esperan con ansias el regreso de su legítimo señor o no.

Tesoro Preciado

Mabelle nunca había visto a su padre, con la cara roja, tan emocionado, o, dicho sea de paso, tan feliz. Antoine había traído la noticia de la muerte de Arnulf unas horas antes y su padre había estado despotricando con alegría desde entonces. A pesar de su alivio, esa no era una manera adecuada de reaccionar públicamente ante la noticia de que su hijo había muerto. Decidió comportarse con más dignidad que su padre. Apenas recordaba a Arnulf y no estaba triste por su muerte, ya que fue él quien la había echado. Su conveniente fallecimiento significaba que su dote sería recuperada.

Su padre se calmó lo suficiente como para poder conversar. —¿No te dije, hija, que tu maldito hermano recibiría lo que merecía? ¿No te dije que regresaríamos a Alençon en triunfo y recuperaríamos nuestras tierras legítimas? No puedo esperar a descubrir en qué ha estado malgastando mi dinero ese miserable canalla.

—¿Es seguro regresar? ¿El castillo es nuestro de nuevo? —preguntó, dándose cuenta de que no le daba crédito por haberlo impulsado a buscar apoyo en Montbryce. ¿Sería siempre un número para su padre?

—Por supuesto que es nuestro —rugió su padre—. El Conde de Montbryce lo ha garantizado por escrito. Sus hijos firmaron los documentos, confirmando que la muerte de Arnulf fue por causas naturales. Soy el Señor de Alençon, sin lugar a duda—y de Belisle y Domfort.

Como si la mención de su nombre lo hubiera convocado, el conde apareció, y Guillaume hizo una profunda reverencia. Mabelle hizo una cortesía, hincándose de rodillas.

El Conde Bernard le ofreció la mano. —Levántate, querida niña.

Guillaume corrió a su lado. —Milord Conde. No puedo decirle lo agradecido que estoy por su socorro y apoyo en estos tiempos difíciles, y ahora que ha garantizado el regreso de mis tierras.

—No he hecho nada por ti, Valtesse. Es una coincidencia que tu hijo haya muerto justo cuando mis hijos estaban comenzando sus intentos de llegar a una solución diplomática.

—Pero, Milord Conde, el honor dicta que le agradezca por su ayuda —respondió Guillaume.

Mabelle estaba segura de que él deliberadamente no escuchaba, como siempre.

—Quiero recompensarlo, dándote mi posesión más preciada.

Los ojos del Conde Bernard se abrieron de par en par. —¿Y qué podría ser eso?

Mabelle contuvo el aliento. Con su dote recuperada, podría elegir a sus pretendientes. Tal vez podría encontrar a alguien que la amara y la respetara.

Su padre evitó su mirada. —Ahora que mi hermosa hija es heredera de mis tierras y títulos, será una novia muy codiciada. Pero te la ofrezco a ti, en matrimonio a tu hijo, Rambaud.

¿Debería reír o llorar? Él nunca le había dicho que era hermosa, y ahora estaba ansioso por deshacerse de ella.

—Papá...

—Silencio, niña. Sé lo que es mejor para ti —siseó—. Entonces, Milord Conde, ¿acepta mi propuesta de unir fuerzas? Mabelle llevará al matrimonio una formidable cantidad de tierras, poder e influencia en Normandía y Le Maine.

El Conde Bernard dudó solo unos momentos antes de acercarse a Mabelle. Colocando sus dedos bajo su barbilla, inclinó su rostro para mirarla.

—Es una mujer hermosa, y será una esposa excepcional para mi hijo. Tiene fuerza, orgullo,

inteligencia y perseverancia. El futuro Conde de Montbryce necesitará a una mujer como usted a su lado en los tiempos turbulentos que se prevé para Normandía. No hay duda de que el Duque Guillermo también estará complacido con las tierras estratégicas que estarán bajo nuestro control. Necesitamos hacerle unos vestidos nuevos.

Mabelle nunca había escuchado palabras tan elogiosas de su propio padre. Quería lanzarse a los brazos del Conde y besarlo. Él había visto cualidades que su padre nunca había considerado. Tal vez fortalezas que ella misma no había visto. Miró a su padre y de repente temió que comenzara a pavonearse por la habitación, cantando victoria como un gallo. Él no había escuchado nada de lo que el Conde Bernard había dicho.

Debería estar feliz, pero tenía la sensación de que rápidamente había perdido el control sobre su propia vida, control que tanto había deseado. ¿Había realmente intercambiado un autoritario por otro?

Una Fiesta De Compromiso

Mabelle agradeció al día siguiente la insistencia de su difunta madre en enseñarle a leer. También podía firmar su nombre, pero estaba decidida a no dejar que nadie viera su temor cuando los documentos del contrato matrimonial fueron llevados a la Sala de Mapas por el escribano. Vestida con una nueva camisa de lino y un sobrecote verde oscuro, confeccionado apresuradamente por una de las modistas del castillo, firmó su nombre con cuidado. A Mabelle de Valtesse, su padre insistió en que el monje añadiera y de Alensonne, Belisle y Domfort. El prometido aún no había regresado de Alensonne, y su padre firmó en su lugar.

Se había desvelado, preocupada por no saber nada de ese hombre al que la habían entregado. Como consecuencia, llegó tarde a la ceremonia, para disgusto de su padre. Nadie le había preguntado su opinión. La vida con su padre era dura, pero pocas veces le prestaban mucha atención. Era una persona sin importancia. Había existido la posibilidad, al recuperar su derecho de nacimiento, de regresar a su amado Alensonne. Ahora, otro hombre, un desconocido, controlaría su vida. Sus hermanos habían sido cálidos y acogedores, pero ¿cómo sería Rambaud? Ella y su medio hermano fallecido eran muy diferentes.

En el banquete de celebración, bromeó con su padre. —Ahora, papá, los juglares cantarán una nueva balada sobre la familia Valtesse.

Él realmente sonrió, un evento raro, y se tocó el bigote. —Y ahora, hija, estamos sentados por encima de la sal.

El vino tinto oscuro y la cerveza eran abundantes, y los platos, numerosos. Comieron faisán asado con estragón de los jardines de hierbas, palomas aderezadas con romero y lechones. La mujer que reinaba en las cocinas, conocida simplemente por el nombre de su oficio, La Cuisinière, había asado los lechones en espetones. Mabelle, acostumbrada a merodear por las cocinas, la había visto agitar una gran cuchara de madera contra cualquiera que intentara robar la crujiente corteza de la carne jugosa. La Cuisinière usaba una receta secreta para preparar un plato memorable con truchas pescadas por los hombres del mayordomo. Había queso amarillo en trozos, el famoso fromage cremeux de Montbryce, y pan negro grueso.

La voz de su padre dominaba, y Mabelle se sentía contenta de que él estuviera feliz, disfrutando del honor que sentía merecer. Pero se preocupaba por su prometido. ¿Por qué no se presentó en el Gran Salón la noche que había estado en casa? El Comte Bernard se disculpó por la ausencia de su hijo, obviamente avergonzado por ello. Antoine murmuró alguna excusa sobre un compromiso. Ella intuía lo que eso significaba. Había otra mujer más importante en su vida.

Debería sentirse aliviada de que su padre la hubiera dado a una familia rica. Se convertiría en la esposa de un señor vasallo cuando su futuro esposo heredara el título de Conde. ¿No era eso todo lo que había deseado durante mucho tiempo?

—Ha llegado un mensajero de Montbryce, milord. —Cormant entregó la misiva a Ram y se dio vuelta para marcharse.

Ram apretó la mandíbula, esperando que la carta no contuviera lo que temía. —Un momento. Puede que tenga que enviar una respuesta. —Desenrolló la carta, la leyó rápidamente y maldijo.

—Confío en que no sean malas noticias desde casa, milord.

Ram se rascó la cabeza. —Estoy comprometido. Con una chica a la que nunca he conocido. Esperaba que no llegara a nada, pero mi padre ya ha firmado los documentos del compromiso.

Cormant parecía incómodo con ese momento de familiaridad. —Es algo común, milord, para los hijos de grandes familias.

Ram se encogió de hombros. —Ojalá al menos la hubiera conocido. ¿La conoces tú? La hija de tu señor.

Cormant lo miró sorprendido. —¿Mabelle de Valtesse? La recuerdo de cuando era una niña, antes de que la destitución de su padre nos trajera a Arnulf.

—Entonces, ¿no sabes nada sobre su crianza, su educación? No estoy seguro acerca de ella... de su idoneidad.

Se sintió incómodo. Tal vez ya había dicho demasiado a este sirviente. Hizo un esfuerzo por explicarse. —He conocido a tu señor —mi futuro suegro, parece.

Cormant permaneció en silencio. Ram lo miró a los ojos. —No te envidio la tarea de tratar con Valtesse cuando regrese.

El rostro de Cormant no mostró ninguna reacción.

Ram leyó la misiva nuevamente y la enrolló. Sosteniéndola en una mano, la golpeaba distraídamente contra su muslo. —Envía al escribano. Dictaré una respuesta. Tal vez deba recordarle a mi padre que este no es el momento para casarse.

—¿Algún momento es el adecuado para casarse, milord?

Ram sonrió. El hombre había malinterpretado su significado. —Me iré a la guerra.

Cormant lo miró impresionado. —¿Irás con el duque Guillermo en su campaña por el trono inglés?

Ram enderezó los hombros, orgulloso de poder darle una palmada en la espalda al mayordomo y declarar —Sí, de eso estoy seguro. — Luego sus pensamientos volvieron a la noticia de su compromiso. —Debemos redoblar nuestros esfuerzos para asegurar Alenstone ahora que es parte de la dote de mi prometida. Parece que no tengo opción. Mi inevitable boda es en una semana.

Explorando Montbryce

Mabelle quería explorar el castillo donde viviría y gobernaría como futura condesa cuando se casara con Rambaud.

—Quizá, si logro orientarme, no me parezca tan abrumador —sugirió al conde Bernard.

Él dio instrucciones al mayordomo para que le mostrara el lugar. Mabelle agradeció contar con un guía tan conocedor como Fernand Bonhomme. Recorrieron salas, galerías y aposentos. Mabelle había pasado los últimos seis años en un castillo tras otro, pero no había visto tanta belleza ni sentido tanta comodidad y calidez desde su infancia en Alensonne.

—Es hermoso —repetía a Bonhomme—. Muy impresionante.

Le costaba creer que pronto sería su hogar.

Llegaron a una sólida puerta de roble.

—Y esta, milady, es la cámara de su prometido.

Mabelle dudó antes de cruzar el umbral. Era sin duda un cuarto masculino. El color rojo predominaba en las cortinas y los muebles. Armas y escudos adornaban las paredes, mientras que alfombras de piel de lobo cubrían el suelo. Un tapiz flamenco tejido, que representaba una batalla, cubría una pared. Pasó la mano sobre el rico brocado de las colchas, retirándola rápidamente al notar los ojos del alto mayordomo sobre ella.

La idea de compartir esa cama con un hombre al que nunca había conocido era abrumadora, y su estómago se revolvió. Sabía poco de los hombres, a pesar de la dura vida que había llevado. Su padre era un hombre difícil, pero la había protegido. ¿Sería Ram paciente? ¿La trataría bien? El cuarto parecía muy masculino, sin espacio para una mujer. ¿Esperaría él que durmiera en otro lugar?

—¿Continuamos, milady?

Visitaron las cocinas, la herrería, la capilla, la destilería de brandy, las colmenas, las despensas, la bodega, el ahumadero, el jardín de hierbas e incluso el gallinero, aunque Bonhomme evitó cuidadosamente el montón de estiércol. En los establos, Mabelle encontró a su yegua.

—A Sibell le encantará tener su propio establo limpio —confió al mayordomo, que también acariciaba al animal—. Solía llevarle restos de comida de la mesa. Aquí estará mejor cuidada.

—Oui, milady. Los Montbryce miman a sus caballos.

Él la ayudó a subir los escalones de piedra hasta las almenas, desde donde observaron las vastas extensiones de tierra que rodeaban el castillo.

—Este es el dominio de los Montbryce —declaró, extendiendo ambos brazos con amplitud—. Hasta donde alcanza la vista.

Mabelle sonrió.

—Está orgulloso de ello.

—Milady, he sido el mayordomo de confianza de los Montbryce durante muchos años, sucediendo a mi padre. Uno de mis hijos me sucederá cuando llegue el momento.

—Oh, mire —exclamó, señalando hacia el oeste—. Allá, un campo de campanillas, al borde del bosque.

Cerró los ojos, recordando las cálidas primaveras y veranos en Alensonne, en el rincón suroeste de Normandía, junto al río Sarthe. Volvió a escuchar la risa tintineante de su madre mientras recogían brazadas de campanillas en los campos abiertos alrededor del castillo. Ahora, esas flores silvestres eran un recuerdo vago y lejano, como su madre.

—¿Es seguro ir allí?

—Oui, milady. Mientras no se adentre demasiado en el bosque.

—Tendré cuidado. ¿Ha habido noticias de mi prometido?

Bonhomme negó con la cabeza.

—No que yo sepa, milady. Pero no se preocupe, es muy puntual.

¿Puntual? Supongo que eso es algo bueno. A menos que lo espere de mí.

Él tomó su mano para ayudarla a bajar los escalones.

—Merci, Fernand. Agradezco que se haya tomado el tiempo de mostrarme todo. Es un castillo grande, y lo administra muy bien.

Su rostro se sonrojó.

—Merci, milady. Ha sido un placer —dijo con entusiasmo justo cuando se les unió su esposa.

Ella hizo una reverencia a Mabelle, un gesto de respeto al que tendría que acostumbrarse.

—Milady, las costureras la esperan en su cámara.

Madame Bonhomme la acompañó hasta la prueba de vestuario. La sirvienta parecía amigable mientras hablaba sin parar.

—Las modistas nunca habían trabajado tanto. Han estado manejando sus agujas de la mañana a la noche, preparando camisas, camiones, tocas, medias, camisolas y vestidos para usted. La pièce de résistance será el vestido para la ceremonia.

La mujer parecía incapaz de dar pasos pequeños, y Mabelle tuvo que correr para seguirle el ritmo.

—Nunca he usado nada tan fino. Ha habido tantas pruebas, ajustes y giros que empiezo a sentirme como un acerico. ¿Hay noticias de mi prometido?

Le molestaba sentirse impulsada a preguntar por él.

—No que yo sepa, pero milord Rambaud siempre...

—Ya sé, puntual. Pero ¿cómo es?

—Oh, es un diablo apuesto. Un guerrero condecorado, consejero del duque Guillermo, a pesar de su juventud.

¿Sería amable, considerado o un tirano? No podía expresar esas preguntas en voz alta a esta leal sirvienta de los Montbryce.

Cuando llegaron a la cámara, Mabelle se sometió una vez más a las atenciones de las modistas, y la esposa del mayordomo se retiró. Mabelle miró a la joven campesina que ajustaba su vestido. Una vez más, la curiosidad la venció.

—Dime, Bette, ¿cómo es mi prometido?

La chica se sonrojó y se rio.

—Oh, milady, perdóneme por decirlo, pero milord Rambaud tiene unos ojos que hacen que las mujeres hagan tonterías.

—¡Ay!

—Lo siento, milady, solo es un alfiler.

El vacío en el estómago de Mabelle se hizo más grande. Había estado mordiendo las uñas, un nuevo hábito. Rápidamente cerró los dedos en un puño. Hacer tonterías con un hombre era algo que escapaba a su comprensión. Seguramente él querría dominarla. ¿Llegaría a amarlo? Primero tenía que conocerlo.

Primer Encuentro

La tarde antes de la boda, llegó un mensaje de Rambaud con garantías para su padre de que estaba en camino a casa y llegaría a tiempo para la ceremonia.

—Expresa frustración por el retraso en Alençon. Quería asegurarse de que todo estuviera en orden, ya que esas tierras y títulos serán parte de tu dote, Mabelle —le dijo el Conde Bernard mientras cenaban con Antoine y Hugh en el Gran Salón—. Recibió el mensaje del compromiso dos días después de que firmáramos el documento. Necesitaba investigar cualquier amenaza persistente de la familia Giroux, pero no ha oído rumores al respecto. Te manda saludos.

—Saludos —murmuró ella, luchando por controlar su decepción de que no lo vería hasta la boda.

Las dudas la atormentaban mientras la interminable noche avanzaba. Despertó de un sueño inquieto antes del amanecer en el día de su boda, sintiéndose cansada e irritable, lamentándose por el estado de sus uñas.

Necesitaba aire fresco. De repente, recordó el campo de campanillas que había visto desde las almenas. Bonhomme le había asegurado que era seguro. Tal vez eso era lo que necesitaba: una hora sola para recordar días más felices.

Saltó de la cama y se vistió rápidamente, como lo había hecho durante años, con una camisa de lino hecha a mano y una sobreveste verde salvia con amplias faldas hasta los pies. Se ató el cinturón de lana trenzada a la cintura, recogió su cabello y salió furtivamente del patio, llevando una cesta de la cocina. La ropa de campesina había demostrado ser, con el tiempo, la mejor manera de pasar desapercibida entre los sirvientes que ya estaban levantados y ocupados. Pronto la estarían buscando para preparar la ceremonia.

Una vez fuera de los muros, siguió el camino que cruzaba el prado. La fragancia de la flor de manzano del cercano huerto llenaba el aire. La tensión se deshizo de su cuerpo cuando sus pies descalzos tocaron la hierba cargada de rocío. Giró para enfrentar el sol naciente, se protegió los ojos, y vio una alondra alta en el cielo, llenando el aire con su tributo al amanecer. Luego, en un remolino de plumas, el ave fue arrebatada por un halcón que se abalanzó desde el aire. Un escalofrío la recorrió. Endureció los hombros, apartó las lágrimas y siguió adelante.

Llegó al tapiz de campanillas y se agachó para arrancar los tallos crujientes y huecos de las flores silvestres, tarareando mientras el ramo crecía en su cesta. Intentó en vano pensar en algo más que en su inminente matrimonio. Durante su vida errante, había deseado ser libre para tomar sus propias decisiones. Ahora eso parecía improbable, pero al menos ya no dormiría en suelos de piedra ni trabajaría en las cocinas.

Las abejas zumbaban entre las campanillas. Se sonrojó mientras el sol de abril, inusualmente cálido, ascendía y la obligaba a buscar la sombra de los abedules de corteza blanca al borde del bosque. El sonido refrescante de la suave brisa agitando las hojas la atrajo.

La cesta se hizo pesada. La dejó sobre el suelo y se agachó para seguir recogiendo. Había avanzado mucho en el bosque y estaba a punto de regresar cuando un destello de luz captó su atención. Avanzando unos pasos más, sonrió al ver un lago brillante.

Era privado y acogedor, rodeado en tres lados por rocas desnudas cubiertas de musgo. El agua clara no parecía muy profunda. Tenía calor. Fuera de la vista del castillo, se sintió segura de que nadie la vería. No sería la primera vez que se bañaba en un lago o arroyo.

Mirando a su alrededor nerviosa, se quitó el cinturón y el vestido, dejándolos sobre una roca. El lejano canto y trino de los pájaros, los recién nacidos y hambrientos pajaritos, le sacaron

una sonrisa. No escuchaba otros sonidos. El aire estaba quieto. La camisa siguió rápidamente al vestido y se adentró con cuidado en el agua refrescante, dando un respingo cuando el frío la invadió.

No era una nadadora experta, así que caminó por el agua, moviendo los brazos hacia adelante y hacia atrás, con los senos a la vista flotando en la superficie, y los pezones endurecidos por el shock inicial del agua fría. Un hormigueo recorrió su cuerpo mientras modestamente se cubría el pecho.

Antes de que termine este día, me casaré. Rambaud esperará sus derechos como esposo. ¿Será gentil? ¿Querrá que lo llame Ram? ¿Le gustaré? Todos dicen que se parece a su guapo hermano Antoine, quien ha sido amable conmigo desde que llegué aquí.

Bostezó, el largo día y el temprano despertar pasándole factura.

Debo regresar. Me llevará un tiempo que el sol seque mi piel.

Salió rápidamente del agua, extendió la sobreveste sobre la hierba y se tumbó, deshaciendo el recogido de su cabello para dejarlo caer sobre sus hombros, aliviando la sensación de exposición. Extendió la camisa sobre su cuerpo y recogió un ramo de campanillas que apretó contra su pecho. El agua la había calmado. Con una sonrisa en el rostro, se quedó dormida, soñando cómo sería ser besada.

Después de cabalgar a un ritmo constante durante varias horas, Ram estaba confiado en que llegaría a casa con tiempo suficiente para la boda, la puntualidad siendo una de las cosas de las que se enorgullecía. Sus músculos dolían. Había estado cabalgando con el cuerpo tenso, preocupado por la frustración de este matrimonio no deseado. El deber le rozaba. Tenía su futuro planeado y esto lo interrumpiría. Decidió tomarse un tiempo para parar en su lago favorito para nadar, no queriendo que la primera impresión de su prometida de él fuera el desagradable olor a caballo después de dos días de viaje.

Cuando vio el castillo a lo lejos, hizo una señal a sus hombres para que siguieran adelante y se desvió por el conocido camino hacia el bosque, ralentizando su caballo, luego deteniéndose y bajándose a corta distancia del lago. Ató su caballo a un abedul cercano y colocó su yelmo sobre el pomo de la silla. —Fortis, viejo amigo, pronto estarás de vuelta en tu propio establo, donde podrás recibir un buen cepillado, heno delicioso y un merecido descanso.

Caminó rápidamente hacia el agua tentadora, desenvainando su espada, quitándose las botas, las calzas acolchonadas, la sobreveste, las medias, la camisa interior y las bragas. Las tiró en un montón, colocando cuidadosamente la espada encima, luego se deslizó sin hacer ruido en el agua. Estaba fresca, pero se sentía bien contra su piel. Nadó lentamente durante varios minutos, luego flotó de espaldas mirando el cielo azul claro, escuchando el canto de los pájaros, inhalando la fragante flor de manzano.

Me encanta este lugar. Mamá solía traernos aquí cuando éramos niños.

Los misterios y frustraciones de Alensonne se desvanecieron, y comenzó a anticipar su boda. Nunca había estado con una virgen. Considerando la vida que ella había llevado, ¿estaría Mabelle intacta?

Decidiendo a regañadientes que debía regresar a casa, salió del agua y se sentó sobre una roca plana, frotándose las manos por el cabello mientras esperaba que su cuerpo se secara. Después de unos minutos, se acercó a su ropa y se puso las bragas de lino. Al ver un montón de color azul en la hierba cercana, se preguntó distraídamente qué podría ser. Caminó hacia allí, jugueteando con los cordones de sus bragas. Descubrió una cesta de campanillas recién recogidas.

Sonrió y se agachó para tocarlas, pero luego frunció el ceño cuando su instinto de guerrero le advirtió sobre una posible amenaza; había bajado la guardia.

¡Mierda! Mi espada está con la ropa.

Se puso de pie, escuchando, pero luego volvió a sonreír cuando le llegó la idea de que solo las chicas recogen flores. Se estremeció al recordar cómo flotaba de espaldas, desnudo. ¿Habrá una mujer que me haya visto?

Seguro que lo habría sentido.

Se acercó con cautela y su boca se abrió cuando vio a una doncella semidesnuda, medio oculta por la hierba alta. Se había cubierto con una camisa, y parecía estar durmiendo, pero sus brazos y piernas se habían escapado de los pliegues de la prenda. Lamiéndose los labios al ver su glorioso cabello dorado y sus hombros blancos. Un largo brazo yacía extendido a su lado. El otro estaba doblado, la mano metida en el lado de su rostro. El constante subir y bajar de las flores silvestres cubriendo su pecho le llamó la atención. Sus pies descalzos eran delgados. Solo podía ver una parte de su muslo, pero sus piernas eran largas. Se habían abierto, con la camisa amontonada entre ellas. ¿Serían los rizos del triángulo superior del mismo color dorado que su melena? Sus mejillas rosadas y sus labios entreabiertos, curvados en una ligera sonrisa, le daban la cara de un ángel descansando. Inhaló profundamente mientras su cuerpo respondía intensamente.

¿Es una visión? Cerró los ojos y luego miró de nuevo, tomando otra respiración agitada. Las largas pestañas se agitaron ante un leve sonido. Ella frotó su nariz y se estiró, arqueando la espalda y doblando las rodillas. La camisa estuvo a punto de deslizarse de sus pechos.

Un calor helado recorrió el cuerpo de Ram. El temerario Rambaud le Noir sintió que algo se tensaba en su pecho. Nunca había visto a una mujer más deseable. Agachado como un gato, sintió el impulso de levantarse y abalanzarse sobre ella. Tragando con dificultad, apretó los puños, luchando por el control frío que lo había convertido en un comandante de caballería condecorado. En un abrir y cerrar de ojos, un torbellino de pensamientos cruzó por su cabeza.

Iba a casarse esa tarde. La ropa que ahora veía indicaba que la mujer era una sirvienta. Tenerla antes de ir al altar a encontrarse con su prometida no sería un comportamiento adecuado para un Montbryce. Tenía la intención de ser fiel a su nueva esposa, y aunque su lujuria por la visión argumentaba que la fidelidad podría llegar después de los votos, sabía que no aprovecharía a esta mujer.

Aún no estaba casado, no quería casarse. Este no era el momento adecuado para casarse. Sin embargo, no era un violador de mujeres. Esta impresionante joven lo había excitado, pero no pensaba tomarla en contra de su voluntad. Sus piernas comenzaban a darle calambres. Debía alejarse antes de que ella...

Sus pestañas se agitaron de nuevo. Al principio no lo vio. Luego se sentó, se abrazó la camisa a su cuerpo y exclamó con un suspiro —¡Antoine! ¿Qué haces aquí?

La voz ronca y afrutada de ella lo sorprendió, y el sabor y aroma del brandy de manzana llenaron repentinamente sus sentidos. Se levantó rápidamente, con los vellos de su cuerpo erizados, y su mente dando vueltas. Ella lo miró, los ojos bien abiertos, la boca entreabierta, obviamente nerviosa, pero no asustada.

Luchó por levantarse, abrazándose los pechos, y miró hacia abajo, luego de nuevo hacia él. Ram gimió por dentro cuando sus largos cabellos dorados cayeron hacia adelante, sobre sus hombros temblorosos. La vergüenza tiñó su cuerpo de rosa. Imaginó sus pezones endureciéndose debajo de la camisa que ella sujetaba. Su erección ya rígida latió.

Luchando por cubrirse sin mostrar más de su cuerpo, ella parecía vulnerable, necesitada de

un campeón. Quería ser ese hombre. No era de extrañar que su hermano mujeriego estuviera en la cama con esta deliciosa mujer—el diablo. Afortunadamente que se había puesto las bragas, pero no eran suficientes para ocultar su erección, y la mirada de la joven parecía fijada en su entrepierna. Su ropa estaba con su espada. Resistió el impulso de mover las manos para cubrir su erección, y mirar hacia abajo solo empeoraría las cosas.

Puso la mano sobre su pecho y negó con la cabeza. —No soy Antoine. ¿Estás esperando a mi hermano? —dijo en voz baja.

—¿Tu hermano? Tú eres... —murmuró.

—Soy Rambaud de Montbryce. ¿Quién eres tú? Pensé que conocía a todos los sirvientes. ¿Eres nueva?

—¿Ram? —exclamó ella.

Estaba a punto de reprender a una sirvienta por usar su nombre de pila, y en ese tono familiar, pero ella tartamudeó —Soy Mabelle.

Un escalofrío helado lo recorrió. Se quedó sin palabras por un momento, luego exclamó:

—¿Mabelle de Valtesse? ¿Mi prometida? ¿Qué demonios haces aquí, acostada desnuda en el bosque? ¿Estás esperando a Antoine?

¿Mi hermano me traicionaría así?

La ira brilló en sus ojos. —¿Cómo te atreves a acusarme de algo así? ¡No estaba desnuda! Vine a recoger flores. Me bañé —gritó—. Me quedé dormida, soñando.

—Soñando con Antoine, sin duda —escupió él, sin saber por qué la ira se había apoderado de él y por qué quería aferrarse a esa idea tan absurda.

—Soñé con... —comenzó ella.

—¡Vístete, mujer! —le dio la espalda—. Se supone que vas a ser una futura comtesse. He dicho repetidamente que tu comportamiento sería sospechoso.

Ella luchó sin aliento para ocultar su desnudez, luego su voz irrumpió en sus pensamientos confusos. —¿Y tú qué haces aquí, casi desnudo, mirando a una chica que no conoces? ¿En tu camino a casarte conmigo, pensaste acostarte con una prostituta?

Quiso volverse hacia ella, explicar cómo su belleza lo había embrujado, pero su ira y confusión lo mantenían cautivo. Su estado de desnudez y su erección evidente lo hacían sentirse vulnerable. No era una sensación a la que Rambaud le Noir estuviera acostumbrado. Se sintió ofendido de que pensara tan poco de su honor. La palabra "prostituta" en sus hermosos labios sonó como una obscenidad. Era una palabra que una comtesse nunca diría. Además, no era aceptable que una mujer discutiera con él. —Debes aprender a ser más obediente y no contestarme —farfulló, agachándose para tratar de ocultar su erección.

—¿Obediente? —repitió ella.

Entonces, lo empujó con todas sus fuerzas. Su fuerza lo sorprendió. Perdió el equilibrio y tropezó hacia el agua, cayendo de espaldas con un gran chapoteo, maldiciendo mientras salía a la superficie.

Agarrando el resto de su ropa, ella corrió, pero tropezó con su espada. Sus pertenencias cayeron al suelo mientras levantaba la larga y pesada arma con ambas manos, esforzándose por mantenerla frente a ella. Él se detuvo a unos metros de distancia y levantó la mano para calmarla, sin estar seguro de lo que pudiera tener en mente para su querida espada. Su corazón latía con fuerza ante la increíble visión de esta mujer deseable, la fina camisa ajustada a las curvas de su cuerpo, las campanillas enredadas en su cabello.

Tuvo que admirar la forma en que sus pechos, al subir y bajar con su respiración, se empujaban hacia adelante mientras apoyaba los pies, se giraba y apretaba los glúteos, reuniendo

fuerzas para lanzar el arma. A través de la tela fina, vio el contorno de su trasero.

—¡Non! ¡Arrête! —gritó mientras ella lanzaba la espada al agua.

Ella recogió su ropa y huyó. Él la vio desaparecer en el bosque, su cabello rubio ondeaba como una capa detrás de ella, queriendo seguirla, pero sabiendo que no podía dejar a Honneur donde yacía.

—Es más fuerte de lo que parece —dijo a los árboles.

Maldiciendo en silencio, se adentró en el agua y comenzó a buscar el arma en el fondo lodoso, sacudiendo la cabeza.

Así no era como había imaginado su primer encuentro.

Desesperada, enfadada y sin aliento, Mabelle se detuvo, escuchando. ¿Qué tan lejos había corrido en su pánico? No había sonidos de persecución. Jadeó al ver su camisa sucia. Se puso el vestido, torpemente ajustando su cinturón, orando fervorosamente mientras su mente corría a toda velocidad. Envolvió el velo alrededor de su cabeza y tiró los extremos sobre sus hombros.

Supo en cuanto el nombre de Antoine salió de su boca que se había equivocado. El fornido atleta ante ella era más alto y mayor que Antoine. Los ojos de Antoine eran verdes, no azules como el hielo, como los que la quemaban.

El miedo y la vergüenza ardiente subieron por su espalda. Gimió al recordar cómo había quedado mirando boquiabierto al gigante de hombros anchos y cabello negro que se había levantado de un salto para ponerse de pie ante ella, como un caballo pura sangre. No estaba desnudo, pero bien podría haberlo estado.

Este era Ram. Este apuesto y rudo caballero era su futuro esposo. La realidad parecía tener mucho más potencial del que había esperado. Ella no había hecho nada malo. Podría haberlo explicado, pero él no le dio la oportunidad.

Su voz airada había retumbado sobre ella como un trueno, erizando el vello de su nuca. Nunca había sentido el más mínimo estremecimiento al acercarse los hombres antes, pero había temblado como una mujer desvergonzada en su presencia. La tormenta de deseo la había arrasado, y por primera vez en su vida, supo lo que era desear a un hombre. Pero luego, como un rayo, se había encendido la claridad y supo, en un momento de lucidez cegadora, que ese orgulloso y arrogante varón a quien había enfurecido y avergonzado era su prometido. Quiso llorar al pensar en lo furioso que estaría por su espada.

Qué asombrosa visión era, con el agua chorreando de su cabello, corriendo en pequeños riachuelos por su ancho pecho, sus bragas mojadas moldeadas a su cuerpo masculino, y los ojos ardiendo de incredulidad mientras ella lanzaba el arma.

No es de extrañar que lo llamen Rambaud le Noir. Pero él pensó que tenía un amorío con Antoine.

Maldita sea, pensó en voz alta y se hizo la Señal de la Cruz. —Es un hechizo que me ha traído al recoger los Dedales de las Hadas. El halcón fue un presagio. Ojalá me salve.

Se dirigió hacia la muralla, medio corriendo, medio caminando, mordiéndose las uñas. Al tropezar con el patio, casi choca con Madame Bonhomme.

La mujer la miró de arriba abajo, fijándose en la ropa de campesina. —Milady, hemos estado buscándola por todas partes. ¿Está usted enferma?

—Non —jadeó—. Estoy bien. Todo está bien. Me quedé dormida en el prado, y ahora estoy retrasada. Voy a vestirme—, dijo, dirigiéndose al vestíbulo—, para la ceremonia.

Sintió los ojos de la esposa del mayordomo clavados en su espalda mientras se alejaba, con las piernas temblorosas.

¿La Decisión Correcta?

La cabeza de Mabelle estaba llena de pensamientos sobre Ram cuando finalmente llegó a su cámara. Había esperado encontrar un momento de quietud y refugio, pero una voz emocionada la sorprendió.

—Al fin —gritó su doncella—. Finalmente, está aquí, milady.

—No será —suspiró ella, tomando aire.

Giselle observó su ropa de campesina y de inmediato comenzó a desvestir a Mabelle.

—Estoy orgullosa de haber sido elegida como su doncella personal. Soy viuda, milady. Mi esposo murió hace muchos años en una escaramuza, luchando por el duque.

Mabelle asintió, escuchando solo a medias, agradecida de que la criada no dijera nada sobre su vestimenta. Una vez desvestida, se metió en la bañera de madera que estaba lista.

Giselle sumergió los dedos en el agua caliente.

—Temía que el agua del baño estuviera demasiado fría.

Esta mujer menuda, con el cabello rojo salpicado de canas, era respetada por toda la casa. Sería prudente no alarmarla.

—Tengo dos hijos adultos, milady. La gente dice que hablo demasiado de ellos, pero son soldados al servicio del duque, y rara vez los veo. Déjeme ayudarla. Tiene hierbas en el cabello.

Pronto, el agua perfumada y el suave parloteo de Giselle sobre sus hijos y sus hazañas calmó a Mabelle, y de sus pensamientos desordenados surgió una certeza. Nadie debía enterarse de lo que había sucedido junto al lago. Mantendría la verdad oculta, y confiaba en que Ram también lo haría. Sin embargo, su agitado corazón estaba en plena confusión. Tal vez nunca tendrían confianza o amistad entre ellos. La rabia, algo con lo que había vivido demasiado tiempo, no era un buen comienzo. Ram quería obediencia. Ella anhelaba amor y aceptación.

Giselle la ayudó a salir de la bañera, tomó la toalla de secado con manos pequeñas y secó a su nueva ama de manera rápida y eficiente. La pequeña criada era ágil, a pesar de su cintura ancha.

La modista llegó para ayudar a Mabelle a ponerse el vestido de boda. Las mangas de la túnica blanca ajustada eran demasiado largas, así que podían subirse para dar un efecto arrugado, que se revelaba de manera bonita con las mangas más cortas del vestido en sí. El dobladillo, las mangas y el escote estaban bordados con bandas ornamentales de flores azules. Ella pasó los dedos por el cinturón de seda bordado que abrazaba sus caderas antes de caer en forma de V hacia su pubis.

—El satén resalta sus curvas, milady —observó la modista con orgullo.

—Milord Rambaud es un hombre afortunado —susurró Giselle con una sonrisa.

Giselle desenredó los nudos del largo cabello de Mabelle, y Bette sujetó el delicado velo opaco sobre la cabeza de su señora, dejándolo caer sobre su rostro. El velo llegaba hasta el suelo. Se le pusieron unas zapatillas de satén en los pies esbeltos. Se sentía hermosa y emocionada.

—¿Cómo es milord Rambaud? —preguntó nerviosa Mabelle, consciente de que la mujer había visto crecer a Ram en el castillo. Había sido una sirvienta leal de la familia Montbryce durante muchos años, sirviendo a la madre de Ram hasta su muerte.

—Ah, milady, esos ojos azules —dijo Giselle, y luego se rio—. Justo como los de mis propios hijos.

Mabelle dio otro gran sorbo del cáliz de vino tinto que Giselle le había traído para calmar sus nervios. Recordaba la ira en esos ojos azules.

Ram había tardado varios minutos frustrantes bajo el agua para encontrar su espada preciada. Su peso y la distancia con la que su prometida había logrado lanzarla la habían clavado en el fondo fangoso del lago. Estaba preocupado de no pisar la afilada hoja. Maldiciendo, la llevó hasta la orilla y se vistió rápidamente, con las manos torpes intentando volver a colocar sus bragas mojadas. Corrió hacia su caballo, se puso el casco sobre el cabello mojado, montó y galopó hacia el castillo, con su mente ocupada con la imagen de la hermosa enojada arrojando la espada.

—Milord —gritó el mozo de cuadra, cuando él pasó la entrada del castillo a toda velocidad. El muchacho tomó las riendas, sujetando la espada mientras Ram le entregaba la empuñadura.

—Seca mi espada de inmediato. No quiero que se oxide. Luego ponle el cuero aceitado, pero no demasiado.

—Sí, milord —respondió el joven. Su ceño fruncido traicionaba su curiosidad sobre cómo aquella magnífica espada se había mojado y ensuciado.

Ram subió las escaleras de dos en dos hacia su habitación. Mabelle no era lo que él esperaba. La imagen que había visto llenaba su cabeza. Había perdido la compostura, enfurecido por la mención del nombre de Antoine y su propia vergüenza. Se había imaginado a una huérfana, una vagabunda. Su futura esposa era una mujer de increíble belleza y quizás profunda pasión. Realmente había sido hechizado, acusándola más o menos de ser una cortesana. No era de extrañar que ella estuviera enojada.

Pero tendría que aprender a ser obediente. Así es como funcionan las cosas. No quería una esposa que lo mirara desafiante, ¿verdad? ¿Una mujer lo suficientemente valiente como para empujarlo al agua? Todo había sido un gran error.

Vaillon había preparado su ropa de boda. El criado levantó las cejas cuando Ram se despojó de sus bragas mojadas y se metió en la bañera que había preparado.

Se frotó el cuerpo rápidamente, luego saltó fuera y se secó vigorosamente. Esperaba que frotarse ayudara a secar su cabello. Cuando estuvo listo para vestirse, Vaillon recogió las bragas mojadas y lo miró con curiosidad.

—¿Milord?

—Fui a nadar —murmuró él.

Pronto, vestido con unas medias pálidas y un jubón negro largo con bordes de oro sobre una camisa de lino crema, pensó que se veía presentable. Vaillon le ajustó sus mejores botas de cuero negro.

—Hmm —murmuró Ram, pasando la mano sobre el escudo bordado en el jubón. Su dedo recorrió el lema en latín—. Fide et Virtute. Es un buen lema. Fidelidad y Valor. Espero no hacer nada que lo deshonre hoy.

Vaillon ajustó una capa corta negra sobre los hombros de Ram, la abrochó al cuello y peinó su cabello con un peine de madera. Cepilló el jubón de su amo y, luego dio un paso atrás. Después de una inspección minuciosa, anunció que estaba satisfecho con el aspecto de su señor.

Pero Ram ya había tomado una decisión. Había demasiadas cosas que le molestaban sobre este arreglo. Necesitaba hablar con su padre.

El muchacho del establo llegó con la espada restaurada. Ram acababa de enfundar el arma cuando un suave golpeteo en la puerta anunció la llegada de Hugh y su padre.

—Todo está listo, hijo mío. Deberías estar en la puerta de la capilla antes de que llegue tu prometida. No he tenido oportunidad de hablar contigo hasta ahora. Espero que seas tan feliz como tu madre y yo lo fuimos juntos. Mabelle ha tenido una vida difícil, pero estoy seguro de

que podrás borrar la memoria de esos años para ella. Vamos.

Se abrazaron. Ram se maravilló que su padre compartiera algo tan íntimo sobre su relación con su madre muerta, triste por saber cuánto la extrañaba. Nunca había escuchado esas palabras de su padre, y se preguntó cómo Mabelle había logrado llegar al corazón de su padre.

Hugh estrechó su mano y sonrió mientras le daba un breve abrazo. —Este es el momento, hermano. Ya no hay vuelta atrás.

—Sobre eso, mon père, ¿una palabra, por favor? Hugh, busca a Antoine.

—Pero él te espera en la puerta de la capilla.

—Busca a Antoine y tráelo aquí.

El corazón de Mabelle latía fuertemente en sus oídos. Su rostro se sentía sonrojado. Estaba segura de que se veía hermosa con su ropa de boda y esperaba impresionar a su prometido y que eso compensara el incidente en el lago.

—Deja de comerte las uñas —dijo la voz grave e impaciente de su padre, que apresuraba a su hija hacia la puerta de la capilla.

Ya no había vuelta atrás, aunque había estado tentada a cancelar todo, convencida de que la discordia no era un buen comienzo. Iba a casarse con un hombre arrogante a quien había enfurecido, un hombre que había despertado en ella sentimientos que nunca había conocido, un hombre hermoso.

Su respiración se detuvo en su garganta seca al doblar la esquina. Sus ojos se encontraron con la inesperada visión del Comte de Montbryce, de rostro pétreo, con la mano en la empuñadura de su espada, con sus tres hijos detrás de él.

¿Será que están molestos por mi tardanza?

Antoine mordía su labio inferior, su rostro retorcido por la ira.

Hugh se rascaba la cabeza, concentrado en sus pies.

Ram se veía impresionante con su jubón y capa negros, pero su expresión era inquebrantable. Sus piernas estaban firmes, los hombros cuadrados, listo para la acción, con los ojos fijos en Guillaume de Valtesse. Oyó a su padre maldecir en voz alta mientras alcanzaba su espada.

No escuchó exactamente lo que dijo el Conde Bernard, no lo necesitaba. Los únicos sonidos que llegaron a sus oídos fueron el agudo y metálico lamento de las espadas al ser desenvainadas y su propio grito angustiado —Non, Papa. No lo mates, por favor, no lo mates.

Luego se desmayó.

Cuando Mabelle apareció a la vista fuera de la capilla, Ram quiso retractarse de todo lo que le había dicho a su padre sobre la necesidad de posponer la ceremonia. No estaba seguro de por qué había pedido algo así. La expresión de anticipación nerviosa en su hermoso rostro se transformó en una de absoluta consternación. Su estómago se contrajo. Apartó la mirada para concentrarse en su volátil padre.

Cuando Guillaume desenvainó su espada, los hermanos de Ram respondieron, liberándolo para que pudiera adelantarse y atrapar a Mabelle cuando se desmayó. La levantó en sus brazos, lleno del impulso de suplicarle perdón.

Mirándole como si tuviera dos cabezas, Giselle levantó el velo arrastrado y lo desabrochó del cabello de Mabelle. Sus cabellos cayeron libremente, lo que despertó en él el deseo de pasarle las manos por los rizos dorados. Su prometida se sentía liviana en sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho, pero su corazón estaba pesado. Lo que había hecho la volvería en

su contra. La deseaba con una intensidad que lo sacudía, pero apartó ese dolor. La gloria y la riqueza lo llamaban.

Ánimos Alterados

Ram dejó a Mabelle a regañadientes al cuidado de Giselle. Tenía que dar una explicación, aunque no sabía exactamente qué decir...

Sin previo aviso, se encontró con su padre y con un muy enfadado Guillaume de Valtesse. Ram lamentaba haber decepcionado a su padre, pero la furia del otro hombre le erizó los pelos.

—Has avergonzado a mi hija, Rambaud de Montbryce —gritó Valtesse, escupiendo saliva sobre el rostro de Ram—. He matado a hombres por menos. La dejaste plantada en la puerta de la capilla. Tendré que enviarla a un convento.

Ram se limpió la cara, intentando mantener la calma.

—No la he dejado plantada. Estoy pidiendo una postergación, un tiempo para prepararnos para este paso tan importante. Pronto me iré a la guerra y no es justo...

Guillaume levantó las manos al aire.

—¡Basura! Muchas mujeres enviarán a sus hombres a pelear.

Ram pasó los dedos por su cabello, con la otra mano aún sobre la empuñadura de su espada.

—Pero Mabelle y yo nos conocimos hoy.

Guillaume resopló despectivamente.

—Muchos nobles se conocen con sus esposas por primera vez en la puerta de la capilla.

Ram retiró la mano de su espada y abrió los brazos en un gesto conciliador.

—Necesito más tiempo. ¿No me lo concederás?

Guillaume se dio la vuelta y comenzó a alejarse.

—No, el compromiso se cancela y ella debe ir a un convento.

La amenaza dejó a Ram sin palabras. Su prometida tan viva y enérgica se marchitaría y moriría en un convento.

Su padre intervino. Miró a su heredero mientras hablaba.

—Querido Valtesse, todos, incluyendo a mi hijo, sabemos que este matrimonio beneficiará a los Montbryce, a tu familia y a Normandía. ¿Importa si se celebra ahora o en el futuro, siempre que se celebre? Estamos al borde de la guerra. Ram es uno de los consejeros más cercanos del duque. Quizá tenga razón al no querer distraerse con una nueva esposa en este momento. No sería justo para Mabelle, ni para nuestro duque. Y si la envías a un convento, la Iglesia heredará tus tierras.

Este último argumento pareció resonar en Valtesse. Tras caminar de un lado a otro durante varios minutos, aceptó la postergación.

—Me llevaré a Mabelle a Alençon.

Ram no podía dejarla ir.

—No, ella se quedará aquí.

Su rotunda negativa sorprendió claramente a su padre, y temió que Valtesse perdiera de nuevo los estribos, pero el hecho de que no continuara la discusión fue prueba de que el señor ya no quería cargar con su hija.

Ram sintió que el noble estaba a punto de capitular.

—No podemos conocernos si ella está en Alençon. Aquí estará bajo la supervisión de una dama de compañía y no se sentirá avergonzada. Yo me encargaré de lo que haga y de con quién se vea.

Antes de que Valtesse pudiera objetar, Ram se dio la vuelta y se alejó.

Él No Me Desea

Mabelle prefería permanecer en un estado de aturdimiento. Así no había lágrimas. Cuando estaba despierta, estas llegaban sin ser invitadas y no podía dejar de sollozar, a pesar de los mejores esfuerzos de Giselle por consolarla. Durante dos días no pudo hablar de su humillación. Luego, sólo podía tartamudear:

—Él... él... no... no me quiere.

Giselle se sentó al borde de la cama y acarició el cabello de su señora.

—Él está conflictuado, milady. A los jóvenes no les gusta apresurarse al matrimonio.

Mabelle negó con la cabeza.

—Él... él... no... me quiere.

Giselle suspiró.

—Milord Rambaud no es un hombre cruel. Es una postergación.

Mabelle sonó su nariz.

—Él... no... me... quiere... igual que mi padre.

—Pronto habrá guerra con Harold de Inglaterra. Milord Rambaud debe concentrarse en su deber con Normandía.

—Pero él no me quiere.

Un ataque de hipo siguió a esta exclamación.

Giselle continuó acariciando el cabello de su señora.

—Non, eso no es cierto, milady. Él ha venido varias veces al día a preguntar por usted. La cargó cuando se desmayó. Conozco a milord desde que era un niño. Él se preocupa por usted.

Mabelle se recostó contra el respaldo.

—Me abandonó en la puerta de la capilla. Ojalá, mi padre lo hubiera matado.

—Calle, milady. Sabe que eso no es cierto. Debe comer algo. Eso mejorará su ánimo.

Mabelle negó con la cabeza.

—No puedo comer. Me voy a enfermar.

Giselle se levantó y fue a buscar una copa.

—Entonces beba, un sorbo de cerveza.

Tras otro día, Mabelle aceptó a regañadientes el caldo, pero se negó a salir de la cama. En los años que había vagado con su padre, nunca había conocido tal humillación. Se había permitido tener esperanzas, sentir algo, y Ram de Montbryce la había pisoteado. Le desagradaba. Nunca sentiría nada por ella, y, sin embargo, todavía lo deseaba, no podía sacar de su cabeza la imagen de él en el lago.

Finalmente, Giselle la convenció para que tomara un baño relajante. Se sintió mejor con el cabello lavado, pero cuando la criada buscó entre sus ropas un vestido adecuado, vio el vestido de novia y exclamó en voz alta:

—Deshazte de él. Nunca quiero verlo otra vez.

Ram chocó con Giselle mientras salía de la habitación sosteniendo el vestido de novia de Mabelle. Cruzó los brazos y frunció el ceño. Ella apretó más el vestido contra su cuerpo y se dio la vuelta.

Él tocó la tela.

—No te preocupes, Giselle. Entiendo su odio por el vestido.

—¿Lo ha oído, milord?

—Oui. —Se pasó las manos por el cabello—. No pensé que estuviera tan molesta.
Giselle resopló.

—Es una mujer, milord, una mujer que rechazó en la puerta de la capilla. ¿Cómo imagina que se siente?

Ram se irritó.

—Ella tendrá que acostumbrarse a mí. Es muy testaruda.

Giselle resopló.

—¿Y cómo lo sabe? Sólo pasó dos minutos con ella, y estuvo desmayada la mayor parte de ese tiempo.

Él miró hacia otro lado, dándose cuenta de su error.

—Quiero decir, por lo que entiendo... por lo que Antoine me ha contado.

Ella frunció el ceño.

—¿Antoine? Él tampoco la conoce.

Ram esperaba que eso fuera cierto. Había sido reacio a abordar el tema con su hermano y no le gustaba que esta desconfianza estuviera entre ellos. ¿Había estado ella esperando a Antoine en el prado? Él y su hermano siempre habían tenido una relación cercana, compartiendo todo. Pero no quería compartir a Mabelle.

¿Por qué ella despierta en mí tan fuertes sentimientos?

Había reaccionado mal en el lago, pero su belleza y su estado de desnudez lo tomaron por sorpresa. Ahora tartamudeaba, impulsado por la necesidad de justificar sus acciones ante esta criada que lo conocía bien y que se preocupaba por él.

—Me dicen que monta su yegua por toda la finca, montada a horcajadas. Este no es el comportamiento de una futura comtesse. Debe comportarse de manera adecuada, algo que evidentemente no le han enseñado. Debe aprender a ser una Montbryce.

—Pero su yegua es uno de sus pocos placeres, milord.

Él insistió.

—Sin embargo, cuando se recupere, hablaré con ella. Llegaremos a un entendimiento sobre quiénes son las voluntades y los deseos que gobiernan un matrimonio. Necesito obediencia.

Giselle lo miró fijamente, con la boca abierta.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —gritó él a su espalda mientras ella se alejaba a grandes zancadas.

Arrepentimiento

Pasó una semana antes de que Mabelle aceptara comer en el Gran Salón con los demás. Ram se estremeció al ver su rostro infeliz. La chispa había desaparecido de sus ojos, y mordía nerviosamente su labio inferior. Parecía cansada e incómoda, pero su hombría se endureció al verla.

Esta mujer nunca deja de provocarme.

Le tomó la mano e indicó el asiento junto a él.

—Siéntate aquí, conmigo.

Ella no retiró la mano, pero sus dedos estaban rígidos.

—Ese no es mi lugar, milord —respondió con frialdad—. No soy su esposa. No tengo derecho a sentarme en la mesa principal.

Él apretó su agarre, atrayéndola hacia el asiento.

—Sigues siendo mi prometida. Por favor, obedéceme y siéntate aquí.

Ella alzó la barbilla y lo miró a los ojos. Un destello cambió el cálido marrón de sus ojos, rico como la tierra de su suelo natal, a un brillo furioso, y él recordó su reacción en el lago ante la mención de obediencia.

Bien, el fuego ha vuelto a sus ojos.

Ella retiró su mano, se sentó con calma, la espalda rígida, las manos cruzadas en su regazo. De repente, Ram echó de menos el calor de su piel, pero resistió el impulso de tomar ambas manos, presionarlas contra su rostro y besarle las palmas.

Ella lanzó una mirada a Hugh y Antoine, sentados más allá en la mesa, y sonrió. Ambos le devolvieron la sonrisa, pero Antoine le guiñó un ojo, lo que hizo que Ram sintiera punzadas de celos atravesándole. Quiso levantarse y golpear a su hermano contra el suelo. Tratando de controlar su temperamento, se giró para hablar con Mabelle, ignorando las risitas apenas contenidas de Hugh.

—Me alegra verte recuperada.

Ella encogió ligeramente los hombros y negó con la cabeza.

—Nunca me recuperaré.

No había ira en su voz, solo resignación, y él lamentó ser la causa. Colocando las manos firmemente sobre sus rodillas, se inclinó ligeramente hacia ella y ofreció:

—Permíteme explicarte mis acciones. Tal vez entonces no pienses tan mal de mí.

Ella miró hacia las vigas del techo.

—Soy toda oídos, milord.

Ram luchó contra el impulso de decirle que no debería tratarlo con tanto sarcasmo.

—Solicité un aplazamiento. Nos casaremos cuando yo sienta que es el momento adecuado.

—¿Y cuándo será eso, milord?

Es una potrilla rebelde.

La idea provocó que la sangre le subiera rápidamente a su virilidad. Aclaró su garganta. —Me iré a luchar a Inglaterra. El duque cuenta conmigo. Hasta entonces, tú y yo podemos conocernos mejor, quizás reparar algo de la desconfianza, llegar a un entendimiento.

Ella se volvió a mirarlo. —¿Un entendimiento de qué?

Ella me mira directamente a los ojos cuando me provoca.

Volvió a toser, frotándose brevemente el dedo índice sobre el labio superior. —Bueno, sobre ciertos estándares, códigos de comportamiento para una futura condesa.

Ella apartó la mirada. Incluso para sus oídos, sus palabras sonaban insensatas, pero no podía evitar seguir hablando. Esperó, con la esperanza de que ella volviera a mirarlo con esos ojos tan

perturbadores. Cuando ella volvió a mirarlo, él sostuvo su mirada, queriendo asegurarse de que supiera que estaba decidido. Sus ojos se encontraron. ¿Podría ella darse cuenta de que una ola de calor lo había invadido? Podría ahogarse en esos ojos marrones. —Tenemos que hablar sobre tu yegua.

Ella bajó sus largas pestañas y miró hacia otro lado, sintiendo cómo se tensaba a su lado. Aun así, continuó. —No puedo permitir que vayas a montar sola por todo el dominio.

Ella lo miró de nuevo, clavándole la mirada. —¿Por qué no?

Otra vez me cuestiona. Mantén la calma.

Respiró hondo. —Montas a horcajadas. No es decoroso. Y no es seguro.

Ella se levantó. —Perdone, milord. Como ha dicho, no soy una mujer decorosa. Quiere privarme de mi único placer. Ya no puedo quedarme aquí.

Él se puso de pie, empujando su silla hacia atrás tan abruptamente que cayó al suelo con un estrépito. —Mabelle...

Pero ella se marchó, la cabeza alta, la espalda rígida, y él no tenía intención de avergonzarse más frente a sus hermanos sonrientes.

Su único placer.

El desafío en esos ojos ardientes llevaba consigo la promesa de pasión, y él deseaba desesperadamente ser el que le mostrara muchos otros placeres.

Intervención Discreta

—Milady, parece molesta —observó Giselle una semana después, cuando Mabelle irrumpió en su habitación una vez más, cerrando la puerta de un golpe con ambas manos.

Mabelle se giró rápidamente, con los hombros agitados. —Tú amas a mi prometido como a un hijo, pero él es lo más irritante...

—Es un hombre, milady.

Mabelle caminó hacia su cama, tocándose la frente con los dedos. —Pero quiere controlar todo lo que hago. Primero me prohíbe montar a mi yegua. Eso no es un comportamiento propio de una comtesse. Luego fue cómo me visto. Después, me prohibió expresar mi opinión sobre el conflicto con Anjou. Me regañó cuando le conté lo que oí a la gente decir sobre el duque en el castillo de Arques.

Se sentó al borde de la cama. Giselle se sentó junto a ella, le rodeó los hombros con un brazo y tomó su mano. —Rambaud quiere vivir a la altura de lo que él ve como las expectativas de su padre. Cree que el matrimonio de sus padres fue dominado por su padre, y para el mundo exterior lo fue. Pero te puedo decir otra cosa. El conde respetaba a su esposa y nunca tomaba una decisión importante sin consultar su opinión. La visión de Rambaud es que las mujeres son para, bueno, la obediencia. Y para la cama... y para engendrar herederos, pero él cambiará, como su padre lo hizo.

Mabelle apoyó la cabeza en el hombro de Giselle y se sonrojó. —No creo que el problema sea la cama. Tengo que admitir que parece que nos atraemos mutuamente de esa manera. Cuando me mira con esos ojos azules sorprendentes, quiero rendirme, ser obediente, estar de acuerdo con todo lo que dice. Y él sabe el poder que tienen esos ojos para hacer que una mujer haga cosas tontas. Su voz es como el ritmo de un tambor de tabor que resuena en mí.

Se sonrojó y se detuvo, jugando con la manga de su vestido, temerosa de haber traicionado demasiado de sus sentimientos intensos. Se levantó de la cama y se sentó en una silla. —Anhele tener un hijo al que pueda amar. Pero lo que Ram quiere es dominio.

Giselle masajeó los hombros de su dama. —Es un soldado, milady. Sobre todo, es un guerrero. Pero es ambicioso y los hombres así creen que deben controlar a todos. Su vida ha girado en torno a la disciplina.

Mabelle apoyó la cabeza en su mano. —Pero no puedo estar todo el día sin hacer nada. Si voy a ser comtesse, necesito aprender cosas sobre el castillo, las tierras, el mundo. Ram no me dejará hacer nada de eso.

Giselle se arrodilló frente a su señora. —Rambaud es un buen hombre, milady. A veces, los hombres se rebelan cuando piensan que los han obligado a casarse, aunque sus corazones les digan que es lo que quieren. Sienten que deben afirmar su autoridad. Rambaud nunca ha sido cruel ni irracional. Llegará a ver que no es una amenaza, pero debe hacerle ver que puede ayudarlo a lograr sus ambiciones.

Mabelle movió la cabeza de un lado a otro mientras Giselle se levantaba de nuevo y amasaba los músculos tensos de su cuello. —¿Cómo se complicaron tanto las cosas? Quiero un esposo que me ame por lo que soy, que me deje ser yo misma.

—No pierda la esperanza, milady. Algún día, Rambaud de Montbryce será ese hombre. Ayúdelo a crecer.

Mabelle colocó su mano sobre la de la doncella. —Gracias al Cielo que te tengo. Me sentiría sola aquí sin tu guía.

—Pareces molesto, mon fils—comentó el conde Bernard a Ram cuando irrumpió en el

solar, cerrando la puerta de un golpe. —Es el segundo golpe fuerte que se oye en el castillo esta noche.

Ram se giró bruscamente. —Esta mujer con la que quieres que me case es insufrible. Es voluble.

Su padre sonrió. —¿Quieres que te case? Siéntate. ¿Qué ha hecho ahora?

Ram se sentó, pero al borde de la silla. —La aprecias mucho, mon père, pero debe aprender a ser más obediente.

Para su disgusto, su padre hizo un gesto de exasperación con los ojos.

—¿No la encuentras agradable?

—Me complace tanto que no puedo controlar mi excitación cada vez que estoy cerca de ella.

Se levantó de nuevo y comenzó a caminar de un lado a otro. —Oui...eh...me complace...estoy de acuerdo...pero...

Su papá extendió las piernas y cruzó los pies a los tobillos. —¿No la encuentras inteligente?

—Oui...muy...pero...

—¿Preferirías una esposa tonta?

—Bueno...non...

—¿No es hermosa?

Ram se dejó caer de nuevo en la silla. —Es deslumbrantemente hermosa, pero, por ejemplo, es mi derecho decidir qué se hará con Alensonne cuando su padre muera, ¿no?

Su padre se levantó, caminó hasta la chimenea y miró las llamas. —Alensonne es su derecho de nacimiento, Ram. Es cierto que es parte de su dote, pero ella creció allí. Perdió ese hogar infantil cuando era una niña. —Se giró para enfrentar a su hijo. —¿Por qué quieres privarla de opinar sobre lo que sucederá con él?

Ram no tuvo respuesta. Se levantó de nuevo y reanudó su paseo, los brazos cruzados sobre el pecho. —No lo había visto de esa manera.

Una mano reconfortante se posó sobre su hombro. —Mabelle no es una amenaza para ti, a menos que tú la conviertas en una. Ha sobrevivido a peores tiranos que tú, y es astuta. Si la quieres de tu lado, necesitarás ser más sutil, apreciar más sus talentos y opiniones. Si no lo haces, ella encontrará la manera de lograr lo que quiere, a pesar de ti.

—Será una mejor aliada que enemiga. Ha escuchado chismes en castillos de toda Normandía y puede tener una mejor idea de los sentimientos de la gente que incluso nuestro duque. Mabelle es una rosa exquisita y las rosas tienen espinas, pero toleramos el pequeño dolor que nos causan para que su belleza embriagadora enriquezca nuestras vidas.

Consideró la sabiduría de las palabras de su padre, pero el cambio nunca es fácil. —Supongo que podría consentirla un poco más.

Esperando en la galería, el conde Bernard saludó a la doncella de Mabelle cuando llegó puntualmente a su cita. La mujer había trabajado para su familia durante la mayor parte de su vida y confiaba en ella implícitamente. Negó con la cabeza cuando ella hizo una reverencia. —Por favor, siéntate, Giselle. ¿Cómo está tu señora?

Ella se acomodó en la silla tapizada, con los pies colgando fuera del suelo. —Como ha estado durante las últimas dos semanas. Está frustrada con la insistencia de milord Rambaud en la obediencia.

Él negó con la cabeza. —Y mi hijo sigue quejándose de su volubilidad.

—Milady ha aceptado ser menos confrontativa, intentar hacerle entender que puede ser un

apoyo para él y no una amenaza.

Bernard soltó una carcajada. —Y Ram ha aceptado ser más indulgente. Por supuesto, no dijo nada acerca de su antigua amante, pero he oído que ella tiene otro protector.

Giselle arrugó la nariz. —Ah, oui. No creo que él haya tenido nunca sentimientos por Joleyne.

—Ni ella por él.

Hubo un silencio entre ellos, y el conde Bernard percibió su vacilación, pero conocía bien a esta mujer pequeña. Tarde o temprano diría lo que tenía que decir.

—Espero que mi consejo para ella sea el correcto. Soy solo una sirvienta, pero quiero a milord Rambaud como si fuera uno de mis propios hijos y no quiero verlo destruir sus perspectivas de matrimonio con esta joven inteligente.

Bernard asintió. —Me alegra que ella te tenga como confidente. Mi querida esposa confiaba en tu buen juicio, al igual que yo. Eres mucho más que una sirvienta.

Giselle inclinó la cabeza. —Merci, milord.

Satisfecho de oír que había algún progreso, se levantó y le ofreció la mano para ayudarla a levantarse de la silla. —Espero que mi hijo pronto entienda que el amor y el respeto son los que unirán a Mabelle a él, no la indulgencia. Ella es el tipo de mujer cuyo apoyo Ram necesitará en los tiempos turbulentos que se avecinan. Tú y yo no siempre estaremos aquí para guiarlos.

Giselle indicó su acuerdo. —Quizá algún día vean cuán afortunados son de tenerse el uno al otro.

Él soltó una risa. —Podemos esperar, y quizás continuar con nuestra discreta intervención.

La sirvienta estaba a punto de irse, pero se volvió para mirarlo. —¿Alguna vez tiene la sensación de que hay algo más entre ellos?

Él frunció el ceño. —¿Como qué?

—No estoy segura. Tengo la sensación de que algo ocurrió la mañana en que iban a casarse. Tal vez lo esté imaginando.

Ella Sabe Lo Que Vale

Al día siguiente, cuando los primeros rayos dorados del amanecer iluminaban el cielo, Mabelle se deslizó hacia los establos, ensilló su yegua rápidamente, una habilidad adquirida por necesidad y aprendida desde joven, y salió al galope hacia los campos.

—¡Sibell! —exclamó alegremente mientras la yegua levantaba la cabeza. Animó al caballo a un trote por el prado y se dirigió hacia los huertos de manzanas. El viento levantaba su cabello y hacía ondear su capa. Exultante, ella levantó la cabeza y rio de alegría—. Te he echado de menos, pequeña. Galopemos hasta llegar a los árboles. No podemos permitir que un noble autoritario se interponga entre nosotras y nuestra diversión, no importa lo ocupadas que estemos con él.

Una vez en los huertos, desmontó y condujo el caballo por las riendas, inhalando los aromas de la primavera tardía, recordando con tristeza la última vez que estuvo en los bosques más allá de los huertos.

—Estoy confundida, Sibell. No puedo dejar de pensar en Ram de Montbryce, pero tengo miedo de confiarle mis sentimientos. Me pongo nerviosa cada vez que estoy con él, no puedo pensar con claridad.

Sibell relinchó y levantó las orejas. Mabelle miró a su alrededor nerviosa. ¿Había sentido el caballo la presencia de alguien? Al no ver a nadie, se calmó.

—Es bueno estar fuera del castillo por un rato. Siento la presencia de Ram en todos lados allí. Es un hombre complicado. ¿Alguna vez lo entenderé? ¿Alguna vez él me entenderá?

Ram había pasado la mayor parte de la noche dando vueltas en la cama, el descanso que usualmente disfrutaba en su propia cámara lo eludía una vez más. Los pensamientos sobre los generosos pechos de Mabelle y su hermoso cabello seguían invadiendo su mente. Si hubiera seguido adelante con el matrimonio, ahora mismo estaría succionando sus pezones, envolviendo sus dorados cabellos alrededor de su cuerpo, aprisionado por el agarre de esas largas piernas, mientras sumergía profundamente...

Abandonando cualquier esperanza de dormir, se levantó en la oscuridad antes del amanecer, se puso una camisa de lino, se ató el cabello con un cordón de cuero y se puso pantalones y botas. Subió a los muros del castillo al salir el sol, esperando que el aire fresco despejara su mente. Mirar sobre los terrenos de su familia le dio una sensación de paz. Pero se tensó cuando vio a un jinete desconocido trotar fuera del patio, saludando a la guardia.

¡No puede ser!

Observó incrédulo cómo la yegua trotaba y luego pasaba a un galope completo, dirigiéndose hacia los huertos. La capa de Mabelle ondeaba tras ella y el viento azotaba su cabello color trigo como una bandera ardiente, liberando sus largas piernas de las faldas. Recordó la última vez que vio su cabello ondeando detrás de ella, hasta su trasero, cuando ella huía de él en el lago. Ella miró por encima del hombro por un momento, mostrando la sonrisa traviesa en su rostro iluminado por el sol. Luego giró de nuevo y se inclinó hacia adelante, una con el caballo.

Es magnífica.

En menos de cinco minutos, ya estaba montado sin silla en Fortis, persiguiéndola. Una vez en los huertos, avanzó más despacio, siguiendo su rastro. Este lo condujo hacia el bosque, y sospechó que se había dirigido al lago. Desmontó y avanzó con cautela, confiado en que el caballo permanecería donde estaba.

Ella estaba sentada en una roca, cerca de donde él la había encontrado por primera vez, dándole algo de comer al caballo, cantando palabras suaves.

Se congeló.

Ella lucía tranquila y feliz, con sus cabellos enmarañados cubriendo sus hombros cubiertos por la capa.

Deseaba hundir su rostro en su cabello, inhalar el intoxicante aroma que era peculiarmente de Mabelle.

Ella metió un mechón de cabello detrás de su oído, y él se imaginó recorriendo con sus dedos el borde de esa delicada oreja, tomando su cabeza entre sus manos y acercando sus labios a los de ella. Se detuvo, temeroso de que el caballo lo percibiera. Ella ajustó la capa a sus hombros y miró a su alrededor, mirando entre los árboles. ¿Había sentido su presencia? ¿Conocía su aroma como él conocía el de ella?

¿Está planeando cómo librarse de mí?

¿Por qué estaba decidido a negarle este simple placer? ¿Por qué sentía esa necesidad de control?

Ella se quedó sentada un buen rato, riendo mientras el caballo la empujaba, pidiendo otro bocado. Ram deseaba poder hacerla reír. Quedó absorto observándola y cuando ella se levantó de repente, lo sorprendió. Ella lo vio. Odió el destello de miedo que cruzó su rostro cuando se detuvo, buscando una vía de escape.

—No tengas miedo, Mabelle —dijo suavemente mientras se ponía de pie y le extendía las manos—. Nunca te haré daño.

—Milord. —Ella bajó la cabeza brevemente y luego lo miró directamente a los ojos—. Tiene la costumbre de observarme en los bosques. — Sus ojos recorrieron su camisa de lino y sus pantalones ajustados, y su boca se abrió. Él se sintió devorado, y eso lo excitó. Lentamente, enrolló las mangas de su camisa hasta los codos, se preparó, se quitó el cordón del cabello y puso las manos en sus caderas.

—Te pedí que no montaras, Mabelle.

Ella miró al suelo.

—Lo hizo.

—Y aquí estás, desobedeciéndome de manera voluntaria.

Ella se encogió de hombros y lo miró fijamente.

—Soy voluntariosa, como usted ha dicho muchas veces. No estoy hecha para ser comtesse. Debería liberarme de nuestro compromiso para que pueda buscar otro marido que piense que mi dote es adecuada.

Mi padre tenía razón. Ella es astuta y sabe lo que vale.

Él avanzó hacia ella. El orgulloso levantamiento de su barbilla indicaba una determinación de no mostrar nerviosismo. Ella metió el mechón errante detrás de su oreja, sin apartar la vista de él. Su valentía lo excitó. Quería tocarla, abrazarla, pero ella se estremeció cuando puso las manos en sus hombros. Sus pestañas temblaron y cerró los ojos, pero no se apartó como él temía.

—Mabelle, me haces perder la paciencia, pero encuentro que ansío tu compañía, el toque de tu mano en la mía. Quiero saber cómo se sentirán tus labios cuando se abran hacia mí.

Su rostro se sonrojó y el calor recorrió su cuerpo. Sintió su temblor.

—Por favor, no se burle de mí, milord.

—Mi nombre es Ram —susurró, atrayéndola hacia él. Su columna se tensó. Su boca sensual lo atraía. ¿Serán cálidos o fríos sus labios? ¿Cómo sabrán?

—Me excitas, Mabelle. Eres mi prometida, pero nunca nos hemos besado.

Rozó sus labios con los de ella. Su calidez húmeda hizo que su piel se estirara. Ella apartó su boca de la suya, pero él la mantuvo contra él, con sus brazos alrededor de sus hombros.

—Por favor, no me hagas esto, Ram.

Ella parecía más asustada ahora que cuando pensaba que él estaba enojado. Él la apartó y gruñó.

—¿Estás deseando que sea Antoine y no yo quien te besé?

—Non —murmuró, sacudiendo la cabeza mientras las lágrimas le llenaban los ojos—. ¿Por qué me torturas con esto?

Él la besó de nuevo, más profundamente, su lengua incitándola a abrirse a él. Succionó su labio inferior, lo mordió suavemente y luego pasó su lengua una vez más sobre sus labios, susurrando:

—Abre tu dulce boca para mí.

La lucha pareció abandonar su cuerpo. Abrió la boca y giró su lengua alrededor de la de él. Su profundo gemido resonó en todo su ser. La mano de él se posó en la parte trasera de su cabeza, y sus dedos se deslizaron por su cuero cabelludo. Ella gimió de nuevo y luego succionó su lengua dentro de su boca.

—Mabelle —jadeó él cuando pudo respirar de nuevo—. Sin duda sabes cómo besar a un hombre.

Inmediatamente se arrepintió de sus palabras cuando ella se puso tensa.

—Claro que sé. ¿Lo has olvidado? Soy una ramera.

Su agarre en los hombros de ella se endureció.

—No pronuncies esa palabra. No eres una ramera. No quise decir... ¡aagh! Por los santos, Mabelle, ¿por qué, cuando estoy contigo...?

Sacudió la cabeza y se apartó. Comenzó a pasear, pasándose una mano por el cabello, intentando en vano calmar su excitación.

—Soy un comandante de caballería condecorado, consejero del duque. Un día seré el conde de Montbryce. He enfrentado muchos peligros y, sin embargo, no puedo decir ni hacer lo correcto cuando estoy contigo.

Ella se tambaleó y se apoyó en Sibell, con los ojos cerrados.

—Es lo mismo para mí. He sobrevivido todo tipo de pruebas y tribulaciones, pero tú... me haces... temblar. Nunca... Nunca antes había besado a un hombre.

Su mente luchaba por reconciliar la idea de ser el primero en besarla con lo que sospechaba que era cierto: que ella ya no era doncella. Pero el sabor de ella lo había excitado. La veía vulnerable, apoyada con desaliento contra su caballo. ¿Qué había pasado con la mujer audaz que había visto salir del castillo? Prefería la idea de una Mabelle combativa. Quería reavivar esa llama.

Se dirigió hacia ella, capturó su boca nuevamente y la besó profundamente, con su mano en la garganta de ella, el pulgar acariciando su cuello. Deslizó su lengua por el interior de su boca, sintiendo el calor, las texturas. Ella recibió su lengua en su cuerpo, dándole la bienvenida. Su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración acelerada. Su mano se movió lentamente hacia abajo hasta que cubrió su pecho, levantándolo, sintiendo su peso.

—He deseado sostener tus hermosos pechos desde el momento en que te vi —susurró—. Llenan mi mano.

—Ram... —exhaló ella, mientras él acariciaba su pezón a través de la tela y lo sentía endurecerse. ¿Serían sus pezones claros u oscuros, sus aureolas grandes o pequeñas? Sacudió la cabeza y la apartó suavemente, temiendo perder el control de su excitación.

—Quiero poseerte, pero no aquí, no así. Soy un hombre honorable. Cuando nuestros cuerpos se unan, será en nuestro lecho nupcial. La espera será un purgatorio, pero valdrá la pena.

Es un purgatorio que yo mismo me he impuesto. Ya podríamos estar casados.

—Si Harold no hubiera usurpado el trono inglés, todo habría sido más sencillo. El duque Guillermo estará aquí dentro de una semana para discutir la inminente invasión de Inglaterra. Debo dejar de tocarte, o mis orgullosas palabras no valdrán nada, y te tomaré aquí mismo. Estoy al borde del punto de no retorno. Me inflamas.

Ella jadeó y se tambaleó ligeramente, con la boca, hinchada por sus besos, todavía entreabierta. Parecía aturdida.

Sibell se acercó y empujó a Ram con el hocico.

—Le gustas —susurró Mabelle.

—Ella también me gusta —respondió él con una sonrisa—, y sé que la amas.

Sería algo sencillo concederle esta felicidad.

—Te permitiré montarla, siempre y cuando nunca lo hagas sola.

Al principio pareció molesta, pero luego murmuró:

—¿A horcajadas?

Él dudó. —Si lo deseas.

Ella besó su palma, sosteniéndola contra su rostro.

—Merci, Ram. Significa mucho para mí.

Olas de calor recorrieron su columna.

—Tal vez alguna vez tú y yo podamos montar juntos.

¿He montado alguna vez con una mujer?

—Me encantaría, Ram. A Sibell también le gustará. Le agrada Fortis.

Por primera vez desde que se conocieron, el rostro de Mabelle floreció con una sonrisa. Era increíblemente hermosa. Quería que esa sonrisa se dirigiera a él todos los días de su vida. Algo se tensó en su pecho y tosió para disimular el tumulto que recorrió su corazón, descendió por su vientre y lo invadió.

—Este tema de montar es... estimulante, Mabelle. Deberíamos regresar.

Cabalgaron en silencio hasta el prado, donde Ram detuvo su caballo.

—Perdí la paciencia con lo de Alensonne. No estaba pensando en lo importante que es para ti, para tu infancia. Este castillo, mi hogar, significa todo para mí. Debería haberlo entendido.

—Merci, Ram. A veces soy impaciente. No quise cuestionar tus decisiones.

—Quiero que seamos amigos. —Le apartó un rizo, rozando ligeramente el borde de su oreja con un dedo. Esto envió otra sacudida de deseo a través de él.

—Podemos ser amigos... si hay confianza —respondió ella, y luego instó a Sibell a galopar.

Él permaneció sobre Fortis, viéndola desaparecer en el patio, sacudiendo la cabeza, deseando que fuera a él a quien montara.

Mabelle temblaba de pies a cabeza cuando llegó al patio. Apenas podía desmontar y tuvo que apoyar la cabeza contra Sibell mientras recuperaba el equilibrio. Las emociones que el toque de Ram había despertado en ella eran tan intensas que temía desmayarse.

Si no hubiera sido honorable, si hubiera querido tomarla en el bosque, ¿se habría rendido? Sentía una atracción inexplicable hacia él, pero lo que la mareaba era la idea de que él la deseara.

Al hacerse mujer, había visto a hombres codiciarla. Conocía las señales y había aprendido a ser cautelosa con ellas. Cada gesto de Ram hablaba de deseo, y cuando su cabello espeso y brillante se soltó de la cinta y cayó sobre sus hombros, se perdió.

El calor de sus manos sobre ella había viajado hasta la punta de los pies. Nunca la habían besado, y la intimidad de la lengua de Ram la había sorprendido. Pero, de repente, entendió de

qué se trataba un beso mientras el anhelo crecía entre sus muslos, y su propia lengua se volvía algo fuera de control. Quería succionarlo completamente en su boca, unir sus cuerpos de algún modo. Él sabía a brandy de manzana, y el aroma único de su masculinidad en la barba incipiente de la mañana, ásperamente excitante contra su rostro, la embriagaba.

¿Qué me pasó?

Cuando él se retiró y apartó su cuerpo del de ella, se sintió desolada, fría. No se le escapó que este hombre orgulloso había estado dispuesto a ceder a sus deseos en lo que respectaba a su caballo y su hogar de la infancia. Pero Guillermo llegaría pronto y, por encima de todo, Ram era un guerrero, leal a su duque.

Levantó la vista y lo observó entrar. El sudor perlaba su labio superior y respiraba con dificultad mientras un escalofrío recorría su columna. La había mirado como si quisiera devorarla. El toque de su mano sosteniendo su pecho, el apretón juguetón en su pezón—cuando nuestros cuerpos se unan—la persistente memoria tiraba de lo más profundo de su vientre, haciéndola tambalear nuevamente.

Él me desea. A mí, la inadecuada Comtesse.

Visita deL Duque Guillermo

—Todos en este castillo están en un estado de nerviosa expectación —exclamó Ram a sus hermanos con exasperación, observando la actividad febril en el Gran Salón—. Solo porque el duque Guillermo viene. Ya ha estado aquí antes.

—Pero nunca en una visita oficial y nunca en un momento tan turbulento en la historia de Normandía —replicó Hugh.

Antoine puso una mano sobre el hombro de su hermano. —No te preocupes, Ram. La Cuisinière está al mando, gritando órdenes a las criadas de cocina y a las sirvientas, asegurándose de que todo esté listo para las mejores comidas jamás preparadas en su cocina.

—Madame Bonhomme tiene un ejército de criadas y mozos limpiando cada rincón. Se barren las cámaras, se sacuden alfombras y tapices, se airean cortinas y ropa de cama, se friegan los adoquines.

—Fernand se asegura de que los establos estén impecables, los caballos perfectamente cuidados, los hombres de armas debidamente uniformados y equipados, se izan nuevas enseñas en los mástiles y supervisa todo lo demás de los preparativos. Incluso ha subido a unos muchachos a las vigas de roble de este salón para barrer las telarañas.

Se detuvo un momento, señalando a los pequeños encaramados peligrosamente sobre ellos.

Antoine tenía razón, y Ram se sorprendió gratamente al ver a Mabelle ayudando en todo lo que podía. Parecía disfrutar del trabajo y era amable con todos, excepto con él.

Volvió a centrarse en el asunto que les ocupaba. —Guillermo viene a hablar con nosotros específicamente sobre el futuro. Sin duda nos ordenará acompañarlo a Inglaterra para la invasión y derrocar a Harold. Padre nos ha comprometido a todos a su servicio.

—Estoy seguro de que tienes razón —respondió Hugh, sirviéndose una jarra de cerveza del aparador—, pero creo que te quiere a ti como su mano derecha durante la invasión. Tus recompensas podrían ser generosas.

—Cualquier honor o recompensa que obtengamos será para el avance y la gloria del nombre Montbryce —replicó Ram, consciente de que las observaciones de Hugh probablemente eran acertadas.

Tenía que apartar a Mabelle de su mente y concentrarse en lo importante.

El sol estaba alto en el cielo cuando Guillermo, orgulloso descendiente del vikingo Rollo, primer gobernante de los normandos, llegó a la vista del castillo de Montbryce al frente de una impresionante fuerza de mil hombres bien armados. Sexto duque de los normandos había ostentado ese título desde los siete años. Los gonfalones verdes y dorados con la cruz papal ondeaban al viento constante, creando música para sus oídos. Frunció el ceño y apretó la mandíbula como correspondía a un hombre con una misión.

Los corceles de los caballeros montados tras él resoplaban e iban al paso. Las lanzas y los escudos de la infantería resonaban, y los arqueros marchaban al unísono, con largos arcos a la espalda y flechas recién emplumadas tintineando en los carcajes. Sabía que era una visión imponente, y que sus rasgos leoninos solo añadían al temor y respeto que inspiraba su ejército.

Dejó al grueso de sus tropas acampando en los prados recién segados, los caballeros bajo lona, los hombres de armas a la intemperie. En el patio, él y un pequeño séquito fueron recibidos por todos los hombres de la familia Montbryce arrodillados y las mujeres del castillo en profundas reverencias, con las cabezas cubiertas inclinadas.

—Nada mal para el hijo bastardo de un duque y la hija de un curtidor —rio mientras desmontaba—. Y la prometida de Ram. ¡Qué belleza! ¿Por qué no se ha casado aún con ella?

La noticia de su compromiso lo había alegrado. Aportaría una gran cantidad de tierras estratégicas tanto en Normandía como en Maine bajo el control de los Montbryce.

—No, levántate, conde Bernard de Montbryce. Su familia me ha servido bien, y a Normandía también. No es necesario que me rindan pleitesía. Entremos y disfrutemos de su hospitalidad mientras discutimos cómo darle a Harold una lección que no olvidará pronto.

—Bienvenido, su Gracia —respondió el conde Bernard, levantándose con dificultad con la ayuda de su hijo menor—. Nos honra grandemente. Ram lo conducirá a las cámaras que hemos preparado para usted. Confío en que serán de su agrado.

Más tarde, cuando sus baúles fueron llevados a sus aposentos y sus sirvientes lo bañaron y vistieron, Guillermo descendió los escalones de piedra acompañado de sus caballeros más cercanos hacia el Gran Salón. Se sirvió un festín que sospechaba era más suntuoso que cualquier otra comida servida allí antes.

Los sirvientes impecablemente ataviados con tabardos verdes con el escudo Montbryce eran resplandecientes. Las albóndigas de cordero eran excelentes, y el pollo asado glaseado con huevos, delicioso. Aparecieron tantas cabezas de jabalí multicolores, sostenidas en alto por fornidos mozos, que Guillermo se preguntó si quedaría algún jabalí en los bosques de Montbryce. El plato estrella de La Cuisinière, trucha arcoíris, fue la pièce de résistance, y todos suspiraron al saborear los jugos succulentos de las manzanas doradas al horno, cuyas doradas gotas resbalaban por sus bocas.

El renombrado brandy de manzana Montbryce era un favorito de Guillermo, y lo saboreó mientras observaba a Ram y Mabelle. Inclinandose hacia su comandante de confianza, bromeó:

—Ram, mon ami, me alegra de corazón que tu próximo matrimonio haya sido bien recibido, muy distinto al tormento que causó mi propio matrimonio con mi diminuta Matilde.

—Merci, su Gracia —respondió Ram, aunque no con el entusiasmo que Guillermo había esperado. Se preguntó si había algún problema del que no estuviera al tanto, pero el impulso de repetir la historia de su propio matrimonio pesó más.

Guillermo disfrutó de la comida, convencido de que no encontraría tal banquete en Inglaterra, y envió sus cumplidos a la cocina, especialmente por el plato de trucha.

Observando a Ram y Mabelle, Guillermo vio el fuego en sus ojos cuando se miraban. ¿Reconocían la alquimia que había entre ellos? Lamentaba que la guerra inminente significara una separación para ellos, pero se alegraba de que su amigo Ram hubiera encontrado a su pareja perfecta, aunque aún no lo supiera. Se inclinó para hacer la pregunta que lo había inquietado toda la velada.

—¿Por qué no te has casado con ella, Ram? Pensé que las nupcias estaban...

Su pregunta fue interrumpida por la voz del conde Bernard.

—Su Gracia, en nombre de nuestra familia, mi hijo mayor propondrá el brindis.

Ram se puso de pie con una copa en la mano.

—Su Gracia —comenzó—, nos ha honrado enormemente al visitar nuestro humilde castillo. Es el orgullo de Normandía, y le rendimos homenaje. Deseamos que las bendiciones lo acompañen en su viaje para luchar contra los sajones en Inglaterra, donde ocupará su legítimo lugar como rey. Cada caballero Montbryce hará cuanto esté en su mano para apoyar su causa.

Se giró hacia la asamblea y alzó su copa.

—Compañeros caballeros de Montbryce, levantémonos y brindemos por nuestro amado duque de Normandía, pronto a ser Guillermo el Conquistador de Inglaterra.

—¡Por el duque Guillermo el Conquistador! —El brindis resonó en la vasta sala, seguido de un estruendoso aplauso y golpes de jarras y copas contra las mesas.

Guillermo se levantó para responder.

—Gracias, Ram. Es solo gracias a familias como la de ustedes que Normandía es una gran potencia. Con la ayuda de su familia expulsamos a Enrique, rey de Francia, cuando osó invadir nuestras fronteras.

Con un gesto de su mano, Guillermo señaló al conde Bernard.

—Tu padre se distinguió en la gran victoria que diezmó a nuestros enemigos en Mortemer, y aunque eras apenas un muchacho en la batalla de Varaville, ayudaste a derrotar contundentemente a esos perros angevinos. Del mismo modo castigaremos a estos hijos de daneses que han usurpado el trono que mi primo me prometió. Nuestro legado, allá donde conquistemos, perdurará para siempre. Han prometido muchos caballeros y a vuestros hermanos para nuestra campaña, y se cubrirán de honor y gloria.

El aplauso y los vítores estallaron nuevamente.

—Sin embargo... —Guillermo levantó la mano, y los vítores cesaron, como él sabía que sucedería. Hizo una pausa para asegurarse de que sus palabras tuvieran el efecto deseado—. Sin embargo, hay un Montbryce para quien tengo un honor y una responsabilidad especiales.

Un silencio cayó sobre la gran sala. A Guillermo le encantaban las teatralidades y sabía lo desesperadamente que Ram deseaba acompañarlo en su campaña. Era consciente del orgullo que su valiente y capaz amigo sentía al ser su consejero.

—Tomaré muchos meses construir nuestra flota para invadir Inglaterra. He dejado a Normandía sin gobernar mientras superviso los preparativos. Demasiados se han aprovechado. No puedo preocuparme por los problemas en casa mientras me preparo para enfrentar al maldito Harold el Perjuro.

Un murmullo de acuerdo recorrió la sala.

—Necesito un comandante capaz para terminar mi flota, alguien en quien confíe implícitamente.

Se volvió hacia Ram, sentado a su lado.

—Rambaud de Montbryce, tú eres ese hombre. Supervisarás la construcción de nuestra gran flota y la reunión de hombres, armas, caballos y provisiones. Tus decisiones serán mis decisiones. Tú y tu familia nunca me han fallado. Me han apoyado contra los barones rebeldes que pretendían adueñarse de Normandía, incluyendo a mis propios tíos.

—Sirvieron brillantemente en nuestra exitosa campaña para extender nuestra influencia en Maine hace apenas unos años. Tus habilidades como negociador ayudaron a traer a Harold Godwinson a nuestro alcance cuando naufragó en las tierras de Guy de Ponthieu, sin que pagáramos rescate por él.

Le dio una palmada en la espalda, y las risas y vítores resonaron en la sala.

—Lástima que lo dejáramos ir entonces; no estaríamos en esta situación ahora.

Más risas, aplausos y murmullos de aprobación.

Ram se levantó e hizo una profunda reverencia, con una mano sobre el corazón. Carraspeó antes de hablar.

—Su Gracia, construiré una flota tan poderosa y reuniré un ejército tan grande que infundirá terror en los corazones de los ingleses. El honor que me concede a mí, a mi prometida y a mi familia es humildemente aceptado.

Se volvió hacia Mabelle y le extendió la mano. Ella se levantó e hizo una reverencia.

—Eres afortunado, Rambaud de Montbryce, de tener a una mujer tan hermosa y capaz para

apoyarte en tu formidable tarea. Mes seigneurs et mesdames, un brindis por Mabelle de Valtesse.

El brindis resonó por toda la sala.

—¡Por Mabelle de Valtesse!

La costumbre dictaba que ella respondiera.

—Majestad —comenzó, tragando saliva con fuerza.

Guillermo se sintió complacido y halagado por el exaltado título con el que lo había llamado.

—Majestad, le agradezco desde lo más profundo de mi corazón el honor que ha concedido a mi prometido. Sé que lo servirá bien a usted, a su amada duquesa Matilde y a Normandía.

Alzó su copa, tomó un sorbo, se humedeció los labios y lo miró a los ojos, para luego dirigir una mirada nerviosa a Ram.

El duque de Normandía inclinó la cabeza en señal de reconocimiento; fue afortunado que su manto ducal ocultara su arrebato.

Construyendo La Flota

Durante la mayor parte de los siguientes cuatro meses, Ram estuvo ausente, supervisando la construcción de los barcos. Viajaba a casa siempre que podía y mantenía a su familia al tanto de su progreso, los desafíos y frustraciones. La sorprendente revelación fue gradualmente apareciendo en su mente: era el deseo de ver a Mabelle y compartir estos asuntos con ella lo que lo atraía a casa. Ella estaba a menudo presente cuando los hombres de los Montbryce discutían los preparativos, y él llegó a ver, como su padre le había indicado, que ella era inteligente y pragmática. Sus opiniones a menudo eran imposibles de ignorar.

—Estamos talando los árboles de los bosques alrededor de la ciudad costera de Dives-sur-Mer. Los carpinteros de barcos dan forma a la madera para hacer embarcaciones, armaduras y armas. La construcción estará más o menos terminada en la desembocadura del Dives y luego la flota se trasladará a Saint-Valery-sur-Somme.

—Supongo que eso hará que el cruce sea más corto —comentó Mabelle.

Cuando se emprendió el traslado a Saint-Valery, fue obstaculizado por un clima muy malo y varios hombres se ahogaron. Ram estaba furioso y molesto, temiendo que lo mismo ocurriera cuando llegara el día de la invasión. Fue Mabelle quien lo tranquilizó.

—No te obligarán a lanzar la invasión durante mal tiempo —lo tranquilizó ella.

Durante una de sus visitas, estaban discutiendo sobre el cometa que apareció y permaneció visible durante quince días.

—Guillermo lo ha tomado como un buen augurio. Sus astrólogos declararon que esto presagia la transferencia de un reino. Debo comenzar a reunir caballos.

—¿Vas a llevar caballos? —preguntó ella sorprendida.

—Sí. Guillermo y yo lo hemos discutido con los comandantes y creemos que es esencial llevarlos.

—Tienes razón. ¿Cómo podrías ganar sin tus caballos? La fuerza de Normandía está en sus tropas montadas de élite.

El corazón de Ram se llenó de orgullo al ver que ella reconocía la importancia de su vocación.

En otra ocasión, los hombres estaban sentados alrededor de la mesa en la Sala de Mapas, discutiendo el desembarco en Inglaterra.

—Nos preocupa nuestra llegada a la costa —explicó Ram—. Necesitaremos algún tipo de fortificación, pero eso significará tiempo perdido reuniendo materiales, construyendo y demás.

Ponderaron el problema durante un rato. Mabelle estaba sentada a un lado, sin decir nada hasta que de repente sugirió:

—¿Por qué no construir una fortificación aquí en Normandía y llevarla contigo en piezas?

Ram se frotó la barbilla. Era brillante.

—Qué idea tan intrigante —exclamó Hugh con una sonrisa.

A principios de septiembre, Ram estaba al borde del colapso. Caminaba de un lado a otro en la Sala de Mapas.

—Tengo siete mil hombres y seiscientos noventa y seis barcos listos para partir, sin embargo, hemos tenido que esperar durante treinta y cinco interminables días para que el viento cambiara de norte a sur y llenara nuestras velas cuadradas. La espera me está sacando de quicio.

Se acercó a la silla de Mabelle y se arrodilló ante ella, tomando sus manos entre las suyas.

—Gracias a los santos que te tengo a ti para escuchar mis interminables divagaciones.

Guillermo se está volviendo maniaco con su cruzada y mantener la moral es difícil.

—Los caballos y los hombres deben ser alimentados, y he prohibido el saqueo. Guillermo no quiere que la gente común de Normandía tiemble al ver a sus soldados. Tal vez habría sido más fácil si todos fueran normandos.

Ella dejó de acariciar su cabello, y él inmediatamente extrañó el gesto reconfortante.

—¿Tienes hombres que no son normandos? —preguntó ella.

Él tomó su mano, besó sus dedos y los puso sobre su frente.

—Me duele la cabeza.

Ella le masajeó las sienes con la yema de los dedos. Él soltó un suspiro y se desplomó para sentarse a sus pies.

—Eso se siente bien. Sí. Muchos de ellos son mercenarios, aliados y voluntarios de Bretaña y Flandes. Algunos vienen de otras partes de Francia y otros de lugares tan lejanos como las colonias normandas en Italia. He mantenido una disciplina estricta, pero no es una tarea fácil cuando viejos odios y rencillas resurgen.

Podría quedarme aquí todo el día, dejando que me masajee la cabeza.

Las siguientes palabras de Mabelle lo trajeron de vuelta a la realidad.

—¿El rey Harold sabe que vas?

No quería decirle que los espías les habían informado que Harold había reunido una gran fuerza en la costa sur de Inglaterra para repeler cualquier ataque.

A pesar de la convicción de que era una locura confiar en Ram, Mabelle esperaba sus visitas y las discusiones sobre los preparativos de la invasión con él. Sospechaba que él también estaba sorprendido de la manera en que se desenvolvían fácilmente en un intercambio de ideas. Nunca había tenido una relación así con un hombre y no sabía qué hacer con su creciente necesidad de bañarse en la luz de su aprobación.

Ram estaba seguro de sus decisiones, un líder de hombres, y sin embargo parecía valorarla cada vez más e incluso buscar su opinión.

Mientras compartía su fervor por la invasión de Inglaterra, comenzó a temer el día en que finalmente sucediera. Entonces él se iría, y la vida no sería lo mismo sin él. En caso de que la campaña fuera exitosa, era improbable que él regresara en muchos años, si es que sobrevivía.

Si caía en batalla...

No sabía si sentirse aliviada o desolada de que nada fuera a salir de su compromiso.

Stamford Bridge

Harold Godwinson, Rey de los ingleses, se sentaba en un atónito asombro en su cuartel general en la costa sur de Inglaterra, donde había reunido sus fuerzas para esperar la llegada de Guillermo. Tragó saliva con dificultad, entregando el mensaje que le había erizado la piel a su hermano, que frunció el ceño.

—El rey Harald Hardráda ha desembarcado inesperadamente en la costa noreste cerca de York con una fuerza de más de quince mil hombres. Ha venido por el trono.

Gyrth leyó rápidamente el pergamino.

—Lo que es peor, si esto es cierto, nuestro maldito medio hermano aparentemente se ha aliado con Hardráda.

—Tostig está evidentemente furioso porque lo expulsé de su condado de Northumbria después de que se rebeló contra mí —respondió Harold, recuperando el pergamino. —¿Qué esperaba? —Apretó el mensaje con fuerza, consciente de que la trampa cuidadosamente tendida para Guillermo ahora estaba en grave peligro. —¿Cuál es tu consejo? ¿Nos quedamos aquí y esperamos al normando, o nos apresuramos hacia York?

—Debemos oponernos a tu rival noruego —respondió su hermano sin dudar. —La amenaza de él es real. Guillermo todavía está esperando en Normandía que el viento cambie.

Harold era de la misma opinión.

—Tienes razón. No tenemos opción.

La marcha forzada hacia el norte fue agotadora. La estratégica ciudad de York se había rendido ante Hardráda el día 24 de septiembre. En un intento por evitar la batalla, Harold organizó una reunión con Tostig, pero no se alcanzó ningún acuerdo y la batalla comenzó al día siguiente al amanecer en Stamford Bridge. Las fuerzas contrarias lucharon con fiereza hasta el mediodía. Los noruegos se vieron obligados a retirarse ante la superioridad numérica de los ingleses. Fueron empujados a través del Ouse, donde hicieron una nueva resistencia. Un solitario gigante noruego tomó posición en el puente sobre el río y derribó a más de dos docenas de sajones con un hacha de batalla. Esto detuvo el avance del ejército inglés durante muchas horas.

Observando la masacre desde su puesto de mando, Harold preguntó a sus comandantes con exasperación:

—¿Quién es ese formidable guerrero?

—Nadie lo sabe, Señor —respondió uno de ellos, igualmente irritado—. Pero no podemos avanzar con él ahí. Tengo un plan para enviar un bote bajo el puente y atravesarlo con una lanza desde abajo.

Harold lo miró escéptico, luego se encogió de hombros.

—A veces el plan más simple es el mejor.

Para sorpresa del rey, esta táctica fue exitosa, y los noruegos fueron derrotados. Harald Hardráda fue muerto por una flecha en la garganta.

Gyrth se regodeó.

—Hemos derrotado a los noruegos. De sus trescientos barcos, solo veinticuatro regresan con los heridos, y Tostig, el traidor, está muerto.

Harold se rascó la cabeza y ajustó su corona de oro.

—Hemos derrotado a un rival, pero ahora estamos a cientos de millas de la costa sur, donde Guillermo podría llegar en cualquier momento. Nuestro ejército está cansado, herido y deseoso de regresar a casa.

La Invasión Comienza

Mientras observaba al anciano conde despedirse de sus tres hijos, el corazón de Mabelle sangraba por el hombre cuya fe en ella había cambiado todo. Parecía haber envejecido considerablemente en los pocos meses transcurridos desde su primer encuentro.

Sabía que había hablado con cada uno de sus hijos de manera individual en su sala privada la noche anterior, pero ahora había llegado el momento de la despedida final. Los vientos finalmente habían cambiado.

Cada sirviente desafió el frío del patio para despedirse de sus señores. Giselle lloraba y no era la única. Fernand Bonhomme permanecía rígido, con la boca apretada en una línea tensa. Las esposas y los hijos angustiados de los caballeros se agruparon hombro con hombro con las familias de los soldados comunes, todos unidos por el orgullo y el temor.

Con el rostro tenso y pálido, Bernard de Montbryce estrechó la mano de su hijo menor.

—Ve con el Señor, Hugh. Rezo para que pronto regreses sano y salvo después de una victoria gloriosa.

Hugh abrazó a su padre.

—Estamos preparados. Nos has enseñado bien. Celebraremos juntos.

Se volvió hacia Mabelle y le dio un beso en los nudillos.

—Au revoir, ma soeur. Lo traeremos a casa sano y salvo.

Ella solo pudo asentir en respuesta, temerosa de que también se disolviera en lágrimas si intentaba formar palabras con su garganta seca. Que el gentil Hugh ya la considerara una hermana era algo que la conmovía profundamente.

El conde tocó el pecho de su segundo hijo.

—Cuídate de esas mujeres sajonas —bromeó.

Antoine abrazó a su padre, pero parecía incapaz de responder. Se inclinó hacia Mabelle, acercándose a su oído.

—No entiendo por qué mi hermano no se ha casado contigo todavía. Es un tonto. Ten paciencia.

Ella vaciló, temiendo que sus rodillas se doblaran en cualquier momento mientras él le daba un beso en cada mejilla.

Ram abrazó a su padre.

—Te prometo que aquellos que aún no conozcan el nombre Montbryce lo sabrán una vez que esta justa campaña termine y la victoria sea nuestra. Los sajones temblarán cada vez que lo escuchen.

El anciano endureció la espalda y asintió.

Ram tomó la mano de Mabelle, mirando fijamente a Antoine.

—Papá te necesita. Sé que lo cuidarás —susurró—. Eres una buena mujer. Lo siento...

Ella negó con la cabeza, luchando contra las lágrimas que amenazaban con caer.

—No te vayas con palabras de arrepentimiento en los labios, Ram. Lo entiendo.

Sus miradas se encontraron, con la determinación en sus ojos azules penetrando en su corazón. Ella rezó para que la bola de plomo que se alojaba en el fondo de su estómago no subiera a su garganta. ¿Serían esos los últimos momentos que pasarían juntos? Ese no era el momento para reproches. Los Montbryce partían en una misión de gloria. Pero lo extrañaría... intensamente. A pesar de su arrogancia, ella sentía una atracción por él. Él había despertado sentimientos que nunca había conocido.

La sorprendió cuando presionó su boca firmemente sobre la suya, sus grandes manos sobre sus hombros. Ella se abrió sin pensarlo y se apoyó en él mientras sus lenguas se entrelazaban. No sabía qué hacer con sus manos, temerosa de tocarlo.

—Llevaré tu sabor conmigo —dijo cuando se separaron—, hasta que regrese.

El conde le enlazó el brazo y se apoyó en ella pesadamente mientras observaban cómo los tres guerreros montaban sus caballos y conducían a los caballeros Montbryce fuera del patio.

—Vuelve a mí —susurró su corazón—. Vuelve a mí.

Ram cabalgaba orgulloso al frente del ejército Montbryce mientras se dirigían al lugar donde la flota esperaba para zarpar. Estaba cumpliendo su destino de servir a su duque en la lucha por la corona inglesa, para cubrirse de gloria. Un Guillermo agradecido lo recompensaría generosamente con tierras y títulos en el país derrotado. Él y sus hermanos regresarían a casa como héroes. No era momento para mirar atrás.

Sin embargo, un impulso de dar la vuelta a Fortis y galopar de regreso al castillo lo consumía. Una terrible premonición de que nunca volvería a ver a su padre pesaba como una losa en su estómago.

¿Y qué pasaría con Mabelle? Ardía por ella. ¿Podría esperarlo? Probablemente nunca lo perdonaría por su desprecio, y suspirar por ella lo distraería de su misión. Si era la voluntad del Señor, estarían juntos.

Ninguno de estos pensamientos ayudaba a aliviar la incomodidad del ardor que surgió cuando la besó.

El prospecto del corto viaje hasta Saint-Valery se presentaba como una travesía hasta Constantinopla.

Mientras los vientos de cambio soplaban a través del Mar Estrecho entre Normandía e Inglaterra, Guillermo y su ejército de siete mil hombres, con los hermanos Montbryce entre ellos, abordaron sus barcos largos, después de cargar los caballos, armaduras, armas, provisiones y vino.

—Un ejército no puede ser victorioso si se queda sin comida —le había dicho Ram a Mabelle—, y estaremos lejos de los fértiles campos de Normandía.

El ensordecedor sonido de los tambores, trompetas y gaitas llenó el aire mientras zarparon.

—Si Harold está esperando en la costa, seguramente sabrá que venimos ahora —bromeó Ram.

Guillermo sonrió.

—Según los informes que me llegaron ayer, ha movido sus fuerzas hacia el norte para repeler un ataque inesperado de Hardrâda. Tú y yo zarparemos durante la noche a bordo de la Mora, y desembarcaremos al amanecer, cuando despunte el día. ¿Está completa la lista de efectivos? ¿La tienes?

—Sí, Su Gracia, está completa y en buenas manos, con los escribas que me ayudaron a compilarla. Cada hombre que pelea por usted está listado.

Cuando todo estuvo listo, Guillermo ordenó dar la señal usando una lámpara en el mástil.

—Matilda me dio este barco, Ram. ¿Ves el mascarón de proa? Es un niño con un arco y una flecha apuntando hacia Inglaterra.

Mirando el sol poniente, Ram contuvo el aliento, su corazón latiendo erráticamente mientras los cientos de barcos que él mismo había ayudado a construir zarparon en esta importante empresa. Todo parecía ir bien, pero, a medida que caía la oscuridad, la pequeña nave insignia se

adelantó demasiado al resto de la flota. Ram percibió que su amigo no quería mostrar que estaba preocupado mientras emitía órdenes con calma.

—Tiren el ancla. Desayunaremos mientras esperamos a que nos alcancen. También traigan vino especiado.

Los sirvientes se apresuraron a cumplir sus órdenes, y pronto Ram y su duque saboreaban el vino.

—Sabes, viejo amigo, cuando visité a Eduardo en Inglaterra hace todos esos años, me prometió el trono como un regalo legítimo. A veces me pregunto por qué nos envió a Harold como embajador. ¿Pensaba el astuto Confesor que sería gracioso ver cómo dos rivales se estudian mutuamente?

Sujetó su copa con ambas manos e inhaló el aroma.

—Lamento tener que matar a Harold. Me gusta el tipo. Es alto y apuesto, tiene una fuerza física impresionante, coraje y elocuencia. Es conocido por sus bromas rápidas y actos de valentía. Pero ¿de qué sirven esos dones sin honor? Me enfurece que jurara lealtad hacia mí hace dos años, sobre los restos de los huesos de un santo. Afirma que no sabía de los huesos, y en cualquier caso cruzó los dedos cuando hizo el juramento. Estuviste allí, mon ami.

El vino comenzaba a alejar el frío del aire marino que se colaba en la sangre de Ram.

—En efecto, Su Gracia —respondió él. Sabía lo que venía a continuación.

—Cuando vino a Normandía, lo recibí con una hospitalidad espléndida tras su difícil viaje. Había naufragado, como sabes, y lo rescatamos de Guy de Ponthieu. Nos ayudó en nuestra campaña contra los bretones, salvando a dos de nuestros comandantes que habían caído en arenas movedizas. Lo nombré caballero por eso.

Guillermo dio un largo trago de vino y mordió un pastelito.

—Juró un voto, de su propia voluntad, de que me representaría en la corte de Eduardo y haría todo lo posible para asegurar que el trono me llegara tras la muerte del Confesor. Prometió guarnecer mis tropas en el castillo de Dover y en cualquier otro lugar que yo eligiera, a su propio costo, debo añadir.

—Puedo dar fe de eso, como hombre veraz y honorable que estuvo presente —respondió Ram. Había escuchado esa historia muchas veces en los últimos seis días, y su atención estaba más en el juego de la luz de la luna sobre el agua que en las palabras de Guillermo. ¿Estaría Mabelle mirando la misma luna?

Guillermo de repente arrojó su copa vacía con furia, y rodó de un lado a otro con el oleaje.

—Y entonces llega el informe no deseado de que este insensato inglés no ha esperado la elección pública, ha roto su juramento y ha usurpado el trono del mejor de los reyes el mismo día de su funeral. Pero, desafortunadamente para Harold —se rio Guillermo—, el Papa no aprueba a los quebrantadores de juramentos y ha dado su bendición a mi cruzada.

Ver la copa rodando hizo que el estómago de Ram se contrajera, y sintió cómo la bilis del mal de mar subía por su garganta. Se preguntaba si Guillermo sería tan libre y confiado con sus confidencias y amistad si realmente se convertía en rey. Solo seis años de diferencia los separaban en edad, pero Guillermo gobernaba Normandía desde que era un niño.

—No soy un ingenuo, Ram. Reconozco la verdadera razón por la que la mayoría de la nobleza normanda ha apoyado mi cruzada: la promesa de títulos y tierras en Inglaterra, para cualquiera que me ayude a recuperar mi trono.

Saltó de pie y se apoyó contra el movimiento del barco.

—Les estoy ofreciendo la oportunidad de inversión de su vida. Si podemos arrebatarle Inglaterra a Harold, dividiremos el reino. El Papa ha legitimado nuestra violencia como

necesaria, en una causa justa, para derrocar a un usurpador quebrantador de juramentos.

Levantó la mano y señaló.

—Incluso me ha dado este excelente estandarte papal consagrado.

Ambos hombres se perdieron en sus pensamientos mientras el bote oscilaba en las olas. Ram no era buen marinero y, si tenía que estar en un barco, preferiría que no estuviera anclado. No quería vomitar frente a Guillermo. El duque probablemente estaba imaginando tronos, coronas y coronaciones. Ram pensó en Mabelle, y en el magnífico castillo de su padre, su hogar. Se preguntaba si y cuándo volvería a verlos.

Cuando amaneció, escucharon el grito desde la proa.

—¡Hemos avistado la flota!

—Señal para reagruparse y continuar hacia la costa. —Guillermo se sentó, con las piernas abiertas, las manos sobre las rodillas, la espalda rígida, mientras el barco largo reanudaba su viaje.

En Pevensey, subieron los botes largos a la orilla, pero cuando Guillermo pisó tierra, resbaló y cayó en el barro. Tratando de evitar que el accidente se percibiera como un mal presagio, Ram bromeó —Su Gracia ya tiene la tierra de Inglaterra en sus manos.

Guillermo sonrió en agradecimiento y levantó el puño lleno de barro. Todos vitorearon, obviamente aliviados de que el incómodo momento hubiera pasado.

—Este es un buen presagio, Ram. Hemos cruzado sin problemas, y Harold no tiene a nadie aquí para oponerse a nosotros. Nuestros espías tenían razón. No esperaba que llegáramos tan tarde en el año.

Caballeros y caballos nerviosos salieron de los botes.

—Están aliviados de estar de nuevo en tierra firme —comentó Guillermo.

—Yo también lo estoy —respondió Ram.

Cuando todos estuvieron en la orilla, Guillermo reunió a sus comandantes en su tienda. Señaló a su medio hermano.

—Eude enviará hombres de inmediato para saquear el campo circundante en busca de suministros. Nos moveremos unos pocos kilómetros al este, a Hastings, y erigiremos la estacada temporal de madera que trajimos en piezas. Una excelente idea tuya, Montbryce.

Ram enderezó los hombros y sacó el mentón mientras inclinaba la cabeza en señal de reconocimiento.

Merci, Mabelle.

Guillermo caminaba de un lado a otro mientras repasaba sus planes, como Ram sentía que debía ser la centésima vez. —Luego esperamos la inevitable llegada de Harold. Podríamos avanzar hacia Londres, pero sería mejor atraer a Harold hacia la costa. Tenemos un puerto resguardado aquí. Es una buena posición defensiva, y Sussex es territorio de Harold. Montará para defender a su pueblo de nuestras molestias. Debemos atacar las propiedades cercanas, enfurecer a Harold y atraerlo rápidamente aquí.

—Una vez tengamos el sur bajo nuestro control, nos centraremos en traer el resto del país bajo nuestro dominio. He oído que los sajones nunca han logrado someter a los celtas rebeldes que viven en las montañas de Gales. Eso podría ser un trabajo para ti, Rambaud de Montbryce.

Ram inclinó la cabeza, exaltado de que el duque lo considerara digno de tal tarea.

—Este castillo se siente vacío sin mis chicos —dijo el conde Bernard tristemente, mientras él y Mabelle cenaban—. Ya han ido a luchar antes. Debería estar acostumbrado a esto.

Ella entendía su preocupación. Su vida giraba en torno a sus hijos. Ellos eran la esperanza

del futuro de su familia. Parecía haber envejecido aún más en los pocos días que habían pasado desde la partida de la flota.

—Rezaré todos los días por su regreso seguro, milord. —Mantuvo la voz calma, pero su corazón latía con fuerza en sus oídos, le dolía la cabeza y se sentía llena de una sensación de temor.

Por favor, que regrese a mí.

Pero su corazón sabía que era una oración sin esperanza. Si sobrevivía y prosperaba en Inglaterra, era poco probable que regresara por ella.

No habían recibido noticias del cruce. ¿Habían llegado los barcos? ¿Cómo había soportado Ram el viaje por mar? ¿Estaba a salvo? No podía sacarlo de su mente, no podía olvidar el sabor de sus labios, la sensación de sus manos. Había sido un desafío estimulante sentarse a discutir los preparativos para la invasión, pero ahora era una realidad y la posible pérdida para la familia Montbryce, y para ella misma, la sobrepasaba. Un ambiente de nerviosa expectación, teñido de miedo, se apoderaba del castillo.

El Patriota

Profundo en las Montañas de Gales, Otoño 1066

El príncipe Rhodri ap Owain había recibido mensajes dos días antes con noticias de que el recién coronado rey de los sajones ingleses regresaba al sur con su ejército. Habían ganado una batalla difícil en el norte de Inglaterra, derrotando a los noruegos. Ahora Harold Godwinson viajaba para enfrentar otra amenaza en la costa sur.

Guillermo de Normandía esperaba con una flota para invadir Inglaterra, decidido a apoderarse del trono que él afirmaba que Eduardo el Confesor le había prometido. Solo tenía que cambiar el viento.

Las ominosas noticias provocaron las típicas pesadillas, los lamentos lastimeros de los desposeídos, los rostros demacrados por el hambre y la desesperación.

Rhodri se incorporó abruptamente, empapado en sudor, lleno de la sensación de que la pesadilla pronto se haría realidad. Se estremeció, pasando sus dedos a través de su cabello enmarañado. ¿Había gritado? Un cuero de ciervo separaba su nicho en el salón de la fortaleza de montaña del área de descanso común de sus hombres, pero los sonidos viajaban. Ahora era su líder, después de la muerte prematura de su padre. Ellos dependían de él, a pesar de su juventud. Nunca debía mostrar debilidad.

Estiró los brazos alrededor de sus piernas dobladas y presionó su frente contra sus rodillas, deseando que su cuerpo se enfriara y su corazón se calmara. Que llegara pronto el día en que la fortaleza estuviera terminada, entonces tendría su propia cámara, como la que tenía en su pequeño pero cómodo castillo en Powwydd.

Contuvo la respiración y escuchó. El viento gemía a través de las vigas en su descenso implacable desde los riscos circundantes. Los sonidos de hombres profundamente dormidos llenaban el aire. Dormían el sueño de los justos después de largas y agotadoras horas levantando esta fortificación impenetrable en las montañas de Gales. No había sido tarea fácil, pero necesitaban una base segura y oculta para sus ataques a los arrogantes anglosajones. Cadair Berwyn era el lugar perfecto, oculto donde nadie pudiera encontrarlo.

Aquí podían hablar su nativo cymraeg sin preocuparse de que los odiados ángulos lo llamaran walhaz. Podría ser extraño para ellos, pero para el pueblo de Rhodri era parte de la identidad que habían luchado por proteger durante cientos de años. Aquí podían ser los hijos de Cymru.

Rhodri se tumbó de lado y se cubrió con el abrigo, el aire de octubre frío sobre su piel desnuda. Las cuentas de ámbar que llevaba alrededor del cuello se movieron. Tocó el regalo de su madre con cariño. "Un recuerdo de mí", había susurrado. "Después de que me haya ido."

Ahora toda su familia había desaparecido, arrasada por una peste que había cortado a través de las colinas y los valles. Si Rhodri no hubiera estado en Cadair Berwyn, él también podría haber sucumbido a su marcha implacable a través de los pueblos de Powwydd.

El aroma de comida frita llegó a sus fosas nasales, aunque las cocinas de piedra estaban a cierta distancia de la fortaleza de madera. Los cocineros ya debían estar levantados. El alba rompería pronto, trayendo otro día de desafíos como campeón de un pueblo oprimido.

Rhodri no carecía de valentía, pero sentía agudamente la naturaleza solitaria de su posición

como príncipe de Powwydd. Era una vida solitaria. Ninguna mujer quería vivir con un líder rebelde, escondido durante meses en las montañas después de incursiones en tierras que una vez habían sido suyas.

En el funeral de su familia, el aliado de su padre, Morgan ap Talfryn, había planteado la posibilidad de un compromiso con su hija. Morwenna había estado presente en los ritos de Powwydd. Era una niña de once años, ocho años menor que él, pero se había sentido atraído, aunque a regañadientes, por sus prometedores pechos y su largo cabello rubio. Su sonrisa había sido... cautivadora.

Inquieto, se quitó el brychan de los brazos y lo ajustó alrededor de su cintura. La lana irritaba los diseños entrelazados recién grabados en sus bíceps—símbolo de su liderazgo. Se dio la vuelta y se estiró, maldiciendo que sus pensamientos sobre generosos pechos lo hubieran excitado. Se cubrió los testículos y cambió su peso para aliviar el dolor. Tal vez debería aceptar la oferta de Morgan, pero había algo en Morwenna que lo hacía dudar.

No podía retrasar mucho más salir de su cama. No debía ser el último en levantarse. Estaba reacio a empezar ese día, un presagio pesaba sobre él de que recibirían malas noticias. Sus presentimientos no solían ser erróneos.

Se rasco la barba de la mañana. Las consecuencias para su pueblo si cualquiera de los dos enemigos salía victorioso pesaban en su mente. El ejército de Harold estaría cansado después de la batalla y el largo viaje de regreso al sur. Pero los sajones eran una fuerza de combate formidable, su muro de escudos impenetrable, sus hachas de batalla letales.

Por lo que Rhodri sabía de Guillermo, duque de Normandía, su fuerza radicaba en sus caballeros montados. Tenía fama de ser un hombre brutal que no toleraba la oposición. Que el cielo ayude a Cymru si los normandos triunfan. Pero ¿cómo lograrían cruzar el Mar Angosto con sus caballos? En cualquier caso, un caballo no era rival para un hacha.

Mejor el enemigo conocido.

Rhodri apretó la mandíbula. Tantos hombres codiciosos. ¿Alguna vez su pueblo viviría en paz en su propio país, o serían empujados aún más hacia las montañas salvajes?

Tiró el brychan al suelo, se puso la túnica, los pantalones y las botas, y salió a desayunar con lo que fuera que oliera tan bien.

Preparándose Para La Batalla

Bandas de las fuerzas de Harold comenzaron a llegar a la costa sur durante todo el día del 13 de octubre. El rey, su hermano menor y varios otros caballeros se reunieron en su tienda para planificar la estrategia.

—Estos hombres ganaron una batalla ardua hace apenas dieciocho días, a doscientos sesenta kilómetros al norte —declaró Harold—. Y ahora esperamos que enfrenten a un enemigo diferente.

—A pesar de las dificultades, la moral está alta —le aseguró Leofric—. La derrota decisiva de Hardrâda ha incrementado la confianza.

Harold se tocó el mentón pensativo.

—Pero nuestros números podrían no ser suficientes, a pesar de haber reclutado a muchos en nuestro viaje hacia el sur y de haber reunido nuevas tropas en Londres. Supongo que una batalla es inevitable, ya que no se ha ofrecido ningún tipo de parlamento. He tomado la decisión de desafiar a Guillermo antes de que pueda consolidarse aún más.

Leofric puso su mano sobre el hombro de su hermano.

—Tú eres el rey que el pueblo de Inglaterra quiere. Ellos no querían a Hardrâda, y ciertamente no quieren a Guillermo. Edgar el Aetheling es demasiado joven. Tú eres el cuñado del difunto Confesor. Él quiso que fueras tú quien ocupara el trono.

—Creo que tienes razón —respondió Harold—. La decisión del Witan de apoyarme en lugar de a Edgar no tiene nada que ver con la edad del Aetheling. Los arzobispos de Canterbury y York y otros miembros poderosos del Witan reconocen que yo soy el monarca más capaz.

Leofric asintió en señal de acuerdo.

—Ahora necesitas despejar tu mente después del largo viaje desde el norte y concentrarte en el conflicto que se avecina.

Harold apretó la mandíbula.

—Incluso mi madre ha aconsejado que esperemos antes de enfrentarnos a Guillermo en batalla, pero estoy decidido.

Esperaba que la confianza en su voz resonara entre sus comandantes mientras los miraba directamente, con una mano sobre la empuñadura de su espada, la espalda rígida, la cabeza coronada en alto.

—No podemos permitirnos darle tiempo a Guillermo para formar alianzas en Inglaterra con los normandos que han vivido aquí durante años. Mi decisión de sorprender a los noruegos fue lo que causó su derrota.

Un caballero levantó la mano, como para hablar, pero la mirada de Harold lo silenció.

—Lucharemos contra Guillermo ahora. Debemos elegir con cuidado el lugar de la batalla.

Miró alrededor en busca de señales de oposición, pero no vio ninguna.

—He optado por Caldbec Hill por varias razones. Ofrece una ventaja natural por su visibilidad en todas direcciones. Está protegido en cada flanco por terrenos pantanosos y tiene un bosque detrás. Es fácil llegar desde Londres y está cerca de donde creemos que Guillermo ha colocado sus tropas.

Muchos expresaron su comprensión y acuerdo.

—El viejo manzano de Hoare es un punto de referencia bien conocido y será un excelente lugar de concentración. Para el anochecer, estimo que al menos siete mil quinientos de nuestros hombres habrán llegado. Se deben hacer los preparativos para desafiar a Guillermo tan pronto

como sea posible. Él está en Hastings. Mañana es sábado. Yo nací un sábado, y mi madre siempre ha dicho que es mi día de suerte.

Tras una noche sin dormir, observó cómo su ejército partía al amanecer. Los soldados comunes llevaban cascos de cuero cónicos, los más ricos cascos de hierro y tanta ropa como podían bajo sus hauberks, para servir de acolchado. Los caballeros ricos tenían hauberks con capucha que se usaban bajo los cascos. Todos iban a pie, bien armados con hachas de batalla, espadas, escudos y lanzas. La impresionante vista aumentaba su confianza en el éxito de la batalla.

Gyrth se acercó y se arrodilló.

—Harold, habrá un gran peligro en la próxima batalla. Déjame ocupar tu lugar para liderar el ejército contra los normandos. Eres demasiado importante para ponerte en peligro, especialmente tan cansado como estás después de Stamford Bridge. Inglaterra no puede arriesgarse a perder a su rey.

Harold tomó la mano de Gyrth y lo levantó.

—Te agradezco por tu amor y preocupación, hermano. Guillermo está victimizando deliberadamente a mi gente en Sussex. Esto es personal ahora. Yo lideraré nuestra victoria contra él.

En el campamento normando se ofrecieron oraciones durante toda la noche antes del enfrentamiento inminente, y los hombres confesaron sus pecados. Ram buscó a sus hermanos y recibieron juntos el sacramento de la penitencia. Quería aclarar las cosas, de una vez por todas, entre Antoine y él. Nunca había creído realmente que su hermano hubiera coqueteado con su futura esposa, pero los celos infundados siempre estuvieron allí, en el fondo de sus pensamientos. Mabelle había pronunciado el nombre de Antoine junto al lago. Él y su hermano podrían morir en la próxima batalla. Antoine había percibido su frialdad, estaba seguro de ello. El crujido de la fogata los mantenía fijos el uno en el otro.

—Hermano, no hay una manera fácil de preguntártelo, pero debo hacerlo.

—Sé que algo te preocupa, Ram. Te ha molestado durante meses.

—Es Mabelle.

Antoine negó con la cabeza.

—Nunca entendí por qué no te casaste con ella ese día. Me arrepiento, tengo que admitirlo. Tienes suerte de que aún te hable.

Ram dudó.

—Eres parte de la razón por la que no lo hice.

Antoine se mostró sorprendido.

—¿Yo?

Aquí estaba el punto de no retorno.

—La encontré a Mabelle en el bosque, camino a casa ese día. Ella parecía estar esperando a alguien.

Hugh y Antoine miraron de inmediato.

—¿Y pensaste que era a mí? ¿Por qué?

—Ella pronunció tu nombre.

—¿Mi nombre? ¿Qué quieres decir?

—Cuando me vio por primera vez, pensó que yo era tú.

Antoine enderezó la espalda y lo miró fijamente.

—Estoy confundido. ¿La viste en el bosque y ella pensó que eras yo?

Ram se acomodó incómodamente en su banquillo. Ahora tendría que contar toda la historia.

—Ella estaba durmiendo.

—¿En el bosque?

—Estaba bañándose... en el lago... y se quedó dormida.

Antoine intercambió una mirada con Hugh y ambos estallaron en carcajadas, atrayendo las miradas curiosas de otros caballeros cercanos. Hugh casi se cae del banquillo.

Cuando Antoine pudo hablar nuevamente, tartamudeó —Lo que estás tratando de decir, hermano mayor, es que tropezaste con Mabelle acostada desnuda en el bosque y—pero, espera un momento—¿sabías quién era ella?

—No. Y no estaba desnuda. No del todo, al menos.

—Entonces, déjame ver si lo tengo claro —Antoine levantó el pulgar—. Primero, en el camino hacia tu boda, te detuviste a observar a una desconocida, casi desnuda... ¿es eso?

Levantó el índice.

—Dos, ¿te enojaste conmigo?

Su dedo medio se alzó.

—Tres, te enfureciste tanto con ella, porque pensó que eras yo, que cancelaste la boda.

Otra nueva explosión de risa de Hugh hizo que Antoine se detuviera.

—Sabía que algo había pasado ese día. Podía notar que había tensión entre ustedes —dijo su hermano menor.

—Cuatro —continuó Antoine—, eres un idiota, y cinco, deberías arrodillarte y pedirle perdón a esa mujer. Extendió sus cinco dedos frente a la nariz de Ram.

Sus hermanos continuaron burlándose de él, y pronto él también se rio, sacudiendo la cabeza por su propia necedad. Se levantó y arrastró a Antoine fuera del banquillo, abrazándolo con fuerza, aguantando las lágrimas.

—Lo siento. Perdóname. Cuando estoy cerca de Mabelle, pierdo los sentidos.

—Eso se llama amor —respondió su hermano.

La espalda de Ram se endureció.

—No tengo tiempo para el amor.

—Eres un tonto si la alejas —dijo Hugh suavemente.

Hablaron durante otra hora sobre su padre, su amado castillo y sus huertos. Cada uno juró honrar el nombre Montbryce. A pesar de las risas anteriores, los ojos grandes de Hugh, sus labios tensos y los brazos cruzados le dijeron a Ram que su hermano estaba aterrorizado.

—Hugh, no hay vergüenza en sentir miedo. Yo tengo miedo, como también lo tiene Antoine. Mi estómago está hecho un nudo. Cualquier hombre que te diga que no tiene miedo esta noche, es un mentiroso. Lo importante es no dejar que el miedo te controle. La valentía nace del miedo. Graba el lema de nuestra familia en tu corazón, como está en tu escudo: Fidelidad y Valentía.

Hugh asintió.

—Lo sé. No puedo dejar de temblar, pero no soy un cobarde.

Guillermo ordenó que se celebrara una misa antes del amanecer, durante la cual se colocó alrededor de su cuello las reliquias sobre las que Harold había jurado su juramento. Reunió a su ejército e informó a sus hombres de lo que se esperaba. Montado en su destrier, proclamó —Es todo o nada. No hay vuelta atrás sin una victoria. Ganaremos porque estamos del lado de la justicia.

Entonó un *laisse* del *Cantar de Roldán* para inspirar a sus soldados con ese ejemplo bélico.

Sus castillos en ruinas has arrojado,
Con catapultas sus murallas has roto,
Vencidos sus hombres, y todas sus ciudades quemadas.

Avisados por los exploradores de la posición sajona, los normandos partieron de la costa en una larga columna, debido al terreno boscoso, con sus carretas cargadas de armas afiladas, armaduras y provisiones. Los pájaros asustados alzaron el vuelo mientras la horda marchaba entre los árboles. No se intercambiaron palabras.

¿Acaso cada hombre meditaba sobre su futuro o su pasado, como lo hacía Ram, hipnotizado por los sonidos amortiguados de los cascos de los caballos y los pies enfundados en botas de cuero, mientras se dirigían hacia el inevitable horror que les esperaba? ¿Se concentraba cada jinete en la cola que oscilaba del caballo de delante, con los músculos del esfínter contraídos?

Siguieron el estandarte papal durante catorce kilómetros, luego Guillermo seleccionó un lugar para su puesto de mando, detrás de la caballería. Ram se unió a él montado sobre Fortis.

—Es mejor que la situación esté llegando a su conclusión. La moral entre los soldados de infantería comienza a decaer —dijo confidencialmente Guillermo—. Están más preocupados por seguir vivos que por cruzadas morales y promesas de riquezas para la nobleza.

Ram revisó cuidadosamente su equipo, la cota de malla con capucha y el casco de hierro, la lanza, el escudo y su fiel espada en su vaina. Sonrió al recordar brevemente a Mabelle arrojando a Honneur al lago, pero rápidamente apartó el pensamiento. No podía permitirse distraerse de los graves asuntos que tenía entre manos. Su cota de malla, con tres capas de círculos metálicos, enlazados y soldado juntos, le proporcionaría buena protección, especialmente con la adición de la placa rectangular de malla que aseguraba para proteger su pecho. La parte inferior de la túnica de su cota, dividida al frente y en la espalda, cubría sus muslos como una falda, y hacía que montar fuera más cómodo. Desearía que cubriera la parte inferior de sus largas piernas, pero tendría que asegurarse de que la punta de su escudo de madera cónica lo hiciera. Estaba orgulloso de su escudo cubierto de cuero, uno de los pocos con un blasón. Fide et Virtute.

Vaillon se había afeitado la parte posterior de la cabeza. Iba a sudar mucho ese día, y no podía permitirse que su visión se viera obstruida. La pieza de la nariz de su casco, que protegía su nariz y ojos, ya era suficiente distracción.

Guillermo posicionó su ejército mirando hacia la empinada colina que Harold había elegido. La mirada de Ram recorrió lentamente las primeras filas de arqueros, luego las seis filas de infantería detrás de ellos, y luego a la caballería, los temibles bretones a la izquierda, el contingente flamenco a la derecha, los normandos en el centro. Mientras observaba la imponente escena, Rambaud de Montbryce sabía con certeza aterradora que esta sería una batalla diferente a cualquiera en la que hubiera estado antes. Sería una lucha colosal hasta la muerte que cambiaría el curso de la historia. La suya, la de su país y la de su duque.

Un inmenso orgullo y un terror absoluto recorrían sus venas.

Carnicería

—Nos enfrentaremos a su desafío —gritó Harold decididamente cuando vio a los normandos tomar posición—. Moveré a los hombres desde la colina de Caldbec hasta estar a quinientas yardas del enemigo. Los normandos no formarán una muralla de escudos.

Revisó su ejército. Los housecarls en la primera fila eran los responsables de formar la muralla de escudos, desarrollada por Alfredo el Grande y utilizada desde entonces. Esta táctica era especialmente eficaz contra el asalto inicial en cualquier batalla. Detrás de los housecarls estaban los fyrd, o milicia, diez hileras de profundidad, liderados por los thanes que portaban espadas y lanzas. Muchos de los campesinos reclutados estaban armados con garrotes con clavos de hierro, hondas, ganchos de cosecha, guadañas y horcas de heno.

Colocó su puesto de mando detrás de ellos, en una posición central para tener una vista elevada de los acontecimientos. La confianza recorría su cuerpo, calentando su sangre de guerrero. Dio la orden de dar la señal. Su portaestandarte levantó el dragón Wessex Wyvern y lo agitó con orgullo. De repente, el aire se llenó con los gritos de batalla sajones: "Godemite", "Oli Crosse".

Los normandos respondieron con una súplica por la ayuda del Señor: "Que Dieu nous aide." Sonaron las trompetas. Comenzó la batalla crucial.

—¿Qué está haciendo ese tonto? —gritó Guillermo, cuando uno de sus hombres rompió las filas y se lanzó solo hacia adelante, haciendo malabares con espadas, para atacar a los sajones. Fue rápidamente abatido, después de conseguir matar a un portaestandarte en la vanguardia de los sorprendidos soldados enemigos.

—¡Lanzad las flechas! —ordenó.

Los arqueros normandos lanzaron sus flechas en una concentración de disparos. Esto tuvo éxito limitado contra la muralla de escudos.

Un grave problema pronto se hizo evidente para Ram.

—Su Gracia —gritó sin aliento, cuando regresó al puesto de mando—. No sé por qué, pero los ingleses no están usando arqueros, y necesitamos un intercambio de flechas para mantener los niveles de munición. Pronto nos quedaremos sin ellas.

Guillermo maldijo.

—Si eso sucede, nuestros arqueros no están entrenados para el combate cuerpo a cuerpo. Traed las ballestas.

Ram negó con la cabeza.

—Pero, Su Gracia, el Papa ha prohibido el uso de ballestas. Estamos luchando contra cristianos.

Guillermo apretó el puño.

—Debemos derrotar a Harold. Esa es nuestra única preocupación, y los pernos de ballesta son más efectivos contra los escudos.

Ram no tuvo más opción que obedecer.

Con señales manuales preestablecidas, Guillermo ordenó a sus soldados de infantería avanzar. Los ingleses hicieron lo mismo. El silencio del campo fue pronto llenado por el choque de espadas, el desagradable golpeteo de garrotes contra cascos y huesos, los gritos de batalla de los vivos y los gemidos de los moribundos. Casco y armas de hierro chocaban.

Los ingleses en la posición elevada tenían la ventaja. La línea sajona permanecía

prácticamente intacta, las flechas no habían hecho mucho daño a ese monstruo impenetrable de armadura que era la muralla de escudos. La lluvia de armas tradicionales, así como las rocas de las hondas, causaban serios problemas a los hombres de Guillermo.

—Necesitaremos la caballería antes de lo que hubiera deseado —gritó Guillermo—. Tenemos demasiadas bajas.

Se giró cuando Ram galopó hacia él.

—¡Montbryce! —gritó—, ¡ordena a la caballería cargar contra la muralla de escudos, antes de que avance mucho más!

Con el corazón acelerado, Ram cabalgó a toda velocidad hacia el caos sangriento para dar la orden a la caballería. Ambos hermanos estaban entre las filas montadas normandas. Animó a su caballo, sabiendo que el peso, la velocidad y el impacto de Fortis podrían ser su mejor arma contra los sajones a pie. Seguro en la gran silla de montar, elevada en el frente y en la parte trasera para darle un asiento firme, usó los estribos con moderación sobre el amado caballo.

—Agradezco que seas tú quien esté debajo de mí, Fortis. Muchos dudaron de la sabiduría y la necesidad de llevar caballos en los barcos, pero apostaría a que ahora ven la razón de ello. Podrías ser la diferencia entre la victoria y la derrota.

Era desconcertante que el ejército inglés no tuviera caballería. Quizás ni los caballos ni los hombres estaban entrenados para luchar juntos. De joven, él había aprendido a luchar desde el caballo como una noble ocupación. La idea de una élite montada era una noción heroica en Normandía y Bretaña, como Mabelle había observado correctamente.

Pero ahora, por mucho que los normandos lo intentaran, no podían romper la muralla de escudos. Los sajones derribaban jinetes y caballos con un solo golpe de sus letales hachas de batalla danesas. La pendiente se convirtió rápidamente en un resbaladizo lodazal, lo que dificultaba la ascensión para los caballos. Fortis luchaba mientras Ram blandía y cortaba con su espada, cercenando extremidades y cabezas.

Los temidos bretones, a la izquierda, estaban teniendo dificultades especialmente graves. Retrocedieron colina abajo, y Ram observó horrorizado, sin otra opción que regresar al puesto de mando. Los músculos de su brazo de espada ardían, su rostro estaba salpicado de sangre y barro. Su corazón latía con fuerza. Se volvió para mirar la escena de caos aterrador y vio otro escudo Montbryce, con el caballero que lo portaba aún montado. ¿Era Hugh o Antoine?

—La retirada de los bretones nos deja vulnerables a un ataque en pinza —rugió Guillermo cuando Ram regresó a su lado—. Nuestros hombres están entrando en pánico.

Maldito, pensó Ram, y sintió que sus sueños de tomar el trono inglés estaban gravemente en peligro.

Ram temió que nunca volvería a ver a Mabelle.

¿Por qué mis pensamientos van hacia ella?

La alarma se había extendido entre los normandos. Los bretones estaban en retirada total colina abajo, pero se veían frenados en las pendientes inferiores por el arroyo y el terreno pantanoso abajo, dándole a los sajones más oportunidad para causar bajas.

—Su Gracia —jadeó Ram, tragando con dificultad, señalando hacia la caballería—. Eude está reuniendo a sus hombres.

Dos de los comandantes de Guillermo, uno su medio hermano, el otro Eustace de Boulogne, habían visto la acción en el flanco izquierdo, y estaban reuniendo a su caballería confundida. Galoparon hacia la infantería sajona que dio media vuelta, rompió el combate y trató de regresar a sus filas. El ascenso resultó ser demasiado largo, y fueron abatidos por la caballería normanda. Ram vio brevemente a su hermano Hugh, el más suave, derribando a un soldado enemigo, pero

luego lo perdió de vista.

Ram sintió que Guillermo estaba en su punto más bajo, intentando planificar una nueva táctica para romper las defensas sajonas.

—Los malditos sajones ganarán si se mantienen hasta la oscuridad. No podemos quedarnos aquí toda la noche. Tendremos que retirarnos, y retirarse significa derrota. El terreno lo hace difícil —compartió con los comandantes reunidos a su alrededor—. No podemos intentar un movimiento de flanqueo, debido a los árboles y los pantanos a ambos lados. Harold eligió bien este lugar. No podemos romper la muralla de escudos. Tal vez podamos fingir una retirada y atraer a los sajones hacia adelante.

La mayoría de sus comandantes dudaban que funcionara. Ram se limpió la sangre y el barro de la cara e insistió —Es nuestra única oportunidad. Necesitamos atraer a los sajones hacia adelante dando la impresión de una retirada genuina y no una táctica. Los normandos lo han usado con éxito antes.

Guillermo pensó por un momento, moviéndose impacientemente en su silla.

—Reanudaremos la batalla. Montbryce, ordena que la infantería avance y luego lidera la caballería, a gran velocidad, hacia la colina detrás de la infantería. Ataca a los sajones, y luego da media vuelta y haz que parezca que estamos huyendo. Tendrás que elegir el momento con cuidado, para no despertar su sospecha de que es una trampa.

Ram regresó al infierno, con la sangre bombeando tan rápido que su corazón latía al ritmo de los cascos de su caballo. El sonido tenía un ritmo extrañamente reconfortante, “Ma-Belle, Ma-Belle, Ma-Belle.”

El duque ya había perdido tres caballos en el combate. Ram agradeció que Fortis aún estuviera vivo. Sostuvo fuertemente las correas de su escudo, colocó su lanza como una pica y se inclinó hacia su caballo.

La infantería avanzó con éxito limitado. Ram lamentó no poder informarles del plan de Guillermo. La mayoría serían asesinados, sacrificados por el bien mayor. Emitiendo el grito de batalla *Fide et Virtute* a todo pulmón, lideró la caballería a galope por la colina y atacó a los sajones, evitando por poco ser decapitado por un gigantesco sajón que empuñaba un hacha de batalla. Sintió el aire frío de la enorme arma cuando pasó cerca de su oído, oyó el silbido. Por un momento, no entendió por qué no estaba mirando su propia cabeza ensangrentada en el suelo, sino la mirada desmembrada del caballero flamenco que había estado a su lado. Empujó su lanza hacia la garganta del sajón, luego tiró con fuerza para recuperarla. Una rápida mirada por encima de su hombro mostró que el momento había llegado. Moviendo su escudo para cubrir su espalda, gritó la orden de dar la vuelta, con la esperanza de dar la impresión de que se estaban retirando.

Para su enorme alivio, los sajones rompieron filas y los siguieron. Rápidamente giró a sus hombres y atacó. El enemigo no tenía estabilidad en la resbaladiza pendiente y fue fácilmente aniquilado.

Ram se dio cuenta vagamente de las flechas que volaban por encima de sus cabezas. Supuso que Guillermo debió haber enviado a sus arqueros hacia adelante para recuperar las flechas disparadas anteriormente. Al girar, vio al rey Harold levantar las manos para tomar una flecha que le había dado en la cara. El monarca cayó al suelo.

—¡Su Alteza, Harold ha caído! ¡Ha caído! —La garganta de Ram estaba tan seca que esperaba que su grito ahogado hubiera llegado a los oídos del duque.

Deteniendo a su caballo y girando en la silla para mirar hacia donde Ram señalaba, Guillermo gritó —Esta noticia causará gran confusión. Debemos lanzar un ataque frontal completo ahora.

La noticia de la caída de Harold se esparció como un incendio entre las filas sajonas. Huyeron hacia la colina hacia el bosque al otro lado. Los guerreros sajones, agotados y heridos, fueron perseguidos sin piedad y cortados en el bosque o pisoteados por los cascos retumbantes.

Desenlace

Tras la batalla, los muertos y heridos de ambos bandos y los cadáveres de caballos normandos cubrían el campo de batalla. Partes del cuerpo cercenadas yacían por todas partes sobre la tierra ensangrentada, ahora convertida en barro. La línea sajona se había roto. Los cuerpos desfigurados, que habían sido la flor de la nobleza inglesa, cubrían el suelo hasta donde alcanzaba la vista. Solo los housecarls del rey estaban dispuestos a continuar la lucha. Rodearon a su rey muerto, armados con hachas de batalla y espadas, y lucharon valientemente hasta el último hombre.

Finalmente, los normandos rompieron las filas hasta donde había caído el rey Harold. Habían ganado contra todo pronóstico, pero, al caer la oscuridad, Guillermo expresó su consternación al ver a tantos jóvenes prometedores, tanto ingleses como normandos, yaciendo muertos o mutilados en el campo de batalla. Solo el graznido de los cuervos carroñeros rompía el silencio inquietante.

Mientras recorrían el campo de la carnicería, Guillermo confesó a Ram —Si Harold hubiera esperado un día más para que llegara su fuerza completa, el resultado de esta batalla podría haber sido muy diferente. Si hubiera tenido paciencia, nos habría sido más difícil mantener nuestra posición aquí, lejos de casa.

Miró distraído la bandera del dragón Wessex Wyvern, que todavía ondeaba débilmente con la brisa, y el estandarte personal de Harold, el Hombre Luchador, capturado cerca de su cuerpo. Estaba lujosamente bordado con oro y piedras preciosas. Guillermo señaló hacia él.

—Quiero que ese estandarte sea llevado al Papa.

Ram vio el agotamiento marcado en el rostro de su amigo y sospechó que él también lucía igual de fatigado.

—Por cierto —dijo Guillermo—, hablando de impetuosos, ¿quién fue el tonto que cargó solo contra los sajones al inicio de la batalla?

—Según los rumores, un jongleur llamado Taillefer —respondió Ram.

—Hmm. El hombre debía tener deseo de morir. Supongo que los trovadores cantarán sobre él pronto. Será más famoso que yo.

Ram de Montbryce y su futuro rey se miraron y rieron.

En cuanto Guillermo les dio permiso, Ram buscó frenéticamente a sus hermanos. Para su gran alivio, ambos habían sobrevivido a la matanza. Los tres se quedaron juntos durante largos minutos en silencio, con los brazos alrededor de los hombros del otro, excepto que el brazo izquierdo de Hugh colgaba a su lado. Había sufrido un corte de espada en su bíceps, que había sido atendido por uno de los médicos del campamento.

Pasaron tiempo calmando y tranquilizando a sus caballos, sabiendo el importante papel que los corceles habían jugado en mantenerlos con vida. Era significativo que los tres caballos Montbryce—el suyo propio, Fortis, Velox de Hugh, y Regis de Antoine—hubieran sobrevivido. Pocos normandos podían presumir de eso, y era un testamento a la atención con la que fueron elegidos y cuidados.

—Mi cuerpo apesta —lamentó Antoine—. Me repugna. Me voy al río.

Se despojaron de sus armaduras con la ayuda de sus escuderos y se unieron a muchos otros que intentaban lavar el hedor de sangre, sudor y sus propios desechos. Disfrutaron de un momento de humor irónico al ver a Hugh tratando de mantener seco su brazo herido.

—Nunca estaré limpio de nuevo —se quejó Ram mientras se secaban.

No durmió esa noche, y al amanecer del día siguiente se unió a los demás sobrevivientes convocados para la solemne lectura del registro de los caídos. Ram se entristeció al descubrir que su apuesto amigo, Pierre de Fleury, había perdido la vida.

—Ya no tendrá que acostarse con su fea esposa —dijo amargamente a Antoine—. Tal vez preferiría estar vivo y acostado con ella, que muerto y enterrado en este campo sangriento.

Los hermanos Montbryce dejaron el área de concentración después de la ceremonia y se agruparon bajo la lona que sus escuderos habían erigido apresuradamente. Miraron hacia el distante campo de batalla, enfermos por los carroñeros que aún registraban lo que quedaba de los cuerpos.

—Deberíamos estar agradecidos de que nuestro rango nos haya salvado del deber de buscar botines —murmuró Hugh.

—Mi escudero ha fregado mi armadura con vinagre y arena, pero todavía huelo la peste de la sangre. Se queda pegada como las pulgas en un perro —gruñó Antoine.

—Lo que más me cuesta soportar son los gemidos lastimeros de los heridos —murmuró Hugh—. Fuimos afortunados de escapar como lo hicimos.

Sus hermanos gruñeron en señal de acuerdo. Se quedaron en silencio tenso. Eventualmente, Hugh habló, con voz llena de ira.

—El duque ha organizado el entierro adecuado de los normandos que cayeron, y el obispo Eude celebrará una misa. Algunos sajones se llevaron a sus muertos, pero la mayoría de los cadáveres ingleses están siendo enterrados en una fosa común.

Antoine miró fijamente a Ram.

—Hay rumores de que Su Alteza quería verificar la identidad del cuerpo que pensaban que era el de Harold. Estaba tan mutilado que no se podía reconocer su rostro. Guillermo ordenó que la amante de Harold, Edith Swanneck, asistiera y verificara las marcas de identificación que solo un íntimo conocería.

—Es cierto. Puedo dar fe de ello. El cuerpo era una visión espantosa —admitió Ram, sacudiendo la cabeza—. La mujer estaba desconsolada.

—¿Y qué hay del otro rumor, el de que la madre de Harold envió mensajes ofreciendo el peso del cuerpo de su hijo en oro, si se le permitía enterrarlo, pero Guillermo perversamente se negó? —preguntó Hugh.

—También es cierto, lamento decirlo. Ordenó que Harold fuera enterrado en una tumba sin marcar, cerca de la costa que tanto luchó por proteger. Ni siquiera yo sé la ubicación.

Los tres permanecieron en silencio durante un largo rato, calentando sus manos cerca del fuego del campamento. Ram fue el primero en hablar.

—Yo había esperado regresar a Normandía —les dijo—, pero Guillermo me envía a Ellesmere, al oeste, donde ha habido problemas durante muchos años entre los galeses y los ingleses. Han llegado noticias de normandos que se establecieron en la zona hace años, de que ha habido más incursiones en las fronteras galesas. Un rebelde llamado Rhodri ap Owain ha estado atacando las ciudades y aldeas cerca de Ellesmere. Guillermo me ha prometido un condado allí.

Antoine y Hugh se alegraron por su hermano y le estrecharon la mano. Ram aceptó sus felicitaciones, sabiendo que eran sinceras, y continuó —Guillermo quiere que afirmemos nuestra autoridad ahora sobre los rebeldes. Debo reconocer la zona e inspeccionar mi castillo en Ellesmere al mismo tiempo. Solicitaré que se me asigne acompañarlos. Tu herida no debería impedirte viajar, ¿verdad, Hugh?

La mano de su hermano aún temblaba.

—Non, mon frère. Estaré en condiciones de viajar. Gracias por tus palabras de valentía antes de la batalla.

Ram asintió. —Hastings ha cobrado un precio muy alto. Nunca olvidaremos esta batalla mientras vivamos. No lo admitiría ante nadie más, pero ustedes son mis hermanos. Extraño a Mabelle. Quiero compartir la victoria con ella, quizás confiarle algo del terror y el asco que sentí, y contarle la noticia del condado prometido. Quiero yacer con ella, enterrar mi cabeza en sus pechos, llenarla con mi semilla y sentirme completo de nuevo. Tienes razón, Antoine. Fui un necio muchas veces por no haberme casado con ella.

Sus palabras parecieron resonar en Hugh. —¿Por qué será que lo primero que un hombre quiere hacer después de cortejar a la muerte es acostarse con una mujer? La mayoría de los sobrevivientes de mi brigada cojean tratando de ocultar troncos en sus entrepiernas. Mírame. — Su mano temblorosa fue hacia su abultada hombría—. No puedo evitarlo.

Antoine se removió incómodo. Creían que Hugh nunca había estado con una mujer. Ram pensó que su joven hermano podría estar cerca de su punto de quiebre. —Por mucho que quisiera apresurarme a casa para casarme con Mabelle, tendré que cumplir las órdenes del duque si quiero conservar el título que me ha prometido. Al menos tendremos la compañía del otro mientras viajamos a Ellesmere, y sabré que están a salvo. Enviaré un mensajero a Montbryce.

Guillermo estaba indignado. —Desde Hastings he esperado una semana para que el consejero me entregue formalmente el trono inglés, y ahora recibimos la noticia de que han proclamado rey a Edgar el Aetheling. Tienen el descaro de apoyar al sobrino-nieto del Confesor. Lo juro, Ram, jamás será coronado mientras yo respire. Evidentemente tendremos que tomar Londres por la fuerza.

El corazón de Ram se hundió. Esto significaba otro retraso antes de poder regresar a Normandía. Se esforzó por no mostrar su agitación. Guillermo ya estaba lo suficientemente molesto. —Es irónico que ahora Stigand y los demás quieran apoyar a Edgar, cuando antes estuvieron dispuestos a favorecer a Harold como rey en lugar de él.

—Tienes razón. Hace cuestionar su determinación. Primero marcharemos a Dover. Es estratégicamente importante y debemos asegurarlo.

En Dover, estalló una epidemia de disentería entre las tropas después de que comieran carne en mal estado y bebieran agua contaminada. Muchos murieron, y aún más tuvieron que quedarse en Dover para recuperarse mientras la fuerza invasora avanzaba hacia el centro religioso de Inglaterra.

Después de tomar Canterbury, marcharon hacia Londres, donde la resistencia estaba centrada en Edgar. Al encontrar feroz oposición en el puente de Londres, rodearon la ciudad por el oeste, incendiando y dejando un rastro de devastación.

—Cruzaremos el Támesis en Wallingford —ordenó Guillermo—. Wigod, el señor de Wallingford, es simpatizante normando.

En Wallingford, Stigand abandonó a Edgar. Las fuerzas del Aetheling se desmoronaban rápidamente. Se reunió con Guillermo en Berkhamsted, acompañado de un grupo de nobles ingleses, y le ofreció su lealtad, poniendo fin al reino anglosajón que había durado cientos de años.

La Curandera

Hamlet of Ellesmere, Frontera de Marcas.

Rhonwen Dda nunca había conocido a su padre. Todos en el pueblo galés donde nació sabían que era la hija natural de un señor sajón y la curandera local. La vergüenza había llevado a Myfanwy a llevar sus habilidades de curación y a su bebé hasta la aldea de Ellesmere, en las fronteras de Mrches, donde no las conocían.

Rhonwen no tenía recuerdos de Gales.

Con el tiempo, la reputación de Myfanwy se extendió, y la buscaban por su conocimiento. La gente hablaba en susurros sobre sus poderes curativos místicos. A medida que Rhonwen crecía, a menudo ayudaba a su madre con la preparación de hierbas y ungüentos. Anhelaba dominar los secretos de la curación y observaba a su madre atentamente.

Myfanwy era una maestra paciente que se deleitaba con el deseo de su hija de seguir sus pasos. —Me alegra saber que serás curandera, Rhonwen. Me estoy haciendo vieja, y llegará el día en que tendrás que valerte por ti misma.

El escaso brasero que ardía en el centro de la cabaña había derretido la escarcha de noviembre, pero su aliento aún se condensaba en el aire mientras preparaban remedios. Rhonwen se estremeció, con los hombros tensos. Sacó las manos del calor de sus mangas y tocó el brazo de su madre, deteniendo la molienda de las hierbas secas. —No estás vieja, mammie.

Pero su madre no había sido una mujer joven cuando la concibió. El brazo que Rhonwen sostenía era delgado y huesudo. Tembló de nuevo. Su madre era su protectora, su maestra. ¿Cómo podría una niña de diez años valerse por sí misma?

El rostro de Myfanwy estaba serio. —Hay peligro en todas partes en estos tiempos inciertos, hija, y las habilidades de curación son las que te protegerán, lo que te dará un lugar. Debemos esperar que estos normandos victoriosos aprecien nuestros talentos cuando lleguen a las Marcas.

Su madre reanudó su tarea. El corazón de Rhonwen latió con fuerza. Respiró hondo. —¿Cómo sabes que vendrán?

Myfanwy dejó a un lado el mortero y la maja, y tomó las manos de Rhonwen. —Vendrán. Ese Guillermo de Normandía será tan codicioso como los sajones. Ahora que ha matado al rey Harold, querrá controlar todo y a todos en su camino. Compadezco a los galeses que han luchado tan valientemente contra los sajones ingleses. Temo que la vida bajo los normandos será mucho peor.

Rhonwen se arrojó en los brazos de su madre. —¿No podemos huir? ¿Adónde podemos ir para estar a salvo?

Myfanwy la abrazó con fuerza y susurró —Ningún lugar será seguro. Debemos asegurarnos de ser necesarias. Los buenos curanderos son muy apreciados por los guerreros.

Rhonwen inhaló el aroma de su madre. Era el reconfortante olor de las hierbas curativas y las pociones, el olor de la esperanza y la liberación del dolor. Apoyó la cabeza en el pecho de su madre, y Myfanwy la meció mientras tarareaba una suave nana galesa.

Despedida

Mabelle estaba desconsolada. La noticia de la costosa victoria en Hastings había llegado a Montbryce, pero no había noticias de su prometido ni de sus hermanos. Los rumores eran numerosos, y decían que cientos de caballeros normandos habían perdido la vida; los demás habían caído con la peste, y la campaña no marchaba bien en otras partes de Inglaterra.

El Conde Bernard recorría los pasillos en las raras ocasiones en las que no estaba encerrado en su cámara, sumido en sus pensamientos. El único hombre que había sido su defensor estaba perdido en su propio dolor. A veces parecía no saber quién era ella.

Giselle no hablaba de nada más que de sus hijos y se preocupaba por noticias de ellos.

Era la hora más oscura para Mabelle. ¿Estaba Ram vivo o muerto? ¿Por qué sentía dolor por un hombre al que debería despreciar?

No había felicidad para ella en Montbryce. Ram nunca la amaría. Había anhelado durante años regresar a Alensonne, y no pasaba una semana sin que su padre le enviara una carta pidiéndole que regresara a casa. Ahora era el momento.

Aunque fuera poco probable que una carta llegara a Ram en Inglaterra, no podía irse sin explicación.

Mandó llamar a un escribano. Después de varios intentos para expresar sus sentimientos al impaciente monje, aprobó la versión final.

A Vicomte Rambaud de Montbryce

Con la gran esperanza de que usted y sus hermanos aún vivan, le envió esta misiva.

Montbryce es un lugar donde solo he conocido humillación y desdicha. ¿Volverá alguno de ustedes?

Debo centrar mi atención en mi amado Alensonne, donde, por todo lo que se dice, mi padre está dificultando la vida.

Debe casarse con una esposa más adecuada para usted. Lo libero de su obligación. Ya no recibirá Alensonne, Belisle y Domfort como dote, y aún no sé cómo resolveré ese problema, ya que estoy segura de que son tierras que codicia.

Tal vez mi diplomático padre tenga una solución.

Mabelle de Valtesse (y d'Alensonne)

Después de sellar la carta, despidió al clérigo condescendiente y se dirigió en busca del conde, sin ganas de contarle su decisión. Lo encontró sentado frente a la chimenea en su cámara, mirando las llamas, y tartamudeó al comunicarle su intención de irse. Eventualmente, él apartó su mirada del fuego, la miró como si estuviera confundido, le dio una palmada en la mano y le dijo que debía hacer lo que pensara que era mejor. Ella se fue sin saber si él había comprendido sus palabras o no.

Luego buscó al mayordomo y le entregó la carta.

—Para mi prometido —explicó—. Sabrá la mejor manera de asegurarse de que la reciba.

—Sí, milady —respondió él, tomando la carta con una brusquedad poco habitual.

—¿Hay algo mal, Fernand? —preguntó, preocupada de que pudiera haber adivinado el contenido de la carta.

Él metió el pergamino en su túnica.

—Perdóneme, milady. Vangeline y yo estamos intentando hacer demasiadas cosas. Muchos

de los sirvientes han caído víctimas de la peste que se extiende por la aldea.

Giselle le había contado sobre la enfermedad que afectaba a algunas de las aldeas vecinas. Tal vez fuera su deber quedarse. Probablemente la necesitaban en Alençon, aunque su padre no había mencionado nada. No es que le importara si los sirvientes caían enfermos.

—Se asegurará de que mi carta sea enviada —le recordó Mabelle mientras él hacía una reverencia y se apresuraba a marcharse.

Tomado Por Sorpresa

Ram y sus hermanos dejaron el ejército principal después de la histórica rendición. Los tres hombres de Montbryce habían escapado de los estragos de la peste, pero se enfermaron nuevamente por la brutalidad excesiva de la victoria en Wallingford. Guiados por normandos que se habían establecido en Inglaterra años antes, partieron con doscientos de los mejores caballeros y hombres de armas sobrevivientes de Montbryce, para realizar el viaje desde el río Támesis hasta la región fronteriza de Gales. Ram consideró que la fuerza era suficiente para disuadir cualquier ataque de los locales descontentos. Era poco probable que hubiera alguna amenaza de milicias armadas, la mayoría de las cuales se habían unido al ejército de Harold y perecieron en Hastings.

Ram le dijo a Hugh —Deberíamos recorrer las ciento cuarenta millas hasta Ellesmere en cuatro días, si tenemos suerte y las condiciones de diciembre no hacen el camino difícil. Reza por cielos despejados.

Su ruta los llevó a través de la fortificada villa de Oxford. Los habitantes huyeron al ver su pequeño ejército.

—La noticia de nuestra victoria ha viajado rápido —observó Ram—. Guillermo ha hablado a menudo de este lugar, fundado hace dos siglos por Alfredo el Grande. Ha considerado construir un castillo aquí y yo informaré que es una buena idea, dada la ubicación.

—Estoy impresionado con la forma en que las calles están dispuestas en un patrón ordenado —agregó Antoine—. Adivinaría que hay alrededor de mil casas, lo que probablemente significa que hay cerca de cinco mil habitantes.

Hugh estuvo de acuerdo. —Los daneses quemaron la ciudad hace cincuenta años, así que supongo que gran parte de lo que vemos ha sido construido desde entonces. La ciudad parece próspera.

Dejaron Oxford de buen ánimo y siguieron el río Cherwell, con destino a Warwick, otra ciudad amurallada en la que Guillermo tenía interés por construir un castillo. Los tres coincidieron en que un terreno en un acantilado de arenisca, con vistas al río Avon, sería una ubicación ideal para tal proyecto.

Ram comenzó a sentirse más optimista. —Esta información importante podría convertir este viaje incómodo en una ventaja y aumentar mi importancia a los ojos de Guillermo.

Se alegraba de la compañía de sus hermanos. Podía vigilar a Antoine y Hugh, y la presencia de la familia fortalecía sus esperanzas. Se habían demostrado como guerreros en el infierno de Hastings, pero Hugh se había retirado a una melancolía poco característica. El temblor aparentemente incontrolable en la mano de su hermano menor le preocupaba.

Al pasar por Bridgnorth, junto al río Severn, Ram resolvió pedirle a Guillermo esta ciudad como parte de sus dominios. Aunque estaba algo alejada de Ellesmere, era un buen lugar, y Guillermo no la había mencionado para un castillo real.

Decidieron detenerse en Shrewsbury para obtener las últimas noticias sobre las incursiones galesas, enterándose por simpatizantes normandos que Rhodri ap Owain había estado causando estragos alrededor de la ciudad de Oswestry.

—Esto es sorprendente —comentó Ram a sus hermanos al salir de la reunión—. Entendía que el invierno normalmente mantenía a los galeses en sus refugios en las montañas. ¿Tal vez están cambiando su estrategia? Investigaremos una vez que hayamos inspeccionado Ellesmere.

Un día después, Ram observó la deteriorada fortificación anglosajona de madera que era el castillo de Ellesmere. Custodiaba el único acceso seco a la ciudad, que parecía existir en un mar de barro.

Él y sus hermanos estaban congelados hasta los huesos, gracias al viento incesante y amargo que descendía desde las cumbres nevadas al oeste.

—Dicen que los rebeldes galeses sobreviven todo el invierno en esas montañas desoladas —observó Antoine—. Pero eso no puede ser cierto.

—Deben ser hombres resistentes —agregó Hugh.

Ahogado en la decepción, Ram miró a sus hermanos temblorosos, con las narices tan rojas como remolachas de invierno, consciente de que evitaban decir lo que debía decirse. —Adelante, díganlo. Así que esto es lo que queda de mi condado. El lugar es un maldito desastre.

—Necesitará trabajo —estuvo de acuerdo Antoine.

—¿Trabajo? —exclamó Ram—. Más bien un milagro.

—Simplemente tienes que aceptar que tomará unos años construir otro Montbryce aquí —replicó Hugh—. Pero tienes la ambición y la determinación para hacerlo.

—Y tendrás a Mabelle —le recordó Antoine—. Ella ya ha sobrevivido a dificultades antes.

Ram miró las montañas envueltas en niebla. —Este es un buen lugar para incursiones en Gales. Supongo que tendré que ser paciente y enfrentar la realidad de que pasará mucho tiempo antes de que este lugar sea habitable. Ciertamente no puedo traer a una esposa aquí como está ahora.

—¿Entonces piensas casarte con Mabelle? —preguntó Hugh.

—Tan pronto como Guillermo me dé permiso para regresar a Normandía —respondió Ram, jurando en silencio construir un magnífico castillo para Mabelle en Ellesmere que fuera cálido y acogedor, en lugar de esta aberración, y regresar a su lado tan pronto como pudiera. ¿Qué más podría desear en una esposa? La perspectiva renovó sus esperanzas para el futuro. —Vamos a sacar a los hombres del viento y ver qué hay dentro de este llamado castillo.

Pasaron dos días decidiendo qué quemar o demoler. Hugh aprendió algunas palabras de la lengua nativa y aseguró a Ram que había muchos campesinos que vendrían en busca de trabajo. Parecía que la mayoría estaba contenta de escuchar la noticia de la muerte del rey danés. Era un buen augurio. Los normandos tenían mucho que ofrecer, especialmente en términos de gobierno, comercio y arquitectura, y Ram comenzó a imaginar a Ellesmere como una próspera ciudad comercial.

Pero tenía impaciencia por explorar la zona circundante. Había más informes de incursiones por parte de los rebeldes galeses y quería que la gente local supiera que él y su ejército estaban en la vecindad para quedarse e iban a poner fin a las incursiones. Estaban lejos de Londres y Guillermo le había puesto una gran responsabilidad sobre los hombros.

Estaba a punto de salir con Gervais y su brigada cuando su teniente notó un pequeño grupo de jinetes acercándose.

Antoine había venido a despedirlo y fue el primero en reconocer entre ellos al mensajero que habían enviado a Montbryce después de Hastings.

Ram no había esperado realmente una respuesta. —¿Entregaste nuestra misiva? —preguntó—. ¿Nuestro padre sabe que estamos a salvo?

—Sí, milord, aunque estaba demasiado enfermo para dictar una respuesta.

El corazón de Ram dio un vuelco. —¿Demasiado enfermo?

—Una peste, milord. Muchos en el Calvados están sufriendo.

—Pero se recuperará —preguntó Antoine.

El mensajero sacó un pergamino de una bolsa que colgaba a su lado. —Estoy seguro de ello, milord, pero dijo que usted entendería una vez leyera esta misiva de milady Mabelle.

Ram tomó la carta, pero dudó.

—Ábrala —lo instó Antoine.

—Mabelle no habría escrito a menos que fuera una mala noticia —respondió, desatando la cinta.

Desplegó el pergamino, ojeó el contenido e inmediatamente entendió la angustia de su padre. Su sire tenía razón. Mabelle había reconocido su propio valor, algo que él había sido incapaz de ver. Quería contarle sobre Hastings, sobre el condado prometido, pero eso ya no iba a ocurrir.

No la culpaba, pero la pérdida le dolió profundamente. Sin embargo, no podía desahogar su angustia con sus hombres observando. Volvió a doblar la carta. —Ella me ha dejado —dijo a Antoine.

Su hermano le arrebató el pergamino. —¿Qué?

Tal vez si sus temblorosas piernas respondían y lograba montar a Fortis para marcharse en su misión, algo del dolor podría disiparse. —Quédate aquí. Volveré en unas horas.

Antoine lo siguió. —No puedes aceptar esto. Ella cambiará de idea. Pide permiso para regresar a casa. Padre está enfermo. El duque concederá la licencia.

Ram se subió a la silla, ansioso por estar en cualquier lugar menos en el patio azotado por el viento. —Ella ha tomado su decisión. Tengo que aprender a vivir con ello.

Hizo una seña a Gervais y salió a caballo en dirección a las montañas lejanas.

Confrontación

Rhodri había advertido a sus hombres que su última incursión en los Marcas sería peligrosa, pero necesitaban el grano. Las granjas cerca de Ruyton eran el lugar más probable para encontrarlo. No esperaban encontrarse con sajones. Según los rumores, la mayoría de la nobleza inglesa había sido masacrada por Guillermo de Normandía en Hastings, y el resto en Dover, Canterbury y Wallingford.

Los normandos vendrían, pero no era probable que ya hubieran llegado a los Marcas. Según todos los informes, Guillermo parecía concentrar su implacable campaña en el sur, y Rhodri había liderado varias incursiones sin encontrar oposición. Esperaba que Ruyton, el punto más lejano al que habían viajado desde su escondite, fuera igual.

La toma del grano transcurrió sin contratiempos. Los granjeros aterrados no ofrecieron resistencia. Rhodri fue cuidadoso al dejarles suficiente para sus propias familias, y ellos estuvieron agradecidos. Ahora no tenían ningún señor que satisfacer. Esperaba que el bruto Woolgar que gobernaba la cercana Shelfhoc Hall fuera uno de los que perecieron en Hastings. Era probable, ya que el hombre había sido señor del rey Harold. Se decía que lucharon hasta la muerte antes de rendirse a los normandos.

Cargaron los ponis, que llevarían el grano de regreso a Gales de forma segura. Esta incursión sería la última durante mucho tiempo. Rhodri se quedó con un puñado de sus hombres, compartiendo cerveza con los granjeros, tratando de sonsacarles alguna noticia sobre los invasores normandos. Confirmaron la muerte de Caedmon Woolgar en Hastings.

—Lo lamento por la señora de Shelfhoc —dijo uno de los granjeros—. Lady Ascha está mejor sin su marido bruto, pero no es momento para que una mujer se quede sola, especialmente con esos galeses...

Robó una mirada a Rhodri, quien se rió y le dio una palmada en la espalda.

—No ataco a mujeres indefensas. Además, Shelfhoc es un lugar difícil de asaltar con su foso y su murallas. Mucho mejor cazar a los granjeros.

Se rieron, pero luego lo miraron extrañados. Rhodri pensó que lo mejor sería irse.

—Gracias por vuestra hospitalidad y por el grano. Si fuéramos tratados como hombres, podríamos cultivar nuestras propias tierras, pero como está la cosa... en fin, al menos ahora no moriremos de hambre.

Se montó en su poni y guió a su banda a galope por la llanura hacia el oeste.

Ram disfrutaba del viento frío en su rostro e ignoraba la entumecida sensación de los dedos congelados dentro de los guantes de cuero. Ni siquiera estaba seguro de cuán lejos habían cabalgado cuando vieron a un grupo distante de jinetes galopando hacia el oeste.

—Milord —gritó Gervais emocionado—, apostarí a que esos son rebeldes galeses huyendo de Ruyton.

Ram no tenía idea de dónde estaba Ruyton, pero aquí había una oportunidad de despejar la niebla de su cerebro.

—Sí, probablemente tienes razón. Los seguiremos. Si se dirigen hacia esas colinas allá, tienen un buen trecho por recorrer y no esperarán ser perseguidos. Da la orden de seguirlos.

Los veteranos soldados normandos azuzaron con entusiasmo sus caballos y habían reducido la distancia con la banda galesa considerablemente cuando el jinete líder, un hombre gigante, giró y los vio. Avisó a los demás, y aumentaron su velocidad. El terreno de las tierras altas era

rugoso. Un solo movimiento en falso podría hacer que la pezuña de un caballo cayera en un hoyo en el paisaje ondulado.

De repente, el caballo del líder perdió el paso, y el animal y su jinete cayeron al suelo. Con una agilidad increíble, como si fuera algo cotidiano, el enorme guerrero rápidamente se puso de pie y sacó su daga. Un soldado normando cayó de su caballo con un grito escalofriante cuando el bárbaro le rasgó el vientre con la daga, casi partiendo al joven en dos con la fuerza de su empuje.

La sangre guerrera de Ram subió a su cabeza.

—Gervais, sigue la persecución. Yo me ocuparé de este canalla —gritó, frenando su caballo resoplante, saltando de la silla y desenvainando su espada en un solo movimiento fluido. Los hombres continuaron persiguiendo a los rebeldes.

Ram arrancó su casco, lo arrojó al suelo y se enfrentó al bárbaro, notando con sorpresa que su oponente no mostraba señales de miedo. Ram tenía la ventaja. Su enemigo no tenía espada, pero ya había visto lo que el hombre podía hacer con su daga, por lo que tendría que ser cauteloso. Se quitó los guantes y sopló en sus dedos congelados.

Tal vez enfrentarse a él solo no era una buena idea.

Los dos guerreros se pusieron en posición de combate —Ram intentando asestar el golpe con su espada que desarmara al rebelde, el poderoso bárbaro galés intentando clavar su daga en una parte momentáneamente desprotegida de su cuerpo. A Ram le ocurrió que rara vez se encontraba cara a cara con un enemigo que le igualara en altura.

—Soy Rambaud de Montbryce, Conde de Ellesmere. Por orden del rey Guillermo, te exijo que te rindas —declaró Ram con calma en francés normando.

El bárbaro sonrió, y para sorpresa de Ram, respondió en el mismo idioma.

—Soy Rhodri ap Owain, Príncipe de Powwydd. Dices que Ellesmere tiene un conde? Ese bastardo normando no es mi rey, ni el de nadie aún, por lo que no puedo y no me rendiré ante ti.

Ram se volvió más determinado al saber la identidad de su oponente. Sin su legendario líder, los galeses vacilarían. Volvió a atacar y Rhodri desvió el golpe. Espada y daga se bloquearon mientras los dos hombres luchaban, sus intensas miradas fijas el uno en el otro. Ram decidió utilizar una maniobra bien practicada y se alejó del punto muerto, tomando a Rhodri por sorpresa. Su espada desarmó la daga de la mano del galés. Avanzó hacia el hombre desarmado, ofreciéndole nuevamente la oportunidad de rendirse.

—No entiendes, invasor normando. Los galeses no nos rendimos —dijo Rhodri con desdén. De repente, se lanzó contra Ram, golpeándolo en el pecho y haciendo que la espada de Ram cayera de su mano. Ram retrocedió y cayó sobre una roca. El dolor atravesó su cráneo.

¿Sobreviví a Hastings para caer aquí?

Sus rodillas cedieron y cayó en la oscuridad.

Frotándose el hombro magullado y jadeando por aire, Rhodri recuperó su daga y silbó para llamar a Ariel. No era la primera vez que caía de un caballo a gran velocidad y había aprendido a mantener el cuerpo suelto y rodar. Agradeció a sus ancestros por la inteligencia del leal poni que había sabido mantenerse cerca. Se volvió a montar con dificultad, enfermo por el espantoso recuerdo de casi partir al joven normando en dos con su daga. Alimentaría más pesadillas.

Galopó hacia el oeste, lleno de un temor que le decía que no había visto lo último del arrogante Rambaud de Montbryce, ¡Conde de Ellesmere!

Ascha

Ram no reconoció el rostro serio de la mujer que se inclinaba sobre él, pero sus ojos mostraban preocupación. ¿No se suponía que los ángeles sonreían cuando llegaba al paraíso? Se hundió nuevamente en la niebla turbia.

—Si estoy en el cielo, ¿por qué mi cabeza siente como si estuviera rota? —murmuró adormilado cuando despertó algún tiempo después.

—Eso es porque no está muerto, milord.

—¿Gervais? —murmuró, abriendo un ojo a duras penas.

Su teniente estaba al pie de la cama en la que yacía.

Levantó las sábanas para descubrir que estaba envuelto en una camisa de dormir varios tamaños demasiado grande.

—Sí, milord. Me alegra que haya despertado. No, no intente levantarse. Milady dice que debe descansar. Sufrió un golpe fuerte en la cabeza.

—¿Milady? ¿Quién es milady? Confío en que no fue ella quien me desvistió.

Gervais frunció el ceño como si la idea de que él permitiera tal cosa fuera absurda.

—Su criado me ayudó a ponerlo en la cama. Lady Ascha Woolgar es la señora de esta mansión, milord. Lo trajimos aquí porque está cerca y temíamos que no llegara a Ellesmere. Esta es la mansión de Shelfhoc, cerca de Ruyton. He enviado un mensaje a sus hermanos.

—No entiendo qué ocurrió —dijo Ram con gran exasperación.

—Milord, no es bueno alterarse. Cuando el bárbaro se lanzó y le hizo perder el equilibrio, usted golpeó su cabeza contra una roca afilada. Tiene una gran herida en la parte posterior de la cabeza. La herida sangró mucho. Íbamos de vuelta y vi lo que ocurrió, pero no pude llegar a tiempo para ayudarlo. El caballo del rebelde no se lastimó, y él volvió a montarse y huyó. Tuve que decidir si perseguirlos o ayudarlo a usted. Habíamos matado a dos de sus hombres, pero tres de los nuestros habían caído. No pensé que fuera prudente perseguirlos hasta Gales.

Ram se sintió como un tonto incompetente. Así que no era tanta la destreza del gran guerrero Rambaud le Noir. El azote de la frontera, la amenaza a la paz, había estado a su merced. Se preguntó por qué el príncipe de Powwydd no simplemente lo había rematado.

—Hiciste lo correcto, Gervais. Él debió haberse reído de regreso a Gales. ¿Quién es esta mujer Woolgar? —preguntó, con la cabeza palpitando. Recordó el toque reconfortante de Mabelle en sus sienes adoloridas.

—Es una noble sajona, milord.

Estaba en la casa de un enemigo, pero demasiado cansado para protestar. Se volvió a quedar dormido y despertó más tarde, sintiendo una presencia. No sabía cuánto tiempo había pasado.

—¿Gervais?

—Soy Lady Ascha Woolgar. Esta es mi casa —respondió una voz suave.

Ram abrió los ojos nublados y vio a la mujer que previamente había pensado que era una visión. Parecía tener más o menos la misma edad que él. Lo que podía ver de su cabello asomando por los bordes del velo era castaño y rizado. Era delgada y sus largos dedos finos sostenían un tazón y una cuchara. Su rostro mostraba una expresión de derrota resignada.

—Le he traído un caldo de verduras nutritivo —dijo sin emoción—. Debe comer solo caldo durante unos días, hasta que se sienta más recuperado.

Era educada pero no sonreía, probablemente resentida por su intrusión en su vida.

—Habla mi idioma —respondió él.

Ella se encogió de hombros.

—Muchos sajones de la nobleza hablan francés normando. El Confesor lo fomentó.

—Lady Woolgar, le agradezco que haya permitido que mis hombres me trajeran aquí —dijo fríamente.

—No me dieron mucho que elegir, mi Lord Montbryce.

—Lamento...

Ella levantó la mano.

—No se preocupe. Es una realidad que debo aceptar. Soy sajona, viuda. Usted es normando. Ustedes son los conquistadores, yo la conquistada.

Normalmente era un hombre elocuente, luchó por articular una respuesta. Intentó sentarse, pero el mareo lo abrumó y su estómago se revolvió. Cerró los ojos y esperó hasta que la niebla se despejara.

—Querida señora, somos normandos, no salvajes como los daneses asesinos. Nuestro rey, su rey, desea paz y prosperidad para su pueblo, sajones y normandos.

Musitó las palabras, pero sabía en su corazón que los planes de Guillermo para la total sujeción de estas tierras resultarían en gran derramamiento de sangre. Se preguntó por qué estaba molestándose en justificar las acciones de su duque a una mujer, especialmente a una sajona.

Ella inclinó ligeramente la cabeza.

—Le dejaré que termine su caldo usted mismo. Un criado se ocupará de sus necesidades.

Un hombre mayor entró unos minutos después, ayudó a Ram a levantarse para que pudiera aliviarse, luego retiró el orinal. También fue educado, pero la corriente subyacente de resentimiento sajón era palpable. El esfuerzo lo mareó y agotó a Ram y volvió a quedarse dormido, aliviado de no haber tenido que vomitar.

Una mano cálida en su frente lo despertó. Se sentía bien.

—Mabelle —dijo, aún medio dormido. Levantó la mano y la puso sobre la que estaba en su frente.

—Es Lady Ascha.

Los ojos de Ram se abrieron de golpe, enviando dolor a través de su cabeza. Rápidamente retiró su mano.

La dama pareció no prestar atención al movimiento abrupto.

—No hay fiebre. Tiene suerte, Lord Montbryce.

La cabeza de Ram latía, su garganta estaba seca.

—Por favor, Lady Ascha, mi nombre es Rambaud —dijo con cansancio.

—Como desee, Lord Rambaud. ¿Quién es Mabelle?

—Es mi prometida. —No, eso no era correcto—. Era mi prometida... en Normandía. Cuando sentí su toque, estaba medio dormido y pensé que era ella.

¿Seguro que no estoy sonrojándome?

—¿Soñaba con ella?

—Quizás —admitió, pensando que era una pregunta extraña.

—¿Pero ya no está comprometido?

—No —dijo, tragándose el nudo en su garganta, sin querer compartir su tormento con esta extranjera.

Durante unos minutos, ella lo miró, no con animosidad, sino con una extraña especie de interés. Él se sintió incómodo, y deseó no estar acostado en una cama.

—No sueño con mi marido —susurró, y sus ojos se nublaron con tristeza.

—Me dijo que era viuda.

—Sí. Mi marido era un guerrero, un lord del rey. Está muerto.

Un sentimiento de temor se apoderó del estómago de Ram. Muchos nobles sajones habían muerto en el campo de batalla en Hastings aquel terrible día.

—No quiere preguntarme, así que se lo diré, ya que no hay vergüenza en ello. Mi marido, Sir Caedmon Woolgar, era un guardia del rey Harold. Murió en Hastings. Al menos, suponemos que murió, ya que no ha vuelto a casa.

Ram pensó en la fosa común donde yacían enterrados los guardias de Harold. Habían estado decididos a luchar hasta el último hombre. ¿Podría el gigante sajón que estuvo a punto de decapitarlo haber sido Sir Caedmon Woolgar? No veía razón para evitar la verdad.

—Luché en Hastings —dijo con franqueza.

—Sí —respondió ella en voz baja, sonriendo con una sonrisa enigmática.

Aunque estaba convencido de la rectitud de la conquista de Guillermo, la situación de esta mujer le hizo comprender las terribles consecuencias de la guerra para los que quedaban atrás. Los hombres luchaban por gloria y honor, y a menudo para proteger lo que era suyo, pero las mujeres a menudo quedaban encargadas de cargar con el peso de la tristeza, y con la responsabilidad de castillos y mansiones sin un hombre que los defendiera o proporcionara alimento.

Nada de esto habría sucedido si Harold no hubiera roto su juramento.

Al día siguiente, el mareo había remitido y dejó su cama. El criado lo asistió para vestirse.

—Lady Woolgar lo recibirá en su sala solar, si me sigue.

Ascha estaba sentada en un banco de madera junto a la ventana, con el cobertor aceitado retirado, a pesar del aire frío. El bordado sobre su regazo estaba intacto mientras miraba hacia las tierras circundantes. Una criada se encontraba a su lado, cosiendo.

—Déjanos, Enid —dijo suavemente cuando vio a Ram entrar.

—Lady Ascha, confío en que se encuentra bien hoy —se aventuró a decir él.

Ella no lo miró.

—Lo mejor que se puede esperar —respondió.

—Quisiera ofrecer mis condolencias, pero ambos sabemos que sonaría vacío. Yo era el enemigo de su marido. Luché por matarlo a él y a sus compañeros. No me arrepiento. Puede que haya sido yo quien le dio el golpe mortal.

¿Su expresión se suavizó un poco?

Ella lo miró a los ojos.

—No le echo la culpa, Lord Rambaud. Mi marido era un guerrero feroz. Se regocijaba en la guerra. Murió haciendo lo que nació para hacer. En un conflicto deben haber ganadores y perdedores. Sir Caedmon no estuvo en el lado ganador esta vez.

Sus ojos grises y tristes lo distrajerón momentáneamente, pero luego recordó sus preocupaciones.

—¿Y qué hay de su mansión, Lady Ascha? No deseo agregar más peso a sus cargas, pero es el deseo de nuestro rey que fortalezcamos esta región fronteriza contra los galeses. No está usted en una posición de fuerza aquí, sin culpa de su parte. Muchos codiciarían una mansión como esta. Rhodri ap Owain estaba cerca, como usted sabe. Gervais me ha dicho que posee más de cinco hides de tierra, y que hay una iglesia, una cocina y una puerta de fortaleza. Si bien tiene un terraplén y un foso, no creo que pueda resistir un gran ataque.

Ella se inquietó nerviosamente.

—No sé qué ocurrirá, Lord Rambaud, el dolor y la incertidumbre son demasiado recientes.

Soy una mujer sola.

Su dolor tocó una fibra sensible en él. Él también estaba solo, abandonado por la única mujer que deseaba. Quizás...

Ella sollozó, tan silenciosamente que no se dio cuenta de inmediato de que estaba llorando. El bordado cayó al suelo. Se acercó rápidamente y se sentó a su lado, dudando en tomar su mano, sin saber cómo ofrecer consuelo.

Recogió el bordado, pero cuando lo devolvió a su regazo, sus dedos se tocaron. Ella le agarró la mano con ambas suyas. Temblando, se inclinó hacia él y él, nervioso, rodeó sus hombros con el brazo, tratando de ofrecerle consuelo.

A medida que los sollozos sacudían su cuerpo delgado, el velo se deslizó de su cabello y los rizos castaños cayeron hasta sus caderas.

Es más joven de lo que pensaba. Y hermosa.

Su cuerpo respondió. Corrió sus dedos por su sedoso cabello.

Parecía avergonzada por la grieta que había mostrado en su armadura, pero él siguió murmurando palabras reconfortantes y, pronto, su llanto cesó. Se sonrojó al notar la protuberancia en sus calzas.

Él carraspeó, retiró su mano, apartó el brazo y se puso de pie.

—Lady Ascha, pondré a usted y a su señorío bajo mi protección. No pretendo quedarme con este lugar para mí, pero otros sin duda lo intentarán. Dejaré aquí a un contingente de mis hombres de armas y asignaré un administrador para ayudarle a gestionar su propiedad.

Sospechaba que sus compañeros normandos podían representar una amenaza mayor que los galeses, pero no mencionó nada al respecto.

Ella lo miró, boquiabierta.

—Le agradezco su inesperada compasión, pero no puedo aceptarlo. No tengo nada que ofrecerle a cambio, Lord Montbryce.

—No deseo nada a cambio, Lady Ascha. Si mi futura esposa estuviera en una situación similar, me gustaría pensar que algún caballero la protegiera.

—¿Su futura esposa? —murmuró ella.

Él apretó la mandíbula.

—He hablado de más. Nuestra separación es reciente. Me tomará tiempo acostumbrarme.

Antoine le había insistido en que buscara a Mabelle, pero si ella lo quería, ¿no se habría quedado? Una alianza con una viuda sajona podría resultar beneficiosa. Ascha Woolgar era hermosa y estaba en una situación desesperada. Dudaba que rechazara la idea de casarse con un conde normando. Entonces, ¿por qué la idea no le resultaba atractiva?

Con la mente en tumulto, se despidió y regresó a su habitación, con la esperanza de que todo pareciera más claro a la mañana siguiente.

A Ascha le gustaba la palabra "caballero", pero no el desliz de Rambaud sobre su futura esposa. Tal vez había amado a esa mujer, aunque pocos nobles que ella conocía se preocupaban por sus esposas, y ciertamente ella y Caedmon Woolgar no se habían casado por amor.

Se sentía atraída por este guerrero normando que el destino había puesto a su cuidado, de una manera en que nunca se había sentido atraída por un hombre. Tenía una sensibilidad de la que su bruto esposo había carecido. Se había aferrado a sus manos como a una roca en un mar de miedo e incertidumbre, y la inesperada intimidad de su brazo sobre su hombro le había causado un cálido estremecimiento.

Y no está casado.

Todavía vestida con su camisón y bata, Ascha no estaba fría ni distante a la mañana siguiente.

—Desearía que no se fuera. Las heridas en la cabeza pueden ser peligrosas y los efectos suelen perdurar. Debería descansar aquí más tiempo, Lord Rambaud —lo instó cuando él le informó de su decisión de partir de inmediato. Su mano descansaba sobre su brazo mientras hablaba, y lo miraba directamente a los ojos.

Ram sostuvo su mirada, sorprendido por la intimidad del gesto, el uso de su nombre de pila y, por supuesto, su atuendo. El deseo centelleó en lo profundo de sus ojos grises.

Está sola. Me desea.

El pensamiento lo excitó y desconcertó. Era una mujer atractiva que había estado sin un hombre durante mucho tiempo.

¿Qué daño podía hacer un beso?

Había estado en celibato durante meses. Desde que conoció a Mabelle, había perdido interés en Joleyne, pero su encantadora refugiada lo había dejado. Tal vez él y Ascha estaban destinados a encontrarse. Guillermo había hablado a menudo de la importancia de los matrimonios entre sajones y normandos. En estas peligrosas tierras nuevas, podría morir antes de regresar a Normandía. Hugh tenía razón sobre cómo la guerra aviva el deseo en un hombre. Desde Hastings, parecía estar siempre duro, siempre necesitado.

—Lady Ascha —murmuró mientras inclinaba la cabeza para besarla.

Sus labios rozaron los de ella mientras ella susurraba:

—Lord Rambaud.

Se besaron. Su suave calidez hizo que la sangre corriera a su entrepierna. Su lengua incitó los labios de ella, y ella le permitió entrar. El beso fue dulce y delicado, y ella se aferró a él mientras él presionaba su erección contra su cuerpo.

—No amaba a mi esposo —susurró—. La guerra era su vida. No entendía las necesidades de una mujer.

Emociones intensas, acumuladas desde Hastings, lo invadieron: el terror de la batalla, el horror y el hedor de la sangre derramada y los cuerpos destrozados, la brutalidad enfermiza, la nostalgia constante, el agotamiento del viaje, las pesadas responsabilidades que su duque le había impuesto, el dolor insoportable por su frustrante Mabelle, la frustración por la fuga de Rhodri, la preocupación por Hugh... todo conspiraba para nublarle la razón. Su único instinto era poseer y ser poseído. Sostenía a una mujer que había admitido no haber conocido jamás los placeres de la pasión. Era más de lo que podía resistir. Quería arrancarle la ropa y tomarla allí mismo en el suelo, liberándola de la frustración sexual que había soportado.

Recorrió su cuerpo con las manos, siguiendo la curva de sus caderas, el contorno de sus muslos. La levantó, con la intención de llevarla a la alcoba donde ella lo había cuidado. Sintió un mareo momentáneo al ponerse de pie, pero se sostuvo firme. Ella rodeó su cuello con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho.

Una vez en la habitación, ella se despojó de su ropa rápidamente, avivando aún más su deseo al ayudarlo a quitarse la suya. Jadeó y se humedeció los labios al ver su miembro rígido; sus ojos ardían de anhelo.

No tuvo que prepararla mucho tiempo. Cuando un espasmo de placer la atravesó, él se posicionó sobre ella, colocó su miembro en la entrada y gimió al deslizarse en su interior. Pronto encontraron el ritmo, y ella sonrió, acariciando su pecho con las manos. En un momento de claridad, él jadeó:

—No temas, derramaré mi semilla fuera de tu cuerpo.

Ella clavó las uñas en sus hombros.

—No, Rambaud.

—Pero...

Ella lo aferró con fuerza, atrayéndolo hacia sí.

—¡No! Lléname. No puedo retenerte. Quiero cada parte de ti. Estos momentos son todo lo que tengo.

La intensidad de sus palabras lo inflamó. Se estremeció y gritó su éxtasis mientras su semilla pulsaba dentro de su cuerpo.

Más tarde, cuando sus pensamientos empezaron a regresar lentamente, una imagen vívida de Mabelle acostada junto al lago, apenas cubierta por su camisión, apareció en su mente. De repente, se dio la vuelta, apartándose de Ascha.

—Esto fue un error —dijo con voz rasposa—. Eres viuda. Fue deshonesto aprovecharme de ti.

Pero su mayor arrepentimiento tenía poco que ver con aprovecharse. ¿Cómo pudo haber sacrificado lo que quería darle a Mabelle al acostarse con otra mujer, sin importar cuán grande fuera su necesidad, o la suya? Mabelle era su destino, traída a él por un milagro que no entendía, y que había intentado negar. Aunque ella había roto el compromiso, él se sentía culpable por traicionarla con esta mujer. Lo que había experimentado con Ascha había sido simplemente un alivio físico. Antoine tenía razón. Si quería a Mabelle, tendría que luchar por ella.

—No te aprovechaste de mí —susurró Ascha, languidecida—. Me aproveché de ti. Siento que eres un hombre enamorado. Mi esposo no me amaba, no entendía lo importante que es el toque para una mujer. Te agradezco el regalo que me has dado hoy. El recuerdo de ello me ayudará a soportar muchos días difíciles. No me arrepiento de lo que compartimos. No espero que me ames.

La confusión giraba en la cabeza de Ram.

—Debo irme ahora. Seré tu caballero, pero no puedo ser tu amante.

Ella se agitó mientras él se vestía, y se arrodilló en la cama, envolviendo las sábanas alrededor de su cuerpo.

—Rambaud —tartamudeó—, mentí. Te necesito... por favor. Quédate unos días.

Él negó con la cabeza, desesperado por irse de ese señorío.

—No puedo.

Salió rápidamente de la habitación. Ella estaría a salvo bajo su protección, pero rezaba para que algún día encontrara un buen esposo. Era una mujer con una pasión profundamente oculta que Woolgar no había logrado encender, y en silencio agradeció por Mabelle y las alegrías eróticas que su toque y sus besos le prometían. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en contarle a Mabelle sobre su encuentro. El honor lo exigía. ¿Habría sido ella fiel? Quería creer que aún era virgen, pero, dada la vida que había llevado, las probabilidades eran...

Su furia creció al pensar en Mabelle compartiendo la cama con otro hombre, y se sintió consternado por haber estado con esta mujer y ahora estar apresurándose a irse. Este no era un comportamiento digno de un Montbryce. Su corazón estaba hecho un nudo. ¿La brutalidad de la guerra había destruido su honor?

Una vaga sensación de pavor de haber embarazado a Ascha se retorció como un gusano en su estómago, pero razonó que era poco probable después de un solo encuentro. Ella no tenía hijos. Era posible que fuera estéril de todos modos.

Dejó soldados para vigilar Shelfhoc, pero el contingente que cabalgó con él seguía siendo

una fuerza que debía ser respetada. Mientras se dirigía a Ellesmere, apartó deliberadamente de su mente la tentadora visión que se le insinuaba de una doncella de cabello dorado, acostada sobre un banco de hierba. Había intentado negar su pasión por Mabelle, pero las palabras de Ascha resonaban una y otra vez: Siento que eres un hombre enamorado.

A través de la ventana, Lady Ascha Woolgar observó hasta que los normandos desaparecieron por completo de su vista, sus dedos frotando distraídamente la cubierta aceitosa de la ventana. Desde el momento en que vio al magnífico normando, sentimientos habían despertado dentro de ella que nunca había conocido con su esposo. Había intentado negarlos sin éxito.

Se desplomó de rodillas, sollozando, envuelta en las sábanas de la cama, sintiéndose más satisfecha, pero más desamparada que nunca. Era poco probable que volviera a ver a Rambaud de Montbryce, pero siempre recordaría la sensación de su toque, el cumplimiento de su virilidad dentro de ella, para siempre.

Malas Noticias

Sus hermanos mostraron gran preocupación a su regreso a Ellesmere, pero la preocupación por la enfermedad de su padre superó su curiosidad y parecían conformarse con una explicación superficial. Aceptaron viajar a Westminster, donde recibieron permiso para regresar a casa. Guillermo estaba desconsolado al saber que el conde estaba enfermo; Ram consideró más prudente no contarle nada sobre Mabelle.

Viajaron hacia la costa sur, donde tomaron un barco hacia Normandía. Una semana después de recibir la misiva de Mabelle, los hermanos Montbryce galopaban hacia el patio del castillo, mucho después del anochecer.

Apareció Fernand Bonhomme y los mozos llegaron para tomar sus caballos.

—Fernand —Ram abrazó a su fiel mayordomo—, te ves demacrado.

Para su consternación, el hombre comenzó a sollozar.

—Milord. Perdóneme. Estamos desolados. Su padre... mi esposa...

Le costó un momento comprender la terrible verdad. Su estómago dio un vuelco y un escalofrío subió por su espina dorsal. Las paredes parecían cerrarse. No podía hablar. Su querido padre no podía estar...

—¿Nuestro padre está muerto? —preguntó Hugh, con voz rasposa.

Fernand asintió.

—Hace dos días. El mismo día que Vangeline. Una peste. Muchos han muerto en todo el Calvados. Gracias al Cielo que han llegado, pero ya lo hemos enterrado en la cripta. Pensé que...

Se quedaron en silencio atónito durante varios minutos. Nunca se le había ocurrido que su padre pudiera morir. ¿Lo sabría Mabelle?

Antoine puso una mano sobre el hombro de Fernand.

—Hiciste lo correcto, como siempre. Estamos desconsolados por la muerte de tu esposa.

—Merci, milord. Vangeline fue una buena esposa y compañera. La echaremos mucho de menos. Y su padre... fue una época difícil, pero se fue rápido y no sufrió. Ahora usted es el conde, milord Rambaud.

Ram trató de reunir sus pensamientos dispersos. Deseaba con desesperación gritar su angustia entre los brazos de Mabelle.

—Sí, Fernand, pero preferiría que nuestro querido padre estuviera con nosotros. Es tarde. Supongo que mi prometida se ha retirado a su cámara?

—No, milord. Ella se ha ido.

Se sintió como un tonto. ¿Cómo había podido olvidarlo? Se tambaleó, temiendo que pudiera vomitar. Antoine lo enlazó con su brazo.

—Camina conmigo, hermano.

Llegaron al Gran Salón, un lugar lleno de recuerdos felices, ahora oscuro y vacío. Apareció Giselle, con el rostro sombrío. Los abrazó a ambos llorando. Ram comprendió el dolor que ahogaba sus palabras.

—Milord Ram —finalmente exclamó ella, después de sonarse la nariz—, traté de persuadir a su señora para que se quedara, pero no quiso escuchar. Estaba infeliz aquí y creía que su lugar estaba en Alençon.

—Supongo que allí se ha ido.

—Sí, milord.

Ram no había creído realmente que ella lo hubiera dejado hasta ese momento. Lleno de un impulso de desahogar su ira, apoyó su frente contra la pared y golpeó la fría piedra con los puños.

—Cálmate —gritó Antoine—. Puedes ir tras ella, convencerla para que regrese.

—No habrá tiempo. Debo regresar a Inglaterra para la coronación. Ella me ha dejado, y no me extraña. Pero no soy un hombre que vaya a arrastrarme de rodillas.

Hugh puso su temblorosa mano sobre el hombro de Ram.

—Vamos a la cripta. Quiero rezar junto a la tumba de nuestro padre.

Unos minutos después, Ram estaba en la fría cripta iluminada por velas, flanqueado por sus hermanos de luto, con el brazo alrededor de los hombros temblorosos de Hugh. Sentían profundamente la pérdida, pero su corazón también dolía por Mabelle, la hermosa refugiada a la que había hecho todo lo posible por alienar.

Los tres regresaron al salón, donde compartieron recuerdos hasta pasada la medianoche. Luego, Ram decidió despejar su mente en las murallas antes de retirarse. Si lograba dormir, sería por pura agotamiento.

Finalmente llegó a su cámara y sacó el pergamino arrugado que había llevado desde el día en que lo recibió en Ellesmere.

Lo leyó nuevamente, luego golpeó la almohada una y otra vez en frustración, hasta que se desplomó sobre ella.

—No quiero ser liberado, Mabelle. No codicio tus tierras, te codicio a ti. Te quiero como mi esposa, la madre de mis hijos.

Antoine y Hugh lo saludaron al día siguiente cuando llegó al Gran Salón para desayunar, aún cansado tras una noche sin sueño.

No podían ocultar su emoción.

—¿Qué plan han tramado ustedes dos ahora? —preguntó él con desgana.

Antoine sonrió.

—Si sales de inmediato y galopas, puedes llegar a Alensonne en un día. Un día para llegar, un día para persuadir a Mabelle para que regrese contigo, un día de vuelta, un día para casarte con ella y llevarla a la cama, dos días para llegar a Westminster. Voilà, llegarás un día antes de la coronación en Navidad.

Ram negó con la cabeza.

—Antoine, si no estoy en la coronación de Guillermo, puedo despedirme de mi condado. Podríamos perder la marea, encontrarnos con vientos equivocados.

—La elección es tuya. El condado o Mabelle de Valtesse. Hugh y yo estamos dispuestos a cabalgar contigo. Puede que necesites algo de protección contra su padre. O tal vez de Mabelle.

Ram vaciló. ¿Y si iba a Alensonne y ella lo rechazaba? Pero debía intentarlo. Si no iba ahora, podría quedar atrapado en Inglaterra, posiblemente durante años.

—Dile a Bonhomme que prepare los suministros para el viaje. Yo me encargaré de ensillar los caballos y organizar a los hombres de armas.

Alensonne

—Normandía está llena de rumores sobre la próxima coronación de nuestro duque como Rey de los Ingleses —anunció Guillaume de Valtesse a su hija mientras rompían el ayuno—. Será el día de Navidad. Su victoria sobre los sajones le ha valido el nombre de el Conquistador.

Sus palabras hicieron que la mente de Mabelle se retrocediera al banquete en Montbryce, cuando ella había devuelto el brindis del duque.

—Ram predijo que sería conocido como el Conquistador —susurró.

—Nunca entenderé por qué rompiste el compromiso. Estás claramente enamorada del hombre, y nos traerá grandes problemas aquí si viene a reclamar sus derechos de dote —murmuró mientras se alejaba de la sala.

Nunca lo entendería. Fue él quien le había instado a regresar a casa, pero después de su llegada habían discutido largo y tendido. Esperando encontrar paz aquí, todo lo que podía pensar era en Ram de Montbryce—el tacto de sus labios sobre los suyos, sus brazos fuertes alrededor de ella, sus manos acariciando su cabello, su pecho... no podía borrar el recuerdo de él en el lago, casi desnudo, su excitación evidente.

Anhelaba recorrer sus muslos, su pecho, sus hombros con las manos. Le dolía en lugares en los que nunca había sentido dolor. Su cuerpo hormigueaba al pensar en él, y deseaba verlo sin bragas.

Sin embargo, había tomado su decisión. No había marcha atrás. Él no la querría, nunca la había querido. Qué furioso debía haber estado cuando leyó su carta—si la recibió.

El sonido de voces elevadas interrumpió su ensueño. Su padre, sin aliento, reapareció, acompañado por el mayordomo Cormant.

—Te dije que vendría a reclamar lo que le corresponde. Tu antiguo prometido está en las puertas con sus hermanos, exigiendo entrada.

¿Está vivo?

Su corazón dio un vuelco cuando su padre comenzó a dar órdenes para que los hombres de armas salieran al encuentro de los visitantes.

—No, papá, no quiero ver sangre derramada. Le permitiremos la entrada, y tal vez podamos negociar algún acuerdo sobre las tierras. Déjame a mí. Eres muy propenso a perder los estribos. Cormant, avísales que el vizconde de Montbryce debe ser admitido. Llévelo al Gran Salón.

Se apresuró a llegar allí y subió al estrado, con la esperanza de parecerse a la Milady del castillo, en control de la situación. Se limpió las manos sudorosas en su vestido.

No te muerdas las uñas.

—Es más grande de lo que recordaba —murmuró cuando Ram, Antoine y Hugh entraron al Gran Salón cinco minutos después, luciendo como si hubieran cabalgado rápido y duro.

¿Qué se ha hecho en el cabello?

Apretó los puños, tratando de calmar el latir salvaje de su corazón. El sonido llenaba sus oídos y estaba segura de que todos los demás podían oírlo. Extendió los brazos hacia los tres hombres.

—Monseigneur, vizconde de Montbryce, mis señores Antoine y Hugh, bienvenidos a mi hogar. Bienvenidos a Alensonne.

La mirada de Ram era desconcertante, pero las palabras roncas de Antoine la sorprendieron hasta lo más profundo.

—Ram es conde ahora, Mabelle. Nuestro padre ha muerto.

El dolor de Ram estaba grabado en su rostro. Ella deseaba abrazarlo, sostenerlo mientras él lloraba.

—Lamento mucho la noticia —dijo—. Lo quería mucho...

Las palabras se le atascaban en la garganta cuando Ram apretó la mandíbula.

Antoine y Hugh se acercaron rápidamente a ella y la abrazaron.

—Mabelle —susurró Antoine cerca de su oído—, ten paciencia con él.

Ella sonrió.

—Parece que su sangre hierve porque estamos susurrando.

Hugh soltó una carcajada.

Ram tensó los hombros.

—Mabelle, he venido a hablar de nuestro compromiso.

—¿Quieres hablar sobre la dote?

—No —exclamó—. No he venido a hablar de la dote.

—Lo que quiere decir es que está aquí para rogarte que regreses —comenzó Antoine.

—No he venido a rogar —interrumpió Ram.

—Ha venido a pedirte que regreses a Montbryce.

—Soy capaz de hablar por mí mismo. ¿Por qué no van a atender a nuestros caballos, queridos hermanos?

—Estoy seguro de que el mayordomo...

—¡Vayan! ¡Déjennos!

Antoine y Hugh se encogieron de hombros y se fueron, apenas conteniendo la risa.

Mabelle respiró hondo.

—Parece que te sientes cómodo dando órdenes aquí, pero Alensonne aún no es tuyo.

Luchó por controlar la excitación que la invadía mientras Ram cruzaba rápidamente el espacio entre ellos. ¿La tocaría? ¿La abrazaría? ¿La acurrucaría en su pecho?

Tomó sus manos.

—No me importa Alensonne. Quiero que regreses a Montbryce conmigo para que podamos casarnos.

Ella tambaleó mientras luchaba por controlar su voz y las lágrimas amenazantes.

—¿Has decidido que este es el momento adecuado?

—Mi padre me prometió a ti. Sería una deshonra para su memoria si no cumplo.

Su corazón se hundió. Apartó sus manos de las de él.

—Te dije que te liberé de esa promesa. No tengo ningún deseo de deshonrar a tu padre. Lo quería. Pero no quiero casarme con un hombre que me toma por deber.

Sintió su agitación ante sus palabras. Caminó nervioso durante varios minutos, pasándose la mano por el cabello corto. Tuvo que resistir la tentación de correr hacia él y contarle su alivio de saber que estaba vivo, que sería su esposa bajo cualquier circunstancia, que no soportaba la idea de perderlo.

Se dio vuelta para mirarla.

—Mabelle, eres la mujer que quiero, la mujer que necesito. Ahora estoy seguro, después de Hastings. Tú eras mi amuleto. Después de la batalla, ardía en deseos de unirme a ti, de perderme en ti. Puedo ser autoritario, pero intentaré... ¿por qué lloras?

Le secó una lágrima de la mejilla con el pulgar.

—Ram —susurró ella.

Él la besó con fervor, haciendo que su cuerpo gritara por él. Puso las manos en su cintura y la atrajo hacia él. Sintió su dureza contra su vientre, y el deseo reprimido estalló en ella.

—Ram —susurró otra vez, su respiración atorándose en su garganta mientras alcanzaba nerviosamente su cabeza afeitada con los dedos. —Estás vivo, pero... ¿qué has hecho con tu hermoso cabello?

Él rió y puso los brazos sobre sus hombros.

—Vaillon lo afeitó para la batalla. Volverá a crecer, pero se siente extraño.

Se apoyó en él, con los brazos alrededor de su cintura. Permanecieron juntos durante largos minutos. Ella podía oír su respiración, sentir los latidos de su corazón. Nunca se había sentido tan segura.

—Vuelve conmigo a Montbryce, Mabelle. Ven a ser mi esposa, mi condesa.

Tragó con dificultad. Había huido, negado su atracción por este hombre, pero él era su destino.

—Regresaré contigo. Te invito a descansar aquí unos días. Has tenido un largo viaje y el dolor de la muerte de tu padre. Disfrutemos juntos la Navidad en Alençon durante un tiempo.

Él besó sus nudillos.

—Me daría un gran placer conocer tu hogar de la infancia un poco más, pero me han convocado a la coronación del duque en Westminster el día de Navidad. Quiero llevarte allí como mi esposa.

—Pero eso es en solo unos días.

—Guillermo me ha prometido un condado en Inglaterra, pero si no estoy en la ceremonia...

—¿Arriesgaste todo para venir aquí... para conseguirme?

—Eres la mujer con la que quiero casarme.

No había pronunciado palabras de amor, pero la quería lo suficiente como para arriesgar lo que más le importaba: tierras y títulos. Se aseguraría de que ella estuviera a salvo. La alquimia los atraía el uno hacia el otro. Al menos tendrían pasión.

—Entonces debemos llamar a Cormant para preparar nuestra partida mañana. Estoy acostumbrada a viajar rápido y ligera.

Una Boda

Hugh y Ram caminaron juntos hacia la puerta de la capilla del Castillo Montbryce, donde Ram tomó su lugar junto al obispo y Antoine. Los dos hermanos se dieron un fuerte abrazo en un gesto familiar. Antoine le dio una palmada en la espalda y sonrió. Ram besó el anillo del obispo mientras se inclinaba ante el clérigo.

Deseaba con todo su corazón que su padre aún estuviera vivo y lamentaba profundamente haberle privado de la satisfacción de verlo casado. Los tres esperaron unos minutos en silencio nervioso, luego oyeron el susurro de las ropas y los murmullos de las mujeres.

El aliento de Ram se detuvo en su garganta seca cuando Mabelle apareció del brazo de su padre, quien había insistido en viajar con ellos hasta Montbryce. Ella parecía estudiar cuidadosamente el elaborado piso de baldosas. Él se humedeció los labios.

Valtesse, sonriendo por fin, pasó su cálida mano a la suya y Mabelle le echó un vistazo cuando un estremecimiento pasó entre ellos. Él se ahogaría felizmente en esos ojos marrones.

A medida que avanzaba la larga ceremonia, Ram se dio cuenta de que la alta mujer que sostenía su mano con fuerza con sus largos y delgados dedos, estaba balanceándose. ¿Iba a desmayarse? Su cabeza se llenó de imágenes de sus manos recorriendo sus llenos pechos y caderas esculpidas que prometían fertilidad y muchos hijos sanos.

—¿Desea usted, Rambaud de Montbryce, tomar a esta mujer, Mabelle de Valtesse, de Belisle, d'Alençon y de Domfort, como su esposa?

La voz del obispo lo sacó de su ensoñación. Sumido en sus pensamientos, había perdido la noción de dónde estaban en la ceremonia.

—Así lo deseo.

Mabelle dejó escapar un largo suspiro.

Pensó que podría traicionarla nuevamente.

—¿Desea usted, Mabelle de Valtesse, de Belisle, d'Alençon y de Domfort, tomar a este hombre, Rambaud de Montbryce, como su esposo?

Este puede ser el momento en que elija su venganza.

—Así lo deseo —susurró, con la cabeza agachada.

Él exhaló lentamente el aliento que no se había dado cuenta de que estaba reteniendo.

—Ahora declaro, ante todos los presentes, que son marido y mujer. Comte Rambaud de Montbryce, puede besar a su esposa.

Ambos permanecieron quietos por un momento antes de volverse para enfrentarse. Con el corazón acelerado, levantó el velo y sonrió, apenas creyendo la pasión erótica que ella provocaba en él. Luego, el pensamiento desconcertante volvió a él: había encontrado a su esposa tendida casi desnuda en un prado. ¿Estaba esperando a alguien? No era Antoine, pero tal vez otro hombre. Pero él también tenía algo que confesar. Su sonrisa se transformó en un ceño fruncido. ¿Por qué ella estaba tan fría? Se inclinó para besarla. Al principio no respondió, pero cuando él introdujo su lengua en su boca, ella se abrió a él.

—Ah, sí. Definitivamente siente la pasión.

—Mabelle —susurró—, eres hermosa.

—Milord Ram —titubeó—, Milord, tú eres... qué impresionante arma —se rió, señalando la espada que ella había lanzado al lago, con una sonrisa traviesa—. ¿Es una reliquia familiar?

El obispo la miró curioso. Ram reprimió una risa al ver la expresión confundida en el rostro del clérigo. L'évêque no era un hombre que mostrara emoción alguna. Ram dudaba que hubiera

conocido alguna vez a una nueva esposa que admirara abiertamente el arma de su esposo.

Se inclinó para susurrarle al oído.

—Sí, Mabelle, mi arma es un tesoro familiar —respondió con una sonrisa—. Siempre está lista para servir.

Ella se sonrojó y apartó la mirada, aunque ninguno de los invitados había oído el intercambio.

Firmaron el libro de registros y dirigieron la procesión hacia el Gran Salón. Ram sostuvo su mano, momentáneamente nervioso de que ella pudiera denunciarlo en voz alta. O quizás debería acusarla, rechazarla. Pero eso significaría nunca experimentar el cumplimiento de las necesidades que ella despertaba en él. No, el dado estaba echado. Descartó sus preocupaciones como los divagantes pensamientos de un hombre recién casado, y habría tiempo suficiente para confesar su aventura con Ascha Woolgar.

Mabelle arriesgó una mirada a Ram cuando una chispa pasó entre ellos y su garganta se secó. Durante la larga ceremonia nupcial, cayó en un ensueño. Un hombre alto, moreno y desnudo emergió en una brillante explosión de agua desde lo profundo de un estanque, su virilidad erecta...

—¡Arrête! —se reprendió internamente, abriendo los ojos, tratando de recuperar el sentido de lo que debía suceder a continuación en la ceremonia sagrada, sin saber cuánto tiempo había estado distraída.

Sintió que su mano se tensaba y apretaba la suya cuando pronunciaba sus votos, y respiró aliviada cuando Ram dio sus promesas. No necesitaría el puñal oculto en la manga de su vestido, listo para clavárselo si él la traicionaba nuevamente.

Cuando el resto de la ceremonia terminó, los votos fueron completados y el anillo bendecido y colocado por la grande y firme mano de Ram sobre su dedo tembloroso, le preocupaba que, cuando él levantara su velo, la mirara con desconfianza.

¿Era eso lo que vio cuando su sonrisa se tornó en un ceño fruncido? Cuando él la besó, trató de no responder, pero los deseos ardientes y dolorosos volvieron. No pudo evitarlo cuando él introdujo su lengua en su boca. Entonces, el coraje que la había ayudado a sobrevivir durante tantos años vino a su rescate, fortalecido por el vino que había bebido rápidamente poco antes, e hizo un comentario sobre su arma, claramente sorprendiendo al obispo.

Aliviada de que nadie más hubiera oído el intercambio, se alegró de ver a Hugh apresurándose para abrazar a Ram. Él tomó su mano y le dio un ligero beso en la mano.

—Bienvenida a nuestra familia, Mabelle. Estoy seguro de que harás muy feliz a tu esposo.

—Paciencia, querida hermana. Necesitarás mucha paciencia —bromeó Antoine.

Sus comentarios hicieron que el corazón de Mabelle se calentara. Nunca había tenido un hermano que se preocupara por ella.

Su padre estrechó vigorosamente la mano de Ram, luego le dio un beso protocolario en la mejilla a su hija.

—Mañana parto hacia Alensonne —le informó.

Pronto los invitados empezaron a rodear, felicitando a los recién casados. Se separaron.

Ella perdió la pista de su esposo hasta que lo vio un poco después, llamándola desde el estrado, con un atisbo de incertidumbre en sus ojos azules. Tuvo que admitir, a regañadientes, que estaba feliz de encontrarlo de nuevo, pues se había sentido extrañamente vacía sin él a su lado.

Él consideraba que su comportamiento era inapropiado, sin embargo, de camino a su propia

boda, él se había escondido en el bosque, observando a una doncella apenas vestida. No importaba que ella lo encontrara atractivo. Era una traición. Luego la había abandonado en la puerta de la capilla. Decía que ella era su amuleto, pero, ¿podía confiar en él? ¿Tenía algún motivo oculto para casarse con ella? Reforzó sus emociones mientras él se acercaba.

—Los sirvientes están listos para servir el banquete, milady. Por favor, venga y ocupe su lugar a mi lado.

Ella permitió que él la condujera a la mesa principal, sin decir nada. El toque de su mano la dejó incapaz de hablar. Esto no podía ser. Necesitaría tener cuidado.

Lealtad

Comenzaron las festividades. Los sirvientes trajeron grandes bandejas llenas de comida desde las cocinas. Aparecieron dos jóvenes sirvientes vestidos con libreas, llevando sobre sus hombros una gran sartén de hierro con la tradicional cabeza de jabalí. Había pan fresco y crujiente. La Cuisinière no escatimó esfuerzos para ofrecer un banquete suntuoso para la boda de su conde.

Se colocó un plato de pollo asado sobre la mesa principal, entre los recién casados, una comida simbólica compartida como primer manjar. Ram arrancó un ala y se la ofreció a Mabelle. Ella la aceptó con un gesto y un parpadeo, mordiendo en ella, los jugosos líquidos cayendo sobre su trencher. Lamió sus labios y dedos, saboreando.

—No he comido nada en todo el día —susurró.

La virilidad de Ram—dura desde su beso—palpitó. Presionó su muslo contra el de ella, deseando que fueran sus dedos los que ella lamiera. Parecía percibir su excitación cuando le robó una mirada sonrojada hacia el bulto que se marcaba en su calza. Se preguntaba cómo soportaría las siguientes horas de comida, vino, cerveza, bromas, juglares, brindis y discursos sin arrancarle la ropa y hacerle el amor sobre las mesas.

Era un pensamiento embriagador el saber que se había casado con una mujer apasionada. Podía despertarla con sus besos, con sus caricias. Pero ella guardaba rencores, y eso lo apaciguó. Tenía que hacer algunas disculpas, pero ella también tenía cosas que explicar.

Hubo una repentina agitación. Antoine y Hugh se pusieron de pie, indicando a los comensales en el salón que algo estaba por ocurrir. La gente fue colocada en fila.

—¿Qué pasa, Ram? —preguntó Mabelle, nerviosa.

—Vamos a tener una ceremonia —respondió él, levantándose de su asiento.

Ella frunció el ceño.

—¿Ceremonia? Acabamos de...

—Lealtad. Todos jurarán lealtad a mí, como su nuevo conde. Y a ti.

—¿A mí?

Ram se giró hacia ella.

—Mabelle, ahora eres la Condesa de Montbryce. Espero que mi gente te honre, te respete y te sirva. Ahora son tus súbditos.

Mabelle rápidamente se limpió las manos y los labios grasientos con una servilleta, su corazón latiendo con fuerza. Era la primera vez que él reconocía que podría ser una buena condesa. Vaillon se acercó para volver a abrocharse la corta capa que Ram había dejado durante la comida. Su esposo tomó su mano y la condujo a colocarse al frente del estrado. Desenfundó su espada, apartó las piernas, empujó la capa más atrás sobre sus hombros y adoptó una postura con la espada apuntando hacia abajo, su mano izquierda sobre la empuñadura.

Miró a su esposa.

—Pon tu mano derecha sobre la mía.

Ella obedeció, sus rodillas flojas. Él puso su mano derecha sobre la de ella. Sus manos estaban cálidas, y pronto esas manos...

Ram hizo un gesto hacia Antoine.

—Comienza.

Antoine fue el primero, seguido por Hugh. Cada hermano se arrodilló, puso su mano sobre

la de Ram y juró:

—En nombre de nuestro Señor, y en presencia de todos los aquí reunidos, reconozco que tú, Rambaud de Montbryce, eres mi conde y mi señor, y soy tu hombre leal, y reconozco que tú, Mabelle de Montbryce, eres mi condesa, y soy tu hombre leal.

Los caballeros y hombres de armas siguieron el ejemplo. Cuando todos juraron, Ram se giró hacia Mabelle y declaró en voz alta y autoritaria:

—Ahora aceptaré tu juramento, condesa.

Su instinto fue negarse. Ram quería usar la ocasión para demostrar su dominio. Pero ¿qué opción tenía? Hizo una profunda reverencia ante él, puso ambas manos sobre las suyas, lo miró a los ojos e hizo su juramento, esperando que su voz no traicionara su nerviosismo.

—En nombre del Señor, y en presencia de todos los aquí reunidos, reconozco que tú, Rambaud de Montbryce, eres mi conde y mi señor, y soy tu mujer leal.

Soy tu mujer.

Las palabras resonaron en su cabeza, y su boca se secó. Ella era la mujer de ese hombre. Un noble que apenas conocía era su futuro, su por siempre. Ram hizo una ligera inclinación de cabeza, una sonrisa tirando de las comisuras de sus labios. Tomó su mano y la ayudó a levantarse, y ella silenciosamente agradeció al Señor por la fuerza que sentía en su agarre. Supuso que él la conduciría de regreso a su lugar, después de haber establecido su posición superior.

En su lugar, él le entregó la espada, colocó las manos de ella sobre el pomo, las cubrió con las suyas y se arrodilló sobre una rodilla frente a ella. Mirándola intensamente, hizo su juramento:

—Yo, el conde Rambaud de Montbryce, en el nombre del Señor y en presencia de todos los aquí reunidos, reconozco que tú, Mabelle de Montbryce, y de Valtesse, y de Alençon, y de Domfort y de Belisle, eres mi condesa, y yo soy tu leal vasallo.

La habitación se llenó de vítores mientras todos regresaban a sus lugares y el festín continuaba. Ram se levantó, tomó la mano de Mabelle y la condujo de vuelta a su asiento, sin apartar la mirada de ella.

Sus lágrimas comenzaron a brotar en cuanto él se arrodilló ante ella. Reconocía lo que aquel gesto le había costado. Quizás había más en ese hombre de lo que ella pensaba. Él se inclinó mientras tomaba asiento y, con una sonrisa, limpió sus lágrimas con los pulgares.

Horas después, tomándola de la mano, susurró:

—Pronto será el momento de la ceremonia del lecho, Mabelle. He intentado durante toda esta interminable velada no recordar la visión de ti tendida en la hierba, con las piernas medio abiertas... invitando.

Presionó su muslo contra el de ella una vez más. Los pezones de Mabelle hormiguearon, y un calor la inundó en un lugar muy privado. Un calor febril la envolvió.

Debo estar enfermando de algo.

Escucharon los brindis de Antoine, seguidos por los de su padre, quien, para su vergüenza, divagó sobre traidores, derechos y redención. Luego, Ram alzó su copa y brindó por su esposa.

—Bebo por la salud de mi hermosa esposa, Mabelle de Montbryce. Estoy seguro de que será una buena y dispuesta esposa.

Le guiñó un ojo, y Mabelle pensó que probablemente había bebido demasiado vino.

Qué arrogancia. ¿Buena y dispuesta? Volvemos a eso.

Se levantó para devolver el brindis, esperando que sus temblorosas piernas la sostuvieran. Ella también había bebido más del excelente vino, sin mencionar un sorbo del fino brandy de

manzana traído de las bodegas. Se sentía algo inestable. Además, estaba nerviosa por el viaje que emprenderían al día siguiente hacia Inglaterra, ya que nunca había navegado antes.

—Te agradezco, monseigneur, y brindo también por tu salud.

Se sentó, pero no sin antes guiñarle un ojo, o al menos intentarlo. Guiñar un ojo no parecía ser una habilidad que poseyera en ese momento.

Parece decepcionado. Bien.

Había escuchado chismes en muchos castillos sobre las ceremonias del lecho, pero nunca había asistido a una, siendo una mujer soltera. Según decían, podían ser eventos que bordeaban la histeria colectiva, donde la novia y el novio eran desnudados y obligados a consumir el matrimonio frente a toda la asamblea. Luego, las sábanas ensangrentadas se izaban en el mástil.

O bien, podían ser ocasiones educadas y discretas. Las damas de la novia la vestían con su camisón de noche, los hombres del novio lo desvestían a él, y luego el obispo bendecía el lecho nupcial, la comitiva arrojaba a la pareja feliz y se retiraba. Mabelle esperaba fervientemente que en esta ocasión ocurriera algo más parecido a lo segundo.

Ram la tranquilizó:

—No te preocupes, Mabelle. En este castillo no se izarán sábanas en ningún mástil.

Él había entendido su preocupación y trataba de hacerla sentir mejor. ¿O quizá se había asegurado de que no hubiera ninguna exhibición pública porque sospechaba que ella ya no era virgen y no habría sábanas ensangrentadas?

Aún cree que soy impura.

Noche De Bodas

La asamblea estaba alegre, pero no vulgar, mientras levantaban a un Ram con una sonrisa de oreja a oreja y a una sonrojada Mabelle, llevándolos a la cámara nupcial. En un extremo de la habitación habían colocado un biombo de madera tallada, y ella y Giselle se colocaron detrás para que la doncella pudiera ayudarla a quitarse el vestido, la camisa, los zapatos y las medias. El velo hacía tiempo que había caído.

Mabelle jadeó al ver el ligero camisón que una Giselle divertida le colocó cuidadosamente por la cabeza. Ram, y todos los demás en la habitación, podrían verla a través de la tela. Pero Giselle le envolvió un cálido salto de cama y ajustó el cinturón firmemente.

—Solo para los ojos de milord, en mi opinión. No para esos que quieren fisgonear —susurró la audaz doncella.

Gracias por la lealtad y el sentido común de esta sirvienta.

Giselle le peinó el cabello, luego la arropó en la cama y le colocó una almohada detrás.

Mientras tanto, los amigos y hermanos de Ram lo despojaban de sus prendas, arrojándolas aquí y allá; a pesar de su determinación de no mirar, Mabelle vislumbró una cadera desnuda mientras él se colocaba un batín de seda negra que Vaillon le sostenía. Ram lo ajustó ligeramente a su cintura. Sonriendo y saludando a la multitud que vitoreaba, cruzó la habitación con orgullo y se unió a su nerviosa nueva esposa. El batín apenas llegaba a sus rodillas, y no pudo evitar notar sus musculosos muslos mientras caminaba. Apartó la vista rápidamente, esperando que él no hubiera notado su interés.

El obispo entonó una breve oración de bendición y roció la cama con agua bendita.

A pesar de los comentarios pícaros de los invitados para que “se dieran prisa”, Ram los hizo salir con un gesto imperioso de la mano, y poco a poco se marcharon.

—Allez, tous —ordenó con seriedad fingida—. Fuera, todos ustedes.

Finalmente, Vaillon y Giselle se encargaron de desalojar al resto, dejando un silencio abrumador en la amplia cámara. Ram se quitó el batín. Mabelle apartó la mirada mientras él alzaba las caderas para liberar la seda de debajo de su cuerpo. Lo arrojó sin ceremonia al suelo. Girándose sobre su espalda, extendió un brazo hacia la mesa y tomó uno de los dos cálices de hidromiel. Ella robó una mirada a su pecho bien definido y al rastro de vello negro que bajaba hasta su ombligo y... Él volvió a mirarla y le ofreció el cáliz.

—¿Algo dulce para mi esposa?

Ella negó con la cabeza, sintiendo que su rostro ardía.

—¿Demasiado nerviosa? —preguntó él.

—Oui —susurró, apenas capaz de hablar, con el estómago revuelto. Era consciente de la larga relación que él había tenido con su amante, aunque se decía que Joleyne había dejado St. Germain. Mabelle nunca había supuesto que Ram llegaría virgen a su lecho, mientras que ella no tenía experiencia alguna con los hombres. ¿Satisfaría sus necesidades masculinas?

Apoyado en un codo, él tomó un sorbo del vino dulce y se humedeció los labios.

—Deberías probarlo. Es mala suerte no hacerlo.

Le acercó el cáliz a los labios. Sus ojos parecieron oscurecerse mientras la observaba beber el hidromiel, y frunció levemente el ceño.

—¿Más?

—Non, merci —murmuró mientras el cálido hidromiel le bajaba por la garganta.

Él sonrió, tomó otro sorbo, luego dejó el cáliz en la mesa, lamiéndose los dedos pegajosos.

Una extraña urgencia por probar su piel se apoderó de ella.

Girándose de nuevo hacia ella, con la cabeza apoyada en su brazo, dijo seductoramente:

—Bien, ma belle, ¿me dejarás ver ese cuerpo irresistible sin que tenga que suplicarte?

—No ibas a suplicar en el lago.

En cuanto pronunció las palabras, se arrepintió de haberlo hecho.

Él se tensó.

—Non, tienes razón. ¿Habría tenido que suplicar? Tuve la sensación de que estabas lista para entregarte sin mucha resistencia.

Pero mi sueño era contigo... con tu beso.

Sus palabras la hirieron profundamente, pero su siguiente pregunta hizo que se le encendiera la sangre.

—¿Qué truco tienes en mente para ocultar tu virginidad perdida?

—¿Crees que no soy doncella? —murmuró, con los ojos llenos de lágrimas. Deseó que él se atragantara con el hidromiel.

—Las doncellas no yacen medio desnudas en praderas, cubiertas de flores. Pero no me importa. Has lanzado un hechizo sobre mí, y eres tú a quien debo tener.

A pesar de sus crueles palabras, la necesidad ardiente en sus ojos azul hielo hizo que su corazón se acelerara. Desvió la mirada, temerosa de que su corazón pudiera romperse.

Limpiándole una lágrima con los dedos, admitió:

—Mis necesidades masculinas amenazaron con controlarme, y no me enorgullece. Eso es lo que parece hacer la pasión. Soy un Montbryce, un noble normando honorable. Estaba cansado después de mi viaje. Pensé que eras una visión.

Mientras hablaba, abrió suavemente el camisón y fijó su mirada en sus pechos, que el tejido diáfano del camisón apenas ocultaba.

—Dos círculos perfectos en dos globos perfectos —murmuró con una leve sonrisa. Bajó la cabeza y giró la lengua suavemente sobre cada pezón duro, enviando ondas de calor líquido al centro de su ser.

Su corazón latía con fuerza y no podía tragar. La besó suavemente, luego, a medida que el beso se alargaba y profundizaba en intensidad, ella entreabrió los labios y recibió su lengua tentadora, tibia por la hidromiel. Sus labios estaban pegajosos, y sabía a miel. Con un gemido, él la rodeó con sus poderosos brazos, aceptando la invitación silenciosa, lamiendo las comisuras de su boca.

Chupando su labio inferior, recorrió con una mano su cuello y le tomó un pecho. Este llenaba su mano, y lo acarició lenta y rítmicamente, sus dedos acercándose más y más al pezón expectante. Su toque ardiente a través de la tela sedosa despertó sensaciones desconocidas para ella, y cuando finalmente pellizcó el tenso punto entre el pulgar y el índice, un espasmo la sacudió. Se arqueó fuera de la cama, con un calor húmedo inundando un lugar muy íntimo.

¿Qué me está pasando?

Con su otra mano, él retiró cuidadosamente el camisón del cuerpo tembloroso de ella.

—He deseado verte desnuda —susurró—, y perderme en ti. Eres tan hermosa como imaginé.

Ella gimió suavemente mientras las grandes manos de él tomaban ambos pechos. Él bajó sus labios cálidos hasta ellos, chupando y lamiendo mientras apretaba tiernamente el otro pezón necesitado. Ella arqueó su pelvis y sintió su masculinidad pesada contra su muslo.

Su beso entonces fue lento y profundo. Ella succionó su lengua dentro de su boca. Rindiéndose a un instinto que superó la voz interior que le pedía modestia, abrió las piernas. Con

un gruñido profundo que sintió en los dedos de los pies, él usó su mano en la parte superior de su muslo para abrirla más, colocando su pierna sobre la de él. Sintió el roce sedoso del vello en sus piernas y la dureza de su virilidad presionando contra ella. Todavía tenía miedo de mirar su desnudez.

Los dedos largos de él encontraron su lugar más íntimo. Las sensaciones eran abrumadoras, pero no quería que se detuviera. No podía respirar y tuvo que apartarse de su beso. Lo miró a los ojos, esperando ver censura por su desenfreno, pero en cambio vio una profunda necesidad.

Él le sonrió y susurró:

—No olvides respirar, Mabelle. No tengas miedo.

El sonido de su voz seductora la calmó. La besó de nuevo, continuando las caricias con más fuerza y rapidez, mientras con la otra mano apretaba un pezón. Un calor intenso recorrió su vientre, disparándose por sus muslos internos. Hundió los talones en la cama, deseando que las sensaciones continuaran... y continuaran.

—Ven para mí, mi hermosa —le susurró—. Ven para mí.

Ella no entendía sus palabras, apenas las oía, completamente absorta en escalar una montaña de placer exquisito, y deseó gritar mientras su cuerpo caía del pico y se sumergía en el éxtasis.

—Tus gritos me excitan —dijo él con voz ronca—. Quiero ver tu rostro de nuevo cuando alcances el éxtasis.

Ningún hombre le había hablado de esa manera. Había entrado en un mundo nuevo. Quería reír y llorar. Lo quería todo de él.

¿De dónde vienen estos pensamientos?

Él inclinó la cabeza para succionar, luego deslizó los dedos ligeramente por su vientre y metió uno más adentro, luego otro, curvándolos contra la carne tierna, con la palma presionando su pubis. Nunca había conocido tales sensaciones, y el éxtasis llegó nuevamente rápidamente.

Ram la sostuvo con fuerza mientras su cuerpo convulsionaba.

¿Soy yo la que grita?

Abrió los ojos y volvió a hundirse en las profundidades azules de los de él. Él sonrió y susurró:

—Es hora. Ahora estás lista.

Se arrodilló y abrió más sus piernas. Finalmente reunió el coraje para mirar su parte masculina y jadeó:

—¡Mon Dieu!

Él se rió entre dientes y susurró:

—Lo sé. Iré despacio... si puedo.

Con su mano guió la punta de su virilidad a sus pliegues palpitantes.

—Estoy húmeda —balbuceó en una disculpa susurrada.

Él gruñó.

—Eso es algo bueno. Pon tu mano sobre mí.

Le tomó la mano y la colocó alrededor de su longitud.

—Sedoso —murmuró ella.

El recuerdo destelló en su mente de lo magnífico que él había lucido en el lago, un hermoso macho excitado, su emoción apenas oculta por sus pantalones. Desde ese momento, había deseado que él uniera su cuerpo al de ella. ¿Seguramente él debía ver el deseo en su rostro?

—Eres hermosa, Mabelle —gruñó él—. He anhelado hacerte mía.

—Por favor... Ram... por favor —murmuró ella, inundada de deseo—, poséeme... tóname.

Él entrelazó sus dedos con los de ella y presionó sus manos contra el cabecero. Preparándose, contuvo el aliento mientras entraba.

Ella gritó, sorprendida por el agudo pinchazo al atravesar la puerta de su doncellez.

Él se detuvo y la miró a los ojos.

—¡Dieu! Soy el primero —dijo ahogado—. Realmente eres mía.

Debería haberse ofendido por el tono de sorpresa en su voz, pero estaba demasiado cautivada por las sensaciones que crecían dentro de ella. Le arrancó las manos de las suyas y agarró sus caderas, tirándolo hacia ella, luego levantó las manos y rozó sus pezones con los pulgares. Sus ojos se nublaron mientras jadeaba ante su toque.

Se retiró casi por completo y volvió a empujar, luego embistió profundamente, una y otra vez, más rápido y más rápido. Nunca había experimentado una sensación de posesión tan intensa.

Este hombre es mío.

Profunda, una exquisita sensación de placer floreció dentro de ella. Levantó los brazos por encima de la cabeza y él entrelazó sus dedos con los de ella. Las sensaciones abrumadoras que Ram había despertado en su cuerpo antes eran nada comparadas con lo que la inundaba ahora, una dicha embriagadora e inexorable. La piel de Ram brillaba con el sudor. Ella deseaba liberar sus manos de su agarre y recorrer con ellas sus hombros relucientes.

Sintió su esencia derramarse en su cuerpo, mientras él echaba la cabeza hacia atrás y un gemido ahogado brotaba desde lo más profundo de su garganta. La euforia la invadió. Un estremecimiento los recorrió a ambos, y ella gritó de asombro con un sonido que jamás había emitido antes. Él se desplomó sobre ella, su respiración agitada.

—Perdóname —jadeó después de un minuto o dos—. Demasiado peso... no puedo moverme.

—No pesas demasiado —susurró ella, acariciando perezosamente su nuca con los dedos. Los hombros de él se estremecieron. Le encantaba sentir su peso sobre ella, su cálido cuerpo cubriéndola por completo, su corazón latiendo al unísono con el suyo.

Varios minutos después, él rodó hacia un lado y vio las huellas de lágrimas en su rostro.

—Lo siento mucho —dijo en voz baja—. Pensé que no eras doncella. Deberías haberme dicho. Aunque que fueras virgen, fue lo más estimulante...

Mabelle se sonrojó, eufórica al saber que lo había complacido, que él también parecía haber sido conmovido por la experiencia.

—... tomaste todo de mí. Eras estrecha, mi amor, pero estabas húmeda y receptiva. Podía sentir cómo palpitabas alrededor de mi miembro, y deseaba quedarme dentro de ti tanto tiempo como fuera posible.

¿Cómo responder? Este hombre, a quien apenas conocía y que había ocupado constantemente sus pensamientos, decía cosas íntimas que la encendían. Quería arquear su cuerpo hacia el de él, envolverlo con sus piernas, enredar los dedos en su cabello... pero entonces él podría volver a juzgarla como una desvergonzada.

Tiene ojos que pueden hacer que una mujer cometa locuras.

Se acercó a la jofaina y vertió agua del jarro sobre un paño.

—¿Quieres que te limpie, Mabelle?

La profunda ternura en su voz le llenó los ojos de lágrimas, y a pesar de su incomodidad ante la idea de que un hombre, un guerrero, lavara sus partes más íntimas, asintió. Él sonrió al notar su vergüenza por las sábanas manchadas de sangre.

—No fue un engaño —murmuró ella, sin saber qué más decir.

Él le besó la nariz.

—Lo sé.

Quiso ofrecerse para limpiarlo a él, pero era demasiado tímida para hacerlo, y antes de que pudiera decir algo, él ya se había levantado de la cama para atender sus propias necesidades. No pudo apartar los ojos de él mientras caminaba con confianza, sin rastro de vergüenza. Era tan masculino, tan musculoso, tan grande, tan oscuro, tan desnudo y tan cómodo en aquella habitación tan viril.

—¿Te gusta lo que ves, condesa?

Un rubor se extendió por su rostro, ya encendido por el roce de la barba de él.

—Oui, milord. Confieso ser la desvergonzada que ya sabes que soy. Es una debilidad que desconocía poseer. Has desatado algo que nunca había experimentado antes. A pesar de mi desconfianza hacia ti, no puedo decir no a tus apasionados abrazos.

Él se sentó junto a ella en la cama y le tomó la mano.

—En primer término, nunca me llames milord. Soy tu esposo y mi nombre es Ram. Segundo, estoy dividido. La ironía de nuestra situación me resulta evidente. Sí, te comportaste como una desvergonzada, pero eso me excitó. Tus acciones fueron inapropiadas, pero yo tampoco fui inocente. Al menos tenemos pasión, si no confianza. Estoy encantado de que ningún otro hombre te haya poseído. También estoy eufórico de haber sido el primero en llevarte a tu primera experiencia de éxtasis.

Ella estaba desconcertada.

—¿Cómo lo supiste?

Él trazó un dedo por su nariz y rió.

—Un hombre puede intuir estas cosas. Fue la expresión de absoluta sorpresa en tu rostro. No eres una desvergonzada, solo una mujer cálida y apasionada. Haremos hijos hermosos. Me alegra tener una esposa que sea apasionada y ardiente en la cama. La pasión no es una debilidad.

—Pero no sé cómo ser ardiente.

—No te preocupes, yo te enseñaré. Je serai ton maître.

La promesa de su dominio la emocionó y la inquietó.

—Durmamos ahora y quizá dentro de un rato...

La giró, la rodeó con sus brazos y le acarició los pechos con sus grandes manos, rozando con su nariz la parte posterior de su cuello. El sueño los venció rápidamente.

Ram despertó antes del amanecer con una intensa sensación de bienestar y, lentamente, tomó conciencia de la mujer desnuda que dormía a su lado. Su esposa. Su espalda estaba hacia él, con sus pechos y vientre presionados contra la cama, una pierna larga estirada bajo ella y la otra doblada. Una mano descansaba sobre la almohada junto a su rostro. Su cabello enmarañado caía como una manta sobre su espalda y hombros. Sintió el impulso de posar las manos sobre su hermoso trasero redondeado, pero se contuvo. Quería observarla respirar por unos minutos más. Tendrían que levantarse pronto para prepararse para el viaje, y ya estaba endureciéndose con solo mirarla.

La primera vez que había visto a Mabelle junto al lago, una llama se había encendido en él, y sin embargo, la intensidad de su unión apasionada había sido abrumadora. Normalmente, era un hombre de pocas palabras al yacer con una mujer, pero recordó haber compartido intimidades con Mabelle que nunca antes había dicho. Lo que había experimentado con ella era más que un simple encuentro físico. Ella lo había reclamado, poseído, tanto como él a ella. Le emocionaba haber sido el primer hombre en penetrarla. Nunca había hecho el amor con una virgen. ¿Por qué

había estado tan seguro de que no lo era? ¿Lo perdonaría alguna vez por sus crueles palabras?

Había sido algo natural limpiarla, algo que nunca antes había sentido deseo de hacer por una mujer. Mientras la miraba ahora, a la luz temprana del amanecer, durmiendo plácidamente, trató de imaginar cómo había sido su vida antes de conocerse. Se sentía bien tenerla allí, a su lado, en la cámara que amaba pero que nunca había compartido con nadie.

—Te juro, Mabelle —susurró—, que nunca más te faltará un lugar seguro donde dormir.

Estiró la mano para acariciar su cabello cuando ella se movió. Se giró perezosamente y se estiró. Su necesidad se intensificó, y la atrajo hacia sus brazos, esparciendo besos a lo largo de su cuello.

Ella parpadeó, aparentemente desorientada por unos momentos. Luego sonrió.

—¿Tenemos tiempo para hacerlo otra vez? —preguntó.

Su virilidad reaccionó de manera predecible ante su inocencia seductora.

—Tenemos tiempo.

Una Nueva Dinastía

—Los sajones deberán soportar la humillación de ver al Conquistador coronado en el aniversario del nacimiento de Cristo —comentó Ram mientras él, su esposa y sus hermanos rompían el ayuno antes de partir hacia la costa—. Guillermo tiene un fuerte sentido de la forma y la ley, y está decidido a no dejar pasar ninguna ceremonia que pueda fortalecer su reclamación de ser considerado Rey de los Ingleses.

Se volvió hacia sus hermanos.

—¿Estamos de acuerdo? Ustedes se encargarán de las cosas aquí, en Belisle y en Domfort. Me imagino que ya han tenido suficiente de Inglaterra después de Hastings.

Ambos hombres aceptaron de inmediato.

Mabelle sonrió tímidamente a Ram.

—Puedo ver que te honra la invitación de Guillermo, y nada te apartará de ella. Por lo poco que me has contado, jugaste un papel importante en asegurar la victoria.

Él había compartido algunos detalles de la batalla, aunque había decidido no contarle sobre su casi decapitación.

—¿Estás segura de que quieres acompañarme? —se atrevió a preguntar, sin saber qué haría si ella decía que prefería no hacerlo. Ella nunca había viajado en barco.

—¿Será seguro?

—Es un viaje corto y, si tenemos cuidado de elegir las mareas adecuadas, estarás segura conmigo. Pero el castillo de Ellesmere no es como Montbryce; no podemos vivir en él aún.

¿Por qué sentía la necesidad de llevarla con él? Sería una vida difícil y peligrosa, quizás por años, y habría muchos viajes de ida y vuelta a Normandía.

—No quiero quedarme atrás, Ram.

Animado por su lealtad, admiró la manera en que montaba a caballo mientras viajaban hacia la costa con un contingente de sus caballeros. El protocolo dictaba que ella montara su yegua a lado, pero finalmente le confió:

—Mi espalda está rota. Sería más cómodo montar detrás de ti en Fortis. Así al menos podría sentir tu calor. Estoy congelada hasta los huesos.

La miró con una sonrisa burlona y detuvo su caballo. Tal vez no fuera tan mala idea tener una esposa con carácter.

—Disfrutaría sentir tus hermosos pechos presionados contra mi espalda.

Ella resopló, lo que hizo que él se riera, y pronto ella estaba montada detrás de él. Le dio una palmadita en el muslo.

—Ahora veo la ventaja de que montes a horcajadas.

Los vientos eran favorables y tomaron un barco hacia la costa inglesa. Ella soportó bien el cruce, pero Ram estuvo mareado desde el momento en que zarpó. Le había advertido a regañadientes sobre su malestar.

—Lo siento. Te lo advertí. Cuando pienso en la última vez que navegué hacia Inglaterra, con Guillermo, parece una vida atrás. No sabía si volvería a verte.

Mabelle se acercó más a él.

—¿Pensaste en mí?

Un nuevo ataque de arcadas impidió su respuesta.

Ella le limpió la frente.

—No soy una buena esposa. No tengo idea de cómo ayudarte con tu malestar.

Su genuina preocupación tocó su corazón.

—No se puede hacer nada al respecto. Créeme. Debo quedarme afuera, pero si tienes frío, deberías buscar refugio bajo la lona que te prepararon.

—Non, me encanta el olor del viento salado en mi cara, y prefiero estar contigo.

Incluso en su miseria, creyó que ella decía lo que sentía.

—Este viento está llenando la vela y debería llevarnos rápidamente a través del Mar Estrecho. Tenemos suerte.

No quería mencionar que este trecho de agua podría ser mortal si el clima y las mareas cambiaban en su contra.

Llegaron a tierra con seguridad.

—Bienvenida a Inglaterra, Mabelle. Me alegra que estés aquí conmigo. Este es nuestro nuevo país, la tierra de oportunidades para nosotros y nuestros hijos.

Alertado por un mensajero, Guillermo había dispuesto una escolta para acompañarlos hasta Londres. Cuando el largo y cansado viaje finalmente llegó a su fin, se durmieron en los brazos del otro en el alojamiento lujoso de la residencia real junto a la Abadía.

Al día siguiente, despertaron temprano.

—No tengo ningún regalo de navidad para ti —susurró él.

Para su deleite, ella tímidamente rodeó su erección matutina con la mano.

—Se me ocurre un regalo.

Fue un encuentro excitante, el primero en Inglaterra, pero no podían arriesgarse a quedarse en la cama cuando los sirvientes llegaron para prepararlos para el evento trascendental.

Más tarde, mientras se dirigían a la coronación en la iglesia de San Pedro, llamada Westminster, Ram pensó que podría transmitirle algo de la historia de la Abadía para que conociera la magnificencia del edificio.

—Eduardo el Confesor eligió Westminster como el sitio para su palacio y su iglesia porque estaba cerca de la famosa y rica ciudad de Londres. Estaba rodeado de tierras fértiles y campos verdes cerca del canal principal del río Támesis, una importante ruta comercial. Por supuesto, Londres no es la sede del gobierno. Eso está en Winchester.

Mabelle observó la arquitectura.

—Sé que el Confesor creció en Normandía.

—Oui, y buscó a los arquitectos normandos para construir su abadía, porque eran más avanzados en su oficio que los ingleses. Estaba al tanto de las grandes iglesias abadía construidas en Caen, y del desarrollo de nuestra arquitectura. La Abadía fue el gran regalo de Eduardo para el pueblo inglés, magnífica e innovadora incluso para nuestros estándares. Fue consagrada el Día de los Santos Inocentes, en el año del Señor mil sesenta y cinco.

Una vez más, su esposa lo sorprendió.

—Pero Eduardo estaba demasiado enfermo para asistir. Mi padre y yo estábamos en Arques, y el castillo estaba lleno de rumores sobre su muerte inminente. Como Moisés y la Tierra Prometida.

Él apretó su mano.

—Oui, pero, en este día, en la Abadía, Guillermo, Duque de Normandía, será el tercer hombre en este año tan trascendental en llevar la corona inglesa. Será rey de su Tierra Prometida.

El pecho de Ram se hinchó de orgullo mientras acompañaba a Mabelle hacia la Abadía. Su vestido de abrigo de terciopelo era verde esmeralda, con ribetes de armiño, hecho para ella por Bette, en Montbryce, antes del terrible día de su boda prevista. Su cinturón era de oro hilado. Los pliegues arrugados de las mangas de su camisa de satén reflejaban la luz de las miles de velas.

Sobre su vestido llevaba una capa semicircular voluminosa a juego, sujeta en el centro con un broche que llevaba el escudo de Montbryce. La capa también estaba ribeteada de armiño. Su cabello estaba enrollado de cerca con algunos rizos en la frente, y llevaba una griñón sobre su cabello dorado, arrojada sobre su hombro. Un tocado de seda verde bordada mantenía la griñón en su lugar.

Mientras se dirigían a sus lugares, él susurró:

—Te ves impresionante. Incluso en esta ilustre reunión, haces que todos te miren.

Había una considerable guardia de hombres de armas y caballeros normandos apostados alrededor de la iglesia para evitar cualquier traición por parte de los resentidos habitantes del pueblo.

En presencia de los obispos, abades y nobles de todo el reino, el arzobispo Ealdred de York consagró a Guillermo como Rey de los Ingleses y le colocó la corona real sobre la cabeza. El arzobispo de Canterbury se había negado a officiar. La capa de coronación estaba adornada con oro y piedras preciosas. Cientos de amuletos de oro y plata colgaban de ella.

—Cada amuleto contiene una reliquia de un santo —susurró Ram a Mabelle.

Cuando el arzobispo Ealdred preguntó a los ingleses, y Geoffrey, obispo de Coutances, a los normandos si aceptarían a Guillermo como su rey, todos proclamaron su acuerdo con una sola voz, pero no en un solo idioma. Ram gritó orgullosamente con un rotundo "Oui", levantando el puño en el aire en saludo a Guillermo, lleno de emociones encontradas por los recuerdos de las horribles batallas y lo que le había costado la victoria. Con la otra mano, sujetaba con fuerza a Mabelle.

El arzobispo condujo a Guillermo al trono real en presencia y con el consentimiento de los obispos y abades allí reunidos.

De repente, Ram olió humo.

Varias voces gritaron: ¡Fuego!

Muchos en la multitud se asustaron y corrieron fuera de la iglesia.

—¿Ram? —gritó Mabelle, aferrándose a su brazo mientras el humo se esparcía.

El terror evidente en su rostro desgarró el corazón de Ram.

—No dejaré que te ocurra nada. Agárrate a mí. Debemos mantenernos juntos.

Con su brazo firmemente alrededor de ella y la espada desenvainada, la condujo a un lugar seguro. La entregó a sus hombres de armas con instrucciones de llevarla de vuelta al palacio.

Para su crédito, los obispos y algunos clérigos permanecieron en el santuario para completar la consagración. Ram decidió que su deber era quedarse cerca de Guillermo por si el fuego era una táctica de distracción.

Tras un cuarto de hora de confusión ansiosa, un capitán normando apareció por la parte trasera de la iglesia para informar a Guillermo que el fuego había sido sofocado. El nuevo rey se tranquilizó y agradeció a los que se habían quedado.

Ram se abrió paso entre los nerviosos clérigos. Guillermo lucía pálido y parecía alterado por lo ocurrido.

—Te costará creerlo, amigo mío, pero mi propia caballería causó el alboroto —explicó, ronco—. Cuando oyeron los acentos duros de los ingleses, creyeron que se estaba fraguando una traición. Prendieron fuego a algunos de los edificios alrededor de la abadía y mataron a varios.

Ram negó con la cabeza, incrédulo.

—Majestad, debe hacer una aparición ante la gente para tranquilizar a nuestros compañeros normandos, para que vean que ha sido coronado.

El nuevo rey recuperó la compostura, asintió y caminó con majestuosidad hacia la puerta de

la abadía. La vista de él con su capa de coronación calmó a la multitud, mayoritariamente normanda.

Enderezó los hombros y proclamó:

—He jurado mantener la Iglesia y a todo el pueblo cristiano en verdadera paz, prohibir la injusticia y la opresión, observar la equidad y la misericordia en los juicios, y gobernar a mi pueblo mejor que el mejor de los reyes que me precedieron, si son leales a mí. Estoy resuelto en mi corazón a hacer de Inglaterra un país en el que pueda reinar algo distinto a la anarquía. Perseguiré la Paz del Rey con fervor guerrero.

Mientras resonaban los vítores, se volvió hacia Ram.

—Con la ayuda de los consejeros normandos del Confesor y aliados como tú, Comte Rambaud le Noir, seré invencible.

Tras la coronación, siguieron largos días y noches de celebración.

—El rey desea nombrarme formalmente Conde de Ellesmere en el banquete de esta noche —le dijo Ram a su esposa al tercer día—. Antes de eso, quiere reunirse para discutir los problemas en las Marcas Galesas y cómo percibe mi rol en su resolución. No hay una frontera definitiva entre Inglaterra y Gales, así que debemos establecer nuestra autoridad en la región.

Cuando fueron conducidos al antecuarto del rey, Guillermo se acercó a Ram y lo abrazó calurosamente.

—No, mon ami, no te arrodilles. Hoy no llevaría esta corona sin tu ayuda. Lamento profundamente lo de tu padre.

Volviéndose hacia Mabelle, todavía en una profunda reverencia, él tomó su mano y la besó, levantándola para que se pusiera de pie.

—Mi querida Comtesse de Montbryce. Al fin este tonto amigo mío ha tenido la sensatez de casarse contigo.

—Merci, Majesté.

—Mi querido amigo —el rey se volvió hacia Ram, sin perder tiempo—. Quiero hablar de esos irritantes rebeldes galeses.

—¿Majestad?

—Una y otra vez has demostrado tu valía, tanto en lo militar como en la gobernanza. La situación en las Marcas requiere tales habilidades. Has estado allí y lo has visto por ti mismo. También necesito a alguien en quien pueda confiar implícitamente. Imagino a mis Señores de las Marcas con más poder que un conde común. La rebelión siempre está en el aire. Necesitamos consolidar nuestra victoria.

Ram apretó los dientes. Le picaba la lengua para decirle a Guillermo lo que pensaba sobre el castillo de Ellesmere que, de hecho, había visto por sí mismo, y con fervor esperaba que los rumores sobre el fiasco con Rhodri no hubieran llegado al oído del rey.

Las siguientes palabras del monarca interrumpieron sus pensamientos.

—Ah, aquí vienen d'Avranches, Montgomerie y Fitz-Osbern, los otros elegidos para el puesto.

Realmente estoy en compañía ilustre.

Se preguntó si los castillos de los otros hombres estaban tan deteriorados como el suyo. Después de que se completaran las presentaciones correspondientes de los señores y sus damas, y se cumplieran las normas sociales, las mujeres se retiraron a un rincón cercano.

La discusión continuó durante varias horas, con Guillermo delineando los poderes que planeaba otorgar a sus cuatro Señores de las Marcas. El condado de Ram, Ellesmere, ocupaba

una zona cercana a Gales, entre Chester y Shrewsbury, dos de los sitios de los condados propuestos. Hereford, al sur, era el otro.

Cuando llegó la hora del banquete, Ram fue en busca de Mabelle. Las damas ya se habían retirado hace tiempo para prepararse para la fiesta.

—Este es uno de los momentos de más orgulloso de mi vida —le susurró mientras eran anunciados, y entraba en el enorme salón con su hermosa esposa del brazo.

—Me alegra estar aquí para verte honrado.

—Es tu presencia aquí la que me llena de orgullo.

¿Por qué alguna vez pensé que no sería una buena comtesse?

—Tengo sentimientos encontrados —admitió—. El rey ciertamente me ha honrado más allá de la medida, pero es un honor que no está exento de peligros. Las Marcas no son un lugar seguro para traer a mi esposa y empezar nuestra familia. Sin duda, no será la vida cómoda que disfrutamos en nuestro castillo en Normandía, al menos no por un tiempo.

Ella se apoyó en él.

—No me importa, Ram. Prefiero estar contigo.

Él le acarició la mejilla.

—No puedo imaginar dejarte sola en Normandía, Mabelle, te necesito a mi lado.

Antes de que se sirviera la comida, el rey Guillermo llamó a sus cuatro designados al estrado y les ordenó inclinarse.

—Mes seigneurs, Comtes d'Avranches, de Montgomerie, de Montbryce y Fitz-Osbern, os confiero los títulos de Conde de Chester, Shrewsbury, Ellesmere y Hereford. A partir de este momento, sois investidos con más poder del que jamás haya disfrutado ningún noble.

Durante el banquete que siguió a la larga ceremonia, Ram y Guillermo Fitz-Osbern comenzaron a discutir sobre los castillos que les habían sido concedidos. Ram era consciente de que su compañero, el conde, era un hábil constructor de castillos.

—Hereford está en razonablemente buen estado —se jactó Fitz—. Si Ellesmere necesita renovaciones, estaré dispuesto a ayudarte con la tarea. Debemos trabajar juntos para fortalecer nuestra posición a lo largo de las regiones fronterizas.

—Acepto tu oferta y te agradezco —respondió Ram, sintiendo que su corazón se aligeraba un poco.

Vuelo

Mientras el Conquistador y sus Señores de las Marcas celebraban, Lady Ascha Woolgar pasó una solitaria Navidad en la casa solariega de Ruyton, y para enero sospechaba que había concebido. La posibilidad se convirtió en realidad unas semanas después, y se llenó de alegría en un momento y de miedo al siguiente. Las náuseas matutinas y la preocupación la agotaban. Temía que el mayordomo nombrado por el conde notara que algo no andaba bien.

Reconocía su buena fortuna con los generosos arreglos de Montbryce. Muchos sajones habían sido expulsados de sus tierras por los invasores normandos. Su obstinada orgullosa sajona no le permitiría arrastrarse ante el conde ahora que llevaba su semilla. Probablemente él la rechazaría a ella y al niño. Incluso si reconocía al bebé, crecería con el estigma de la bastardia. Decidió enfrentar la prueba sola. Al menos un hijo o una hija sería un recordatorio querido de su breve liaison con Ram. Era irónico que, en todos los momentos en que su brutal marido la había usado, ella nunca hubiera concebido. De hecho, había asumido que era estéril.

Su fiel sirvienta era la única persona en la que confiaba.

—Nadie puede enterarse nunca, Enid. Debemos decir que mi hijo es el hijo de mi difunto esposo, Sir Caedmon.

Enid sacudió la cabeza vehementemente.

—Eso sería más fácil de lograr si sus arrendatarios y sirvientes no supieran que Sir Caedmon se fue de aquí mucho antes de la Batalla de Stamford Bridge, mi señora. Si él fuera el padre de su hijo, el bebé nacería para mayo, pero no dará a luz hasta mucho después.

Enid tenía razón, pero Ascha no veía ninguna salida a su dilema. Se preocupaba tanto de que su embarazo se hiciera evidente, que temía enfermarse.

—El mayordomo Roussel pronto empezará a juntar las piezas y correrá la voz sobre mi estado en Ellesmere. Puede que se lo cuente a Lord Rambaud. Estoy segura de que ya se pregunta por qué el conde es tan generoso conmigo. Tal vez tendré que quedarme oculta en la casa solariega.

Qué poco práctico sería eso. No podría ocultar un bebé después de su nacimiento.

—Mi señora, tal vez deberíamos tratar de conseguir un abortivo para usted. Yo podría...

—¡Nunca, Enid! —exclamó Ascha—. Quiero desesperadamente a este niño. Pero Lord Rambaud nunca debe saberlo. Necesitamos un milagro.

* * *

Roussel estaba perplejo. La dama de Shelfhoc Hall empeoraba cada día. ¿Debería mencionárselo a Lord Rambaud? Decidió no hacerlo. Sus instrucciones explícitas habían sido cuidar de la casa y la finca. No se le había dicho nada sobre el bienestar de la mujer sajona que vivía allí. Todo el arreglo le parecía extraño. No entendía por qué el conde normando se había hecho responsable de este remoto manor, tan alejado de sus propias tierras.

—Debes administrar los arrendamientos y la finca, y cuidar de la casa —le había dicho Gervais—. Y debes proveer a los hombres de armas que han quedado allí para proteger el señorío. Toda la contabilidad y los ingresos deben ser entregados a la dama de la casa. El conde no quiere ser molestado con eso.

—¿Debo recibir una comisión en nombre de milord?

—Non. Serás recompensado directamente por mí, y luego por el mayordomo de Ellesmere, Bonhomme, cuando llegue.

Sí, todo el arreglo es muy extraño.

A principios de primavera, tres jinetes fueron desafiados por los hombres del Conde de Ellesmere cuando se acercaban a la muralla que protegía Shelfhoc.

—Declarad vuestro negocio, sajones —dijo el capitán con desdén.

—¿Quiénes sois vosotros para exigir que os diga mi negocio? —respondió airadamente un noble corpulento.

—Soy capitán de la guardia asignada para proteger este señorío, y no pasaréis hasta que me digáis quién sois y qué buscáis con la dama Ascha Woolgar.

El visitante urgió a su montura hacia adelante.

—Soy Sir Gareth Bronson y ella es mi hermana. Me acompañan mi hijo y mi escudero.

Satisfechos, los soldados se apartaron.

Los tres entraron en el patio. Sir Gareth desmontó y golpeó con el puño la puerta del castillo.

—¡Ascha! Soy tu hermano. Abre la puerta.

Gawain y Edward desmontaron; Edward tomó las riendas de los tres caballos y las entregó a un hombre que había salido apresuradamente de los establos.

—¡Gareth! —exclamó Ascha al abrir la puerta de golpe, arrojándose a los brazos de su hermano. No lo había visto desde su matrimonio con Caedmon Woolgar.

—¿Cómo has estado, Ascha? —preguntó mientras entraba en el castillo, su brazo rodeando a su hermana, Gawain justo detrás—. Lamento no haber podido venir antes. Es imposible para los sajones viajar ahora con estos malditos normandos por todas partes. El Conquistador se jacta de la Paz de Dios y la seguridad para todos, pero...

—No importa, Gareth, ya estás aquí.

—Debería haber venido antes, querida, tan pronto como recibí tu mensaje sobre la muerte de Caedmon en Hastings. Sospechaba que había caído allí. Estás pálida. ¿Te encuentras bien? —La abrazó—. ¿Cómo llevas la muerte de él?

—Lo mejor que se puede esperar. Nunca fui feliz con él. No era un hombre fácil para convivir.

Gareth la miró detenidamente.

—No. Pero una mujer no puede sobrevivir sola en estos días aquí en Inglaterra, especialmente una mujer sajona. ¿Quién es el normando que se llevó nuestros caballos? ¿Y tienes soldados normandos custodiando Shelfhoc?

¿Lo ha adivinado?

—Es un mayordomo asignado aquí por el Conde de Ellesmere, quien generosamente me ha proporcionado protección, y un mayordomo para ayudarme a administrar la finca. Él se encarga de los ingresos.

—¿Por qué un conde normando haría eso? —preguntó el joven Gawain, con tono sospechoso.

Ascha jugueteaba nerviosamente con su cabello.

—Hay un peligro constante de ataque por parte de los galeses aquí en las Marcas. Esta es una finca valiosa pero vulnerable. Está protegiendo sus propios intereses.

—Gawain, ¿por qué no vas a la cocina y ves qué puede encontrar el cocinero para ti? Debes estar hambriento después del viaje.

Se sintió aliviada cuando él sonrió y se fue.

Su hermano esperó hasta que Gawain estuvo fuera de su alcance, luego continuó:

—Sin embargo, Ascha, no puedes quedarte aquí sola. Tengo la sensación de que ya has

sufrido a manos de estos invasores normandos.

Las manos traidoras de Ascha fueron directamente a su vientre redondeado.

—Como pensaba.

Ella apretó los puños.

—¿Pero adónde iría, Gareth?

Él no dudó.

—Vendrás con nosotros a Escocia.

Sus manos volaron a su rostro.

—¿Escocia?

—El rey Malcolm Canmore odia a los normandos tanto como nosotros. Ha dejado claro que da la bienvenida a su corte en Edwinesburh a todos los sajones que no deseen permanecer como súbditos de los normandos. Haremos una nueva vida allí, libres de la tiranía normanda. Muchos de nosotros ya hemos decidido seguir a los cientos que ya han huido.

Ascha presionó sus dedos en las sienes.

—¿Pero qué sucederá con Shelfhoc Hall?

Gareth pensó un momento, juntando las manos.

—Hablaré con este mayordomo y le informaré que viajarás a mi casa por un tiempo. No necesita saber que nunca regresarás.

Es la respuesta a mis oraciones—pero ¿Escocia?

—Como has adivinado, Gareth, estoy embarazada pero sin esposo. ¿Será bien recibida una mujer así en la corte del rey Malcolm?

Gareth puso un brazo tranquilizador sobre sus hombros.

—Eres mi hermana, Ascha. Muchas mujeres sajonas han caído víctimas de los apetitos rapaces de estos asesinos normandos. Estarás bajo mi protección. La madre de Gawain murió hace años. Tú y yo seremos buenos compañeros. Protegeré tu secreto.

Ascha mordió su labio.

—¿Y hablarás con el mayordomo Roussel?

Gareth pensó un rato.

—Le diré que siga cuidando el castillo como siempre. No veo por qué no podría enviarte una contabilidad anual, si enviamos noticias de dónde estamos una vez lleguemos. Los normandos están obsesionados con el orden y las formas. Probablemente estará más feliz a cargo de un castillo donde no haya nadie que esté constantemente supervisando lo que hace.

Ascha tembló.

—Es cierto, tal vez, aunque aún seguirá siendo responsable ante el conde, un hombre poderoso al que prefiero no desafiar.

Su corazón estaba pesado mientras recordaba su breve pero satisfactoria relación con Rambaud, un hombre que nunca podría tener. ¿Se encolerizaría si alguna vez descubría que había tenido su hijo y no se lo había contado?

Tres semanas después, Lady Ascha Woolgar dejó la tierra de su nacimiento, temerosa de lo que el futuro le deparaba a ella y a su hijo por nacer. Gareth había hecho los arreglos como había prometido.

Un veintena de almas hizo el angustioso viaje en diez arduos días. A su llegada, fueron recibidos calurosamente por el rey escocés y su reina Ingibjorg, y recibieron ayuda y apoyo de otros sajones que habían huido antes que ellos para hacer una nueva vida.

Cuando su hijo nació poco después, Gareth había conseguido una casa para él, su hijo y su

hermana, junto con su escudero Edward, y su sirvienta Enid. Ella nombró a su hijo Caedmon. El nombre de su difunto esposo guerrero sería perpetuado, si no su linaje, y eso haría más fácil ocultar la paternidad del niño.

No podía elegir un nombre normando para él, pero le dio el segundo nombre Brice, que en su lengua significaba hijo de un noble. Se sintió satisfecha sabiendo que sería la única que conocería el verdadero significado del nombre. Pero juró nunca contarle a su hijo quién era su verdadero padre. Sería algo noble ser hijo de un mártir de Hastings, mientras que el bastardo de un normando...

En agradecimiento por su milagro, juró dedicar su vida a este precioso niño.

Ellesmere Toma Forma

El castillo de Ellesmere fue tomando forma gradualmente. Ram decidió que al menos ya era habitable y que Mabelle podría mudarse allí después de pasar seis meses en el Palacio. La extrañaba insoportablemente y sospechaba que ella lo extrañaba, pero Westminster era un lugar solitario para una mujer normanda sola con solo una sirvienta leal. Cada vez que él iba a visitarla, ella corría hacia sus brazos.

—¿Cuánto tiempo te quedas esta vez? —preguntó tímidamente en su tercera visita.

Ha sentido lo mismo por mí que yo por ella.

—Lo que tarde en empacar.

—¿Voy contigo? —preguntó feliz. Su asentimiento fue la seguridad que necesitaba. Ella se apresuró a ir a hacer que Giselle comenzara a preparar el equipaje.

Ram había visto poco a Guillermo durante sus visitas anteriores al Palacio. Sin embargo, una vez, cuando consiguió una breve audiencia, se sorprendió al escuchar al rey comentar lo útil que le había resultado el conocimiento íntimo de Mabelle sobre Normandía.

—Es asombroso, Ram, lo que la gente dice cuando cree que está hablando con alguien sin importancia.

El rey estaba a menudo ausente, cabalgando por su nuevo reino, confiscando tierras y construyendo castillos de madera fortificados. Luego había nombrado a su medio hermano Eude y a Guillermo Fitz-Osbern como co-regentes y regresado a Normandía.

Poniéndose al día con su esposa, Ram le contó:

—Nos hemos retrasado por la rebelión que estalló en el condado de Fitz-Osbern poco después de que lo nombraran regente. Eso lo apartó del trabajo en nuestro castillo. Sin embargo, la ha sofocado... con gran brutalidad, debo añadir.

Mirando furtivamente a su alrededor, susurró:

—Me estoy preocupando cada vez más por la capacidad de crueldad de algunos nobles normandos.

Mabelle afrontó bien el largo viaje hacia el norte, asegurándole a Ram que estaba acostumbrada a viajar. Él no quería apagar su entusiasmo, pero temía su reacción cuando viera el castillo aún sin terminar.

Le conmovió ver cómo luchaba por ocultar su desánimo.

Sin embargo, poco a poco, ella fue añadiendo su toque personal al castillo. La Cuisinière envió a una joven normanda de Saint Germain, a quien había entrenado en las artes culinarias.

—Trésor está demostrando ser el tesoro que su nombre implica —comentó Mabelle a Ram una noche después de cenar en el salón aún incompleto—. No tolera tonterías de los sirvientes sajones y galeses, ni de las criadas de la cocina, y su autoridad en la cocina es suprema.

Ram se palmeó el vientre lleno.

—Estoy de acuerdo, y los visitantes hablan muy bien de la buena comida que servimos aquí.

Mabelle se secó la boca con una servilleta.

—Giselle está disfrutando mucho de su rol como jefa de la casa, seleccionando y entrenando a las sirvientas y sirvientes para cumplir con sus rigurosos estándares normandos.

Ram se sintió muy complacido.

—Sí, ahora que tenemos al hijo de Fernand, Mathieu, como nuestro mayordomo, parece que

estamos en casa.

Aterrada por los recuerdos de la peste que había asolado el Calvados, Mabelle le sugirió a Ram que deberían tener a una sanadora en su hogar, y él estuvo de acuerdo.

Aumentaron su personal invitando al castillo a una sanadora galesa recomendada por la partera del pueblo.

—Myfanwy tiene un toque curativo especial, vuestra señoría —dijo la robusta partera sajona de rostro rojo.

Mabelle se sintió tranquila, sabiendo que, cuando quedara embarazada, estaría en buenas manos.

La mujer galesa accedió, y Mathieu Bonhomme le asignó una pequeña habitación dentro del castillo.

Mabelle pasó mucho de su tiempo supervisando los menús, preparando remedios herbales y ungüentos bajo la supervisión de Myfanwy, y haciendo bordados y tejidos. Hacía tocas, camisas, enaguas y vestidos, y camisas para Ram, aunque la mayoría de la ropa de su esposo y las prendas más elegantes las hacían sastres locales.

Myfanwy dudó mucho cuando le ofrecieron el puesto en Ellesmere. Un puesto en el castillo no solo aseguraría su futuro, sino lo que era más importante, el de su hija. Sin embargo, temía que el conde no aprobara a una mujer con un hijo bastardo. Decidió no mencionar a Rhonwen.

—Estoy dispuesta —le dijo finalmente a la condesa—. Será un honor servirle a usted y a Arglwydd Montbryce.

La pequeña habitación que le asignaron estaba en una parte remota del castillo. Si tenían cuidado, Rhonwen podría acompañarla y estar oculta. Pero, ¿qué haría la niña? Ya comenzaba a ser conocida por sus habilidades curativas.

Era más seguro que permaneciera en el pueblo.

Los Montbryce disfrutaron de su primer Yule en Ellesmere y celebraron en la capilla con las habituales observancias religiosas, pero también disfrutaron del Festival de los Tontos. Se eligió a un bufón para que fuera un obispo de broma. Se vistió con vestimentas falsas y condujo a la gente a la iglesia, donde celebró un servicio en galimatías y cantó canciones irreverentes. Les dio una sensación de estar en su amada Normandía y alivió un poco su nostalgia.

—Extraño nuestra hermosa Calvados —confidenció Mabelle más tarde, cuando estaban en la cama. Se habían reído mucho en el festival y eso los relajó.

—Yo también, pero mientras tú estés aquí, puedo soportar la nostalgia. Cuando el clima mejore, regresaremos a casa a hacer una visita.

La giró para que su cálido cuerpo estuviera pegado a él, rodeándola con sus brazos, sujetándola por los pechos.

—Cuando sostengo tus pechos, estoy en Normandía. Tengo mi tierra natal en mis manos.

Sintió su erección contra su espalda.

—¿Qué hechizo es este que tejes sobre mí? —susurró, acariciándole la oreja—. Solo con tocarte me vuelvo insaciable.

Hicieron el amor, complaciéndose mutuamente, hasta que cayeron juntos en un olvido sin mente, llamándose por sus nombres, drogados por los abrumadores sentimientos de éxtasis sensual.

—Eres mi tabla de salvación en este mar de hostilidad extranjera —murmuró adormilado.

Rebelión

Ascha Woolgar se preguntó cuál era el alboroto cuando su sobrino Gawain irrumpió en la habitación donde ella jugaba con su hijo.

—¿Has visto a mi padre? —jadeó.

Ella frunció el ceño.

—Creo que está en su habitación.

—Debo encontrarlo y contarle la noticia. El barco de Edgar el Aetheling se hundió en una tormenta frente a la costa de Fife. Él y sus hermanas han sido rescatados y llevados a la corte del rey Malcolm.

La boca de Ascha se abrió de par en par.

—¿El Aetheling? ¿Nuestro legítimo rey? ¿Navegando frente a las costas de Escocia?

Gawain asintió tan vigorosamente que Ascha temió que su cabeza pudiera caerse.

—Participaba en la rebelión del conde Morcar en Northumbria contra los normandos, pero fue derrotado. Su plan era huir a Hungría, la tierra de su nacimiento, cuando el barco naufragó.

—¿La esperanza de librar a Inglaterra de los normandos sigue viva? —preguntó Ascha emocionada, agachándose para levantar a Caedmon, quien se había puesto de pie agarrándose a los pliegues de la falda de su madre.

Gawain tragó saliva y respiró hondo.

—La otra noticia sorprendente es que el recién enviudado rey Malcolm está cautivado por la joven Margaret, la hermana de Edgar. Al parecer, cabalgó desde su residencia en Dunfermline para dar la bienvenida a los refugiados reales.

—Imagina si se casa con ella. Sería un golpe político. Le daría a Malcolm una alianza con la antigua casa real de Inglaterra y una gran dote del rey de Hungría. Edgar se beneficiaría enormemente al tener un cuñado que ya es un formidable oponente de los usurpadores normandos. Estoy segura de que Malcolm apoyaría a Edgar si intentara reclamar el trono nuevamente.

Sus ojos estaban desorbitados, como si no pudiera creer las palabras que acababa de pronunciar.

Ascha plantó un beso en la nariz de Caedmon, luego puso su mano en el tembloroso hombro de Gawain.

—A tu padre le encantará esta noticia. Te ayudaré a encontrarlo.

Como esperaban Gawain y toda la comunidad sajona en Escocia, el rey Malcolm Canmore, el Gran Caudillo, quedó prendado y pronto se casó con la princesa Margaret. Acordó apoyar a su hermano Edgar en su campaña para reclamar el trono de Inglaterra. Cuando estalló una rebelión seria en Northumbria a principios del año siguiente, Edgar regresó a Inglaterra con otros rebeldes que habían huido a Escocia para liderar la revuelta. Gawain y Gareth Bronson estaban entre los que lo acompañaron.

Después de algunos éxitos iniciales, los rebeldes fueron derrotados por el rey Guillermo en York, y Edgar buscó nuevamente refugio con Malcolm. Gareth fue herido, alcanzado en el brazo por una flecha, pero Gawain logró llevarlo de regreso a Escocia sano y salvo. Ascha lo cuidó y se recuperó.

A finales de ese verano, la llegada de una flota enviada por el rey Sweyn de Dinamarca provocó una nueva ola de levantamientos ingleses en varias partes del país. Edgar y los demás

exiliados navegaron hacia el Humber, donde se unieron a los rebeldes de Northumbria y a los daneses. Sus fuerzas combinadas aplastaron a los normandos en York y tomaron el control de Northumbria.

Luego, Edgar lideró una incursión marítima en Lindsey que terminó en desastre, y escapó con solo un puñado de seguidores para reunirse con el ejército principal. Gawain estaba entre ellos; Gareth no. Murió al instante, atravesado por una flecha en el corazón.

Ascha lloró por su querido hermano, su protector y caballero. Gawain, su heredero, le aseguró a su tía que ella y el pequeño Caedmon podían quedarse en la casa.

A finales de ese año, el rey Guillermo avanzó hacia Northumbria, recuperó York, compró la retirada de los daneses y devastó la región circundante. Después de la Navidad, se movió contra Edgar y otros líderes ingleses, quienes habían buscado refugio con sus seguidores restantes en una región pantanosa, y los puso en fuga. Edgar volvió una vez más a Escocia. Gawain se ahogó en los pantanos. Como no tenía herederos, su propiedad pasó a Ascha.

Ram hervía de ira mientras salía del recién renovado Salón de Mapas de Ellesmere al corredor, donde se topó con Mabelle, quien iba acompañada de un sirviente.

—¿Qué ocurre, Ram? —preguntó ella.

—Las noticias de Northumbria y York son terribles. Espero que podamos resolver el problema con los galeses sin recurrir a las tácticas que Guillermo está utilizando en el norte —respondió Ram, pasándose una mano nerviosamente por el cabello. Miró al sirviente, a quien Mabelle despachó de inmediato.

—¿Qué están haciendo? ¿No ha sofocado ya la rebelión?

—Lo han hecho, pero ha sobornado a los daneses y está hostigando toda la región. La devastación incluye incendiar la vegetación, las casas y las herramientas para trabajar los campos. Es inevitable que cualquiera que escape de la matanza muera de hambre. Camina conmigo hasta nuestra alcoba. Me siento más seguro hablando allí.

Una vez en su refugio, continuó:

—Después de un trato tan cruel, ni la gente ni la tierra se recuperarán en muchos años. Sabes que quiero un firme establecimiento del dominio normando, pero Guillermo ha dejado que su ira lo domine. Me repugna. Quiere aterrorizar a los ingleses para que obedezcan. Estas acciones no nos beneficiarán a largo plazo.

Podía expresar estas ideas traicioneras frente a su esposa. Ella nunca lo traicionaría.

—Lo que más me preocupa es que, en esta región, algunos de los otros lores de las Marcas son capaces de cometer atrocidades similares.

Morwenna

Llys Powwydd, Gales

Cuando Rhodri pensaba en el año en que llegaron los normandos, a veces lamentaba no haber matado a Rambaud de Montbryce cuando lo tuvo a su merced. Sin embargo, debía admitir a regañadientes que el conde de Ellesmere, como ahora se le conocía, era un administrador capaz que había traído crecimiento y prosperidad a Ellesmere en los seis años transcurridos desde la invasión.

Nadie reconocería ahora la rudimentaria fortificación de tierra que había sido el castillo de Ellesmere. Se había transformado en una sólida fortificación normanda, y el conde no cesaba de añadir mejoras y ampliaciones. Incluso había encargado la construcción de una iglesia. El castillo de Rhodri era cómodo, pero su llys nunca igualaría la opulencia de Ellesmere, aunque tampoco era su deseo.

Le enfurecía que la población de Ellesmere prosperara y creciera, mientras que su propio pueblo apenas sobrevivía en la pobreza y la privación. Los normandos se habían adentrado más en su territorio que los sajones ingleses, y Guillermo el Conquistador parecía decidido a aplastar cualquier rebelión con mano de hierro. Habían sido seis años de opresión y persecución incesantes, y Rhodri sentía el peso de su responsabilidad incluso más que cuando asumió el legado de su padre. La vida para él y sus seguidores era peligrosa: si los capturaban, serían torturados y ejecutados.

Sin embargo, las incursiones de hostigamiento debían continuar, impulsadas por la necesidad de comida y el ardiente deseo de recuperar lo que legítimamente les pertenecía. Los galeses querían que los normandos abandonaran sus tierras. Rhodri no se rendiría ante la extendida creencia de que no podían vencer a los invasores. Los enfrentaría hasta su último aliento. Era su destino.

Sin embargo, cedió ante las insistentes sugerencias de Morgan ap Talfryn de que se comprometiera con Morwenna. No estaba seguro de por qué aceptó. Necesitaba una esposa y herederos, pero los recuerdos que tenía de la muchacha estaban teñidos de inquietud. Invitó a ella y a su padre a su llys en Powwydd para firmar los documentos.

Su entrada al neuadd dejó atónitos a todos los hombres presentes. Todas las miradas se dirigieron hacia la coqueta muchacha que había crecido y se había convertido en una mujer voluptuosa. Era rubia, de rostro delicado, con pechos y caderas que prometían fertilidad y placer. Su gruesa trenza dorada estaba enrollada alrededor de un lado de su cuello y descansaba provocativamente sobre sus pechos, que subían y bajaban al ritmo de su respiración. Su sonrisa permanente era cautivadora, pero sus ojos azules, bajo largas pestañas rubias, evaluaban a un hombre de un modo que desmentía su supuesta inocencia. Rhodri sintió que lo despojaban de su coraza. A pesar de sí mismo, se sintió excitado.

Tras completar las formalidades, Morgan anunció de repente su intención de marcharse de Llys Powwydd. Rhodri se sorprendió.

—Esperaba tener la oportunidad de conocer mejor a Morwenna. ¿No se quedarán más tiempo?

Morgan le dio una palmada en la espalda y rió nerviosamente.

—La dejo aquí contigo, Rhodri. No quiere regresar conmigo.

Rhodri consideró las implicaciones para su reputación.

—No debería quedarse aquí conmigo.

—Tonterías —respondió Morgan—. En un llys de este tamaño puedes proporcionarle una dama de compañía. Al fin y al cabo, es tu residencia real.

Rhodri tuvo la incómoda sensación de que el hombre se sentía aliviado de deshacerse de su hija.

No tardó en entender por qué su padre deseaba marcharse. La negativa de Morwenna a comportarse como una dama noble tenía a la dama de compañía al borde de la desesperación. A menudo buscaba a Rhodri, se sentaba en su regazo junto al fuego y se restregaba contra él. Rhodri estaba dividido entre la excitación y el disgusto. Las festividades y las danzas continuaban a su alrededor en el neuadd, y un gran número de personas comían en el salón de madera. Ella parecía ajena a su vergüenza por las miradas desaprobadoras de su pueblo. Coqueteaba con otros hombres, quienes se alejaban, sin duda preguntándose por qué Rhodri no hacía nada para frenarla. Se sentía perdido, una sensación extraña para él.

Poco después, Morwenna comenzó a resentirse de las limitaciones del llys. Cuando Rhodri le informó que él y sus hombres viajarían pronto a Cadair Berwyn, ella estalló en cólera hasta que le permitió acompañarlos.

—Puedo serte útil, Rhodri —ronroneó, batiendo las pestañas—. Podría ir al castillo del conde y espiarlo para ti. He estado allí muchas veces. Nadie me nota.

Rhodri dudaba que eso fuera cierto, pero consideró su oferta. Podría ser útil tener una espía en Ellesmere.

Hijos

A pesar de los problemas continuos con el descontento galés, Ellesmere prosperaba. El espacioso Gran Salón estaba terminado, y Ram mostraba con orgullo las mesas intrincadamente talladas y los grandes tapices, todos traídos de Normandía.

Mabelle llegó a amar la región alrededor del pueblo. Se hizo amiga de algunos normandos que se habían asentado en la zona antes de la conquista. Había montañas, páramos, granjas, valles fluviales boscosos y pintorescos pueblos. Ram le explicó que la región había llegado a conocerse como las Marcas, porque la palabra anglosajona para frontera era *mearc*.

Fiel a su promesa, Guillermo le otorgó a Ram virtual independencia y algo que equivalía a un reino sobre sus tierras. Los lores de la Marca gobernaban sus territorios como lo consideraban conveniente, a diferencia de otros señores ingleses, que respondían directamente al rey. Ram podía construir castillos, administrar leyes, librar guerras, fundar pueblos, reclamar tesoros, saquear y pescar peces reales. El plan del rey era someter a los galeses sin tener que hacerlo él mismo.

Ram a menudo estaba ausente, lidiando con incursiones galesas, celebrando tribunales que podían juzgar todos los casos excepto alta traición y administrando su territorio. Fomentó la inmigración desde Normandía, estableció mercados y expandió el comercio, especialmente de telas finas y vino. Los alguaciles recibían sus nombramientos de él.

Ocasionalmente, tuvo que confiscar las propiedades de criminales y redistribuirlas entre personas más confiables. Su experiencia administrando la finca de la familia Montbryce fue de gran utilidad, y se ganó la reputación en las Marcas de ser un gobernante firme pero justo y un soldado formidable. Creía que, si las personas tenían suficiente comida, lo necesario para vivir y se les trataba con justicia, no querían rebelarse.

A menudo le decía a Mabelle:

—No podría hacer nada de esto sin tu presencia aquí en Ellesmere. Has demostrado ser una condesa formidable. Nunca me preocupo por el castillo cuando estoy fuera.

En reconocimiento a sus contribuciones, el rey Guillermo le otorgó otro vasto territorio en Sussex, en el sur de Inglaterra, que incluía ochenta y tres mansiones bajo su control. También era una zona vital para la defensa de Inglaterra. Decidió ceder diez de las propiedades a Hugh y diez a Antoine.

El poder y la riqueza de Ram crecían, como había esperado. Había logrado más de lo que jamás imaginó, trayendo honor, riqueza y prestigio al nombre Montbryce. Solo había un punto que empañaba todo.

—Los años pasan, Mabelle, y no hay señales de que quedes encinta. ¿Por qué no le pides consejo a Myfanwy? Aún eres relativamente joven, con veinticinco años, pero yo me acerco a los treinta, y la falta de un heredero empieza a preocuparme.

—A mí también —admitió ella.

Si soy estéril, tendrá que repudiarme. Moriré de pena.

Myfanwy adoraba la vida en el castillo. Transmitió a la condesa sus recetas de remedios herbales y ungüentos, y ambas mujeres llegaron a conocerse mejor. Desarrollaron un afecto mutuo, y Myfanwy se sentía feliz de que Mabelle de Montbryce confiara en ella. Sus habilidades curativas, que algunos susurraban eran mágicas, dependían en gran medida de la confianza de quienes trataba.

Iba a menudo al pueblo para llevar monedas y comida a Rhonwen. Le confesó lo preocupada que estaba porque la condesa parecía tener dificultades para concebir.

—Llevan años casados, sin descendencia. Me ha pedido ayuda. Tengo muchos brebajes herbales que ofrecer.

Rhonwen se encogió de hombros.

—¿Quizá el problema sea el marido?

Myfanwy rió.

—¡Bah! ¿De dónde sacas esas ideas? Es un hombre viril si alguna vez vi uno. No puede quitarle las manos de encima a su esposa.

La alegría invadió a Mabelle cuando, después de solo un mes de las ministraciones herbales de Myfanwy, faltó a su flujo.

Ram a menudo se lamentaba de que Ellesmere no fuera tan magnífico como el castillo de Montbryce. Trabajaba incansablemente para mejorar los edificios y los terrenos, decidido a hacer de su hogar en esta tierra extranjera algo tan grandioso como el ancestral en Normandía.

Sabiendo que estaba embarazada, esperó hasta que él una vez más comenzó a quejarse de Ellesmere. Estaban solos en su cámara cuando Ram terminó su habitual lamento con:

—Solo quiero un castillo digno de mi hermosa esposa.

—Y de nuestro hijo —añadió ella.

Le tomó unos momentos entender su significado, y luego saltó de su silla y la abrazó. La levantó, girándola hasta que ambos estuvieron mareados, luego la bajó y la besó profundamente.

—¿Estás segura? —preguntó con voz ronca—. Ha pasado tanto tiempo.

—Solo he faltado un mes, pero estoy segura.

—Eres la esposa perfecta —exclamó.

Mabelle rió.

—Sí, lo soy, pero no podría haberlo logrado sin el esposo perfecto. Aparte de tú y yo, solo Giselle y Myfanwy lo saben. ¿Podemos mantenerlo en secreto por un tiempo?

Él besó su frente.

—Por supuesto, mi amada. Pero me costará no subir a las almenas y gritarlo desde los tejados.

Por el resto de su vida, ella recordaría la primera vez que él la llamó mi amada.

La felicidad y el alivio que sintió confirmaron las sospechas de Ram.

Estoy enamorado de ella.

Pero, ante todo, era un soldado, el hombre del rey. Su firme lealtad a Guillermo le traería más generosas recompensas.

¿Qué es esta alquimia que existe entre nosotros?

Le bastaba tocarla para que su hombría se endureciera. Ni siquiera hacía falta tocarla; solo verla era suficiente. Y ahora, ella le daría un hijo. Era un hombre feliz. No podía imaginar la vida sin Mabelle. Si se hubiera visto obligado a admitir que su esposa era estéril y buscar otra... Era algo que no quería contemplar.

A medida que se acercaba el momento de su confinamiento, Mabelle se ponía cada vez más nerviosa. Esperaba que Ram regresara a casa de la incursión contra los galeses antes de que ocurriera el nacimiento, aunque confiaba en que todo saldría bien.

Cada una de sus necesidades había sido atendida durante varias semanas, y Mabelle se había aburrido. Se sentía gorda, hinchada y poco atractiva, a pesar de que su marido le decía

repetidamente que se veía hermosa y lozana. Yacía en la cama, deseando sus atenciones, incapaz de encontrar una posición cómoda, resignada a mantenerse despierta mientras amanecía. Gradualmente, comenzó a percatarse de un dolor sordo que permeaba su vientre.

Se quedó completamente quieta. El dolor pasó. Tal vez debería llamar a Giselle para que le preparara un baño y así aliviar su espíritu perturbado.

Cuando el sueño la reclamó, el dolor volvió, esta vez con más fuerza y durante un período más largo. Nunca había dado a luz antes y había supuesto que los dolores de parto serían agudos, intensos pinchazos. Ahora se preguntaba si tal vez esos dolores eran señales de que su hijo quería nacer. Se levantó lentamente de la cama, deteniéndose cuando el dolor la alcanzó nuevamente.

—Sí, algo está sucediendo.

—Giselle, Giselle, viens vite, ven rápido.

La doncella entró apresuradamente desde la cámara contigua, con el cabello rojo desordenado, inusualmente alborotado, y el rostro ruborizado por la excitación.

—¿Milady, es el bebé?

Mabelle asintió tan fuerte que le dio mareo.

—Ve por la partera y Myfanwy.

Quince horas después, aferrándose al taburete de parto que había sido preparado días antes, bañada en sudor y gritando fuertemente, Mabelle temía que la hora de su muerte estuviera cerca. Pero la experimentada partera le dijo con calma que todo estaba normal y que no tenía razón para estar ansiosa.

—Está bien gritar. Te hará sentir mejor.

Bertha usó procedimientos simples y naturales, confiando en la pimienta para provocar estornudos.

—Estoy segura de que no necesitarás el sudario que hiciste a instancias del obispo —le aseguró Mabelle—. Pero es bueno que hayas obedecido su insistencia en confesar tus pecados.

Myfanwy la consolaba con varios remedios herbales y aceites calmantes.

Mabelle buscaba consuelo durante su trabajo de parto rezando a Santa Margarita, la patrona de las mujeres embarazadas. Cuando su hijo llegó al mundo y su último grito de alivio resonó en el aire, una doncella trajo la noticia de que Ram había llegado al patio de armas y le habían informado de los sucesos. Cerró los ojos y agradeció que él hubiera regresado sano y salvo.

Unos minutos después, él exclamó su nombre al abrir la puerta de su cámara. Sus ojos salvajes cayeron sobre ella mientras yacía de espaldas, sintiéndose agotada y desarreglada. Y entonces su hijo hizo sentir su presencia con un fuerte llanto.

—Eres hermosa —le dijo mientras ella le sonreía débilmente.

—Mi lord —gritó Bertha, echándolo fuera—. No debería estar aquí. No se preocupe. Tiene un hijo sano y fuerte, pero su esposa necesita descansar ahora. Le llevaré al niño cuando lo hayamos limpiado. Él también ha tenido un largo viaje.

Mientras Ram era echado fuera, la partera le dijo a Giselle:

—Confía en que el padre siempre aparece tan pronto como todo ha terminado.

Las cuatro mujeres se rieron, aunque Mabelle apenas tenía fuerzas para hacerlo mientras Myfanwy le entregaba un humeante tazón de té de manzanilla.

Ram había cabalgado con fuerza para llegar a casa, pronto sudando bajo el cálido clima de agosto, impulsado por una premonición de que su hijo nacería ese día. Aunque exhausto, la alegría lo abrumó al saber que había estado en casa cuando su hijo nació.

Cuando Bertha apareció con su bebé envuelto en mantas cálidas para protegerlo de las

corrientes inevitables del castillo, Ram tomó a su heredero en sus brazos y lo observó. Apenas podía creer que él y Mabelle hubieran creado a este ser maravilloso, que tenía en sus manos. Qué esposa había resultado ser. Llamarían al niño Robert, en honor al padre del rey.

—Robert de Montbryce —murmuró, abrazando al niño—. Soy tu padre, Rambaud de Montbryce, hijo de Bernard de Montbryce. Es una pena eterna que mi padre no haya tenido oportunidad de verte. ¿Qué depara la vida para ti? Eres el tan esperado heredero de una rica herencia normanda. Dondequiera que te lleven tus viajes, espero que siempre recuerdes eso.

Ignorando las enérgicas advertencias de la partera, caminó con el bebé aún en brazos hacia la cámara donde su esposa yacía. Las mujeres habían limpiado a Mabelle, peinado su cabello y la habían asistido para volver a la cama. Ella estaba exhausta, pero él solo vio su resplandor. Sonriendo, extendió los brazos para su hijo, y él le entregó cuidadosamente a Robert. Ella lo llevó a su pecho, y él intentó prenderse.

El cuerpo de Ram reaccionó.

—Estaba nervioso por sostener a un bebé —confesó con una sonrisa—. Pero soy bueno en esto.

Mabelle lo había notado también.

—Lo eres, Ram —sonrió ante su evidente incomodidad física—. En muchas familias nobles el padre nunca toca a los bebés. Yo sé muy bien lo que necesita un niño: el amor de un padre.

Para febrero, Mabelle había concebido nuevamente durante la pasada Navidad. A medida que se acercaba la fecha del parto, disfrutaba sentarse junto a la ventana con sus damas, cosiendo con ahínco, mirando hacia afuera para ver los campos en tiempo de parición. Observaba a los pastores vestidos con pieles de oveja conducir a las ovejas hacia los cercados.

—Pronto tendré otro pequeño cordero mío.

Le gustaba ser madre. Robert era un niño fuerte y saludable. Todos los que lo veían admiraban su cabello oscuro y sus ojos azules, y comentaban sobre su parecido con su padre. Se preguntaba cómo sería su próximo hijo. Pasaba mucho tiempo en la guardería con su hijo y prefería amamantarlo, en lugar de usar una nodriza. Le decía con frecuencia cuánto lo amaba, palabras que nunca había oído de su propio padre.

—¿Cómo es que me resulta fácil decirle a mi hijo que lo amo, pero no puedo decírselo a Ram?

Cuando Ram suspiraba por Normandía, Mabelle lo reprendía.

—Recuerda, Ram, nuestro hijo nació en esta tierra extranjera. Es su tierra.

Ram siempre se oponía.

—Robert es normando ante todo. Cuando yo me haya ido, serán las tierras normandas las que pasen a él. Son los dominios y títulos importantes, los que se han transmitido en nuestra familia desde antes. El legado Montbryce.

Acariciando su vientre distraídamente, sonrió.

—Nuestro segundo hijo heredará nuestras tierras y títulos ingleses. Esas tierras que he ganado para mí. Son tierras de Ellesmere.

En septiembre del año de Nuestro Señor mil setenta y tres, Ram y Mabelle dieron la bienvenida a su segundo hijo, Baudoin, otra copia casi idéntica de su padre. Nuevamente, todo transcurrió con normalidad, y la partera y Myfanwy la asistieron durante el parto.

A medida que pasaba el tiempo y los niños crecían, Ram no pudo pasar mucho tiempo con sus jóvenes hijos, pero cuando lo hacía, los trataba de la misma manera en que su propio padre lo había tratado, con mano firme pero con amor. A menudo reprendía a Mabelle por consentirlos

demasiado. Robert y Baudoin se emocionaban al verlo regresar de sus viajes. Siempre que él se encontraba luchando contra los bárbaros galeses, Mabelle estaba consumida por la preocupación por él.

El año siguiente, Edgar el Aetheling regresó a Escocia. Desilusionado por los intentos desastrosos de recuperar el trono, cedió ante las insistencias de Malcolm para que abandonara sus reclamos e hiciera las paces con el Conquistador.

La desesperanza entre los refugiados sajones en Escocia era palpable. Se congregaban cada vez más en la corte, atraídos por su madrina, Margarita, Reina de Escocia.

Muchos en la nobleza escocesa resentían lo que consideraban la anglicanización de su corte celta, pero temían expresar sus críticas debido a la conocida piedad de Margarita y a la adoración de su esposo hacia ella.

Ascha se sentía aislada tras la muerte de sus parientes. Caedmon era su único consuelo. Dedicó toda su atención a su hijo, y fomentó entre los sajones de la corte, un profundo orgullo por ser hijo de Sir Caedmon Woolgar, un servidor que había caído junto a su rey en Hastings. Era digno de leyenda que los guardias reales hubieran luchado hasta la muerte en lugar de rendirse.

A los siete años de edad, Caedmon Brice Woolgar era un niño fuerte y afectuoso, la viva imagen de su verdadero padre. A Ascha no le preocupaba el parecido; encontraba consuelo en él. Estaba segura de que nunca se encontrarían.

Accidente

Uno de los poderes otorgados a los señores de las Marcas era el derecho a reclutar milicias. Ram a menudo reclutaba y entrenaba nuevos soldados. Aunque las filas estuvieran formadas por personas locales, los comandantes de estos hombres siempre eran normandos. Giselle insinuaba con frecuencia al conde que sus hijos serían excelentes oficiales si tan solo tuvieran la oportunidad de venir de Normandía.

Mabelle no prestaba atención a los detalles de tales asuntos, ocupada como estaba con su hogar y sus hijos. Un día de invierno, estaba en el salón, cosiendo con las damas de la casa, conversando sobre el impresionante tapiz que, según habían oído, el obispo Eudes había encargado para conmemorar la conquista de Inglaterra. Lo estaban confeccionando los bordadores anglosajones en el feudo de Eudes en Canterbury, Kent, pero más tarde sería enviado a Bayeux, en Normandía.

Robert y Baudoin jugaban cerca de los pies de Mabelle con sus niñas.

—He oído rumores de que medirá más de doscientos pies de largo —comentó Giselle—. Los anglosajones son famosos por su trabajo con la aguja.

—Al parecer, mostrará los eventos históricos de la batalla, así como los que llevaron a la invasión —añadió Mabelle—. Si lo están bordando, entonces no es un tapiz, ¿verdad? Eso significaría que tendría que estar tejido.

Una de las niñas preguntó:

—Mi señora, ¿por qué lo envían a Bayeux?

—El obispo Eudes está construyendo una catedral allí.

Mientras hablaban, su esposo entró acompañado de algunos de sus comandantes. Ella levantó la vista para observarlo. Incluso entre ese grupo de hombres físicamente aptos, combatientes de élite, él destacaba. Luchó contra el impulso de correr hacia él y presionar los dedos contra sus poderosos muslos. El suave cabello negro oculto bajo el fino lino de su camisa la llamaba, y sonrió al imaginar lo impactados que estarían los presentes si le arrancaba la camisa de su musculoso cuerpo.

El calor le recorrió la piel cuando él cambió de postura, y sus ojos, sin querer, se posaron en su sexo, allí, oculto bajo el largo ropaje, listo para cobrar vida si él alzaba la mirada y veía su mirada hambrienta. Apartó la vista, consciente de que su rostro se había sonrojado, de que casi había babeado.

Recemos porque nadie lo haya notado.

Las voces de los hombres llegaron a su conciencia nuevamente. Estaban discutiendo sobre un nuevo caballero normando que pronto llegaría para hacerse cargo de una de las divisiones.

—Parece que pidió ser asignado a Ellesmere, milord —comentó Gervais.

Ram arqueó las cejas.

—Interesante. ¿Por qué lo haría?

Miró hacia donde estaba Giselle, claramente deseando evitar ese avispero.

—Supongo que sabe dónde está el poder, milord.

Los otros hombres rieron, coincidiendo con la observación.

—Probablemente sabe que tiene hijos. Sus herederos heredarán sus tierras y estas no revertirán al rey. Esa clase de estabilidad genera oportunidades.

Ram sonrió.

—¿Y el nombre de este noble sabio?

—Giroux. Tengo buenos informes sobre él. Llegó recientemente de Normandía. Buena familia. Soldado capaz.

Ram tomó un mapa y lo estudió.

—Me suena, pero no logro ubicarlo.

El corazón de Mabelle latió con fuerza y, de repente, sintió frío. Ram no parecía estar prestando atención. ¿Había oído bien? ¿Podría ser este el hijo del hombre al que su padre había cegado y mutilado años atrás? No era un nombre común, y ¿por qué había pedido específicamente venir a Ellesmere? No había oído nada sobre la familia Giroux desde que llegó a Inglaterra, pero ellos eran en parte responsables de los años de exilio errante que había sufrido. Decidió hablar con Ram al respecto.

Esa misma noche, él la tranquilizó.

—Estoy seguro de que no hay nada de qué preocuparse.

Recordó dónde había oído el nombre antes, pero estaba en pleno proceso de desnudar a su esposa con seducción.

—Después de la muerte de Arnulf, no hubo rumores de ninguna amenaza continua de esa familia.

Ella insistió.

—¿Pero por qué pediría venir aquí?

—La fama de nuestro poder y reputación se ha extendido por Normandía. Probablemente sea un joven ambicioso buscando oportunidades para ascender con un poderoso señor de la marca. No te preocupes —la calmó, jugando con su pezón endurecido entre sus dedos y sonriendo—, puedo asignarlo a un lugar donde nunca tengas que verlo.

Ella perdió toda capacidad de pensamiento coherente cuando la pasión que siempre la invadía al contacto de Ram volvió a apoderarse de ella.

No mucho después de su conversación con Mabelle, Ram montó a Fortis, con la intención de inspeccionar el mercado del sábado. Siempre había sido un hábil jinete, y estaba intrigado por el comportamiento frenético de su corcel favorito. Era un caballo enérgico, pero ese tipo de montura era la que él prefería. Se había sentido aliviado de que el semental se adaptara bien a su nueva vida en Inglaterra después de las exigencias de Hastings.

Por más que lo intentó, no pudo calmar al animal resoplando, que se encabritó tan de repente que Ram cayó pesadamente al duro suelo. Giroux salió apresuradamente para calmar al caballo alterado. Gervais corrió al lado de su señor, apartándolo de los cascos que golpeaban sin control. Ram tuvo dificultades para ponerse de pie, logrando hacerlo solo con la ayuda de su lugarteniente. Supo de inmediato que se había fracturado una o dos costillas.

—¿Qué demonios le pasa a ese caballo? —gritó, mientras el dolor le recorría el pecho, obligándolo a doblarse.

—Lo revisaré, milord —respondió Giroux—. Parece más tranquilo ahora. Me encargaré de él.

—Gervais, ayúdame a llegar a mi cámara. Me temo que mi esposa tendrá que asistir en esto. Creo que me he roto algo.

Mabelle, aparentemente alertada por el alboroto, llegó apresurada al patio. Gervais, casi cargando a su señor, le contó lo ocurrido. Ella dio órdenes a los sirvientes mientras ayudaba a su esposo a subir los escalones. Lo asistieron hasta su cámara, donde se sentó al borde de la cama, temblando.

Giselle y Myfanwy llegaron con brazos llenos de telas de lino. La mujer galesa preparó una

poción para el dolor, y Ram la bebió de un trago, sabiendo por experiencia cuán efectivas eran sus pociones. Las mujeres rasgaron las telas en tiras y lo vendaron después de que el examen cuidadoso de Myfanwy confirmó la probabilidad de costillas rotas.

—Yr Arglwydd Montbryce —dijo la sanadora con autoridad—, debe descansar al menos una quincena. Solo podrá levantarse de la cama cuando yo venga a bañarlo con consuelda. Solo así los huesos comenzarán a sanar.

Sus protestas se hicieron menos enérgicas cuando la pócima que le habían dado surtió efecto.

—Gracias a los cielos que al menos ya dejaste de temblar —murmuró Mabelle con alivio mientras ayudaba a acomodar las cálidas sábanas alrededor de su esposo.

A Rhonwen le encantaba escuchar las historias de su madre sobre lo que sucedía en el castillo y anhelaba ayudar con la sanación allí. Aunque vivía con la familia del herrero del pueblo y disfrutaba de su protección, no eran sus parientes. Sin embargo, nunca se aburría, ya que con frecuencia la llamaban para emplear sus habilidades, dado que su reputación crecía. La gente decía que había heredado no solo la destreza de su madre, sino también su aura mística.

Una noche, la evidente fatiga de Myfanwy quedó al descubierto cuando llegó tambaleándose al pueblo. Rhonwen le ofreció asiento y le tendió un cuenco de tisana de hierbas. Su madre tomó un largo sorbo del líquido, y su ánimo mejoró.

—Gracias, hija. Ya me siento mejor. Qué día hemos tenido en el castillo. El arglwydd Montbryce cayó de su caballo.

Rhonwen se sentó frente a su madre, con los ojos muy abiertos.

—¿Se lastimó?

Myfanwy asintió mientras inhalaba el aroma de la tisana.

—Sí, gravemente. Costillas rotas. Se las vendé y ordené que se bañara en consuelda cada dos días durante una quincena.

Rhonwen hizo una mueca.

—Eso no será agradable.

Myfanwy soltó una risa breve.

—No, y es un hombre orgulloso. No le gustará. Por ahora está obediente porque le di una poción, pero en cuanto recupere los sentidos...

—¿Cómo ocurrió?

Su madre no respondió de inmediato. Parecía incómoda.

—Fue extraño. Ese caballo ha sido su favorito durante años. Pero, aparentemente, estaba frenético. El lugarteniente del conde tuvo que arrastrar a su señor de debajo de las patas del animal, y un soldado nuevo, Philippe Giroux, logró tomar las riendas y calmarlo.

Rhonwen se estremeció.

—Giroux merodea por el pueblo. No me gusta. Se queda mirando a las mujeres.

Myfanwy dejó el cuenco y tomó las manos de Rhonwen.

—A mi condesa no le inspira confianza. No sé por qué, pero no. Mantente alejada de él.

Morwenna verch Morgan estaba sola en la cabaña que su padre poseía cerca del pueblo de Ellesmere. Su progenitor había cedido a sus insistentes demandas de rescatarla del tedio de la fortaleza de Rhodri. La había dejado a salvo y luego, como de costumbre, la abandonó a su suerte. Ella sonrió con desdén. Su padre le temía, creyendo que había heredado lo que él llamaba “las artes oscuras” de su madre, muerta hacía tiempo.

Los aldeanos que tenían fe en los hechizos y las maldiciones la buscaban y le pagaban bien. La ubicación de la cabaña le permitía espiar el castillo cercano. Nadie prestaba atención a una doncella vestida humildemente que paseaba con una cesta. Algunos la saludaban con la mano y una sonrisa si la reconocían. Los establos eran un lugar particularmente útil para escuchar rumores.

Y fue en los establos del castillo de Ellesmere donde encontró lo que buscaba: un cómplice normando.

El soldado aún no lo sabía, pero ella lo había visto manipular la silla del caballo que se había desbocado y había arrojado al conde. Después, se apresuró a mostrar que calmaba al animal, sin saber que ella seguía observándolo desde su escondite.

Averiguaría por qué uno de los propios hombres del conde quería hacerle daño y usaría esa información en su beneficio. El hombre era apuesto: alto y musculoso. Quizás habría otros beneficios en una alianza con él.

Esperó hasta que él hubo levantado cuidadosamente la silla del nervioso semental negro antes de salir de su escondite y acercarse por detrás.

—Ya está más tranquilo.

El normando se giró de golpe, con la silla en brazos y la mandíbula apretada. Sus ojos se dirigieron al caballo y luego volvieron a ella. Dio un paso hacia él sin miedo.

—Lárgate de aquí, muchacha —dijo con enojo mientras lanzaba la silla sobre el muro del establo.

Ella se mantuvo firme, ladeando la cabeza y presionando un dedo contra su barbilla.

—¿Qué crees que haría que un caballo estuviera frenético un minuto y tranquilo al siguiente?

El normando la miró con recelo, con una mano en la empuñadura de su daga. Le agarró el codo.

—No es asunto tuyo. Márchate.

Ella le lanzó una mirada coqueta.

—¿Estás seguro de que quieres echarme, normando? Tal vez nuestros intereses sean los mismos.

Él la sujetó bruscamente por la cintura con una mano y la atrajo hacia su cuerpo.

—¿Es esto lo que buscas? —preguntó con sarcasmo, presionando contra ella su dura masculinidad.

Ella movió las caderas contra él y lo miró a los ojos.

—Oh, eso y mucho más. Encuéntrame en el pueblo. Pregunta por la cabaña donde dicen que se compran maldiciones.

Él la miró con desprecio, pero no la soltó.

—No pareces una bruja.

Ella puso las manos en su pecho y lo apartó.

—Digamos que soy alguien tan interesada como tú en ver caer al conde.

El normando se tensó y la vio marcharse, con el rostro encendido de ira.

Ella sonrió mientras regresaba a su hogar. La próxima vez que viera a Rhodri, esperaba tener un plan para ofrecerle, uno que permitiera deshacerse del arglwydd y de su prole.

Recuperación

Ram se dio cuenta de que no era un paciente fácil, protestando enérgicamente ante la indignidad de ser obligado, cada dos días, a sumergirse en una tina de agua caliente teñida de verde por la consuela. Esto requería quitarle las vendas y volver a colocárselas después. Era demasiado grande para que las mujeres lo metieran en la bañera, y Vaillon tenía que pedir la ayuda de otro sirviente varón.

—Esa maldita mujer galesa me matará.

Mabelle se cruzó de brazos, y luego puso las manos en las caderas.

—Ram, por mucho que adore tu magnífico cuerpo, no es una tarea agradable secarte después de que has estado remojándote en esa odiosa consuela. Pero ayudará a reducir la hinchazón.

Ram se removió, consciente de que le había impuesto esa carga.

—Lo siento. No quiero que los sirvientes lo hagan. Es humillante.

Los ojos de Mabelle brillaron mientras lo provocaba.

—Estás arruinando todos los calzones que tienes, con tu insistencia en mantenerlos puestos en la bañera. La lavandera no está nada contenta.

—No me siento muy magnífico —se quejó, deseando en secreto tener la energía suficiente para mostrarle su magnificencia—. Y no pienso exponerme ante todos.

Siendo un hombre activo y viril, detestaba pasar tiempo en la cama, especialmente porque no podía hacer el amor con su esposa. Era una tortura. Su proximidad en la cama por las noches, o cuando ella venía a sentarse con él durante el día, nunca dejaba de excitarlo.

—También es difícil para ti. Nunca hemos podido contener nuestra pasión el uno por el otro.

Tras casi quince días en cama, estaba acariciando los senos de Mabelle y lamentándose de su situación una vez más, cuando ella se levantó y se arrodilló entre sus piernas.

—Quédate quieto, conde de Ellesmere.

Mabelle le plantó suaves besos en la cara interna de un muslo, y luego en el otro. Flexionando ligeramente sus piernas, le acarició con ternura la parte trasera de las rodillas. Su erección ya había cobrado vida antes de que ella comenzara a besarlo, y ahora ella tomó la base de su miembro viril. Se inclinó hacia adelante y recorrió su longitud con la lengua.

—Mabelle —jadeó él, intentando quedarse lo más quieto posible, con las palmas aplanadas contra el colchón.

Ella movía rítmicamente la boca sobre su miembro erecto, mientras con una mano le acariciaba el saco y con la otra seguía el movimiento de su boca en el eje. Él gemía con cada caricia. Alzando las manos hacia sus pechos, gruñó:

—No puedo esperar. Móntame.

Ella bajó su húmeda feminidad sobre su pulsante virilidad, la sensación de una penetración profunda enviando una ola de bienestar desde los pies hasta la cabeza.

—Ya estás mojada, mi hermosa. No puedo embestir. Tendrás que hacerlo tú —dijo, agarrándole las caderas—. Oui, así. Puedo sentir cómo me aprietas. Cabálgame fuerte, ma belle.

Con las fosas nasales dilatadas y los muslos firmemente apoyados en sus caderas, ella cabalgaba con la espalda arqueada, las manos entrelazadas en su cabello dorado, los pechos erguidos con orgullo. Parecía una mujer salvaje. Mirar hacia donde sus cuerpos se unían parecía inflamarla aún más: los rizos dorados y negros entrelazados. Ella lo miraba a los ojos, y él

sostenía su mirada. Ella le sonrió, y él le devolvió la sonrisa. Juntos alcanzaron el clímax, sin apartar la mirada mientras el éxtasis nublaba su visión.

Mabelle fue cuidadosa de no derrumbarse sobre él. Al levantarse de la cama, fue hacia la jarra y vertió agua en un paño de lino.

—Ahora te limpiaré con el amor que siempre has mostrado al limpiarme.

¿Amor? Por supuesto que la amo, pero ¿podría soportar si ella no me ama de la misma manera?

Lo secó con su cabello y besó su satisfecho miembro viril.

—Maldito caballo —gimió él, tocándose con cuidado las costillas vendadas.

—¿No lo disfrutaste? —lo provocó ella.

—Oui, por supuesto, pero estas costillas no sanan lo suficientemente rápido. No puedo esperar a volver a cabalgar.

Bostezando, ella se acurrucó junto a él mientras el sueño los vencía.

Ram era un hombre sano, robusto y activo, y no tardó en recuperarse. Estaba feliz de jugar con sus hijos cuando los traían de la guardería.

—Quiero volver a montar un caballo, pero si Fortis sigue comportándose de forma salvaje, tendré que encontrar otra montura —le dijo a Mabelle con tristeza—. Por mucho que aprecie un corcel con espíritu, también necesito un caballo en el que pueda confiar cuando cabalgue contra los galeses. Será difícil reemplazar a Fortis.

Sin embargo, se llevó una grata sorpresa cuando el caballo se mostró claramente feliz de verlo, y él pudo montarlo con facilidad, sintiendo solo un pequeño pinchazo en el abdomen. Salió hacia el mercado del pueblo con sus hombres de armas.

—¿Así que te has recuperado de lo que sea que te molestó aquel día, mon vieux? —le dijo cariñosamente, acariciando el cuello del caballo, aún intrigado por el comportamiento inusual.

A su regreso, mencionó el asunto a Gervais, quien le mostró la pequeña cicatriz de una herida profunda en el flanco del caballo, que había descubierto bajo la silla, como si algo afilado hubiera sido presionado contra su carne.

—Mire. Aquí. No me di cuenta en ese momento.

Ram examinó la marca detenidamente.

—¿Quizá había algo pegado a la parte inferior de la silla?

Gervais se encogió de hombros.

—Nada que yo haya visto, pero no fui el primero en manejar a Fortis después del accidente.

Conspiradores

El Castillo de Ellesmere y sus alrededores crecían a medida que se completaban edificios y defensas. Con la prosperidad y la expansión llegaron más personas, y con ellas, la necesidad de más curanderas expertas. Myfanwy vio una oportunidad de conseguir ayuda adicional y, al mismo tiempo, de proporcionar un motivo para que Rhonwen viniera al castillo. Su hija estaba entrando en la adultez. Myfanwy quería tenerla cerca, bajo su protección.

Consideró más prudente sugerir a dos muchachas como aprendices. Había oído que Morwenna verch Morgan tenía cierta habilidad para curar y le preguntó a Rhonwen sobre la joven.

Su hija se encogió de hombros.

—No la conozco. Vive al otro lado de la aldea. La gente dice que sus pociones les han curado.

Myfanwy visitó a la chica en su cabaña y quedó impresionada por su belleza y su sonrisa amigable. Morwenna le dijo que estaría interesada en vivir en el castillo como aprendiz de curandera, pero que debía pedir permiso a su padre.

Myfanwy acudió al conde.

—Necesito más ayuda, Arglwydd Montbryce. Su esposa y su doncella hacen lo que pueden para ayudarme, pero quiero tomar a dos muchachas bajo mi tutela, aprendices de aldeas cercanas. No me estoy volviendo más joven. Si algo me sucede, necesitaré a otras para atender las heridas de sus hombres y cuidar a los enfermos de su gente.

Esperaba que su piel arrugada lo convenciera.

El conde la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Quiénes son estas jóvenes?

—Rhonwen, de Ellesmere, y Morwenna, una muchacha de familia noble, conocida por sus habilidades curativas.

Él asintió.

—Está bien.

Mientras Phillippe de Giroux succionaba con fuerza sus pezones, rozándolos con los dientes, Morwenna se regodeaba.

—Todo está saliendo como hemos planeado, mi semental normando. Esa vieja tonta quedó tan impresionada con mis habilidades que no pudo esperar para correr a recomendarme al conde.

Pasó las manos por su cabello cortado al ras.

—Me encanta sentir el cosquilleo de tu pelo. ¿Por qué ustedes, los normandos, se afeitan la cabeza?

Phillippe tomó aliento y la miró con lascivia.

—Es más fresco bajo el casco. Pero tengo otra cabeza en la que deberías estar más interesada.

Ella miró hacia abajo, al miembro hinchado, y sonrió con picardía.

—Mmmm. Ya veo a qué te refieres.

Colocó las manos sobre sus hombros y lo empujó hacia la cama.

—Háblame otra vez de tu castillo en Normandía mientras te doy placer.

Lo tomó entre sus manos y lo llevó a su boca, moviéndose con brusquedad hacia arriba y abajo, succionando con fuerza. Él gimió, colocando las manos sobre su cabeza y enredando los

dedos en su cabello.

Recordar su tierra natal trajo de vuelta los horrendos recuerdos de su infancia, bajo la tiranía de un padre cuya locura lo había convertido en un monstruo sádico. Phillippe rezaba por el día en que su padre muriera y él se convirtiera en el conde de Giroux. Lloraba en silencio por sus hermanos. François y Georges aún sufrían las depravaciones de su progenitor.

Pero si convencer a esta zorra galesa de ayudarlo a destruir a los Montbryce como venganza significaba recordar su hogar en Normandía, lo haría. Ella le había dicho que tenía lazos con los rebeldes galeses. Su relación con ella no estaría exenta de beneficios. Era talentosa con la boca. La presión en su entrepierna era insoportable ahora. Arañó las sábanas.

—El castillo de Giroux es... ¡Cielos!

Ella giró la lengua sobre la punta de su miembro.

—Dímelo —ordenó—. Si voy a ser tu condesa, quiero saber cómo es mi castillo.

Él se levantó rápidamente y la empujó hacia atrás, separándole las piernas con fuerza. Se aferró a su propio eje y lo posicionó en su entrada.

—Si vas a ser mi condesa, Morwenna, tendrás que darme la cabeza de Montbryce y un lugar cálido y receptivo para empalar mi lanza.

Ella le sonrió y se lamió los labios.

—Puedes contar conmigo para ambas cosas.

Rhonwen estaba satisfecha con su habitación en el castillo, aunque habría preferido compartirla con su madre en lugar de con la otra aprendiz.

No sabía qué opinión formarse de Morwenna. La muchacha era ciertamente hermosa, pero había algo oscuro en ella. Trataba a Rhonwen con desdén y nunca se sentaban juntas en las comidas comunes. Morwenna pasaba la mayor parte del tiempo, cuando no era requerida en el castillo, en lo que llamaba ‘aventuras’. Por la compañía que frecuentaba en el salón, Rhonwen tenía la impresión de que esas aventuras involucraban hombres. Dudaba que Morwenna fuera doncella.

Estaba dividida entre si debía mencionar sus sospechas a su madre, pero no quería preocuparla. ¿Quizás era celos lo que le hacía sentir así? Temía que los Montbryce prefirieran a Morwenna por encima de ella. Sus pómulos altos y sus grandes ojos parecían denotar una constante sorpresa, mientras que Morwenna tenía un aire de apertura y honestidad. Rhonwen desconfiaba de lo que se ocultaba tras esa amplia sonrisa.

El cabello rubio de Morwenna siempre estaba cuidadosamente trenzado, mientras que Rhonwen prefería dejar que sus negras hebras cayeran sueltas. Morwenna era más atractiva para los hombres. ¿Era por eso que el conde parecía favorecerla? Rhonwen maldijo su propia timidez. Siempre que la condesa le hablaba, parecía incapaz de responder sin tartamudear. Morwenna estaba llena de confianza. Rhonwen resolvió demostrar a los Montbryce que era una curandera más que capaz, por el bien de su madre.

Veneno

Los nuevos curanderos habían estado en Ellesmere durante dos semanas cuando Ram miró al otro lado del salón a las dos chicas que se sentaban en bancos separados.

—Las aprendices son completamente opuestas. Morwenna es de cabello y rostro claros, Rhonwen es oscura, malhumorada, y, debo confesar, difícil de leer.

—Oui, Morwenna trenza su largo cabello —respondió Mabelle—, mientras que el de Rhonwen cuelga alrededor de sus hombros como una capa negra. Morwenna sonríe mucho, y Rhonwen no.

Ram tomó la mano de su esposa.

—No te enojés, pero he notado que Morwenna tiene hermosos ojos azules con largas pestañas rubias, mientras que los de Rhonwen son como piscinas grises redondas.

Mabelle fingió molestia, moviendo su dedo y sacudiendo la cabeza, pero luego sonrió.

—¿Has notado cómo los pómulos altos de Rhonwen acentúan su constante expresión de sorpresa?

Ram se rió.

—Oui, y Rhonwen es pequeña y delicada, mientras que Morwenna... bueno, un hombre nota estas cosas. Ya sabes, pechos y caderas que hablan de fertilidad.

Ahora, podría estar en problemas.

Supuso que Mabelle había decidido no morder el anzuelo cuando la sonrisa volvió a su rostro.

—Ambas chicas aprenden rápido, y Myfanwy está encantada con sus alumnas. Confieso que me gusta Morwenna, pero encuentro a Rhonwen poco comunicativa y tímida. Sin embargo, no puedo criticar la forma en que trabaja cuando se enfrenta a una herida que limpiar o una fiebre que tratar. A veces parece que las personas sanan más rápido cuando Rhonwen las cuida. Tiene un toque especial. Puedo decir que Myfanwy prefiere a Rhonwen. La trata como a una hija.

Ram respondió,

—Estoy contento de que el castillo tenga ahora tres curanderas expertas.

Mabelle se sonrojó.

—Oui, y las cuatro pasamos muchas horas reponiendo el stock de hierbas y mezclando nuevas pociones y ungüentos.

—Hablando de ungüentos, mañana parto hacia la región fronteriza. ¿Te gustaría acompañarme a nuestra cámara y aliviar mi dolor?

Un cálido día de primavera, Mabelle y Myfanwy estaban recogiendo hierbas juntas en el jardín. La mujer galesa hizo una observación sobre la necesidad de reponer ciertas hierbas. Mabelle las reconoció como hierbas usadas en el parto. Se sonrojó, preguntándose si Myfanwy había adivinado lo que sospechaba. Sería inútil negárselo a esta perceptiva galesa, a quien había llegado a amar y confiar.

—Creo que tienes razón, Myfanwy. Creo que estoy embarazada de nuevo. He faltado a mis cursos y me siento nauseabunda cada mañana.

Myfanwy rió con alegría.

—¿Lo sabe Arglwydd Montbryce?

—Aún no, pero sé que estará complacido. Planeo decírselo mañana, cuando regrese de Gales.

La curandera puso su mano arrugada en el brazo de Mabelle.

—Puedo preparar algo para las náuseas, mi señora, si lo desea.

—Merci, Myfanwy.

Morwenna se coló en la Sala de Alquimia.

Myfanwy levantó la vista de su trabajo y sonrió.

—Estás aquí tarde, Morwenna.

—Sí —respondió ella—. Vi la luz. Me preguntaba quién estaba trabajando a esta hora.

Myfanwy estaba preparando una poción.

—Es una bebida para la condesa.

Había un destello en los ojos de la anciana. ¿Qué significaba? ¿Por qué necesitaría la condesa una bebida por la noche? No era conocida como una mujer que necesitara ayuda para dormir. La bebida era para otra cosa.

Está embarazada.

Se acercó más a la anciana.

—Puedo llevársela.

Myfanwy sacudió la cabeza.

—No, prometí que la llevaría yo.

Morwenna dio un paso más.

—Pero es tarde, y la cámara del maestro está al otro lado del castillo.

La curandera se aferró al cáliz junto a su pecho, sacudiendo la cabeza con más fuerza mientras Morwenna extendía la mano para cogerlo.

—Dámelo, anciana —espetó.

Los ojos de Myfanwy se llenaron de alarma, pero se aferró al cáliz. Morwenna sacó su cuchillo. La boca de Myfanwy se abrió y retrocedió, acercándose hacia la puerta. No había visto a Phillippe de Giroux acechando allí, con el puñal desenvainado. Sin hacer ruido, se acercó a la curandera, la agarró por el pelo, tiró de su cabeza hacia atrás y deslizó su arma a través de su garganta. El grito murió en sus labios mientras la sangre brotaba por todas partes. Morwenna rescató el cáliz antes de que cayera de las manos de la moribunda. Phillippe empujó el cuerpo hacia el suelo, inspeccionando su túnica en busca de sangre.

Morwenna se apresuró hacia el banco e infundió la poción con mirra y cilantro.

—La condesa está embarazada —explicó sin aliento a Phillippe, quien estaba limpiando su daga en la túnica de Myfanwy.

Él se rió.

—Lo sospechaba. Otro cachorro Montbryce.

Ella se acercó a él con la copa letal.

—No, si tengo éxito. Llevaré esta poción a ella. Si la bebe, tendremos un Montbryce menos de qué preocuparnos. Tendrás que idear un medio para deshacerte del cuerpo y de este charco de sangre. ¿No pudiste simplemente estrangularla? No queremos que Rhonwen dé la alarma.

Phillippe ya estaba arrastrando su víctima hacia la puerta. Le lanzó una mirada malhumorada.

—No será un problema.

Morwenna tomó una bandeja de madera, colocó el cáliz sobre ella y se dirigió a la cámara de la condesa. El conde estaba fuera, por lo que era probable que solo la criada estuviera con su señora.

Tocó la puerta y entró, sonriendo ampliamente.

Esa noche, mientras se sentaba en su solitaria cámara, esperando con ansias el regreso de Ram al día siguiente, Mabelle escuchó un suave toque en la puerta. Morwenna entró llevando

una bandeja de madera con un cáliz, la habitual sonrisa brillante en su rostro.

—Mi señora, Myfanwy ha enviado esta bebida especial para las náuseas, pero dice que debe tomarse antes de acostarse para que sea verdaderamente efectiva.

Mabelle se sorprendió de que la curandera galesa aparentemente hubiera compartido la noticia de su condición con la aprendiz, pero decidió no darle importancia. Agradeció a la chica, la despidió y tomó un sorbo de la poción. Tenía un sabor amargo y solo podía beber un poco a la vez. Podría preferir la náusea a este brebaje. Llamó a Giselle desde la cámara contigua para que la ayudara a desvestirse.

—No hay duda de que espera con ansias el regreso de milord mañana —comentó la pequeña normanda, a quien Mabelle ahora consideraba más una amiga que una sirvienta.

—Oui, así es. Lo amo profundamente y lo extraño cuando está lejos.

Giselle ayudó a su señora a levantar el vestido por encima de su cabeza.

—Entonces, ¿ha llegado a ver que lo que siente por él es amor?

—Oui, durante muchos años pensé que no podría experimentar amor. Como sabes, pasé mi infancia con un padre que no conocía el significado de la palabra. Y Ram y yo... bueno... ya sabes las dificultades que tuvimos al principio. Pensé que nunca lo perdonaría, pero él es la persona con la que estaba destinada a casarme. Él es mi otra mitad.

Giselle se arrodilló para quitarle los zapatos a Mabelle.

—¿Le ha dicho que lo ama?

—Non, probablemente nunca se lo diga. Conoces a Ram. Es un hombre de acción, un soldado. Esos hombres no se permiten enamorarse. Es un buen esposo y padre, y se preocupa por mí, y nuestra pasión a veces es... abrumadora, pero para un hombre eso es lujuria natural, y no querría decirle que lo amo y no recibir palabras de amor a cambio.

Giselle sonrió y palmeó el vientre de Mabelle.

—Milady, está equivocada. Cuando él la mira veo amor en sus ojos. Cuando le diga lo del bebé mañana, ¿por qué no le dice que lo ama?

Ahora Mabelle sonrió, incluso Giselle había adivinado que estaba embarazada.

De repente, la habitación giró. Un dolor intenso atravesó su abdomen, doblándola en agonía. No tuvo tiempo de llegar al orinal antes de vomitar. Se abrazó a sí misma, sudando, tratando de detener el temblor.

—Aide-moi. Algo está mal. Ayúdame.

Giselle corrió hacia la puerta de la cámara, llamando a gritos por ayuda.

—¡Au secours! ¡Au secours!

Morwenna y Rhonwen fueron despertadas por unos fuertes golpes en su puerta y llamadas a la cámara de la condesa.

El guardia, con los ojos muy abiertos, estaba sin aliento.

—¿Dónde está Myfanwy Dda? —preguntó—. No está en su cámara.

Rhonwen frunció el ceño, apenas despierta. ¿Dónde más estaría su madre a esta hora de la noche?

Morwenna se encogió de hombros.

Rhonwen desvió la mirada y susurró,

—No lo sé.

—Entonces vayan rápido —ordenó él—. Continuaré buscando.

Rhonwen corrió por el pasillo, tratando de mantenerse al día con Morwenna.

—Mammie, mammie —repetía una y otra vez, esperando que la letanía calmara su corazón palpitante. Entraron corriendo en la cámara y se apresuraron a ayudar a Giselle a levantar a la

condesa del suelo, donde se retorció de dolor. Se dobló en la cama, atrapada por el dolor.

Giselle notó el cáliz vacío en la bandeja. Lo tomó y olió.

—Mirra —susurró sin aliento.

Acercó más su nariz.

—Y cilantro.

—Es una poción. Myfanwy la hizo —explicó Morwenna con calma.

El corazón de Rhonwen se aceleró, pero no dijo nada mientras bañaba la frente de su señora con paños fríos.

—La bruja galesa ha envenenado a mi señora —gritó Giselle.

—No, no puede ser verdad —exclamó Rhonwen, sacudiendo la cabeza.

Al amanecer, era desgarradoramente evidente que la condesa había perdido un hijo a pesar de los desesperados esfuerzos de Rhonwen por salvarlo, pero esperaba haber detenido la hemorragia y que Mabelle de Montbryce sobreviviera. Por alguna razón insondable, los normandos parecían pensar que su gentil madre había envenenado a la condesa. Giselle había enviado a Gervais a arrestarla.

Rhonwen se retiró a un rincón de la cámara y se agachó, sollozando en silencio, confundida y temerosa por su condesa y su madre. Invocó a las poderosas fuerzas del bien para que vinieran en su ayuda. Morwenna se había acurrucado cerca y se había quedado dormida. Rhonwen se preguntaba por qué la chica había sentido la necesidad de arrojar sospechas sobre Myfanwy.

Cuando Ram llegó a casa varias horas después, Bonhomme lo esperaba, y pudo ver por la expresión del hombre que algo estaba mal.

—¿Mis hijos? —preguntó, con el miedo apoderándose de él.

—Non, monseigneur. Ta femme, la comtesse...

Las rodillas de Ram se volvieron de agua y su corazón se aceleró. ¿Cómo podría enfrentar la vida sin Mabelle?

—¿Dónde está?

—Está en su cámara, y las curanderas están con ella. Estamos buscando a Myfanwy. La bruja envenenó a su esposa.

No recordaba más tarde cómo llegó a la cámara, pero estaba jadeando cuando llegó. Lo que vio hizo que su corazón se contrajera de ira. Mataría a quien hubiera hecho esto. La bilis subió por su garganta al ver los estragos que el veneno había causado en el bello rostro de su esposa. Parecía como si la hubieran arrastrado al infierno.

No creía haber expresado ese pensamiento en voz alta, y sin embargo, como si sintiera su presencia en la habitación, Mabelle abrió los ojos a medias y murmuró con una voz apenas audible,

—Ram, estuve a las puertas del infierno. Quería escupir en la cara del Diablo, pero mi garganta estaba demasiado seca.

Vertió agua del cántaro, luego la ayudó a sorber el líquido vital. Ella trató de hablar.

—Ram. Nuestro bebé. He perdido a nuestro bebé.

—¿Bebé? —murmuró, su furia intensificándose. Apretó las frías manos de su esposa y las llevó a sus labios. Los únicos sonidos eran los sollozos de Mabelle y su propia respiración pesada mientras luchaba por controlar sus emociones. Empezó a darse cuenta de que las dos chicas galesas, luciendo exhaustas, estaban de pie en el rincón más alejado de la habitación. Lo que le llamó la atención, en ese fugaz momento, fue que las lágrimas corrían por la cara de Rhonwen, pero Morwenna estaba completamente inexpresiva.

Giselle entró, y Ram hizo salir a las mujeres al pasillo.

—Gracias por cuidarla, por salvarle la vida. ¿Qué ocurrió aquí? ¿Dónde está Myfanwy, y por qué mis hombres la están buscando?

Giselle relató lo sucedido, y Morwenna confirmó que fue Myfanwy quien le había dado el brebaje y le indicó que lo llevara a Mabelle. Secándose las lágrimas con la manga, Rhonwen le informó a Ram que su esposa había perdido un hijo y que aún estaba muy enferma.

La desesperación oprimió sus sienes.

—¿Podría morir todavía?

Rhonwen desvió la mirada.

—El abortivo que ingirió era poderoso, y tomará mucho tiempo para que el veneno abandone su cuerpo. Tendremos que vigilarla con cuidado. Además, Arglwydd Montbryce, espero que me perdone si hablo de esto, pero a veces, cuando una mujer pierde un hijo, pierde también la voluntad de vivir, y mi señora ya está muy débil.

Un escalofrío helado recorrió la nuca de Ram.

Esto podría matarla.

—Vayan a descansar. Yo la vigilaré.

Regresó al lado de la cama de su esposa dormida, cayó de rodillas, apoyó los codos en el lecho y oró, llorando por el terrible dolor de ella y el suyo propio.

En Necesidad De Protección

El cuerpo hinchado de Myfanwy Dda flotó a la superficie de un lago cercano dos días después, con la garganta cortada. Ram solo se había apartado del lado de su esposa para visitar a sus hijos en el cuarto de los niños y llevarlos a ver a su madre, quien lentamente iba recuperando fuerzas. Cuando Gervais le susurró la noticia al oído, dejó a Mabelle con las dos curanderas y fue a discutir este último acontecimiento.

—Su cómplice evidentemente no confiaba en que guardara silencio —sugirió Gervais.

Ram negó con la cabeza.

—¿Pero por qué habría intentado envenenar a mi esposa y matar a nuestro hijo? Aunque era galesa, ha vivido en Inglaterra en paz durante años. Tenía un puesto de honor y respeto aquí como nuestra curandera. Ha salvado las vidas de cientos de nuestra gente. Confiaba plenamente en ella.

Volvió al lado de su esposa y le contó la triste noticia. Ella negó con la cabeza.

—No puedo creer que Myfanwy haya hecho esto. ¿Qué ganaría? ¿Con quién conspiraría y por qué la matarían?

—¿Sabía ella que estabas encinta?

—Oui, lo había adivinado y hablamos de ello en el jardín de hierbas. Me dijo que prepararía algo para que tomara, así que no dudé cuando Morwenna me trajo la poción.

Ram se frotó la barbilla.

—Ahora que lo pienso, recuerdo que Morwenna fue quien te la trajo.

Se volvió para preguntar a Morwenna dónde le había dado Myfanwy la poción, pero la chica había salido de la habitación.

Extraño.

Aún más extraño era que el cabello de Morwenna estuviera suelto. Quizás, tras dos días largos y difíciles, no había tenido tiempo de trenzarlo esa mañana. Con su sentido normando del orden, tenía una vaga sensación de que algo no estaba bien, y aquello no le dejaba tranquilo.

—Morwenna no parece ella misma —comentó.

—Tienes razón. Casi no la reconocí con el cabello suelto. Y la pobre niña no ha sonreído mucho hoy. Empiezo a sentir que, de las dos, será Rhonwen quien con el tiempo demuestre ser la mejor sanadora, y eso no lo habría creído antes. Mientras yacía con dolor, podía sentir la compasión de Rhonwen al atenderme. Fue algo místico. No sentí eso de Morwenna. De hecho, percibí una especie de malevolencia emanando de ella.

—Le diré a Gervais que mande a alguien a vigilarla.

Dos horas después, su lugarteniente informó que Morwenna había huido del castillo. Se dio la alarma y se registró minuciosamente la ciudad, pero no lograron encontrarla.

—Tal vez también la mataron por su participación en el complot —sugirió Ram.

—No, esposo mío. Creo que Myfanwy fue víctima de este crimen. Siento que fue Morwenna quien me envenenó. ¿Qué sabemos de ella? Hasta hace poco seguía viviendo en Gales. Myfanwy solo hablaba de su familia. Quizá nos cegó su hermosa sonrisa y su cabello dorado trenzado.

—Ah —respondió su esposo con un guiño mientras le apretaba la pierna—. No sería la primera vez que eso me pasa.

Cuando una familiar punzada le recorrió el vientre, Mabelle agradeció en silencio que el veneno no hubiera destruido su capacidad de sentir pasión por este apuesto hombre al que amaba.

tan profundamente.

Rhonwen buscó a su madre por todas partes, segura de que algo terrible había sucedido. Dos días después, el cuerpo de Myfanwy salió a flote en un lago cercano, con la garganta cortada. Rhonwen quedó devastada, pero no sorprendida. Ella y Morwenna estaban atendiendo a la condesa cuando escucharon a Gervais darle la noticia al conde. Rhonwen apretó los puños y negó con la cabeza, rezando para no llorar. Temblando de pies a cabeza, no pudo mirar a Morwenna mientras una terrible premonición le subía por la garganta.

Mientras la conversación continuaba, la otra joven salió sigilosamente de la habitación. El miedo le oprimía la garganta a Rhonwen. Percibía el malestar del conde. Algo no le cuadraba. Los normandos eran conocidos por su arraigado sentido del orden y la forma. ¿Compartía él sus sospechas?

La condesa extendió la mano.

—Tengo la sensación de que serás tú, Rhonwen, quien con el tiempo se convierta en la mejor sanadora.

Rhonwen quiso llorar en brazos de su señora. Habían reconocido su valía, pero nunca se había sentido tan sola. Esperaba que su señora no notara su temblor.

Con el rostro enrojecido, salió de la habitación haciendo una reverencia, mientras una tormenta de emociones se libraba en su interior. Los Montbryce habían reconocido que Myfanwy era inocente, pero ahora Rhonwen estaba sola. Su madre había muerto, y el asesino había escapado. No tenía dudas de que Morwenna había participado en el asesinato de su madre.

La muerte de Myfanwy fue declarada homicidio cometido por personas desconocidas, y la enterraron con dignidad y solemnidad en suelo sagrado. Mabelle lloró la pérdida de la sanadora galesa y supo en su corazón que la mujer no había estado involucrada en el complot para asesinarla. Quien fuera responsable seguía libre, probablemente junto a Morwenna. Rhonwen parecía inconsolable por la muerte de la gruñona anciana. Probablemente era lo más cercano a una madre que la joven había tenido.

Asistir al funeral agotó a Mabelle, y Rhonwen la ayudó a regresar a su cama.

—Aprendí mucho de ella, mi señora —dijo con dificultad—. ¿Quién me enseñará ahora? ¿Quién me protegerá?

Fue una elección de palabras extraña, pero Mabelle respondió:

—Tienes grandes capacidades innatas para sanar a las personas, un don natural que te será de gran utilidad, y no temas, buscaremos a otros para que sigas aprendiendo. Yo te protegeré.

Ram sospechaba que Rhodri estaba involucrado en los complots contra su familia. Él y sus experimentados rastreadores intentaron muchas veces seguirle el rastro en las montañas, pero siempre regresaban con las manos vacías. No lograba comprender a estos tercos galeses, con sus extrañas creencias celtas y su incomprensible idioma. A regañadientes, admitía que el terreno difícil representaba un reto, y admiraba la manera en que lo usaban a su favor.

Sin embargo, deseaba personalmente que capturaran a Rhodri después del humillante incidente en Ruyton, y estaba decidido a poner fin a sus interferencias con la futura prosperidad de Inglaterra y los planes de Guillermo de expandir su control a Gales.

Supuso que Rhodri tenía espías dentro de su propio castillo. Morwenna había sido una. No le gustaba considerar que alguno de los normandos educados bajo su mando pudiera aliarse con un galés bárbaro.

* * *

De vez en cuando, Morwenna iba a Cadair Berwyn cuando el clima lo permitía, o a Llys Powwydd. Era coqueta, pero Rhodri insistía en que esperaran hasta casarse antes de acostarse juntos. A veces se preguntaba qué le pasaba. Aquí estaba un regalo ofrecido libremente, y sin embargo, no podía aceptarlo. Algo lo retenía.

¿Qué hacía ella cuando no estaba con él? Le había hablado de un cómplice que había encontrado por casualidad: un soldado normando que parecía ansioso por acabar con los Montbryce. Debería haber sido una buena noticia, pero le inquietaba. ¿Por qué un normando traicionaría a otro normando en favor de una mujer galesa y sus compañeros rebeldes?

Ambos ya habían conspirado y fracasado en sus intentos de asesinar a Montbryce. Su estómago se contrajo cuando Morwenna le habló casualmente de la sanadora galesa asesinada. Estaba sentada en su regazo, en la silla junto al hogar, jugueteando con las finas cuentas de ámbar que él siempre llevaba. Deseaba que no las tocara. Su madre, muerta hacía mucho tiempo, no habría aprobado a Morwenna.

Ella retorció la trenza ajustada al lado de su rostro.

—Quiero peinarme así —murmuró—. Estoy cansada de una sola trenza grande.

Mientras hablaba, agitó provocativamente el extremo de su trenza frente a su cara.

A pesar de sus mejores esfuerzos, su interés se despertó, y su sonrisa le indicó que ella lo había notado. Se movió inquieta en su regazo, lamiéndose los labios.

—Me gustaría tener un collar de ámbar —dijo con un mohín.

Su deseo desapareció, y se puso de pie de golpe, sujetándola por el codo. Ella se enojó mientras luchaba por mantener el equilibrio.

—¿Qué te pasa, Rhodri ap Owain? Estoy espiando para ti, asumiendo los riesgos, y ni siquiera me das un collar.

Viendo cómo salía furiosa, Rhodri exhaló y apoyó las manos en las caderas, inclinándose hacia adelante para aliviar los calambres en el estómago. Matar mujeres y niños por nacer. Esa no era su forma de luchar.

Normandía

A finales de la primavera, Ram y Mabelle visitaron Normandía. Él había realizado el viaje muchas veces en los nueve años transcurridos desde la invasión. La defensa del castillo requería atención constante debido al clima político volátil en Normandía. Aunque sus hermanos no estaban lejos, en sus propios castillos, Ram había entrenado a una guarnición de élite bajo el mando del capitán Laurent Deschamps, un compañero de confianza con quien había luchado. Laurent nunca lo decepcionaba con sus preparativos, y Ram se sentía seguro de que Montbryce estaba protegido. Pasarían años antes de que Robert tuviera la edad suficiente para asumir su derecho de nacimiento.

En esta ocasión, Ram y Mabelle llevaron a sus hijos con ellos. Consideraba importante que visitaran el castillo de Saint Germain. Eran hijos de un conde normando, y era esencial que conocieran su hogar ancestral. A pesar del clima excepcionalmente benigno, les llevó una semana llegar a la costa. La travesía fue tranquila, e incluso Ram logró no marearse. Robert y Baudoin disfrutaron el viaje, emocionados por ir a Normandía.

Cuando su caravana llegó al patio del castillo donde había nacido, Ram tuvo que contener la emoción. Este edificio albergaba muchos recuerdos e historia.

—¿Cómo puedo transmitirle esto a nuestros hijos? —le preguntó a Mabelle—. Espero que esta sea la primera de muchas visitas para ellos. Un día Robert será el conde aquí. Quizás, con el tiempo, el problema galés se resolverá, nuestro rey ya no necesitará mis servicios en Inglaterra y regresaremos a Normandía de forma permanente.

Mabelle suspiró.

—Oui, Ram, yo también quisiera eso. Tienes riqueza y poder, pero lo has conseguido a un alto precio.

Ram la miró con añoranza.

—Con la forma en que los normandos insistimos constantemente en alienar a las personas con nuestra brutalidad, parece cada vez menos probable que alguna vez haya paz.

Llevó a sus hijos a conocer los campos y huertos alrededor del castillo. Fernand Bonhomme, encorvado por la edad, encontró un caballo dócil para montar con Baudoin en su regazo, mientras Robert se sujetaba detrás de él, riendo de alegría. Todos estaban felices de ver regresar a su señor y comentaron lo apuestos que eran sus hijos. Era la primera vez que pasaban tiempo en familia sin presiones externas.

—Este lugar tiene recuerdos intensos para mí —confesó Mabelle a su esposo—. Recuerdo al apuesto caballero oscuro, conjurado del lago, que se convirtió en mi esposo, un hombre que me ha traído los placeres más exquisitos. —La sonrisa desapareció de su rostro—. Pero también hay recuerdos más difíciles, de mi padre y del tuyo.

Él notó que no mencionó el incidente del día de su boda, así que decidió no mencionarlo tampoco.

Llevaron a los niños a la cripta, pero era evidente que los pequeños estaban incómodos mientras miraban las largas sombras proyectadas por las velas parpadeantes en el techo abovedado.

Mabelle recogió campanillas azules con los niños mientras Ram observaba, y ambos intercambiaron sonrisas al recordar. Las flores azules no interesaban a los niños, que preferían perseguirse entre los campos, riendo y gritando. Los llevaron a nadar en su lago especial, y Ram supo que sus ojos traicionaban su deseo mientras miraba a Mabelle cerca del lugar donde la

había encontrado por primera vez. El recuerdo agridulce lo invadió como un río caudaloso. Tratando de romper la tensión, comentó casualmente a sus hijos:

—Mamá una vez arrojó la espada de papá a este lago.

—¿Por qué, mamá? —preguntó Robert, curioso—. Debiste estar muy enojada con él.

—Oh, oui, mon fils, estaba enojada —respondió ella, sonriendo a su esposo.

—Afortunadamente no seguiste enojada con él, mamá —dijo Robert inocentemente.

La felicidad de estar de vuelta en su tierra natal se trasladó a su alcoba, y cada noche hacían el amor dulcemente, sus cuerpos moviéndose con fluidez y gracia. Ram amaba acariciar los pechos de Mabelle. Después del nacimiento de dos hijos, eran más llenos y sensibles, y amamantarlos siempre la fascinaba. La hinchazón de su brote sensible al más leve roce de sus dedos lo llenaba de éxtasis, y nunca se cansaba de sentir sus texturas internas. Adoraba escucharla pronunciar su nombre en los arrebatos de pasión y se preguntaba si ella realmente lo amaba. Nunca se lo había dicho.

—¿Te gustaría hacer un picnic en el prado? —preguntó inocentemente un día—. Podrías recoger campanillas. Fernand puede cuidar de los niños por un rato.

Mabelle lo miró con curiosidad, y él luchó por mantener su fingida compostura.

—Es un día hermoso —aceptó ella—. Y me encantan las campanillas. Voy a pedir a La Cuisinière que prepare una cesta.

Se apresuró a las cocinas, dejándolo preguntándose si había adivinado su plan para llevarla al lago encantado. Quería borrar cualquier recuerdo amargo que ambos pudieran albergar. ¿Por qué le importaba? ¿Necesitaba que ella lo amara? ¿No bastaban los placeres físicos?

Ella entró descalza al Gran Salón, llevando la cesta de picnic y una manta, y él se complació al verla con una sencilla camisa y un sobrefalda verde salvia con cinturón.

—¿Va a llevar su espada al prado, milord conde?

Él rió, tomando la cesta y la manta.

—Creo que no, descarada mujer.

Salieron del castillo, seguidos por sus guardias, que se detuvieron a una distancia discreta fuera de las murallas. Consideró que era suficientemente seguro.

Cuando llegaron al prado, extendió la manta y se recostó de lado, apoyando la cabeza sobre una mano. Se sentía cómodo con su camisa de lino y calzas holgadas, especialmente tras quitarse las botas.

Su mirada siguió a Mabelle. Ella tarareaba mientras recogía las flores azules contra su pecho.

Así estaba la mañana en que la encontré.

Le importaba demasiado esa mujer. Sospechaba que Mabelle nunca lo perdonaría completamente por sus acusaciones y sospechas, aunque él intentaría borrar ese recuerdo hoy. ¿Pero podía abandonar su orgullo y su miedo al rechazo? Se levantó perezosamente, se acercó y tomó su mano mientras ella se agachaba a recoger otra flor. El pasto se sentía agradable bajo sus pies descalzos.

—¿Le gustaría nadar, milady? —le preguntó seductoramente.

Su mano se aferró a las campanillas, pero cuando él la besó, las flores cayeron al suelo.

—Recógelas y llévalas al lago.

La condujo hasta la orilla, fuera de la vista de los guardias. Tomó las flores y luego la desnudó, rozando sus pechos mientras le quitaba la ropa. Se desvistió rápidamente, sonriendo ante su belleza desnuda. Cuando la guió hacia el agua poco profunda, ella alargó la mano tentativamente y tomó su erección con sus largos dedos.

Incluso el agua fría no podía apagar su excitación mientras ella movía lentamente su mano sobre su falo.

—¿Le gustaría nadar, milady? —le preguntó seductoramente.

—No soy una buena nadadora, Ram —respondió ella con una sonrisa provocativa—. Necesito agarrarme a algo.

Él tomó la mano de su miembro hinchado y la levantó.

—Tienes otros talentos y habilidades que son mucho más importantes. Temo que pueda liberarme demasiado pronto si sigues así —le dijo con una sonrisa traviesa.

Ella entrelazó sus piernas alrededor de sus caderas, bloqueando sus tobillos detrás de él. Él caminó hacia las aguas poco profundas, donde una roca cubierta de musgo suave se encontraba con el borde del agua. La fricción de su hendidura femenina húmeda contra su eje envió ondas de sensación por su columna vertebral. Inclinandola hacia atrás contra la roca, él besó suavemente su garganta, cuello y pezones.

—El musgo se siente como terciopelo contra mi espalda —canturreó ella, cerrando los ojos de placer.

Su necesidad se había vuelto intensa.

—Mabelle, tengo que venirme ahora —le dijo con urgencia.

Él se lanzó hacia adentro y su vaina lo apretó con fuerza en respuesta. Sus piernas se aferraron a su torso, tratando de atraerlo más profundamente mientras él presionaba su cuerpo contra la roca. Ella se aferró a él, gimiendo de placer, con sus pechos frotándose contra su pecho.

En su neblina apasionada, él vislumbró una trucha moteada que pasaba por el agua que le llegaba a la rodilla. Él curvó sus dedos de los pies en el barro. Ella le raspó el cuero cabelludo con sus largos dedos y gritó su nombre cuando su semilla estalló en ella y un poderoso espasmo recorrió su cuerpo.

Ella bajó la cabeza a su hombro y su cabello los envolvió como un manto dorado. Permaneciendo dentro de ella tanto como pudo, él se dirigió cuidadosamente hacia las aguas más profundas, se acostó de espaldas y flotó durante un rato, con ella encima de él, moviéndolos sin esfuerzo a través del agua con un brazo, ambos completamente relajados.

—Eres tan ligera como una pluma —murmuró en su oído.

Ella estaba ronroneando.

Él los guió de regreso a las aguas poco profundas y la llevó a la hierba, donde se arrodilló para acostarla y extender su cabello. Con gran cuidado, tomó las campanillas azules y las colocó reverentemente sobre su cuerpo. Posó sus piernas como las recordaba de ese día agridulce, tan asombrado por la vista como lo había estado entonces.

—El día de nuestra boda prevista —logró decir con voz ronca—, pensé que eras una visión. Tu belleza me dejó sin sentido, y eres más impresionante hoy. Lo que sucedió ese día nos amargó a ambos, pero si me permites seguir dándote placer hoy, milady, tal vez podamos expiar nuestros errores. Espero que lo que estabas soñando ese día se vuelva realidad para ti.

Una lágrima rodó por su mejilla.

—Ya se ha vuelto realidad, Ram. Estaba soñando con ser besada por ti, mi esposo.

Antoine tenía razón. Soy un idiota.

El día de su partida, Mabelle se despertó poco después del amanecer, se vistió y fue a desayunar. Ram se había levantado antes que ella, y no pudo encontrarlo en ninguna parte. Decidió hacer una última visita privada a la cripta. Un grito ahogado escapó de ella cuando entró en la cámara sombría. Ram se arrodillaba ante las tumbas de sus padres. Un pequeño ramo de

campanillas azules yacía sobre cada una. Ella se hincó de rodillas junto a él y tomó su mano. Se aferraron el uno al otro.

—Júrame, Mabelle, que si muero en Inglaterra, regresarás aquí con mi cuerpo, para que pueda ser enterrado con mis padres. Perteneceemos a Normandía —le pidió con voz emocional.

—Lo juro —susurró, conmovida por la idea de la vida sin él.

Planes Trazados

Gracias a los métodos de gobierno bien probados de Ram, las ciudades y pueblos alrededor de Ellesmere crecieron y prosperaron. Septiembre trajo consigo la confirmación de otro hijo firmemente plantado en el vientre de Mabelle. Ambos estaban agradecidos de que el abortivo no hubiera causado ningún daño permanente. Había pasado un año desde que ella fue envenenada. La resiliencia de su cuerpo la sorprendió, considerando la vida difícil que había llevado antes de conocer a Ram.

El largo verano había sido especialmente caluroso, aliviado solo por suaves lluvias por las tardes. A menudo se sentía incómoda y tenía náuseas todas las mañanas. Pero el clima produjo una cosecha abundante y hubo mucha celebración en las ferias de otoño que se celebraron en los pueblos y aldeas. Nadie pasaría hambre este invierno.

Rhonwen continuaba mostrando gran promesa, pero oyeron hablar de otra curandera renombrada en el pueblo de Whittington, que aún no había celebrado su feria. Mabelle recibió el permiso de Ram para llevar a Rhonwen con ella a la feria de Whittington para que pudieran buscar a la curandera. La joven estaba emocionada con la perspectiva.

—¿Quizás logremos convencerla para que regrese con nosotras a Ellesmere, milady? —exclamó.

Mabelle frotó sus manos.

—Quizás lo hagamos. Pero si no, intentaremos aprender todo lo que podamos de ella sobre las cosas que aún no entendemos.

A medida que avanzaba la planificación de la excursión, a Mabelle se le ocurrió lo maravilloso que sería para sus hijos acompañarlas a Whittington.

—Les gustó la feria de Ellesmere —argumentó, cuando Ram no estaba tan entusiasmado—. Tienen pocas oportunidades de ser niños. Por favor, permíteme llevarlos. Giselle puede acompañarnos y mantenerlos ocupados mientras estamos con la curandera.

Ram cedió, insistiendo en que fueran protegidos por un grupo de diez hombres de armas como escolta, pero estaba inquieto por no poder ir con su familia. No le interesaba lo que estarían discutiendo con la curandera, pero podría disfrutar de la feria con su esposa e hijos.

—Tenemos muy pocas oportunidades de estar juntos y disfrutar de la vida, como lo hicimos durante nuestra visita a Normandía.

—No te preocupes —rió Mabelle—. Tus hombres nos cuidarán bien. Estaremos rodeados de gente en la feria, y será perfectamente seguro. Los galeses no se acercarán tanto a Whittington. De todos modos, principios de octubre es demasiado tarde en la temporada para que salgan de las montañas.

Ram puso las manos en su cintura y apoyó su frente contra la de ella.

—Tienes razón, pero aún no me gusta la idea de que mi esposa embarazada y mis hijos se vayan sin mí.

Desde su huida de Ellesmere, Morwenna no había podido regresar. Phillippe se sentía aliviado. No quería que la vieran cerca del castillo. Se encontraban en sus citas en una choza de caza abandonada en las tierras de su padre, no lejos de Oswestry.

Su unión era brusca y a ambos les gustaba de esa manera, arrancándose la ropa tan pronto como llegaban. La trama comenzaba en el momento en que el acto de unirse terminaba.

Phillippe había pensado mucho sobre cómo vengarse de Mabelle Valtesse. Había pasado un

año desde el intento de envenenamiento fallido. Pero ahora la fortuna le había sonreído. Había sabido que la condesa y sus hijos irían a la feria de otoño en Whittington. ¿Qué mejor oportunidad para un secuestro?

—¿Secuestro? —exclamó Morwenna—. Necesitaríamos la ayuda de Rhodri para un plan así.

Phillippe sonrió por dentro, confiado en que ella se convencería de participar en el esquema.

—¿No beneficiaría su causa obtener una gran cantidad de dinero?

Ella resopló.

—No le interesa el dinero. Es un patriota.

¿Realmente es tan tonto?

—Pero reconoce la importancia del dinero para comprar comida y armas.

La comprensión apareció en su rostro.

—¿Pero pagaría el conde un rescate?

Ahora, el golpe de gracia.

—Esa es la belleza del plan. Si no lo hace, mataremos a su familia. Si lo hace, caerá en desgracia con su amado rey por dar dinero a los rebeldes. Y no sabrá que planeamos matarlos de todos modos.

Su erección aumentó con renovado interés. Ella lo sostuvo, poniendo su boca sobre su miembro.

—Me gusta cómo piensas, Phillippe. Convenceré a Rhodri. ¿Cuándo es la feria?

Rhodri estaba distraído mientras Morwenna le explicaba el plan para secuestrar a la familia del conde. Ella no había intentado tocarlo a pesar de que estaban solos en su despacho.

—¿Qué relación tenía con el cómplice normando? Es una mujer que ansía a los hombres.

Forzó sus pensamientos de vuelta al plan que ella había sugerido. Tenía mérito. Su gente definitivamente necesitaba dinero. La comida escaseaba, a pesar de las cosechas récord en el lado inglés de las Marcas tras un verano glorioso. La absoluta injusticia de ello le irritaba profundamente. ¿Por qué no extorsionar con ese dinero a un normando?

Tenía los hombres para hacerlo. Podía llevarse a cabo, y rápidamente. El tiempo sería crucial si querían capturar a la familia Montbryce en octubre y obtener el rescate antes de que llegara el invierno. Podrían ocultar a los rehenes en Cadair Berwyn. El conde nunca se adentraría tanto en Gales en busca de su familia.

Convocó a sus consejeros más confiables. Su padre había confiado en los buenos consejos de Aneurin ap Norweg y Andras ap Rhys. Él también lo haría. Ambos escucharon atentamente.

—Llevarán sirvientes con ellos —advirtió Aneurin.

—Los mataremos —replicó Morwenna.

Rhodri levantó la mano.

—No habrá matanzas innecesarias. Si el conde cree que de todos modos pensamos asesinar a su familia, no pagará.

Morwenna se indignó.

—¿Y qué hay de los hombres de armas que los escoltarán? ¿También los perdonaremos? —preguntó con sarcasmo.

Rhodri asintió.

—Lograremos esto con astucia, no con brutalidad.

Aneurin y Andras también asintieron, expresando su acuerdo. La decisión estaba tomada. Secuestrarían a Mabelle de Montbryce y a sus dos hijos en la feria de Whittington.

—¿Qué rescate deberíamos exigir? —preguntó Rhodri.

Morwenna no dudó.

—Dos mil libras, preferiblemente en peniques de Fleury.

Los hombres la miraron atónitos.

—¿De dónde sacaría esa cantidad de dinero? —preguntó Aneurin, con un matiz más que evidente de burla en la voz.

Morwenna esbozó una sonrisa burlona.

—Es solo el ingreso de un año de todas sus propiedades.

El silencio reinó en la sala. Rhodri intentó, sin éxito, comprender cómo podía existir tanta riqueza.

—¿Cómo sabes esto?

—Me lo dijo el normando.

Salió de la habitación abruptamente, con un brillo en la mirada.

Rhodri y sus hombres se dispusieron a ultimar los planes.

Secuestro

Apenas Mabelle conoció a Caryl Penarth, pensó que aquella mujer encarnaba el significado de su nombre, que Rhonwen le explicó que en galés significaba amor. Caryl compartió gustosamente sus conocimientos sobre las artes curativas con las dos mujeres y aceptó considerar la posibilidad de ir a Ellesmere, al menos por unos meses, para instruir a las mujeres locales, así como a Rhonwen.

Cuando no estaban con Caryl, disfrutaban de los juglares, el teatro, los malabaristas, los magos y los juegos de ajedrez humano. Rieron con los coloridos disfraces de las personas vestidas como el Rey Arturo, sirenas y el rey y la reina de la feria. Mabelle no había visto a sus hijos reír tanto desde el viaje a Normandía. Tendían a ser niños serios.

Todos disfrutaban de los frutos de una cosecha abundante, y el vino y la cerveza fluían sin restricciones. Las mujeres y los niños siempre estaban acompañados por escoltas armados, y Mabelle disfrutó enormemente la experiencia. Tras tres días, montaron sus caballos poco después del mediodía para el tranquilo regreso a Ellesmere. Caryl prometió ir al castillo en una semana.

Habían avanzado solo un corto tramo cuando entraron en un bosquecillo. Rhonwen comentó sobre la belleza de las hojas de otoño. Sin previo aviso, hombres enmascarados, vestidos con pieles de oveja y calzones de cuero, cayeron como piedras desde los árboles. Los soldados normandos fueron rápidamente desarmados y arrastrados de sus monturas. Mabelle no pudo hacer nada. Los atacantes furtivos tomaron las riendas de los caballos y los guiaron más adentro del bosque.

Mabelle perdió de vista a Robert.

—¡Mamá, mamá! —gritó su hijo.

—Estoy a salvo, mon fils, no te preocupes. Estoy aquí. Cuida de tu hermano —respondió, intentando sonar más valiente de lo que se sentía.

Ninguno de los hombres intentó hacerles daño, lo cual consideró una buena señal. Al menos, parecía que no serían asesinados.

Otros bandidos estaban ocultos en las profundidades del bosque, con caballos listos. Los atacantes montaron. Uno llevó a Robert en su regazo y otro a Baudoin. Silenciosamente, la caravana se internó aún más en el bosque. Los hombres se hablaban entre sí en un idioma desconocido para Mabelle, pero el aterrorizado semblante de Rhonwen le hizo suponer que era galés.

Ninguno de sus hijos había llorado desde que los tomaron, pero ella les decía constantemente palabras de consuelo, esperando que su voz no traicionara el miedo que sentía.

—No tengan miedo, mes enfants, estoy aquí, igual que Giselle y Rhonwen. Estaremos a salvo. No se preocupen.

Se le rompía el corazón al recordar la alegría de sus hijos al montar en el regazo de su padre.

Cabalgaron a paso constante durante aproximadamente una hora. Mabelle se sintió aliviada de que no galoparan. Quizá el niño que llevaba en su vientre sobreviviría a esta prueba, si es que ella lo hacía. Tenía la impresión de que se dirigían hacia el oeste, probablemente a Gales. Al ver a lo lejos la aldea de Oswestry a su izquierda, confirmó sus sospechas. Tratando de ocupar su mente y desviar la atención del terror que amenazaba con invadirla, se preguntó cómo los bandidos habían sabido que la familia Montbryce estaría en Whittington. Este no había sido un acto fortuito. Habían sido blancos específicos. El traidor seguía actuando desde dentro.

Aparte de palabras reconfortantes para los niños, las tres mujeres no dijeron nada, solo intercambiaban miradas cuando el camino hacía que sus caballos se acercaran. Un bandido llevaba las riendas, y no tenían posibilidad de controlar sus propias monturas. Escapar era imposible.

Aunque no había ninguna señal, Mabelle pudo darse cuenta una hora después de que habían cruzado a Gales al llegar a la aldea de Rhydygroesau. Sus captores se mostraron más relajados. Los semblantes hoscos de los aldeanos le hicieron comprender que toda esperanza estaba perdida. No habría rescate. Ram nunca volvería a ver a su familia. Rezó para que su esposo descubriera la identidad del traidor y le arrancara el corazón.

Después de otra hora en la silla de montar, el cuerpo de Mabelle dolía. Pidió varias veces a sus captores que les permitieran desmontar un momento por el bien de los niños, pero fue ignorada. ¿Acaso esos hombres hablaban su idioma? Se detuvieron frente a una cabaña en el extremo oeste de una diminuta aldea.

—Dormirán aquí esta noche —dijo uno de los hombres barbados, con voz áspera, extendiendo sus robustos brazos para ayudarla a desmontar.

No quería aceptar su ayuda, pero de no hacerlo habría caído de bruces. Cuando sus pies entumecidos tocaron el suelo, sus piernas cedieron y tuvo que apoyarse en el caballo. El hombre no apartó su mano de su codo mientras esperaba a que volviera a sentir las extremidades.

Cuando se mostró impaciente, Rhonwen le habló en galés. Suponía que la joven le había dicho que su señora estaba embarazada. Pareció sorprendido y le permitió más tiempo para recuperar el equilibrio.

Una vez dentro, el hombre atrancó la puerta de la cabaña, encerrándolos, y sus hijos corrieron hacia su madre. Ninguno de los dos había llorado durante el incidente, y ella les dijo lo orgullosa que estaba de su valentía.

Baudoin luchaba por controlar su miedo.

—¿Vendrá papá a rescatarnos, mamá?

—Estoy segura de que ya está en camino, mon petit.

A juzgar por los semblantes preocupados de Giselle y Rhonwen, no compartían su optimismo.

Se les proporcionó pan, queso y cerveza. La cabaña, aunque pequeña, estaba limpia. Al menos ofrecía un refugio interior y la oportunidad de atender necesidades básicas. Giselle hizo todo lo posible con los escasos recursos disponibles para cuidar a su señora. Rhonwen masajeó la espalda de Mabelle y le aplicó un ungüento en los pies que Caryl le había dado. Mabelle rezó para que el niño que llevaba en su vientre siguiera con vida.

Durmió inquieta en un jergón con sábanas sorprendentemente limpias; sus hijos se acurrucaron a su lado. Giselle y Rhonwen se abrazaron en el segundo jergón.

Al amanecer del día siguiente, un fuerte golpe en la puerta marcó la partida. El líder entró con pan y miel. El miedo hacía que la comida se le atragantara, pero estaba decidida a comer para mantenerse fuerte. Animó a los niños a que hicieran lo mismo.

Se inclinó hacia Rhonwen.

—¿Sabes dónde estamos?

Rhonwen miró alrededor con cautela y luego susurró:

—Mi señora, creo que esta aldea es Llansilin. Sospecho que nos llevarán a las montañas.

El miedo recorrió la columna de Mabelle. Sus sospechas se confirmaron cuando salieron de la cabaña. Sus caballos habían sido reemplazados por resistentes ponis de montaña galeses. Sonrió cuando vio que Robert, por un momento, parecía olvidar el terrible problema en el que se

encontraban y exclamó emocionado:

—Mira, mamá. ¡Ponis!

—¿Amarrados como cerdos para el asador? ¿Diez de mis mejores hombres de armas? ¡¿Cómo pudo suceder?! —bramó Ram.

Se pasó las manos por el cabello, rascándose la cabeza, completamente angustiado por las terribles noticias de Whittington.

—Milord conde, parece que fueron emboscados —respondió Gervais.

Ram resopló.

—Por supuesto que fueron emboscados. Son soldados normandos, se supone que están preparados para una emboscada.

Gervais vaciló.

—Quizás disfrutaron demasiado de los placeres de la feria, milord... la cerveza...

Ram fijó una fría mirada en su teniente. Su voz goteaba con hielo al responder.

—Entonces los ejecutaré yo mismo. Les confié a mi familia y me fallaron.

Gervais permaneció en silencio.

Ram no pudo soportar el silencio por más tiempo.

—¿Crees que ya están muertos, verdad?

Nuevamente Gervais guardó silencio. Los minutos transcurrieron mientras Ram paseaba de un lado a otro.

—Convoca a mis comandantes a la Sala de Mapas. Los perseguiremos.

Gervais alzó las manos.

—Pero, milord, no sabemos a dónde se han ido.

—Se han ido a Gales —gritó Ram, sabiendo muy bien quién había tomado a su familia.

—Pero, milord, el invierno llega temprano a las montañas de Gales. Podríamos perdernos fácilmente y quedar atrapados. Los lugareños no nos ayudarán.

Ram golpeó su puño contra la palma de su otra mano.

—Te dije que convocaras a mis comandantes. Los seguiremos a Gales.

Los hombros de Gervais se hundieron.

—Oui, milord.

Al menos con los ponis las mujeres pudieron montar a horcajadas y sostener las riendas ellas mismas. Sin embargo, el sendero se había vuelto un camino angosto y sinuoso. Cabalgaban en fila india, con algunos de los hombres al frente y otros detrás de ellos. Huir era imposible.

Robert y Baudoin ya conocían los nombres de los ponis que compartían con sus captores, y Mabelle agradecía que estuvieran distraídos de su miedo.

El sendero ascendió constantemente durante las siguientes tres horas. El paisaje se volvió más agreste, el terreno más accidentado. Entraron en una aldea remota. Los hombres gritaban entre ellos, confirmando la dirección a tomar. Mabelle miró a Rhonwen, quien le dijo que estaban en Llanrhaeadr-ym-Mochnant.

No sabía por qué preguntaba. Nunca recordaría esos nombres tortuosos, y ¿de qué servía de todos modos? ¿A quién podría contárselo?

—En tu mejor estimación, Gervais, ¿a dónde crees que los han llevado? —preguntó Ram, impaciente, mientras él y sus comandantes repasaban los mapas más recientes que tenían de la región, sin saber si eran exactos o no.

Gervais trazó su dedo por el mapa.

—Puede que hayan tomado la ruta a través de Oswestry y cruzado a Gales en Rhydygroesau. Después de eso, es más difícil decirlo. Si Rhodri está detrás de esto, no sabemos dónde está su campamento. Podrían haber ido al noroeste hacia Llanarmon, o al suroeste hacia Llansilin. O quizás los llevó al castillo Powwydd.

Ram siguió con la mirada el dedo de su teniente.

—Rhodri está detrás de esto. De eso no tengo duda. Pero, ¿qué planea hacer ahora?

Phillippe de Giroux dio un paso al frente.

—Milord, si planeaba matarlos, ¿por qué no hemos encontrado cuerpos? ¿Por qué llevarlos a Gales? Quizás tenga en mente un rescate.

Gervais habló de nuevo, mirando directamente a Ram.

—Milord, estoy tan ansioso como usted de rescatar a mi condesa y a su familia, pero debe ver que es inútil cabalgar a Gales. Podríamos buscarlos durante semanas y no encontrarlos. Usted mismo sabe lo difícil que es el terreno, sin mencionar el clima que pronto se volverá en nuestra contra, si es que no lo ha hecho ya.

Gervais tenía razón, pero su corazón estaba destrozado. Despidió a los demás con un seco:

—Déjennos.

Se desplomó en una silla.

—Tienes razón, Gervais, pero no puedo quedarme sin hacer nada.

—No tiene elección, milord. Pero puede que no pase mucho tiempo antes de que envíen un mensaje. Creo que Giroux tiene razón y pedirán un rescate. Sin embargo, ellos también saben que el invierno se aproxima y no querrán esperar hasta la primavera.

Estaba haciendo más frío. Habían dejado Llanrhaeadr hacía al menos una hora y seguían subiendo. Los normandos se habían vestido para el cálido clima otoñal de Whittington, y los niños temblaban. Los bandidos habían provisto mantas en la cabaña, pero los dedos y los pies de Mabelle estaban helados. Giselle y Rhonwen se frotaban las manos con frecuencia mientras intentaban mantener a los ponis en el estrecho sendero.

Entonces oyó el sonido de agua corriendo. Por el rugido, debía ser una cascada alta. De repente llegaron a una cascada que caía unos setenta y cinco metros a través de una impresionante formación rocosa en forma de arco. El torrente rugiente era atronador. Parte del agua había formado cristales de hielo en los bordes. Los hombres hicieron una pausa mientras todos miraban maravillados ese prodigio natural. Uno de ellos aprovechó para dar a cada cautivo otro brychan tejido a mano.

—Pistyll-Rhaeadr —gritó Rhonwen a sus compañeras cautivas—. Myfanwy me habló de esto. Es la cascada más hermosa de todo Gales.

Se adentraron en el bosque. Este camino los llevó a un amplio valle. Tras unos cientos de metros descendieron al fondo del valle, y luego tomaron un sendero en dirección opuesta que subía por la colina al otro lado.

Avanzaron por un camino que ascendía desde el fondo del valle. Una vez en la cima, los hombres se giraron en sus monturas. Mabelle siguió sus miradas y el increíble paisaje le quitó el aliento.

Incluso los bárbaros aprecian una hermosa vista. Empiezo a entender por qué los galeses sienten tanta pasión por esta tierra salvaje.

El sendero cruzó el arroyo y luego siguió un río, y pronto llegaron a un lugar que hizo que la primera vista asombrosa pareciera insignificante en comparación. Había un lago muy por

debajo de ellos, en un profundo cráter, rodeado de montañas escarpadas y riscos. Mabelle esperaba que el lejano paisaje no fuera hacia donde se dirigían. Nunca había visto un lago de un color como el que había abajo, tan azul como el bleu de France que favorecían los heraldos del rey de Francia.

El líder hizo una señal para detenerse de nuevo, y se permitió que los cautivos desmontaran. Se sentaron juntos sobre unas rocas en un claro. Uno de los hombres les dio pan y queso para comer y cerveza para beber.

—Pregúntales adónde nos llevan, Rhonwen —instó Mabelle, aunque dudaba en poner a la chica en peligro.

Rhonwen solo recibió un gruñido y una mirada desdeñosa como respuesta.

El ascenso durante las siguientes dos horas fue agotador. Llegaron a la cima de un risco y tuvieron que abrazar el costado de la montaña. Fueron las fuertes patas traseras de los ponis las que les ayudaron a seguir adelante. El sendero estaba mojado y resbaladizo. Si caían, se precipitarían a la muerte.

Una vez que llegaron a la cima del risco, continuaron por un ancho sendero sobre una cresta. Llegaron a una colina rocosa y Mabelle se quedó asombrada al ver cómo una fortaleza de madera surgía de la niebla, construida en la ladera de la montaña. Algunos de los techos de los edificios parecían estar cubiertos de césped, otros de lo que parecía ser pizarra. Aunque no podía ver la parte trasera de la fortificación, estaba segura de que estaba situada en el borde de un profundo barranco. Cualquier ejército que quisiera atacarla tendría que enviar a sus soldados de uno en uno. Era inexpugnable. Probablemente esta era la razón de la evidente falta de hombres armados en las altas barandillas. Habían llegado a su destino y su corazón cayó en picado. Observó el magnífico paisaje de altas montañas a su alrededor.

Era un lugar hermoso para morir.

Cadair Berwyn

La oscuridad cayó mientras los cautivos eran conducidos a través de las puertas de la fortaleza amenazante. Las altísimas empalizadas, hechas de gruesos troncos atados entre sí, tenían la altura de dos hombres. Una vez dentro, fueron guiados hacia una cámara. Mabelle había descubierto que el nombre del líder era Andras. Encendió varias velas con notable rapidez, y ella gradualmente comenzó a discernir que la habitación estaba limpia, aunque espartana.

—Nos esperaban —susurró, sarcástica, a Giselle.

Cinco camitas apiladas con pieles de oveja y tejidos se habían instalado a un lado de la habitación, y un orinal había sido colocado discretamente detrás de una pantalla, junto con paños secadores, una fuente y una jarra con agua. Una bañera de madera vacía descansaba contra la pared. Una mesa rústicamente tallada y seis taburetes completaban los muebles. El calor relativo de la habitación la llevó a creer que ninguna de las paredes era exterior. Estaban completamente dentro de la fortaleza.

—Mis hijos tienen hambre, Andras —comenzó ella, pero él no respondió. Oyó el pestillo al ser cerrado cuando él se fue. Miró a sus hijos y luego a Giselle y Rhonwen. Las mujeres comprendieron la necesidad de ser cuidadosas con lo que decían frente a los niños. Fue un alivio que ninguna de ellas hubiera sido violada. Con la curiosidad natural de los niños, sus hijos comenzaron a explorar su nuevo entorno, y las mujeres se sentaron a esperar.

No tuvieron que esperar mucho. Andras reapareció y les indicó que lo siguieran. Los condujo por un corredor tenuemente iluminado, afuera a lo largo de un sendero rocoso, y luego a un gran salón lleno de luz proveniente de decenas de antorchas. Mabelle parpadeó rápidamente. Era difícil creer que un lugar así pudiera existir tan alto en esas montañas desoladas. Debió haber tomado una considerable habilidad y perseverancia para construirlo.

El alto techo abovedado estaba soportado por enormes vigas de madera de las cuales colgaban estandartes de aspecto extranjero, que ondeaban suavemente con las corrientes de aire. Las paredes estaban cubiertas con una colección desordenada de escudos, armas, pieles y cuernos. El aire estaba cargado de humo y con el aroma penetrante de la caza asada. Al menos un centenar de hombres de cabello oscuro y piel morena, armados de dagas, estaban alineados en las paredes, erguidos. Todos vestían jergones de piel de oveja, pantalones de cuero y botas. Era el ejército del diablo.

Al frente, en un estrado, se alzaban dos sillas de madera maciza, una ligeramente más pequeña que la otra. Andras instó a los normandos a avanzar hasta que estuvieron directamente frente a las sillas.

En la más grande, un hombre corpulento y musculoso se recostaba con aire indolente, y sus largos dedos acariciando los dragones intrincadamente tallados en los brazos de la silla. Vestía pantalones ajustados y botas, pero no llevaba camisa, solo un chaleco de piel de oveja sin mangas, abierto al frente. Su rostro mostraba un atisbo de sonrisa. En la otra silla, una mujer rubia se sentaba al borde, con una expresión de malicia y satisfacción.

Giselle ahogó un jadeo.

—Morwenna —susurró a su señora.

Mabelle no reconoció a la joven de inmediato. El cabello que solía llevar recogido en trenzas apretadas ahora caía en una maraña salvaje hasta la cintura, suavizado apenas por dos trenzas a los lados del rostro, cuyos extremos estaban adornados con cuentas de vivos colores. Llevaba una cinta de cuero alrededor de la frente, pantalones de cuero, botas y un chaleco de piel

de oveja. La sonrisa que Mabelle recordaba había sido sustituida por una expresión de triunfo y malicia. Intentó levantarse y hablar, pero el hombre grande la detuvo con un leve movimiento de la mano.

Mabelle supo, sin que nadie se lo dijera, que aquel hombre era Rhodri ap Owain. Había sido una espina constante en el costado de los señores de las Marcas durante mucho tiempo. Incluso antes de la invasión, sus frecuentes incursiones desde las montañas galesas hacia los condados fronterizos de Inglaterra dejaban tras de sí un rastro de miedo y destrucción. Se decía que odiaba por igual a sajones y normandos, y ardía con el fervor celta de liberar Gales de su dominio.

Lo contempló mientras un sudor frío le recorría la espalda. Era la encarnación de la masculinidad y vitalidad primitivas, con ojos como jade verde y la piel curtida y bronceada de un hombre que vivía al aire libre. Alrededor de cada uno de sus musculosos bíceps, se veían bandas estrechas de nudos celtas grabados en su piel.

Era una figura intimidante, y Mabelle recordaba que Ram le había dicho que la sola mención de su nombre infundía terror entre quienes vivían en el lado inglés de la frontera. Para ellos, Rhodri era una fuerza salvaje. Para su propio pueblo, era un héroe mítico. Aunque pocos lo habían conocido, todos sabían de sus hazañas, y los señores de las Marcas jamás lograban obtener información de los aldeanos galeses para capturarlo.

Mabelle tragó su miedo y agotamiento cuando Rhodri se puso de pie. Con más de un metro ochenta de altura, era una figura imponente. Su cabello negro y rizado le caía por la espalda, excepto por dos trenzas apretadas a cada lado de su rostro, adornadas con cuentas de ámbar. Necesitaba afeitarse, pero daba la impresión de que siempre era así.

—Señora Condesa de Ellesmere, le doy la bienvenida y le pido disculpas por el difícil viaje. No sabía que estaba encinta. Permítame presentarme: soy Rhodri ap Owain ap Dafydd ap Gwilym, Príncipe de Powwydd.

Hizo una ligera reverencia.

Cualquiera que fueran las expectativas de Mabelle sobre un líder rebelde galés, esto no era lo que había imaginado. Hablaba con cortesía, en su lengua, a pesar de su atuendo primitivo. Un recuerdo de su padre enumerando sus tierras y propiedades cruzó fugazmente por su mente. Sin embargo, entendía lo suficiente de las tradiciones galesas para saber que el orgullo de este hombre residía en su linaje, no en sus posesiones.

—Señor Rhodri —balbuceó, intentando reunir sus pensamientos dispersos y aparentar control sobre su miedo. Devolvió la reverencia, pero no muy profunda. Cortesía aparte, este hombre tenía sus vidas en sus manos.

—Mi señor, mis hijos y mis doncellas necesitan alimento y ropa limpia. —Tomó aire profundamente—. Y yo necesito una explicación de por qué hemos sido....

La interrumpió con el mismo leve gesto que había usado con Morwenna.

—Perdóneme, Condesa, aún no he terminado las presentaciones. Creo que conoce a mi prometida, Morwenna verch Morgan ap Talfryn.

Mabelle miró directamente a la joven y sintió a Rhonwen tensarse a su lado.

—Sí. Morwenna, asesina de mi hijo no nacido y de Myfanwy Dda.

Morwenna protestó.

—Yo no maté a esa vieja necia...

De nuevo Rhodri la silenció con una mirada, y ella se hundió en su silla, fulminando a todos con la vista.

Mabelle supo con certeza que había un traidor dentro del castillo de Ellesmere.

Rhodri continuó.

—En cuanto a por qué están aquí, Condesa, debe ser obvio a estas alturas: tenemos la intención de pedir un rescate a su esposo. Él y yo nos hemos encontrado antes, ¿sabe?

Las piernas de Mabelle flaquearon de alivio. ¿Pero se refería únicamente a ella al hablar del rescate? Buscando protección para sus hijos y su comitiva, preguntó:

—¿Tengo su palabra entonces, Lord Rhodri, de que mis hijos y mis doncellas no sufrirán daño mientras estemos aquí? Sus hombres ya mataron a mi escolta en Whittington.

Rhodri bajó rápidamente del estrado y llegó hasta los cautivos en un instante, con la mano sobre el mango del gran cuchillo que llevaba en el cinturón. Antes de que Mabelle, exhausta, pudiera reaccionar, Rhonwen se movió para proteger a los niños y se colocó desafiante entre ellos y el agresor.

Rhodri pareció sorprendido al principio al mirar a la curandera, como si la notara por primera vez. Tardó unos segundos antes de volverse hacia Mabelle.

—Ni uno solo de los soldados de su escolta murió cuando los capturaron. Le doy mi palabra, como Comandante de Cadair Berwyn y Príncipe de Powwydd, de que no les ocurrirá nada mientras estén bajo mi cuidado. —Guiñó un ojo—. A menos, por supuesto, que intenten escapar.

De repente, se giró hacia Rhonwen y le preguntó su nombre en galés. Eso al menos lo entendió Mabelle, pero se confundió al pensar que Rhonwen respondió en la misma lengua que era hija de Myfanwy Dda. Debió decir en realidad que era discípula de Myfanwy. Rhodri observó a Rhonwen sorprendido durante unos segundos, y la normalmente tímida curandera sostuvo su mirada insistente.

* * *

Dos cosas sorprendieron a Rhodri cuando sus ojos se posaron en la curandera. Una fue la intensidad de su inesperada excitación. La otra, la sensación de calma que lo invadió al escuchar la cadencia melodiosa con la que ella hablaba su lengua. Era el galés de las Marcas. La entrevista con los cautivos era algo para lo que se había preparado, aunque la anticipación lo había llenado de tensión nerviosa. Pero ahora, la intriga, la trama, el rescate... todo le parecía insignificante. Algo en la naturaleza había cambiado, y supo con certeza que ese cambio afectaría su vida de forma dramática. ¿Quién era esta joven a quien apenas había notado cuando trajeron a los rehenes? Cuando ella le dijo que era hija de la sanadora asesinada, sintió el impulso de consolarla, de explicarle que no era culpa suya. Se sintió atraído hacia esa diminuta mujer mucho más que hacia su ceñuda prometida. Pero la curandera era su cautiva y probablemente le temía. Se dio la vuelta con tristeza y regresó al estrado, agradeciendo llevar puesto su largo chaleco.

El miedo helaba a Rhonwen, pero, curiosamente, no era a Rhodri a quien temía. Su aura de poder primitivo la atraía y le provocaba emociones conflictivas. Como sanadora, reconocía y admiraba un cuerpo fuerte y sano cuando lo veía. Era, de hecho, hija de Myfanwy Dda, una verdad oculta por su nacimiento ilegítimo. El lado místico de su herencia, transmitido a través de generaciones de los Dda, la vinculaba a ese guerrero. Percibía una afinidad que trascendía lo físico, y eso la alarmaba.

Quería alzar la mano y tocar su rostro oscuro, acariciar sus trenzas, recorrer con los dedos sus bíceps tatuados, sentir la fuerza controlada que irradiaba de él. Su voz profunda y sonora evocaba el recuerdo de las ricas y melodiosas canciones galesas que habían disfrutado en la feria de Whittington.

Sus pensamientos la hicieron ruborizarse. Qué infantil era esperar que un príncipe celta aceptara las atenciones de una mujer tan humilde como ella. Decidió reprimir sus sentimientos,

sabiendo con una certeza terrible que vengaría la muerte de su madre matando a Morwenna, su prometida. Era algo cruel para una mujer que había dedicado su vida a salvar a otros.

Mientras Rhodri regresaba a su silla, Morwenna fulminó a Rhonwen con la mirada. No había pasado por alto el breve intercambio entre el caudillo y la curandera. Le sonrió a él, pero sus pensamientos eran oscuros.

La miras mientras estás prometido conmigo. Una maldición sobre ti. Tengo a otro que me dará mucho más que esta fortaleza azotada por el viento.

—Quiero matar a la curandera —le dijo a Rhodri después de que los cautivos fueron escoltados de vuelta a su cámara y se ordenara comida para ellos.

Él la miró directamente a los ojos, su voz fría.

—No matarás a ninguno de ellos. He jurado que estarán protegidos aquí. No valen nada muertos. Necesitamos el oro que traerán. Nos permitirá comprar lo que necesitamos desesperadamente para continuar nuestra lucha. Nuestra gente tiene que ser alimentada, vestida y armada. Muchos en las aldeas morirán de hambre sin este dinero del rescate.

Se giró hacia Andras.

—No tenemos mucho tiempo. Escribiré el mensaje. Prepara a cuatro hombres para cabalgar hacia Ellesmere. Debemos actuar antes de que el clima se vuelva en nuestra contra. La condesa espera un hijo, cosa que ignoraba. No queremos que el bebé nazca aquí; entonces sería galés. ¿Cuándo se espera que llegue nuestro leal amigo de Ellesmere? —preguntó con un toque de sarcasmo.

Andras esbozó una mueca desdeñosa.

—Mañana, Lord Rhodri.

Morwenna apenas podía esperar.

Rescate

Philippe de Giroux llegó a la aislada fortaleza de Cadair Berwyn agotado y frustrado. Había perdido el rumbo dos veces. A pesar de su atuendo campesino, no pudo pedir ayuda porque no hablaba galés y temía que su manera de expresarse lo delatara. Cuando finalmente encontró el camino correcto, su poni casi perdió el equilibrio en el sendero elevado.

Los guardias que lo retaron parecían no saber quién era, lo que aumentó su irritación hasta que logró hacerse entender.

—Maldigo este país salvaje y a estos ignorantes galeses con su obsesión fanática de derrotar a los normandos —murmuró mientras llevaba el poni al establo—. Descubrirán, para su desgracia, que no podemos ser vencidos.

Siguió a los guardias, esperando que realmente lo estuvieran llevando hacia Rhodri y no a alguna celda húmeda. Pronto se encontró en un enorme salón donde las personas estaban sentadas en mesas y bancos, disfrutando de una comida. El aire estaba impregnado del aroma de venado asado.

Un hombre gigantesco presidía la reunión, con Morwenna sentada a su lado. Philippe no tuvo duda de que se trataba del caudillo rebelde, el llamado príncipe patriota.

El bullicio cesó cuando los presentes lo vieron entrar.

Indignado por la idea de que estos galeses pudieran tratarlo como algo menos que un noble normando superior, Philippe se detuvo para servirse un trozo de carne de la gran mesa lateral, cortó un pedazo de pan negro y toscó, y llenó una copa de cerveza.

Se giró y esperó, confiado en que el bárbaro iría hacia él.

Más divertido que irritado por la típica arrogancia normanda, y notando la evidente agitación de Morwenna, Rhodri bajó del estrado y se unió al traidor que lo había ayudado a conseguir el premio. Rhodri detestaba a los espías que traicionaban a sus compatriotas, pero trató de ocultar su desprecio.

Giroux miró hacia Morwenna y preguntó:

—¿Todo salió bien?

El hombre ni siquiera tuvo la cortesía de presentarse.

—Ydi, sí. Muy bien. Te agradezco tu ayuda.

—¿Ya se envió el pedido de rescate?

—Ddoe —respondió Rhodri automáticamente en galés.

Vio cómo la irritación se apoderaba de Giroux al escucharlo hablar en galés.

—Ayer, hier —añadió.

Giroux había traicionado a Montbryce por sus propias razones, no por la libertad de Gales, y Rhodri se preguntó qué había provocado la ira que llevaba a un hombre a buscar venganza a tan alto riesgo.

—No vi a tus hombres en el camino —comenzó Giroux, para luego cambiar rápidamente de tema.

Rhodri supo entonces que se había perdido.

Giroux continuó precipitadamente:

—El clima ya está empeorando en los pasos. Espero que logren llegar.

—Son galeses, llegarán.

Rhodri se equivocaba. Una tormenta de nieve cegadora se desató desde los picos helados y tomó a los mensajeros desprevenidos. Aunque las ventiscas otoñales no eran desconocidas en esas montañas, la ferocidad repentina de esta los obligó a buscar refugio en una cabaña de pastor.

La nieve cesó después de dos días, pero tuvieron que esperar otra semana antes de que el débil sol otoñal la derritiera lo suficiente como para hacer seguro el sendero. Habían agotado sus provisiones. Si lograban llegar a Ellesmere, era poco probable que tuvieran tiempo para regresar a Cadair Berwyn con la respuesta al rescate que portaban. Si lograban salir vivos de Ellesmere, tendrían que pasar el invierno en las colinas bajas y regresar a las montañas en primavera.

—¿Mon capitaine?

Gervais levantó la vista de su tarea en la Sala de Mapas al ver a uno de los comandantes más confiables de Ellesmere. El hombre estaba claramente exhausto, y Gervais supo por qué. Se preparó.

—¿Qué ocurre, Brémonde?

El comandante cambió de postura, evidentemente inseguro de cómo empezar.

—Mon capitaine, soy un leal servidor del conde. Vine con él desde Normandía. Crecí en Montbryce. Nunca cuestionaría nada de lo que haga.

Gervais esperó.

Brémonde carraspeó.

—Pero los hombres... estamos agotados. Somos guerreros, acostumbrados a trabajar duro, a entrenamientos rigurosos. Pero milord conde nos está llevando más allá de nuestros límites.

Gervais había anticipado esta conversación.

—Pero él se exige tanto como a ustedes.

Brémonde asintió vigorosamente.

—Es cierto. Lo hace, y sabemos que está de luto. Todos queremos el regreso seguro de nuestra querida comtesse.

Gervais escogió cuidadosamente sus palabras.

—Es difícil para él. Se culpa a sí mismo. No parece capaz de escapar de una melancolía cada vez más profunda. Ha perdido interés en los asuntos de las propiedades en Sussex. Debo admitir que estoy desconcertado.

Permanecieron en un incómodo silencio. Gervais estaba a punto de despedir al hombre cuando otro soldado entró con un golpe en la puerta abierta.

—Perdón por la interrupción, mon capitaine, pero hay cuatro galeses en las puertas. Dicen que tienen un mensaje sobre nuestra comtesse.

Gervais ordenó que los mensajeros fueran llevados a las celdas, y corrió al salón donde su conde estaba recostado en una silla junto al hogar, mirando las brasas.

—Milord, los mensajeros del bárbaro Rhodri están en las celdas. Se están haciendo los preparativos para torturarlos.

La promesa que Ram había hecho a su esposa la mañana después de su boda lo atormentaba. “Nunca te faltará un lugar seguro para dormir,” había jurado.

Despertado de su constante recriminación por no haber protegido adecuadamente a su familia y hogar, se levantó de un salto al saber de la llegada de los mensajeros.

—Llévame con ellos.

Era evidente que los cuatro prisioneros habían tenido un viaje difícil. Estaban sucios y maltrechos, con las barbas desaliñadas. Sin embargo, había dignidad en su porte. Ram podía

percibir cuándo un hombre tenía miedo, y estos no mostraban señales de temor cuando entró en su oscura celda. Se preguntó cuánto tiempo habían estado en camino hacia su castillo con el mensaje.

El líder no esperó a que le hablara.

—¿Conde de Ellesmere, Comte de Montbryce?

Su enemigo era un hombre educado, un guerrero.

—Yo soy. ¿Quién eres tú y cuál es tu mensaje?

—Soy Aneurin ap Norweg —respondió, sacando un pequeño tubo metálico de dentro de su chaleco de piel de oveja y entregándoselo a Ram—. Tengo un mensaje para usted de parte de Lord Rhodri ap Owain, Príncipe de Powwydd.

Ram arrebató el tubo, esforzándose por mantener sus manos firmes. Desenrolló el húmedo pergamino enrollado dentro, entrecerrando los ojos para leer el mensaje borroso.

A Rambaud de Montbryce, Conde de Ellesmere

Aquí mis demandas para la liberación de su esposa, hijos y sirvientes del hogar.

Dos mil libras en monedas de Fleury, que deberán ser llevadas de vuelta a Gales por los mensajeros.

Si ellos son asesinados y no se paga el rescate, no volverá a ver a su familia. Garantizo el retorno seguro de los cautivos tras el pago.

Rhodri ap Owain, Príncipe de Powwydd

El estómago de Ram se contrajo. Era imposible. Negó con la cabeza.

—No puedo cumplir con estas demandas. Esta suma equivale a un año de ingresos de todas mis propiedades. Por lo que sé, ya están muertos.

Apenas pudo pronunciar las palabras, y sin embargo, en lo más profundo de su desesperación, nunca había sentido que su amada esposa e hijos estuvieran muertos. Le devolvió el documento al galés.

Aneurin se negó a tomarlo.

—Mi señor Rhodri es un hombre honorable. Ha jurado que nadie de su familia o su hogar será dañado, siempre que se pague el rescate.

Ram esbozó una sonrisa irónica.

—Tu líder debe tener un código de honor diferente al nuestro si piensa que secuestrar mujeres y niños es honorable.

Escupió las palabras, aunque sabía que algunos normandos consideraban aceptables tales actos en tiempos de guerra. Aneurin permaneció en silencio. Esto era guerra, y ambos eran guerreros.

Ram miró fijamente a los galeses durante largos minutos, intentando ordenar sus pensamientos. El control frío que le había servido bien en muchas escaramuzas le ayudó a calmar su corazón acelerado.

—Ambos sabemos de las atrocidades de las que los hombres son capaces. Sin embargo, no voy a enviarlos de regreso con un cofre lleno de monedas. No llegarían antes del invierno. Supongo que los han llevado a lo profundo de las montañas. Mi familia no podría viajar en invierno. ¿Por qué han venido tan tarde?

Aneurin accedió a regañadientes, explicando la demora causada por la tormenta de nieve.

—Llevaremos cualquier mensaje que nos dé de vuelta a las colinas bajas y esperaremos hasta la primavera para regresar a las montañas.

Ram quiso gritar que su querida esposa estaba embarazada, que temía por su vida si daba a

luz en los páramos salvajes de las montañas galesas, pero su miedo le hizo tragarse las palabras.

—Pero Rhodri creerá que han sido asesinados —intervino Gervais.

—Podría pensarlo, pero no actuará basándose solo en sus sospechas hasta que se confirme nuestra muerte.

Estos hombres claramente respetaban mucho a su líder.

—Podría ordenar que los torturen hasta que revelen dónde Rhodri tiene a mi familia.

Era una amenaza vacía. Hombres tan endurecidos no sucumbirían a la tortura.

La expresión de Aneurin no cambió.

—Le ahorraré el esfuerzo y le diré que están en la fortaleza de Cadair Berwyn. Si pudiera encontrarla y llegar allí con vida, no le serviría de nada.

Una chispa de esperanza destelló en el corazón de Ram. Aneurin hablaba como si realmente creyera que estaban vivos y a salvo en alguna fortaleza. Caminó de un lado a otro en la oscura celda, intentando ignorar la bilis que subía por su garganta, provocada por el hedor de aquel lugar sórdido y por su propio temor.

Dio una orden cortante.

—Gervais, escolta a estos hombres a una cámara en la Torre Norte. Proporciónales camastros, un baño y comida. Atranca la puerta.

Abandonó las celdas antes de que Gervais pudiera protestar.

El Sueño

Rhodri concedió permiso para que los Montbryce y sus sirvientes cenaran en el salón, algo que la condesa agradeció profundamente.

—Gracias, Lord Rhodri. Esto les ha dado a los niños la oportunidad de relacionarse con los otros pequeños en la fortaleza y aliviar su aburrimiento. Es increíble cómo los niños pueden ignorar las circunstancias que los han reunido y tratarse como amigos.

Ella y las otras dos mujeres comieron en una mesa separada de los galeses, y a medida que su embarazo se hacía más evidente, parecía apreciar ese pequeño gesto de decoro y privacidad.

Morwenna había acosado a Rhodri todos los días durante una semana con su exigencia de matar a los prisioneros.

—Aneurin no ha regresado. Ha pasado un mes desde que partieron. El conde lo ha asesinado a él y a sus hombres. Debemos ejecutar a los rehenes.

Él también estaba preocupado por los mensajeros, pero, ¿por qué esa mujer tenía tanta sed de sangre? Lamentaba profundamente haberse involucrado con ella. Supuso que había sido cautivado por su belleza, pero ahora el odio distorsionaba su rostro. Ni siquiera sus generosos pechos lograban despertar su deseo. Le repugnaba. Además, sospechaba que, de casarse con ella, no llegaría virgen a su lecho.

Y ahora amo a otra.

Entendía la pasión. Él era tan apasionado como cualquiera por su amada tierra, pero no sentía odio personal hacia el conde, a quien reconocía como un administrador capaz, un hombre justo que se esforzaba por mejorar la vida de la gente en sus tierras. Podría haber matado al conde años atrás, en Ruyton, si lo hubiera deseado, si fuera el tipo de hombre que mata adversarios dejados inconscientes por un golpe en la cabeza. No quería que los condes normandos usurpadores gobernaran su país y lucharía para mantenerlos fuera, pero no veía razón alguna para masacrar a la esposa e hijos del conde. Había dado su palabra de que permanecerían a salvo, y le recordó a Morwenna nuevamente ese juramento.

Ella se levantó abruptamente y salió del salón enfurecida. Aunque los rehenes estaban demasiado lejos del estrado para oír lo que se había dicho, sospechaba que eran conscientes de que esa mujer deseaba su muerte.

Mi constante mirada probablemente también los pone nerviosos. Deben pensar que estoy planeando cómo matarlos. Se sorprenderían al saber quién es en realidad el objeto de mi atención. También deben saber que los mensajeros no han regresado. La condesa tendrá que aceptar pronto que su hijo nacerá en estas montañas.

Esa misma noche, el Príncipe de Powwydd tuvo un sueño vívido. Estaba sentado rodeado de sus hijos. Eran cinco, y dos de ellos tenían una llamativa cabellera roja. Una visión borrosa de su abuelo, Gwilym, apareció en escena, su cabello cobrizo resplandeciendo bajo el sol. Era un sueño feliz, distinto a los que solía tener al regresar de las incursiones. No encontraba placer en quitar vidas, y la muerte a menudo acechaba sus pesadillas.

Como sus ancestros celtas, su creencia en el poder de los sueños corría profundamente en su sangre. Ahora, Arianrhod se le revelaba. Era un sueño de esperanza y promesa para el futuro. La diosa virgen del nacimiento conjuraba la imagen de la madre de sus hijos: una mujer diminuta, de largo cabello negro, pómulos altos y ojos como estanques grises. La misma mujer en la que no había dejado de pensar desde que la vio por primera vez.

Cuando despertó, pronunció su nombre:

—Rhonwen.

Dio gracias por el honor que los dioses le habían otorgado. Ella no era de alta cuna. Su madre era galesa, pero ¿su padre? Nunca había vivido en Gales, solo en las Marcas, y percibía en ella un ardiente deseo de vengar el asesinato de su madre, quizá matando a su prometida.

Debo demostrarme digno de ella y ganarme su corazón. Entonces el sueño se cumplirá.

Los normandos habían sido escoltados de regreso a su habitación después de la cena, y Giselle pronto acomodó a los chicos somnolientos en sus jergones. Considerando su estado, Rhodri había proporcionado una cama para Mabelle, pero a los pequeños les gustaban sus jergones.

—Qué valientes soldaditos son —susurró Mabelle, contemplando sus despeinadas cabecitas.

Un golpeteo en la puerta hizo que todos se tensaran al instante. Por lo general, los dejaban tranquilos por la noche. Rhonwen abrió la puerta apenas un resquicio, y Mabelle escuchó una voz hablando en galés.

Los hombros de Rhonwen se tensaron y se giró hacia su señora.

—Rhodri me ha mandado llamar, milady —murmuró, con sus grandes ojos grises abiertos de par en par por la aprensión.

—¿A ti?

Antes de que Mabelle pudiera hacer algo para impedirlo, la curandera se había marchado y la puerta se cerró nuevamente con el cerrojo. Ella y su doncella intercambiaron miradas desesperadas. Que Rhodri la llamara a esas horas solo podía significar una cosa para la chica. Lloraron por la pérdida de su inocencia y por el fracaso del bárbaro de Rhodri en cumplir su palabra de que ninguno de ellos sería lastimado.

Una Pareja Perfecta

Phillippe no llamó a la puerta, sabiendo que Morwenna estaría sola en su cámara, paseándose impacientemente. No intercambiaron saludo alguno. Para cuando llegó hasta ella, ya se había arrancado la túnica y estaba desnuda. Él devoró con la mirada sus pechos erguidos y la promesa ardiente en sus ojos. Sus besos se volvieron voraces. Sus bocas permanecieron unidas mientras ambos se apresuraban frenéticamente a despojarlo de su ropa. Ella succionó su lengua en su boca. Él mordió su labio, luego su lóbulo. Sus manos apretaron sus pechos con rudeza, y ella arqueó sus caderas para encontrarse con su erección. Su lengua se deslizaba dentro y fuera de su boca, y ella gemía ronca.

—Phillippe, Phillippe. Lléname ya. Necesito a mi semental normando.

Arrojándola sobre la cama, Giroux saltó sobre ella y embistió su falo en la vaina palpitante de la mujer, que ya lloraba por él. Ella hundió los dientes en su cuello. A ella le gustaba que él fuera rudo, y eso también le complacía a él.

—Somos la pareja perfecta —jadeó.

Cuando la pasión los llevó al límite a ambos, quedaron agotados físicamente, pero aún llenos de ira y conspiraciones.

Morwenna hizo un puchero.

—El débil de Rhodri se niega a matarlos.

Phillippe bostezó.

—Entrará en razón. Yo me encargaré de eso. Mabelle de Valtesse pagará caro por los crímenes de su padre contra mi familia.

Morwenna se acurrucó contra él, enrollando su dedo en el vello de su pecho.

—Y, mi lujurioso caballero normando, me recompensarás por mi ayuda llevándome como tu esposa a Normandía, y seré la condesa de Giroux.

Un escalofrío recorrió su nuca, pero tendría que cuidarse de no dejar que su desprecio se notara. No debía dar señales de que no tenía intención alguna de tomar a esa mujer bárbara como su esposa.

¿A Normandía? Su familia y amigos pensarían que estaba tan loco como su padre. Cuando ella cumpliera su propósito, se desharía de ella, o tal vez la dejaría para hacerle la vida miserable a Rhodri.

Se dirigió a recoger su ropa.

—Debo regresar a mi propia cámara. No queremos que nadie sospeche.

La besó con descuido, abrió la puerta con cuidado para asegurarse de que no hubiera nadie en el pasillo y salió silenciosamente de la habitación.

Ambar

Rhonwen tembló al entrar en la cámara de Rhodri. La escolta permaneció afuera. Tenía miedo de las intenciones de este guerrero galés, pero cada vez que lo miraba, se sentía atraída por su magnetismo, por su belleza celta. También temía que no hiciera las cosas salvajes que había imaginado que haría con ella. Ella también llevaba sangre celta en sus venas.

Él estaba sentado en una enorme silla de madera junto a la chimenea en el centro de la habitación. Llevaba una camisa de lino de color rojo pálido, con las mangas enrolladas hasta los codos. La luz del fuego brillaba en las profundidades de un collar de cuentas de ámbar, atrayendo su mirada hacia su cuello. Se lamió los labios, dándose cuenta de repente de que estaba sudando. Su largo cabello rizado estaba atado en la nuca con un cordón de cuero marrón. Las trenzas de guerra habían desaparecido, haciéndolo parecer menos intimidante. Los pantalones de cuero se ajustaban a sus muslos musculosos. Sus pies estaban descalzos, y ella notó brevemente lo largos que eran sus dedos.

No había señales de sus armas habituales. La única luz en la habitación venía de las brasas que titilaban. Un humo azulado, serpenteando hacia el agujero de humo en el techo, flotaba a su alrededor. La silla junto a él estaba vacía.

—No tengas miedo, Rhonwen —dijo su voz suave, sin amenaza alguna—. Ven, siéntate junto a mí —añadió en galés, extendiendo su gran mano—. Deja que el fuego te caliente.

Ella tembló y caminó lentamente hacia él. Sus pechos hormiguearon y una extraña punzada le recorrió las regiones bajas.

—No tengo miedo, mi señor —mintió mientras se sentaba en la otra silla, con las manos sujetando los descansabrazos con fuerza, por si necesitaba huir.

Lentamente, él se inclinó hacia adelante, descansando sus antebrazos desnudos sobre sus muslos musculosos, y la miró fijamente. Ella se sonrojó al sentir el calor de su mirada sobre su cuerpo. Intentó no mirarlo, pero sus ojos verdes la atraparon.

—Como pensaba —pronunció con voz ronca después de varios minutos—. Estás tan atraída por mí como yo por ti.

Rhonwen miró sus rodillas.

—Está prometido a mi enemigo, mi señor.

Él se recostó en la silla, frustrado.

—Ah, sí, la hermosa Morwenna.

Permaneció en silencio durante varios minutos. Ella no podía apartar la vista de su rostro mientras luchaba con sus propios demonios.

—No me casaré con ella.

Un escalofrío helado recorrió su espina dorsal. Era lo que quería oír, pero la situación se volvía más confusa.

—¿Mi señor?

Él se levantó y dijo suavemente:

—Por favor, llámame Rhodri.

Ella sospechó que este hombre poderoso no usaba la palabra "por favor" con frecuencia. Tembló cuando él se movió detrás de su silla y puso sus grandes manos sobre sus hombros. Cuando la tocó, ella ahogó un gemido de placer al sentir el calor de su cuerpo fluir hacia el suyo.

—Mi señor... Rhodri —tartamudeó—, no puedo, no podemos. Soy su cautiva. Soy una doncella.

Él se inclinó para susurrarle al oído:

—Mi Rhonwen, eres tú quien me ha capturado. No puedo dejar de desearte. Pero no te forzaré en contra de tu voluntad. Resolveré el problema de Morwenna y la enviaré de vuelta con su padre. No estará contento de que haya roto el compromiso, pero no quiero vivir mi vida con su sed de sangre. Es a ti a quien quiero.

Su boca se abrió. La habitación parecía inclinarse.

—Pero me ha conocido solo hace poco.

Rhodri se rió.

—Lo mismo podrías decir tú, y sin embargo no tienes dudas en tu mente sobre lo que sientes por mí. ¿Verdad?

Ella deseaba decirle que sus sentimientos por él amenazaban con abrumarla, pero permaneció en silencio.

Él retiró sus manos de sus hombros y, un momento después, ella tembló cuando algo frío le fue colocado alrededor del cuello. Alzando instintivamente la mano, tocó las suaves cuentas de ámbar. Miró hacia abajo y vio lo bellamente formadas que estaban, un objeto en el que un artesano había trabajado con esmero, un objeto de gran valor. El calor de su cuerpo permanecía en las frías cuentas. Ella deseaba girarse y mirarlo a los ojos penetrantes, pero temía lo que podría ver en ellos.

—Vuelve a tu cámara, Rhonwen. El destino ha dispuesto que nos encontremos. Sé en mi corazón que nuestros caminos futuros irán juntos. Acepta esto como un símbolo de mi promesa hacia ti. Vendrás a mi cama cuando llegue el momento adecuado, y serás mi esposa.

Él la tomó del brazo y la ayudó a levantarse de la silla. Ella estaba tan atónita por sus palabras y su regalo, que apenas pudo hacer que sus piernas funcionaran mientras él la guiaba a través de la habitación hacia la puerta.

Le dio una orden breve a su escolta.

—Lleva a la sanadora de vuelta a su cámara.

Rhodri se hundió de nuevo en su silla, respirando profundamente para calmar la excitación provocada por la presencia de Rhonwen. Se había colocado de pie detrás de ella para que no viera el efecto que causaba en su cuerpo. Su erección se había vuelto de granito al tocarla. Fue mejor que ella no lo mirara cuando le colocó las cuentas de ámbar alrededor del cuello. Su madre habría aprobado su regalo, pero mirar esos ojos grises y redondos habría destruido su determinación.

Temía besarla cuando se fue, temiendo las emociones que un beso de ese tipo podría desatar. Había hecho un gran esfuerzo por mantener su voz firme cuando habló con el guardia.

Agitada y conflictuada, Rhonwen tropezó al intentar seguir el ritmo de la escolta que llevaba la antorcha iluminando su camino. Su mente era un torbellino de emociones. Un suspiro escapó de su garganta reseca cuando una figura furtiva emergió inesperadamente de las sombras.

El hombre se detuvo un momento al verlos, pero luego reanudó su paso, y ella jadeó cuando se encontraron cara a cara. Lo reconoció como un normando por su cabeza rapada y estaba segura de que lo había visto antes, en Ellesmere. ¿Quién era él y qué hacía allí? Evitó mirarlo a los ojos, aterrada por su mirada maligna.

Cuando entró apresuradamente en la cámara, las otras mujeres confundieron la causa de su temblor.

—¿Qué te ha hecho ese bruto, Rhonwen? —preguntó Mabelle.

—No, mi señora. Rhodri no me hizo daño. Fue amable conmigo. —Sintió que su rostro se sonrojaba—. Pero acabo de tener un encuentro en el pasillo que me ha asustado mucho. Hay un soldado normando aquí, uno de los hombres de su esposo.

—Es Giroux —siseó Mabelle, apretando los puños—. Ahora veo claramente la mano maligna detrás del accidente de monta del conde, el asesinato de Myfanwy, la pérdida de mi hijo, y mi propia casi muerte después del abortivo, y esta última traición, nuestro secuestro y probable muerte a manos de un rebelde galés.

—¿Quién es él? ¿Por qué la ha traicionado? —preguntó Rhonwen.

Giselle le contó a Rhonwen la historia de cómo Guillaume de Valtesse había cegado y mutilado a Charles de Giroux, y como consecuencia, había tenido que soportar años de exilio errante con su hija.

Mabelle se desplomó en el borde de su cama.

—No sabía que conocías toda la historia, Giselle, pero me alivia no haber tenido que contarla.

Rhonwen escuchó con la boca abierta.

—Pero si usted y su padre fueron expulsados de su hogar, ¿no fue suficiente venganza para la familia Giroux?

Mabelle suspiró.

—Aparentemente no. Mi padre murió hace varios años, y yo heredé Alençon, Belisle y Domfort. No puedo creer que sus acciones imprudentes hayan dado lugar a esta amenaza para mi vida, la de mis hijos y la de mis sirvientes. Desde su tumba, él extiende su mano para hacerme daño a mí y a los míos.

Rhonwen tomó la mano de Mabelle.

—Perdóneme, mi señora —dijo entre sollozos—, no es solo que vi al soldado. Él sabe que lo vi.

—Debemos pensar —murmuró Mabelle.

Las tres mujeres se sentaron juntas en la cama de Mabelle, cuidando de no despertar a los niños que dormían.

—¿Qué quería Rhodri de ti, de todos modos? —susurró Mabelle.

El calor subió al rostro de Rhonwen.

—Está atraído por mí.

Giselle hizo una mueca.

—Quieres decir que te desea.

—No. Fue amable y gentil. Habló de... amor... de que me convertirá en su esposa. Sonó ridículo. Me dio este collar de cuentas de ámbar. —Era incomprensible.

Mabelle miró a Rhonwen y susurró:

—Y tú sientes lo mismo por él, ¿verdad?

Temerosa de la reprobación de su señora por sus sentimientos tontos, Rhonwen apenas pudo murmurar:

—Sí.

La condesa apretó su mano.

—Una mujer nunca sabe cuándo el amor puede llegar y hacerla caer de rodillas.

Rhonwen no podía creer que hubiera oído esas palabras de la Condesa de Ellesmere. Miró con los ojos muy abiertos a Giselle, quien, por alguna razón, asentía en silencio en señal de acuerdo.

—Debemos esperar que los sentimientos de Rhodri por ti nos protejan de Giroux —susurró

la sirvienta.

Phillippe irrumpió en la cámara de Morwenna.

—Saben que fui yo quien los traicionó.

Ella lo miró con una expresión aburrida.

—No es buena idea venir aquí durante el día.

Él caminó hacia ella.

—Eso no importa ahora. La sanadora me vio.

Morwenna se levantó de inmediato de su silla.

—¿Sabe quién eres?

Él pasó la mano por su cabeza rapada.

—Tal vez no por nombre, pero estoy seguro de que me reconoció como normando. Es solo cuestión de tiempo antes de que ella y su maldita señora deduzcan quién soy. El conde cree que estoy en Normandía, y nunca debe descubrir quién lo traicionó. Mi vida no valdría nada.

—Esperaremos y vigilaremos un buen momento para matarlos, mi amor —roncó ella mientras apretaba su cuerpo al de él y lo besaba—. De repente me gusta la idea de acostarme contigo por la tarde.

Giroux comenzó a aparecer inesperadamente para las comidas en el comedor y frunció el ceño al ver a los rehenes, su odio y sed de venganza eran evidentes.

Rhodri lo encontró curioso, pero no lo reprendió. Sin embargo, notó que, de vez en cuando, se intercambiaban miradas cargadas de deseo entre Giroux y Morwenna. Habían conspirado juntos en Inglaterra para atrapar a la condesa, y ahora él tenía serias dudas sobre su relación.

Sin Futuro

Rhodri mandaba llamar a Rhonwen todas las noches. Al principio, se sentaban en las sillas y conversaban como la primera vez. A veces, él deslizaba los dedos por su cabello, inhalaba su fragancia, sentía su textura y alababa su belleza. La miraba fijamente durante largos minutos. Percibía que ella había decidido contener con firmeza sus emociones.

Está atraída hacia mí, pero no puede ver un futuro juntos.

A medida que se sentía más a gusto con él, la animaba a sentarse en su regazo. La suave presión de su pequeño cuerpo contra el suyo era una dulce tortura. Adoraba la sensación de su figura delgada entre sus brazos y, mientras permanecieran en la silla, confiaba en que podría dominar sus impulsos masculinos. Su firme creencia de que esa mujer era su alma gemela lo fortalecía, y no quería herirla ni ahuyentarla. Hablaban de muchas cosas. Rhonwen le contó sobre su amor por la sanación y lo que su madre le había enseñado. Rhodri compartió historias sobre su infancia en el castillo de Powwydd.

Una noche, después de que ella se sentara en su regazo todas las noches durante una semana, reían por una travesura que él y sus hermanos habían hecho. La sonrisa de ella le alegraba el corazón. Le tomó la barbilla con los dedos, acercó su rostro al de él y la besó en los labios. El beso se profundizó y ella le respondió, separando los labios al ser persuadida por su lengua. Deslizó los brazos alrededor de su cuello.

No tiene miedo.

Se besaron durante largos minutos, explorando las bocas, cuellos, gargantas y orejas del otro. Rhodri estaba embriagado por la inocencia de sus respuestas, por su deseo de complacerlo y explorarlo. Adoraba la sensación de sus pequeñas manos sobre su rostro.

—Rhodri —susurró ella mientras él le besaba la oreja y bajaba la cabeza para besarla otra vez—, ¿y qué hay de Morwenna? Ella es tu prometida. ¿Acaso no está mal lo que estamos haciendo?

Él se tensó.

—La enviaré de regreso con su padre en primavera.

Ella se enderezó.

—Pero ella arriesgó mucho por ti. Mató a mi madre y ayudó a entregar a mi señora.

Rhodri le pasó los dedos por el cabello.

—Morwenna no hizo lo que hizo por mí, ni por Gales. Matar a tu madre no formaba parte de mis planes.

Ella se relajó de nuevo entre sus brazos. Tras unos momentos, respiró hondo y preguntó:

—¿Crees que aún es doncella? No lo creí cuando compartimos cámara en Ellesmere y mis sospechas son aún más fuertes ahora.

Él esbozó una sonrisa socarrona.

—¿Te refieres al normando?

Ella se incorporó de golpe, y él sintió su temor.

—Lo vi salir de su cámara. Él sabe que lo vi. Quiere verme muerta, así como a mi señora y a su familia.

Le acarició el cabello, intentando calmarla.

—¿Por qué querría matarte? Nadie ganaría nada con eso.

Rhonwen tembló.

—No se trata de ganancia. Lo que busca es venganza.

—¿Venganza por qué?

Rhonwen le contó lo que Mabelle sospechaba sobre quién era él, y por qué estaba impulsado por esa sed de venganza contra la hija del hombre que había cegado y mutilado a su padre. Rhodri no confirmó las sospechas sobre el nombre del hombre, pero decidió duplicar la vigilancia sobre el normando y sobre su prometida.

Permanecieron en silencio varios minutos, escuchando los latidos de sus corazones. Él quería tranquilizarla. Le apretó suavemente la rodilla y giró su rostro hacia el suyo.

—He dado mi juramento de que no les pasará nada a ustedes. Te defenderé con mi vida si es necesario.

Rhonwen sentía un dolor punzante al saber que no había un futuro para ella con Rhodri. Todavía apenas podía creer que él se interesara por ella. Pero cuando él tocaba su cabello, lo único que quería era acurrucarse contra su cuerpo, apoyar la cabeza en su pecho y disfrutar del calor y la comodidad que experimentaba en sus brazos. Amaba la sensación del suave cosquilleo del cabello sedoso y negro de su pecho contra su nariz. Nunca llevaba sus trenzas cuando estaban juntos, y ella anhelaba tener el valor de desatar la tira de cuero que mantenía su cabello atado en la nuca.

Su beso la había sacudido hasta el alma. Por primera vez en su vida, se sentía una mujer deseable. Había deseo en los besos de Rhodri, en su mirada y en el delicado toque de sus grandes manos callosas.

¿Sería un error confiar en él? Pudo haberla tomado contra su voluntad, pero no lo había hecho. Su paciente cortejo le calentaba el corazón. El vínculo que había sentido desde el principio, por fuerzas que escapaban a su comprensión, se hacía más y más fuerte. Deseaba que cada día terminara, anhelando la puesta del sol y anticipando la llamada de Rhodri.

La separación sería insoportable.

Rhodri permanecía impasible mientras los puños de Morwenna golpeaban su pecho.

—Te desafío a que me envíes de regreso con mi padre. Te desafío a romper nuestro compromiso.

—No me casaré contigo, Morwenna.

Ella se apartó y le escupió en la cara.

—Mi padre te matará. No tienes derecho.

Él se limpió la mejilla con calma.

—Tengo todo el derecho. Un prometido espera que su novia llegue a su lecho casta. ¿Qué dirá tu padre cuando se entere de que has estado retozando con un soldado normando? Un espía, nada menos.

Ella pareció sorprendida por un momento y luego espetó con desprecio:

—¿Y qué hay de tu preciosa Rhonwen? ¿Vendrá casta a tu lecho? No lo creo.

Rhodri le tomó las muñecas.

—Nada de lo que concierne a Rhonwen debería preocuparte —dijo suavemente—. Ella es luz donde tú eres oscuridad, alegría donde tú eres odio, inocencia donde tú eres corrupción. Cuida lo que dices y haces mientras permanezcas aquí.

La soltó, esperando que comprendiera la amenaza silenciosa en su voz.

—Ve a tu cámara.

Morwenna obedeció, pero lo miró con desafío, con un intenso odio en los ojos. No cabía duda de que buscaría venganza por su rechazo y por Rhonwen.

—Debe ser vigilada todo el tiempo —le dijo a Andras—. Y el normando también.
—Se hará, mi señor.

Esa noche, Rhodri le dijo a Rhonwen, mientras ella se sentaba en su amplio regazo, que había desterrado a Morwenna de su vida y que la malvada mujer se iría tan pronto como mejorara el clima.

—Todavía faltan muchas semanas —murmuró ella, devolviéndole sus tiernos besos.

—He dado órdenes de vigilar tanto a ella como al normando.

Rhonwen les informó a las demás rehenes cuando regresó a su cámara, pero no les mencionó cómo Rhodri le había acariciado los pechos con ternura, ni cómo sus dedos callosos hicieron que sus pezones se endurecieran. No dijo nada sobre los sentimientos lascivos que esas acciones habían despertado en ella, aunque sí admitió que Rhodri había proclamado, una vez más, su amor por ella.

Mabelle percibía que la sanadora estaba profundamente enamorada del líder rebelde. Sintió pena por lo desesperanzado de la situación y pensó con añoranza en su esposo, a quien no veía desde hacía meses. La declaración de amor de Rhodri hacia Rhonwen le generaba sentimientos encontrados. Su marido, Ram, nunca le había dicho que la amaba, aunque en su corazón ella creía que sí. Aun así, a ella le había llevado tiempo reconocer que lo amaba. Tal vez ahora era demasiado tarde. Si alguna vez volvían a verse, él no creería que no había sido violada mientras estuvo cautiva. Ya no la desearía, aunque ella le declarara su amor.

—El normando duerme cada noche en la cámara de Morwenna —le informó Andras.

Rhodri hizo una mueca.

—No me importa, amigo. Mientras los dos se mantengan alejados de las rehenes, pueden yacer juntos cuanto quieran.

Desearía poder ir a la cámara de Rhonwen, pero las demás rehenes estaban allí. Y ella jamás aceptaría una cámara para sí misma mientras su noble señora tuviera que compartirla con su doncella.

—Tráeme a la sanadora a mi cámara.

Andras asintió y se fue.

Rhonwen entró poco después. ¿Acaso su cuerpo siempre reaccionaría con tal intensidad ante su presencia? Esta vez no esperó a que ella se acercara a la silla. Caminó hacia su lado, la tomó en brazos y regresó junto al hogar. Ella sonrió y enredó los brazos alrededor de su cuello.

Sus caricias comenzaron con besos suaves que progresaron lentamente hasta recorrer y después succionar sus pechos. Rhodri sabía que ella sentía su erección presionando contra sus nalgas y que deseaba tocarlo, pero él la sostuvo firme mientras le acariciaba lentamente el interior de los muslos, por debajo de la túnica de lana. Nunca antes le había importado demasiado el placer de una mujer, pero ahora, ver a Rhonwen descubriendo las sensaciones de su propio cuerpo le brindaba una satisfacción inigualable.

—Quiero darte placer, mi amor. Permíteme tocarte.

—Tu caricia me brinda más placer del que jamás he conocido —susurró ella, aunque él notó que no comprendía del todo qué pretendía hacer.

Pequeños murmullos guturales escapaban de sus labios mientras él continuaba subiendo la mano, hasta que sus dedos encontraron los apretados rizos negros de su pubis. Mientras seguía succionando uno de sus pechos, separó suavemente sus piernas y pasó el pulgar sobre su

hinchado botón de placer. Los ojos de Rhonwen se abrieron de par en par, y casi se cae de su regazo, pero él la sostuvo con firmeza y continuó acariciándola.

—Tranquila, mi dulce Rhonwen. No te haré daño.

Pronto, ella jadeó su nombre, completamente perdida en el éxtasis de su primera liberación. La sostuvo en sus brazos durante largos instantes, acunándola suavemente, con el corazón rebosante de amor.

Cuando Rhonwen salió de su trance, se sintió avergonzada al darse cuenta de que yacía sobre su regazo, con la túnica alzada hasta las caderas y las piernas abiertas.

—Nada de lo que hacemos aquí está mal, mi amor. Eres mi mujer, y solo quiero darte placer. Cuando seas mía por completo, te mostraré caminos hacia el paraíso que harán que lo de esta noche parezca insignificante en comparación.

Sintió cómo el cuerpo de Rhonwen se estremecía con sus palabras. Aquella noche, él la llevó a alcanzar el clímax una y otra vez, deslizándose lentamente sus dedos dentro de ella. Rhonwen gimió intoxicada, entregándose por completo a la pasión que él le enseñaba, con paciencia, a disfrutar.

Yuletide

Durante el solsticio de invierno, el pueblo de Rhodri celebró una ceremonia. Les explicó a Robert y Baudoin que era para animar al sol a regresar algún día. A pesar de lo remoto de la fortaleza, estaba bien abastecida. Tenía sus propias cocinas comunales, grandes y de piedra, separadas de la estructura de madera. Había dos enormes hogares para cocinar. La mayoría de las comidas eran sorprendentemente buenas y nunca se desperdiciaba comida, pero durante el Yuletide disfrutaban de un banquete especial que comenzaba con sidra caliente, seguido de un pastel de venado y fenberries. Cuando Giselle preguntó dónde habían encontrado fenberries, le dijeron que crecían fácilmente en los pantanos de Gales.

Mabelle y Giselle casi se caen del banco cuando entraron con una cabeza de jabalí asada.

—Al menos esta no es verde y amarilla —exclamaron a coro.

Giselle se sonrojó.

—Todos nos están mirando raro, preguntándose de qué nos reímos. Nos recuerda los festines en Montbryce... hace mucho tiempo —dijo con nostalgia.

Se quemó un tronco de roble durante doce horas, usando los restos del tronco del año anterior para encenderlo. Rhonwen explicó que, una vez quemado, la gente conservaría los fragmentos para el año siguiente, pero las cenizas se esparcirían en los campos de los valles en el momento de la siembra. Esto alentaría una buena cosecha.

Las puertas se decoraron con acebo. Los galeses creían que la planta perenne con sus bayas rojo sangre era un símbolo de fertilidad y que sus púas capturaban a los espíritus malignos antes de que pudieran entrar.

Esa noche, Rhonwen tuvo un sueño. Ella y Rhodri estaban haciendo el amor. Era tan vívido que temió haber gritado su pasión. Despertó para descubrir que sus dedos se encontraban en un lugar íntimo. Pero no sintió vergüenza. Rhodri le había enseñado cosas sobre su propio cuerpo que jamás había conocido y había liberado pasiones de las que no era consciente.

Si tan solo pudiera ser.

Mabelle escuchó a Rhonwen gritar y reconoció aquellos sonidos de angustia y anhelo. Ella misma había pasado muchas noches en vela, atormentada por la necesidad de su esposo, recordando el toque de sus manos sobre sus pechos y la plenitud de su virilidad enterrada en su interior. ¿Había gritado ella también en sueños, igual que Rhonwen ahora?

Nacimiento

Robert y Baudoin eran muchachos en pleno crecimiento que a menudo se volvían inquietos. Con el permiso de Mabelle, Rhonwen les enseñaba galés, y demostraban tener buena habilidad para el idioma. Mabelle y Giselle aprendieron algunas palabras al escuchar las lecciones. Pasaban el tiempo cosiendo y tejiendo con las mujeres galesas del campamento, o hilando lana con un huso.

Cada vez más, Mabelle se culpaba a sí misma por el secuestro. Ella había insistido en ir a Whittington a pesar de los reparos de Ram. Su imprudencia aún podría costarles la vida. Su esposo probablemente nunca la perdonaría.

Otra preocupación la atormentaba. Si Ram había seguido a sus captores y había muerto o quedado herido en Gales, tal vez su hermoso cuerpo yacía en el fondo de alguna grieta profunda.

El clima era en su mayoría pésimo y no podían pasar mucho tiempo al aire libre. Rhodri y sus hombres parecían inmunes al gélido frío y pasaban horas perfeccionando sus habilidades de combate en la fría pradera de la montaña, manteniéndose en buena forma física. A las damas normandas les sorprendía la pulcritud y el cuidado personal de los galeses cuando llegaban al salón, a pesar de las largas horas de actividad física. A las cautivas se les proporcionaba agua caliente siempre que la solicitaban.

Los jóvenes galeses participaban en el entrenamiento y estaban equipados con pequeñas espadas, dagas y escudos de madera para aprender las bases de la autodefensa y el ataque. Un día, Rhodri pidió permiso a Mabelle para incluir a Robert y Baudoin en las sesiones de entrenamiento con los demás muchachos. Llevaba consigo una espada, una daga y un escudo para cada uno. Mabelle notó que había esperado hasta que los niños estuvieran con ella. Sus ojos brillaron al ver las armas de madera en miniatura.

—Maman —suplicó Robert—, di que podemos ir, por favor.

Les haría bien el ejercicio al aire libre, sin mencionar las valiosas habilidades que aprenderían, pero a Mabelle le pareció incongruente que Rhodri quisiera entrenar a los hijos de su enemigo, y así se lo dijo.

Él pareció sorprendido.

—No hay gloria ni honor en derrotar a un enemigo indigno. El conde es un oponente valioso, y sus hijos también lo serán.

Ella aceptó, y sus hijos se convirtieron en alumnos de Rhodri en las artes de la guerra de guerrillas. Lo adoraban y volvían llenos de relatos sobre sus hazañas.

A Mabelle le preocupaba su hijo no nacido. La presencia de Giroux en la fortaleza la ponía de los nervios, pero el bebé parecía crecer y prosperar. Morwenna y el normando se dejaban ver poco.

Mabelle ya había entrado en su noveno mes cuando sintió los fuertes dolores de parto mientras estaba en el salón. Cayó al suelo con un agudo alarido al ser golpeada por el dolor. Esto no le había ocurrido en sus otros partos, y el pánico se apoderó de ella. Giselle y Rhonwen corrieron a ayudarla, pero fue Rhodri quien llegó primero. La levantó sin esfuerzo, a pesar de lo avanzado de su gravidez, y la llevó a su propia cámara.

—Busquen a la partera —gritó a nadie en particular.

—Aquí tendrá privacidad, condesa —dijo con voz ronca mientras la depositaba en su propia cama.

Ella apenas logró agradecer que sus hijos no tendrían que presenciar su parto, cuando otra

ola de dolor la hizo convulsionarse. Era tan intenso que vomitó.

—Enviaré sábanas limpias. Puedo ser un guerrero, pero no tengo intención de involucrarme en esta batalla por la vida.

Las horas transcurrieron lentamente mientras los gritos de la condesa resonaban por toda la fortaleza. Llamaba el nombre de su esposo una y otra vez, no con reproche, como Rhodri había oído decir que hacían las mujeres en pleno parto, sino con anhelo y pesar. Cerró la mente a la imagen de su amada Rhonwen atravesando la misma agonía por él, pero supo en su corazón que ella también lo llamaría con amor cuando llegara el momento.

Su corazón se desplomó cuando el silencio reinó de repente. Le dolería sinceramente que la valiente noble normanda muriera en el parto. El conde de Ellesmere debía querer profundamente a esa extraordinaria mujer y buscaría venganza. Pero entonces un llanto agudo rompió el aire de la noche, y Rhodri sonrió, aliviado de que, al menos, el niño vivía.

Una hora después, bebía una jarra de cerveza con Andras en el salón cuando Rhonwen apareció, cargando un bulto. Desplegó las cobijas para revelar a una diminuta bebé envuelta en un pañal y un brychan.

—Solo puede quedarse unos minutos. Ha llegado al mundo antes de tiempo y necesita estar con su madre, pero supe que querrías verla.

Rhodri se puso de pie y tomó el bulto, asombrado por el amor reflejado en el rostro de Rhonwen hacia una criatura que no era suya.

—La niña es tan rubia como su madre. ¿La dama vive entonces? ¿Ha sobrevivido a la prueba?

—Sí, es fuerte. Estoy segura de que tanto ella como la bebé prosperarán.

—Tuvo una buena sanadora que la asistiera —dijo con ternura.

—No, fue la habilidad de la partera lo que las salvó —respondió Rhonwen con modestia—. Y la propia determinación de la dama.

Muerte

Una semana después, Mabelle se había recuperado lo suficiente para unirse a los demás en el salón para una comida. Llevó a la recién nacida para que todos pudieran verla. Rhonwen tuvo el honor de llevar a la pequeña mientras la gente comentaba lo rubia que era la niña, quien ya parecía prosperar. La mayoría sabía que el monje había bautizado a la bebé como Hylda, en honor a la madre de la condesa.

Al cabo de un rato, la gente comenzó a retirarse a sus camas. Solo quedaron Rhodri y las cautivas.

Cuando Morwenna irrumpió de repente en el salón blandiendo una daga, Rhonwen apretó a la bebé contra su pecho, buscando desesperadamente un medio de escape.

—Estás loco —gritó a Rhodri, su rostro deformado y enrojecido de ira—. Esta es la cría de un invasor normando, de un hombre al que odias.

El corazón latiéndole desbocado, Rhonwen salió disparada de su camino cuando la mujer enloquecida se lanzó hacia ella.

Rhodri se levantó de un salto y corrió a desarmar a Morwenna, torciéndole la muñeca. La daga cayó al suelo con estrépito. Ella se desplomó a sus pies, sollozando y gritando, golpeando las tablas con los puños.

En el ruido y la confusión, Rhonwen no notó de inmediato que Phillippe de Giroux había entrado al salón. La condesa soltó un grito cuando lo vio avanzando sigilosamente entre las sombras, con la espada desenvainada.

—¡Mes fils! ¡Robert, Baudoin!

Phillippe la agarró del cabello y la obligó a arrodillarse.

—Tais-toi, perra de Valtesse. Mirarás en silencio mientras envío a tus vástagos malditos al infierno, y luego te mataré a ti. Tu maldito padre convirtió al mío en un lunático.

Levantó la espada. Rhonwen contuvo el aliento con horror al ver la afilada hoja dispuesta a decapitar a Robert. El niño permanecía inmóvil, clavado al suelo.

—¡Non! —gimió Mabelle.

De repente, los ojos desorbitados de Phillippe perdieron el enfoque. La mano que sujetaba el cabello de Mabelle se aflojó. Su mirada incrédula descendió hasta la daga clavada profundamente en su pecho. Dejó caer la espada y se desplomó sin vida en el suelo, una última bocanada de sangre escapando de su boca y salpicando el frente del vestido de Mabelle. Ella se lanzó hacia Robert, estrechando a su hijo con fuerza y sollozando.

—¡Philippe! —gritó Morwenna. Había visto a Rhodri lanzar la daga que había terminado con la vida de su amante. Se puso de pie de un salto y recogió el arma que le habían obligado a soltar. Corrió hacia Rhodri, que se había agachado para recuperar su daga del cuerpo de Philippe. Maldijo cuando ella arremetió con la hoja, desviando el golpe destinado a su corazón. El acero se hundió en su bíceps.

Giselle recogió al pequeño Baudoin de ojos desorbitados.

Rhonwen se apresuró a colocar al recién nacido en los brazos de su madre, que sollozaba desconsolada. Luego corrió a ayudar a Rhodri, que luchaba contra la frenética Morwenna. Agarró el cabello de la mujer que había asesinado a su madre, decidida a no permitirle matar a Rhodri. Que hubiera logrado herirlo ya era alarmante.

Rhonwen salió disparada, corriendo hacia la puerta cuando Morwenna dirigió su atención y su furia hacia ella. Atravesó el pasillo y cruzó la puerta al exterior, donde se encontró rodeada

por un manto de densa niebla.

Morwenna iba tras ella. Rhonwen sabía que debía seguir adelante, aunque no tenía idea de adónde se dirigía, ya que había estado pocas veces fuera durante su cautiverio.

Tanteó a lo largo de las empalizadas de madera, agradecida de poder alejar a Morwenna del hombre que amaba. Podía escuchar a la mujer endemoniada gritar maldiciones no muy lejos detrás de ella. La niebla se despejó un instante. Estaba en un estrecho precipicio. Frente a ella se abría el abismo de un desfiladero.

Estoy en el borde del mundo.

Pegó su cuerpo a las empalizadas, aferrándose a la áspera corteza, y levantó el rostro, confiando su destino a los espíritus de las montañas mientras una sensación de poder recorría su ser.

De repente, una Morwenna maniaca emergió de la niebla opresiva y se lanzó sobre ella. Rhonwen miró sus ojos y vio la muerte. Lucharon brevemente, pero no sintió miedo. De pronto, la asesina de su madre resbaló, cayó y desapareció, engullida silenciosamente por las imponentes montañas.

No escuchó que gritara. ¿Cómo es posible que no haya gritado?

Se apoyó contra las empalizadas, clavando las uñas en la madera, jadeando con fuerza y ahora temerosa de moverse. Temiendo congelarse o desmayarse si no lograba regresar al interior, no estaba segura de hacia dónde ir cuando oyó a Rhodri llamarla. Murmurando cánticos cuyo significado no entendía, se deslizó por el precipicio hacia el sonido de su voz hasta que tropezó con él. La apartó del peligro y la sostuvo contra su cuerpo.

—Ahora estás a salvo, mi Rhonwen, a salvo. Te tengo.

—Morwenna está muerta —sollozó, alcanzando su mano helada para tocar la sangre que brotaba de su brazo—. Estás sangrando, Rhodri. Te ha cortado. Debo cuidar tu herida.

Pero el mareo la venció y se desmayó.

Rhodri la llevó a su habitación, le quitó la ropa y masajeó su cuerpo con aceite de romero para calentarla. Poco a poco, sus dientes dejaron de castañear y recobró el sentido. La cubrió con pieles y mantas, y se sentó junto a su lecho hasta que dejó de temblar.

Más tarde, ella cosió su herida y aplicó un ungüento curativo de pie de león.

—Tus puntos son tan delicados que apenas quedará una cicatriz.

La pequeña interrupción que causaría en el diseño de nudos celtas grabados en su bíceps sería casi imperceptible y pasaría desapercibida para la mayoría. No podía creer que él apenas se inmutara mientras pasaba la aguja por su carne.

Negociaciones

—Tres semanas después, un deshielo repentino permitió que Aneurin ap Norweg y sus hombres se dirigieran hacia Cadair Berwyn. Entregó la respuesta del conde de Ellesmere a la nota de rescate enviada por Rhodri.

Al Príncipe de Powwydd:

Se le informa que el conde de Ellesmere acepta pagar íntegramente el rescate exigido por su familia y sirvientes, pero propone un intercambio en la aldea fronteriza de Rhydycroesau.

Se garantizará el paso seguro por ambas partes.

Los cofres con las monedas se llevarán hasta la mitad del puente y se dejarán allí.

Los rehenes caminarán hacia los cofres con un escolta que verificará el contenido y trasladará el rescate a Gales.

El conde da su palabra en cumplimiento de su parte del trato y confía en que Rhodri ap Owain hará lo mismo.

Firmado: El conde de Ellesmere.

Al releer la respuesta del rescate, firmada por el conde y sellada con su emblema, Rhodri envió a buscar a Rhonwen. Ya había despachado un mensaje a Ellesmere aceptando el intercambio y detallando la fecha y hora.

Colocó sus manos sobre los hombros de Rhonwen, intentando mantener la voz firme.

—Quiero que te quedes en Gales, conmigo. Liberaré a los demás cuando paguen el rescate, pero tú eres mía.

—He temido este momento —susurró ella, evitando su mirada—. No puedo quedarme. Mi deber está con mi señora, quien ha confiado en mí y me ha dado un lugar de honor en su casa. Ha sido como una madre para mí desde que la mía fue asesinada.

Él le levantó la barbilla.

—Mírame a los ojos y dime que no me amas.

Rhonwen negó con la cabeza, sus ojos llenos de lágrimas.

—Eres un guerrero poderoso, un hombre que debe luchar por Gales, por lo que considera justo. Yo soy una sanadora. Lucho por curar a los hombres, no por herirlos. Nuestras vidas y prioridades son diferentes. Siempre te amaré y atesoraré lo que compartimos, pero no quiero estar involucrada en guerras y derramamiento de sangre. Quiero paz.

Rhodri soltó sus hombros, temiendo sentirse tentado a obligarla a quedarse.

—Yo también quiero vivir en paz. Solo busco justicia para mi pueblo. A veces es necesario luchar para lograrla.

Ram había soportado meses de angustia sin saber cómo estaban su esposa e hijos, aunque tenía un profundo presentimiento de que seguían con vida. Mabelle se había convertido en una parte esencial de su vida, parte de él mismo. Su cuerpo habría sentido su pérdida. No le cabía duda alguna de que, a pesar de negarlo, la amaba profundamente.

¿Por qué nunca había podido pronunciar esas simples palabras? ¿Por qué su orgullo y ambición le habían privado de asegurarle cuánto la amaba? Oraba fervientemente por tener la oportunidad de confesarle su amor. Sentía que ella también lo amaba, aunque nunca se lo había dicho. Pero no le importaba. Estaba decidido a decírselo de todas formas.

¿Y sus hijos? Siempre había sido un padre cariñoso. A diferencia de su esposa, tampoco les había dicho nunca cuánto los amaba. ¿Por qué era tan difícil? Juró que les diría todos los días de su vida cuánto los amaba si regresaban sanos y salvos. ¿Y el hijo que su esposa esperaba cuando fue secuestrada? ¿Seguía vivo el bebé? ¿Tenía otro hijo o quizá una hija? ¿Había sobrevivido Mabelle al parto en las remotas montañas de Gales?

Temía que los rebeldes galeses no aceptaran sus propuestas de intercambio.

—Espero que mi precaución no haya costado la vida de mi familia —le confesó a Gervais—. ¿Podemos confiar en Rhodri?

Un alivio inmenso lo inundó cuando un mensajero llegó con noticias de que Rhodri aceptaba el intercambio, especificando el día y la hora, solo una semana más tarde.

—Envía grupos de reconocimiento para explorar el área alrededor de la aldea fronteriza donde se realizará el intercambio. Hemos acordado el paso seguro, pero debemos posicionar arqueros en lugares estratégicos, igual que seguramente hará Rhodri. Los arqueros galeses son famosos por su habilidad y precisión mortal.

Ya había reunido el cuantioso rescate en sus tierras de Sussex, y este reposaba en su cámara en dos cofres de hierro.

—Coloca dos guardias frente a mi puerta y duplica la vigilancia en los muros y puertas del castillo. No necesitamos un ataque sorpresa para robarnos el dinero del rescate.

Gervais sonrió.

—Oui, milord. Es bueno hacer algo productivo.

Ram sabía que algunos cuestionaban pagar el rescate. Los otros Señores de las Marcas habían sido vehementemente contrarios a la idea, sugiriendo en su lugar persecución y venganza. Un conde incluso insinuó que su rey opinaba lo mismo.

—Su Majestad no está satisfecho con la idea de financiar a los rebeldes.

Pero Ram temía que la persecución y la venganza resultaran en la muerte de Mabelle. Sabía con aterradora certeza que, si su rey le ordenaba directamente no pagar el rescate, él desafiaría esa orden.

Había aprendido algo de una fuente inesperada. Fiel a su palabra, Caryl Penarth llegó a Ellesmere una semana después de la feria. Aceptó quedarse al saber de la desaparición de Rhonwen junto con Mabelle. Ram la interrogó sobre su conocimiento de los rebeldes en la zona de Whittington. Percibió que había algo que quería decir, pero no lo hizo. Tras recibir la nota de rescate, volvió a buscarla.

—Algunos dicen que no debería pagar el rescate —le dijo.

Caryl vaciló un momento antes de responder.

—Entonces muchos morirán de hambre, mi señor.

Ram arqueó las cejas.

—¿De hambre? Las cosechas han sido buenas.

—No en Gales. Es una tierra azotada por el hambre —susurró con tristeza.

Ram sabía que gran parte de esa hambruna había sido causada por la brutalidad normanda.

—¿Cómo sabes lo que Rhodri planea hacer con el dinero? —preguntó.

—He oído los susurros de esperanza en los labios de aldeanos desesperados.

En vísperas de la partida de Cadair Berwyn, Rhodri convocó a Mabelle y su familia al salón. Había desarrollado una gran admiración por aquella orgullosa mujer normanda, que parecía haber enfrentado su calvario con entereza y dignidad en todo momento.

—Mi condesa —empezó Rhodri, inclinándose ligeramente. ¿Había notado que era la primera vez que utilizaba el “mi” delante de su título?—. Mañana comenzamos nuestro descenso

de la montaña hacia la frontera, donde se reunirá con su esposo. Confío en que todo esté listo. Mis hombres y yo la acompañaremos como escolta y nos aseguraremos de que llegue a salvo.

Mabelle devolvió la inclinación con una reverencia. Parecía sorprendida de que él fuera a acompañarlos, pero no dijo nada. Estaba al tanto del amor que él sentía por su sanadora, ¿pero sabía que le había pedido a Rhonwen que se quedara?

Rhodri continuó, tratando de mantener la mirada lejos de la mujer que amaba y centrarse en el tema en cuestión.

—Nunca fue mi intención que la mataran. No estaba al tanto de las razones detrás de la implicancia de Giroux en nuestros planes, y Morwenna ha pagado con su vida por su traición hacia usted y hacia mí. Ha sido un honor tenerla a usted, a sus hijos y a sus sirvientes como huéspedes en mi fortaleza. Jamás olvidará que su hija nació en Gales, y espero que algún día ella llegue a amar el país de su nacimiento.

Mabelle hizo una ligera inclinación de cabeza y sonrió.

—También he llegado a tener respeto por usted y por su pueblo, Lord Rhodri ap Owain, ap Dafydd, ap Gwilym, Príncipe de Powwydd. Le aseguro que a mi hija se le contará sobre la tierra en que nació, y estoy segura de que mis hijos llevarán consigo historias de cómo un jefe galés derrotó al monstruo que deseaba matarlos. Le agradezco el respeto con el que nos ha tratado, a todos nosotros.

Él entendió que se refería, en particular, a Rhonwen. Asintió con un leve gesto, captando el sentido de sus palabras y su intención. ¿Sabía Mabelle cuánto ardía él por Rhonwen? ¿Lo difícil que había sido no reclamarla, tanto cuerpo como alma, para obligarla a quedarse?

Mabelle carraspeó.

—Quisiera regresar a nuestras habitaciones ahora para realizar los preparativos finales para mañana. Me preocupa cómo llevará la pequeña el viaje.

Rhodri quiso tranquilizarla.

—El clima es bueno, y deberíamos tener un viaje tranquilo. Yo mismo llevaré a su pequeña hija en brazos durante el descenso.

Parecía que Mabelle estaba a punto de retirarse, pero se giró nuevamente.

—Un último favor, Lord Rhodri. ¿Podría molestarle con materiales de escritura? Pergamino... tinta. Deseo escribir una carta.

Rhodri sintió curiosidad, pero respondió:

—Por supuesto. El monje puede servirle como escribano.

—Non, merci. Puedo escribirla yo misma.

Ahora fue Rhodri quien tosió, algo incómodo.

—Quizá podría prescindir de Rhonwen unos momentos. Me gustaría hablar con ella a solas. Mabelle se giró hacia su sanadora.

—Por supuesto, si está de acuerdo. Nosotros iremos a terminar de empacar.

Rhonwen se sonrojó y asintió.

No Te Vayas

—Ven.

Rhodri condujo a Rhonwen a su cámara y le señaló que tomara asiento junto al hogar, en su silla. Se enfrentaron como lo habían hecho en su primer encuentro a solas. Después de largos minutos de silencio, los ojos de ella se llenaron de lágrimas. Él ansiaba abrazarla, limpiar sus lágrimas, decirle que lamentaba su dolor, que la amaba, que era su destino. Sus pensamientos estaban confusos, y ella también estaba dividida. Quería suplicarle que se quedara con él. Su sueño le había convencido de que estaban destinados a estar juntos.

—Rhonwen, no te vayas.

—Debo hacerlo —sollozó, llevándose las manos al rostro para ocultar las lágrimas—. No puedo soportar la idea de vivir contigo como guerrera, pasando mis días entre sangre y violencia, preocupándome si volverás de cada escaramuza, atendiendo heridas espantosas. Pero quiero un recuerdo que me caliente en las noches frías y solitarias sin ti. No sé si tengo el valor de pedirlo, o si aceptarás... Rhodri, quiero llevarme una parte de ti conmigo.

—Te llevas mi corazón.

—Dejo mi corazón aquí contigo, pero quiero... necesito darte algo más. Me has dado amor y placer sin preocuparte por tus propias necesidades. Esta noche quiero satisfacerlas, mi amor, y quiero irme de este lugar como una mujer. Quiero que tengas la certeza de que serás el único hombre que posea mi cuerpo y mi alma.

Ella le estaba ofreciendo su doncelléz. Era una locura, pero él la tomó en sus brazos y la llevó hasta su cama.

Al menos tendré este recuerdo.

Su necesidad física por ella era tan grande que no podría detenerse aunque quisiera, pero se prometió a sí mismo hacer de esa noche algo que ambos recordarían por el resto de sus vidas separados.

Quizás, si la hago mía, se quedará.

Lentamente, fue retirando las prendas de su cuerpo, besando su rostro y cuello, sintiendo cómo temblaba mientras se encontraba de pie junto a su cama. Cuando estuvo desnuda, la miró detenidamente.

—Eres preciosa, tan pura e inocente —murmuró. Rápidamente, se despojó de su propia ropa y se situó a su lado.

Los ojos de Rhonwen se abrieron de par en par y dejó escapar un jadeo al ver su erección por primera vez.

—Soy sanadora, Rhodri, y he visto hombres desnudos antes. Pero nunca había visto a un hombre tan grande y erguido con tanto orgullo. Verte caliente mi cuerpo.

Ella le sonrió, y el corazón de él se aceleró. Nunca se había sentido tan admirado como hombre. Estaba nerviosa, pero no tenía miedo. No quería que el miedo atenuara la gran pasión que sabía que ella podía experimentar. Le acarició el cabello.

—Rhonwen, tienes el alma pura y honesta de un ángel.

La levantó en brazos y la recostó sobre la cama, luego se tendió a su lado y la tomó en sus brazos, besando y lamiendo su rostro, su garganta, sus hombros. Besó sus labios, persuadiéndola con su lengua. Ella lo dejó entrar y él atrajo su lengua hacia su boca, mientras un gemido de ella reverberaba en su cuerpo.

Ella le quitó la tira de cuero que ataba su cabello y deslizó los dedos por él mientras caía

sobre sus hombros, enviando ondas de placer desde su cuero cabelludo hasta sus pies.

Rhodri besó sus oscuros pezones, lamiendo los ya rígidos picos. Ella arqueó el cuerpo cuando él comenzó a succionarlos. Luego se arrodilló entre sus piernas y dejó que sus dedos trazaran un camino lento entre sus pechos virginales y su vientre.

Ella abrió más las piernas.

—Te anhele, Rhodri —susurró tímidamente.

Donde su mano había recorrido, ahora fueron sus labios. Besó toda la longitud de su cuerpo tembloroso hasta alcanzar los rizos negros en la parte superior de sus muslos, tan oscuros como los de él. Al vislumbrar el diamante de su deseo, colocó sus anchos hombros entre sus piernas, le levantó ligeramente las caderas y lamió aquella joya tan íntima.

Ella gritó, y sus ojos se abrieron mientras su lengua le brindaba placer, aunque también un rubor de vergüenza.

—Rhodri...

—Nada de lo que hagamos aquí es incorrecto o vergonzoso. Es un regalo precioso que me estás dando esta noche, y quiero saborearte —dijo con voz ronca.

Ella cerró los ojos y gimió mientras él la cubría con su boca. El dulce sabor envió nueva sangre a su ingle. El calor húmedo facilitó el camino para que él introdujera sus dedos lentamente. Ya no podía esperar más. Guiando la hinchada punta de su virilidad, la deslizó entre sus pliegues. Ella abrió los ojos y colocó sus manos sobre las de él, instándolo a entrar.

—Intentaré no hacerte daño —susurró—. Soy grande, y tú...

Ella sonrió.

—No tengo miedo.

Su sinceridad lo conmovió.

Entró despacio, sintió la barrera y la atravesó. Ella contuvo el aliento y lanzó un grito, aferrándose a sus hombros. Rhodri apretó la mandíbula, haciendo un esfuerzo por permanecer quieto.

—No te detengas, Rhodri, por favor no te detengas.

Al oír sus palabras, la sangre celta de él se encendió. Gimió, se retiró casi por completo y luego se hundió de nuevo una y otra vez. Ella gritó su nombre con un deleite salvaje cuando su semilla estalló en el cuerpo tembloroso de ella.

Continuó abrazándola mientras la llevaba a nuevas cimas de éxtasis. Al finalizar, la acunó con ternura y la devolvió a la cámara, murmurando:

—Eres mi destino, Rhonwen.

Y partió en silencio.

* * *

La única persona despierta en la habitación era Mabelle, quien lo observaba colocar a Rhonwen sobre el estera y escuchar sus palabras. Lloró por su dolor, y por el insoportable anhelo de su propio esposo..

El Puente

Rhonwen despertó temprano, desorientada al descubrir que había vuelto a su propia estera. Al mirar a su alrededor, vio a Giselle y a su ama preparándose para el viaje. Se levantó y tomó pan con miel. Los demás la saludaron con normalidad y no percibió ninguna vergüenza por su parte. Rhodri debía haberla llevado a la habitación, pero nadie dio señales de haber visto o escuchado algo.

Casi deseaba que sí lo hubieran hecho, así podría desahogar sus sentimientos y llorar.

Robert y Baudoin estaban emocionados de regresar a casa y esperaban montar los ponis hacia el valle. Rhodri le dijo a Robert que podría montar su propio poni, porque había aprendido rápidamente en los campos de entrenamiento. El niño estaba extasiado.

—¿Te parece que papá vendrá a encontrarnos? —preguntó Baudoin.

—Claro que vendrá —respondió Robert—. Y traerá un enorme ejército y matará a los bárbaros galeses.

Mabelle gimió.

—Supongo que los viejos hábitos y creencias cuestan morir —suspiró hacia Giselle—. Oremos para que no haya violencia en la frontera.

La noche anterior había escrito una carta a Ram. Rhodri le había explicado con cuidado los detalles del intercambio. Si algo salía mal, quería que su esposo supiera que lo amaba. Metió el escrito en los pliegues entre su vestido y su camisa.

Rhonwen envolvió al bebé en la mayor cantidad de paños que pudo encontrar y sugirió a su ama que llevara al niño en un pañuelo que ella misma había confeccionado con mantas. Mabelle aceptó, confiada en que la sanadora estaría mejor capacitada para manejar la carga en los resbaladizos senderos e incierta si Rhodri realmente las acompañaría.

Sin embargo, cuando salieron, Rhodri ya estaba montado en su poni.

—Dame al niño, Rhonwen.

Sonrojada, ella levantó cuidadosamente el pañuelo. El galés se inclinó mientras le ponía el precioso paquete alrededor del cuello. Mabelle vio que sus miradas se cruzaron un instante fugaz, luego Rhonwen desvió la vista, conteniendo las lágrimas. Rhodri acunó al bebé contra su gran cuerpo. Mabelle se sintió aliviada, sabiendo que su calor mantendría a su hija protegida.

Cuando todos se montaron, Rhodri gritó:

—¡A Lloegr!

Los guerreros y sus rehenes comenzaron su largo viaje hacia Inglaterra, tal como él había acordado.

Pocas palabras se intercambiaron, a pesar de la cautivadora belleza de los valles y los claros que atravesaban, pintados de oro por las alfombras de narcisos primaverales. Mabelle percibió que Rhodri y Rhonwen luchaban con sus propios sentimientos, y ella estaba llena de miedo de que algo saliera mal. ¿Acogería Ram a su regreso? ¿Recordarían los niños a su padre? ¿Lograrían bajar seguros por estos traicioneros caminos montañosos? Su mano fue a la carta oculta en su pecho.

Pasaron la noche en la misma cabaña donde se habían refugiado en el viaje de ida, y se sorprendieron al ver que sus propios caballos estaban atados a un poste. Acostada en la estera, Mabelle pensó en las cosas que habían cambiado en sus vidas desde la última vez que estuvo en ese lugar aislado.

Era madre de una hija a la que había llamado Hylda, en honor a su madre. El monje había bautizado a la niña. Sin embargo, Mabelle sentía que algo faltaba y había decidido esperar la reunión con Ram para decidir qué otros nombres debería llevar la pequeña.

Sus hijos habían crecido. Habían demostrado coraje y paciencia durante toda la larga prueba, y esperaba que, cuando crecieran, recordaran algunas de las buenas cosas sobre el pueblo galés que habían conocido. Giselle también había cambiado, y Mabelle sospechaba que ahora veía a sus captores con una perspectiva diferente. En cuanto a ella misma, reconocía que amaba a Ram sin condiciones. Esperaba desesperadamente que él aún la quisiera una vez que regresaran.

Rhonwen había experimentado el cambio más grande. Mabelle sospechaba que la sanadora y el caudillo habían sido íntimos en su última noche, pero ella parecía decidida a regresar con ellos a Inglaterra. Sabía que la joven amaba a este salvaje celta que ahora llevaba a su propia hija por la montaña. Él, evidentemente, se preocupaba por el bebé que acunaba cerca de su amplio pecho. ¿Estaría pensando en sus propios hijos, en lo que podría haber tenido con Rhonwen?

—No me gusta esta niebla —murmuró Gervais—. Apenas podemos ver el puente, mucho menos el otro lado. Los arqueros tendrán dificultades para encontrar su objetivo, si los necesitamos.

Ram se movió nervioso en la silla mientras él y sus hombres esperaban.

—Ya llevamos más de una hora aquí —dijo—. Si seguimos esperando, la niebla podría despejarse.

Luchaba por mantenerse positivo. Había pasado por muchas situaciones tensas en su vida, pero ninguna se comparaba con la tensión que sentía ahora, con las vidas de su esposa y su familia en juego. Era como si la niebla se hubiera filtrado en su mente. Desmontó para caminar y estirar las piernas, intentando calmar el miedo y la ansiedad que lo embargaban. Mientras deambulaba entre los árboles cerca del claro donde esperaban, su corazón se aceleró al divisar un campo de campanillas azules.

Sintió la presencia de Mabelle, y su mente viajó al día en que se conocieron. ¿Qué haría si descubriera que había sido violada durante su cautiverio? Recordó las bromas que compartían sobre las Hadas de los Dedales Azules y rezó a ellas para que nada saliera mal. Los arqueros galeses eran legendarios, y se decía que podían dar en el blanco incluso con los ojos cerrados. Sospechaba que Rhodri tenía hombres escondidos, listos para atacar si era necesario, al igual que él.

—Me pregunto si alguna vez habrá confianza entre nuestros pueblos —murmuró en voz alta—. La paz solo puede venir con confianza.

Estaba cansado del constante conflicto que plagaba las Marcas Galesas. Aunque era ante todo un guerrero, también era un buen diplomático, y se propuso usar esas habilidades en mayor medida que antes. Perdido en sus pensamientos, recogió campanillas y las llevó hasta su caballo, atándolas a la perilla de la silla.

Un débil relincho en la distancia, más allá del estrecho puente arqueado, lo sacó de su ensimismamiento. Su estómago se contrajo.

Una voz fuerte y autoritaria emergió de la niebla:

—¿Conde de Ellesmere, Rambaud, Conde de Montbryce!

—Estoy aquí —gritó, intentando distinguir alguna señal de su familia en la impenetrable niebla—. ¿Con quién hablo?

—Soy Rhodri ap Owain, Príncipe de Powwydd. Tú y yo ya nos hemos visto. ¿Trajiste el rescate que acordamos?

Directo al grano.

—Oui. Lo he traído. ¿Cómo sé que mi familia está a salvo?

Hubo una pausa, y entonces escuchó la fuerte y tranquila voz de Mabelle.

—¿Rambaud? ¿Ram?

Sintió el impulso de lanzarse al puente imprudentemente. Las lágrimas amenazaron mientras apretaba las riendas, rechinando los dientes y tensando la mandíbula.

—¿Ram? —llamó de nuevo ella—. Estamos bien. Robert y Baudoin están conmigo, al igual que Giselle y Rhonwen. Y tu hija. Lord Rhodri nos ha cuidado bien. Estamos deseando volver a casa.

Una hija. Ram sintió un nudo en la garganta.

—Robert, Baudoin, ¿están bien, tú y tu madre?

—Oui, papa —respondió Robert gritando—. Me he encargado bien de Baudoin... y de mi hermanita.

Ram tosió para ocultar su momentánea incapacidad de hablar. Las miradas expectantes de sus soldados estaban fijas en él. Mucho dependía de lo que sucediera a continuación.

—Mis hombres colocarán los cofres en el centro del puente, como acordamos. Los dejarán abiertos —le gritó a Rhodri—. Si tienes a los rehenes montados, quiero que los caballos crucen el puente primero.

No quería arriesgarse a que los galeses huyeran con los rehenes una vez que tuvieran el rescate. Sería más difícil si iban a pie.

—De acuerdo —respondió la voz áspera unos minutos después—. Entonces enviaremos a tu familia a pie, acompañada de cuatro de mis hombres, quienes recogerán los cofres.

A Ram no le gustaba el acuerdo, pero no pudo pensar en otra forma de minimizar los peligros. El galés tenía la ventaja y podía desaparecer en Gales sin cumplir su parte del trato si lo deseaba. Ram debía confiar en él. Mabelle había confirmado que habían sido bien tratados, y Rhodri lo había dejado con vida en Ruyton, cuando fácilmente podría haberlo matado.

Ruyton le trajo a la mente pensamientos de Ascha Woolgar. Había sido demasiado cobarde para confesar su desliz. ¿Mabelle alguna vez había sospechado lo que sucedió allí? Tenía la sensación de que ella lo sabía, pero no lo juzgaba. ¿Significaba eso que no le importaba, o que lo amaba lo suficiente como para perdonarlo?

Escuchó el ritmo lento de cascos acercándose. Un galés emergió de la niebla guiando los caballos que Ram reconoció como los de su familia y sirvientes. Cuando el hombre llegó al centro del puente, les dio un azote en las ancas y los caballos trotaron hacia el lado inglés, donde los soldados de Ram los recibieron.

Ram respiró hondo.

—Gervais, manda a los hombres con los cofres.

Cuatro de sus soldados levantaron los pesados cofres de hierro y marcharon hacia el centro del puente de piedra, donde los colocaron con un fuerte golpe y levantaron las tapas. El sonido metálico resonó entre las paredes y los adoquines rugosos del puente angosto, amplificado por la niebla y el rumor del agua del río abajo.

Desde donde estaba, Ram podía ver las monedas, y asumió que los galeses también podrían verlas. Sus hombres se volvieron y caminaron hacia él. Sintió un destello de orgullo por esos soldados normandos que, conscientes de las flechas galesas apuntando a sus espaldas, caminaban lentamente, sin mirar atrás.

De la niebla surgió Giselle, llevando de la mano a sus hijos. Ambos niños tenían algún tipo de escudo de madera atado a sus espaldas. Baudoin miró por encima del hombro y saludó con la mano. La sirvienta caminaba nerviosa, pero decidida, hasta el centro arqueado del puente, pasó

los cofres y llegó al lado inglés. Ram desmontó rápidamente y corrió a tomar a sus hijos en brazos.

Dos soldados normandos acudieron en ayuda de Giselle cuando sus rodillas flaquearon y cayó desmayada. Ella los miró con gratitud y luego jadeó al darse cuenta de que eran los dos hijos guerreros que no había visto en años. Lloró mientras la abrazaban. Sonrió, agradecida y llorosa, al conde.

—¿Papa, papa, nos extrañaste? —preguntó Robert.

Ram se atragantó. Le sorprendía ver cuánto habían crecido sus hijos, pero le enfurecía haberse perdido ese tiempo. Al menos no habían pasado hambre.

—Por supuesto que los extrañé. Los amo. Los amo a los dos.

Eso no fue difícil, después de todo.

Los abrazó, notando que cada uno llevaba una espada y una daga de madera metidas en los cinturones de sus chaquetas de piel de oveja y pantalones de cuero. Parecían pequeños rebeldes galeses. Le resultó divertido, pero en ese momento resolvió no seguir la creciente tendencia de enviar a los hijos a otra casa noble para su entrenamiento.

—Montamos ponis, papá. ¿Podremos tener ponis cuando regresemos a casa? —preguntó Robert.

Ram no quería que sus hijos pensaran que no le importaban los ponis, pero ahora estaba desesperado por ver a Mabelle. Con la mayor calma posible, respondió:

—Supongo que podríamos encargarnos de eso. Ahora quiero que se queden con Gervais mientras saludo a su madre. Ella viene detrás, ¿verdad?

—Oui, papá, ella y Rhonwen están despidiéndose de Rhodri, y luego traerán a ma sœur. Rhodri la bajó de la montaña en un portabebés colgado de su pecho.

Ram sintió una punzada de celos al escuchar la manera familiar en que su familia hablaba de aquel bárbaro galés.

—¿Cómo se llama su hermana? —Sintió como si algo se le atorara en la garganta.

—Mamá la llamó como a nuestra grandmaman —respondió Baudoin.

Después de ver a sus hijos cruzar el puente y desaparecer entre la niebla junto con Giselle, la condesa se volvió hacia Rhodri y le agradeció mientras él colocaba cuidadosamente el portabebés alrededor de su cuello.

—Es una pena, Rhodri, príncipe de Powwydd, que nuestros pueblos no puedan encontrar un terreno común y parezcan estar siempre enfrentados. He aprendido mucho sobre usted y su país durante nuestra estancia en sus hermosas montañas, y compartiré mucho de lo aprendido con mi esposo. Él es un amante de la paz y la prosperidad, y desearía lo mismo para nuestros pueblos.

Rhodri hizo una reverencia, tomó su mano extendida y la besó ligeramente.

—La paz solo puede lograrse con confianza y respeto, mi señora. Rezo para que un día lo consigamos. Siwrne dda. Que tenga un buen viaje.

Ella se apartó, mirando hacia el puente. Rhodri se volvió hacia Rhonwen y la tomó entre sus brazos. Pudo oler la humedad en su cabello, saborear la sal de las lágrimas en su rostro mientras la besaba. No podía hablar. Si lo hacía, su voz traicionaría su angustia. La experiencia de su unión lo había cautivado, pero ella tenía intención de partir. Lo entendía, pero no podía aceptarlo. Si se iba, jamás volvería a experimentar la pasión mística que su unión le había traído.

—Rhonwen —balbuceó—. No puedo cambiar lo que soy. No te rogaré que te quedes. Solo tú conoces tu corazón. Pero eres mi destino, y yo soy el tuyo.

Sus esperanzas se desplomaron cuando ella se apartó de su abrazo y comenzó a caminar

hacia el centro del puente, aferrándose ciegamente de la mano de su señora.

El sonido de nuevos pasos en el viejo puente captó la atención de Ram. Miró entre la niebla, ahora más espesa, y vio aparecer a su esposa junto a Rhonwen, quien se aferraba firmemente a la mano de Mabelle. Estaban acompañadas por cuatro galeses.

Mabelle caminaba lenta y orgullosamente, con la cabeza en alto, y Ram nunca la había amado más. Su firme valentía normanda la había llevado a superar una prueba que habría quebrado a muchas mujeres. Caminaba por el puente como si estuviera de paseo, con un portabebés cruzado sobre su cuerpo, donde él sabía que estaba su hija. Tuvo una visión momentánea de ella lanzando su espada al lago. Se había enamorado de ella ese día. ¿Por qué nunca se lo había dicho?

Rhonwen tenía dificultades, y se preguntó qué le ocurría a la curandera. Caminaba con la cabeza gacha. ¿Estaba llorando? Sus hombros temblaban. ¿Quizás estaba enferma? Las dos mujeres se detuvieron en el centro del puente. Los hombres se agacharon para recoger los pesados cofres y regresaron a Gales con el mismo paso lento y digno con que sus propios soldados habían caminado.

Pero, ¿por qué Mabelle y Rhonwen no continuaban hacia él? Algo había salido mal. Su estómago se tensó.

Por Gales

Mabelle tomó los hombros de Rhonwen.

—Debes regresar con él. Tiene razón. Tú eres su destino y él es el tuyo.

—Pero mi señora... mi deber hacia usted. Soy una sanadora. ¿Cómo podría vivir con un guerrero, un hombre de sangre y guerra?

Mabelle apretó más su agarre y sacudió a la joven.

—Porque lo amas y él te ama. No puedes dar la espalda a un gran amor. Eso destruirá a los dos. No será fácil vivir con un rebelde galés, pero vivir sin amor es insoportable y solo crea amargura. He desperdiciado demasiado de mi vida tratando de negar la existencia del amor. Debes abrazarlo. Tú y Rhodri tendrán muchos hijos hermosos, y quizás algún día nuestros hijos e hijas vivirán juntos en paz en estas montañas y valles.

Rhonwen miró hacia Gales.

—No puedo verlo, pero sigue estando allí. ¿Puedo abrazarla, mi señora? Usted ha sido como una madre para mí desde que mi propia madre fue asesinada.

Mientras se abrazaban, Mabelle preguntó:

—¿Por qué Myfanwy no me dijo que eras su hija?

Rhonwen soltó un sollozo.

—Temía que usted pensara que me eligió porque soy su hija y no por mis habilidades como sanadora. Le avergonzaba que yo fuera hija de un caballero sajón, nacida fuera del matrimonio. No dije nada cuando se pensó que mi madre la había envenenado, porque temía que pensara que yo estaba involucrada.

Ambas miraron a la niña dormida entre ellas, y Mabelle de repente supo el segundo nombre de su hija.

—Mi hija llevará tu nombre, Rhonwen, en honor a tu amor y valentía y como un símbolo de esperanza para el futuro.

Le besó las mejillas, la giró y le dio un suave empujón.

—Ahora ve. Y no mires atrás.

Satisfecha de que la joven sanadora había tomado la decisión correcta, continuó su camino hacia su esposo. Cuando llegó al final del puente, Ram apareció de la niebla y caminó hacia ella. Ella notó los destellos plateados en su hermoso cabello negro.

—Ram —susurró, con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

Sintió la calidez de sus brazos cuando la rodeó por la cintura, y sus ojos cayeron sobre la bebé, que dormía plácidamente en su portabebés.

—Quisiera abrazarte fuertemente, pero temo aplastar a la niña —dijo, con voz rasposa.

Mabelle levantó a la bebé del portabebés y se la entregó a Ram.

—Mi señor esposo, le presento a su hija, Hylda Rhonwen de Montbryce.

Él miró a la infanta, que abrió los ojos y sonrió.

—Tiene tu cabello dorado —murmuró. Luego, sus ojos se abrieron más grandes—. ¿Rhonwen? ¿Por qué la has llamado así?

—Te lo explicaré —dijo ella con voz rasposa—. Lo entenderás. No puedo hablar de eso ahora.

Tragando con dificultad, él tomó la mano de su esposa y, con la bebé firmemente sujeta en su otro brazo, caminó hacia donde Giselle estaba, apoyada en sus hijos. Parecía haberse recuperado de su momentánea sensación de mareo por el alivio. Él besó la frente de la bebé, le

entregó a la criada la niña y se volvió hacia su esposa.

El simple toque de su mano puede reavivar mi pasión tan rápidamente.

Él le trajo su capa más cálida. La recogió y se la puso con cariño, sin apartar los ojos de los de ella. Ella contuvo la respiración. La abrazó fuertemente, la envolvió en su propia capa y susurró:

—Mabelle, estoy consumido de amor por ti. Gracias por este hermoso regalo. Estoy completo ahora que estás de vuelta a salvo conmigo. Mi vida no ha tenido sentido sin ti. ¿Puedes perdonarme y devolverme tu amor?

Sus piernas temblaron mientras la felicidad y el alivio la inundaban. Él no le había preguntado si había sido violada, no había pronunciado palabras de culpa. Había declarado su amor por ella sin condiciones. Ella devolvió su abrazo y sintió los anhelos familiares que había intentado suprimir durante su cautiverio. De repente, vio, por encima de su hombro, el ramo de campanillas azules atado al pomo de su silla. Los recuerdos la invadieron. Apenas podía esperar para llevar a su guapo esposo en la cama. Se presionó contra su excitación.

—Oh, Ram, te he amado desde el primer momento que nos conocimos, pero estaba demasiado llena de miedo y resentimiento por el pasado como para admitirlo.

Él sonrió, luego la levantó en sus brazos y montó a caballo con ella frente a él.

—Giselle, por favor, trae a mi hija.

Acurrucó a la bebé en el portabebés que su madre todavía llevaba.

—Es bueno abrazar a otra niña —dijo, con la voz rasposa.

Mabelle se reclinó contra el pecho de su esposo y el calor de su cuerpo disipó el frío.

—¿Y qué hay de Rhonwen? —preguntó él—. ¿Debemos esperarla?

—Ha regresado con Rhodri. Lo ama. Están destinados a estar juntos.

Su cuerpo se tensó.

—¿Rhodri ap Owain y Rhonwen?

—Oui. Ellos también comparten una pasión conquistadora.

Ram negó con la cabeza.

—Entonces, a Ellesmere —ordenó.

Rhonwen escuchó los caballos marchando en el lado inglés del puente. Con ellos se iba su familia, su seguridad. Aunque los Montbryce no eran parientes de sangre, habían llegado a significar mucho para ella. Ante ella, esperaba el hombre al que amaba con una fuerza que amenazaba con consumirla. Se detuvo antes de llegar al final del puente, respiró hondo para despejar su cabeza. Su mano se fue al fino collar de ámbar que Rhodri le había dado en su primera noche juntos, un símbolo de su amor. ¿Estaba tomando la decisión correcta? ¿Le importaría que fuera la hija bastarda de un señor sajón? Él era de noble linaje, orgulloso de su ascendencia.

Su corazón dio un vuelco cuando Rhodri emergió de la niebla. Él había escuchado partir a los normandos. Ella estaba sola en la niebla que se arremolinaba.

—¿Rhonwen? ¿Eres tú o es un truco de mis ojos?

Sonrió nerviosa.

—Soy yo.

Rhodri sonrió y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sabía que no me dejarías. Tenía que ver por mí mismo que te habías ido. Confío en el poder de mis sueños.

Rhonwen extendió las manos, temblando de frío. Él se quitó su piel de oveja y la envolvió

con ella, abrazándola como si fuera una pequeña muñeca.

—Rhodri —comenzó nerviosa—. Debo decirte algo. Necesitas saber que mi padre... bueno... era un sajón. No estaba casado con mi madre. Tú eres un príncipe...

Él la miró a los ojos.

—La verdadera razón de tu reluctancia a quedarte me queda clara. Pensaste que me avergonzaría de tus orígenes, de tu sangre.

Rhonwen asintió, mordiendo su labio.

Él le levantó la barbilla.

—Mírame y escúchame bien. Nunca volveré a mencionar su nombre, pero los padres de Morwenna eran ambos galeses, de sangre noble, y sin embargo ella estaba tan corrompida y podrida como una manzana llena de gusanos. Tú eres pureza, dulzura y bondad, y necesito que traigas luz a la oscuridad de mi vida. Ser un líder para mi gente no es una carga fácil.

Vio la sinceridad y necesidad en sus ojos, y los suyos se llenaron de lágrimas.

—Calla, calla, Rhonwen, mi Rhonwen —susurró él—. Mi wnaf dy garu di am byth.

—Como yo te amaré, para siempre, Rhodri —respondió ella, emocionada de que él la amara tanto que su linaje no importara.

Él la levantó y la llevó a la tierra de sus ancestros.

Mientras la familia Montbryce regresaba a Ellesmere con su escolta, de repente escucharon un estremecedor y ominoso grito de batalla.

—¡Dros Cymru!

Era un grito profundo y gutural que retumbaba hasta los huesos, y frenaron a sus caballos, sintiendo el peligro. Miraron hacia atrás. El sol primaveral había disipado la niebla. Al otro lado del valle, un hombre alto, montado en un corcel, sostenía a una chica de cabello negro en su regazo. Levantó el puño en señal de saludo a los normandos y gritó su grito de guerra nuevamente.

—¡Por Gales!

Rhonwen también agitó la mano, y Mabelle, Giselle, Robert y Baudoin le devolvieron el saludo. Por alguna razón que no lograba entender, Ram levantó el puño en respuesta. Rhodri ap Owain giró su caballo y se alejó, sus gritos salvajes de júbilo resonando por el valle.

Un Tonto Afortunado

—Tendremos que detenernos por la bebé —le dijo Mabelle a Ram cuando Hylda Rhonwen gritó de hambre—. Los muchachos se beneficiarían de una oportunidad para estirar las piernas.

Estaban a medio camino de casa. Ram detuvo su caballo y paró a los hombres cerca de un arroyo. Robert y Baudoin corrieron a jugar junto al agua.

—Cúidense, mis hijos —gritó su padre, asintiendo a Gervais para que los vigilara.

Levantó a Mabelle y su valioso paquete del caballo y la ayudó a acomodarse sobre un tronco caído, para que pudiera darle de comer a la niña. Cuando bajó el vestido y la chemise para exponer su pecho, la carta que había escrito en su última noche en Cadair Berwyn cayó de los pliegues. En ese momento no estaba segura de su amor; en la excitación y alivio de su rescate lo había olvidado. Él había visto el pergamino, tan concentrado como estaba en verla amamantar a su hija.

—Es una carta —murmuró ella, consciente de que se estaba sonrojando—. Una carta para ti.

—¿De quién?

—De mí.

Él extendió la mano.

—Quisiera leerla.

Ella se la entregó. La desdobló con manos temblorosas.

A mi esposo Ram,

Pensando en los peligros que enfrentamos mañana, que podrían impedirnos vernos de nuevo, quiero compartir contigo los sentimientos de mi corazón. Sé desde hace muchos años que te amo profundamente. Siempre he dudado en contártelo. Esta cruel separación que hemos soportado me ha mostrado lo insensato de eso. ¿Cuál era mi miedo? ¿Que no me amaras también? Si has anhelado mi presencia como yo la he anhelado durante estos muchos meses...

Ten la seguridad de que los niños y yo no hemos sufrido durante nuestro cautiverio. Ya habrás deducido que fueron Giroux y Morwenna quienes conspiraron contra nosotros. Ambos están muertos, Giroux a manos del propio Rhodri. Fue Rhonwen quien vengó la muerte de su madre, Myfanwy.

Si los Destinos deciden que no nos reunamos, no podré ir a la tumba sin saber que no sabías de mi amor. Te agradezco la profunda pasión que hemos compartido. Has completado mi vida. Eres la otra mitad de mí. Ansío verte de nuevo.

Mabelle

Ram volvió a doblar el pergamino y lo guardó cuidadosamente en su gambeson, cerca de su corazón. Miró a sus hijos, que estaban arrojando piedras al arroyo.

—Parecería que regresan de un picnic —comentó con una sonrisa.

Miró a su esposa e hija. Después de unos minutos, caminó hacia su caballo y sacó de la alforja un pan y una botella de vino. Agachándose, dobló sus largas piernas para ponerse junto a Mabelle, rompió un trozo de pan y se lo acercó a los labios. Ella mordió.

—Mmmm... el pan en Gales era bueno, pero no hay nada como el de Trésor.

Sus ojos azules se oscurecieron.

—Abre la boca.

Ella echó la cabeza hacia atrás. Él sostuvo las botellas de vino y vertió el líquido rojo. Algo se derramó por su barbilla y sobre sus pechos. Ella tragó y rió.

—He perdido la práctica.

Él besó la cabeza de la bebé y luego lamió el chorro de vino de su pecho hasta la esquina de su boca, su lengua apenas tocando su piel. Sus ojos estaban llenos de deseo, su cuerpo tenso de necesidad.

—Llevaré esta carta conmigo hasta el día de mi muerte. Será un recordatorio constante de lo afortunado y tonto que soy. Nada me importa tanto como mi amada familia. Pasaré el resto de mi vida borrando la memoria del miedo que sufriste durante tu cautiverio.

Rompió un trozo de pan, se sirvió vino, y continuaron compartiendo en silencio hasta que Hylda Rhonwen quedó satisfecha y somnolienta. Él tomó a la bebé, la acurrucó contra su pecho con la pequeña cabeza descansando sobre su hombro, y se acercó a la orilla del arroyo, donde Robert y Baudoin practicaban con sus espadas de madera en miniatura.

Ram soltó una carcajada.

—Son buenos en esto —gritó hacia Mabelle.

—Tuvieron un buen maestro.

* * *

Esa noche, Rhodri y Ram hicieron el amor con las mujeres apasionadas que adoraban. Rhodri lo hizo junto al hogar en la acogedora cabaña de las colinas galesas, y Ram en la opulenta cama de Ellesmere, con las pesadas cortinas envolviéndolos como un capullo junto a su querida esposa.

Ambos nobles guerreros se dedicaron a complacer lentamente a sus mujeres, besándolas y despertándolas en esos lugares femeninos sensibles donde sabían que disfrutaban ser tocadas. Se deleitaron al escuchar a sus mujeres gemir y gritar en plenitud.

Para Rhodri y Rhonwen, era el comienzo de su viaje hacia un conocimiento íntimo mutuo. Para Ram y Mabelle, era una reunión apasionada: redescubrir los cuerpos del otro como si fuera la primera vez.

Ambos guerreros llamaron con voz ronca en un eufórico éxtasis mientras su esencia llenaba a las mujeres que amaban.

El amor es como la sal. Realza el sabor del placer y hace que dure.

Secuela

Llys Powwydd, Gales, un mes después

El corazón de Rhodri estaba lleno mientras jugueteaba con las mangas del jubón al que no estaba acostumbrado. Sin embargo, un príncipe no podía casarse con una chaqueta de piel de oveja.

Confesó a Aneurin que tenía un problema.

—¿Cómo puedo seguir atacando las tierras del Conde de Ellesmere ahora? Rhonwen considera a la condesa como una segunda madre. Ya tiene bastante con lidiar con el hecho de que soy un guerrero. Si hago incursiones allí, se sentirá mortificada. Quiere que se le permita visitar Ellesmere de vez en cuando. Soy como un padrino para la hija de los Montbryce, nacida en mi propia fortaleza y llamada como mi prometida.

—Bueno, amigo mío, hay otros condes normandos a quienes puedes atacar y acosar —respondió su camarada con una sonrisa.

—Supongo que tienes razón. Rambaud de Montbryce no es un mal conde. Comparado con Montgomerie y los demás, es un santo.

—Basta de esto, necesitamos llevarte con tu prometida. Hoy de verdad pareces un príncipe con ese jubón rojo de lana.

Rhodri rió, quitándose una pelusa de los hombros.

—Es mi color favorito, ¿sabes?

Aneurin le dio una palmada en la espalda y ambos amigos caminaron con paso decidido hacia la capilla.

Dado que Rhonwen no tenía familia presente, Andras la acompañó hasta el lado de Rhodri. Ella sonrió a su prometido, y la piel de él se encendió. Estaba ansioso por empezar a formar los cinco hermosos hijos que había soñado.

Quizás mi semilla ya ha echado raíces.

Parecía que todo el commote de Powwydd había oído la historia de cómo se había enamorado de la sanadora galesa a la que había secuestrado. El relato se repetía con frecuencia, lo que solo añadía a su considerable prestigio ante los ojos de su gente. Según la tradición galesa, el novio debía "secuestrar" a la novia antes de la boda, y sentían que Rhodri había cumplido con creces ese requisito.

Lamentaba que su relación hubiera comenzado con un rapto, pero ella había visto la gratitud en muchos rostros demacrados cuando él distribuía grano en los pueblos. Le había dicho que eso le había dado una perspectiva sobre lo que lo había llevado a cometer ese acto.

El padre de Morwenna, al principio beligerante al enterarse de la muerte de su hija, se retiró con tristeza a sus tierras, admitiendo la verdad. Rhodri sentía una inmensa pena por él. El hombre había divagado acerca de cómo su hija había heredado las artes oscuras de su madre. Rhodri rezaba fervientemente porque sus propios hijos fueran una descendencia de la cual él y Rhonwen pudieran estar orgullosos.

Fiel a su naturaleza, Rhonwen llevaba un vestido lavanda cuya simplicidad realzaba su belleza. Sostenía un ramo de hiedra, símbolo de fidelidad, con una ramita de brezo para la buena suerte. Cuando Rhodri tomó su mano, se sintió abrumado por lo pequeña que parecía comparada

con la suya, y juró pasar su vida protegiendo a esa frágil mujer. Su cabello estaba adornado con flores frescas recogidas esa mañana.

Sus ojos grises brillaron mientras repetía sus promesas:

—Yo, Rhonwen Dda, en nombre del espíritu, por la vida que fluye en mi sangre y el amor que reside en mi corazón, te tomo a ti, Rhodri ap Owain, como mi elegido. Para desearte y ser deseada por ti, para poseerte y ser poseída por ti, sin pecado ni vergüenza. Prometo amarte por completo y sin restricciones, en la salud y la enfermedad, en la abundancia y en la pobreza, en la vida y más allá, donde nos encontraremos, recordaremos y volveremos a amarnos. No buscaré cambiarte de ninguna manera. Respetaré tus creencias, tu pueblo y tus costumbres.

Ella se había entregado por completo a él, y el guerrero temía que la emoción pudiera dificultar su capacidad para expresar sus votos. Tras tomar una respiración profunda, prometió:

—Yo, Rhodri ap Owain, te prometo a ti, Rhonwen Dda, el primer corte de mi carne, el primer sorbo de mi vino. Desde este día será tu nombre el que clame en la noche y tus ojos en los que sonría cada mañana; seré tu escudo así como tú serás el mío. Ninguna palabra hiriente se dirá sobre nosotros, porque nuestro matrimonio es sagrado entre nosotros, y ningún extraño escuchará mi queja. Más allá de todo esto, te atesoraré y honraré en esta vida y en la próxima.

Tras la ceremonia hubo bailes y banquetes, y luego un grupo de mujeres llevó a Rhonwen a esconderse. Rhodri aceptó esto como parte de la tradición, pero esperaba que no le tomara mucho tiempo encontrarla.

Ella rió cuando él descubrió su escondite, y su hombría se endureció. Él también rió y la levantó, decidido a llevarla a su cámara. Una ruidosa multitud de felicitaciones les siguió. Rhonwen estaba eufórica de emoción y lo besó con alegría, enredando sus pequeños dedos en sus trenzas. Rhodri agradeció a los dioses por haber traído esa luz resplandeciente a su vida, antes tan oscura.

La miró a los ojos.

—Eres dueña de mi corazón, mi Rhonwen, mi esposa.

En esos ojos grises residía el amor y la valentía de una mujer que estaría a su lado en sus luchas. Como sanadora, luchaba contra la muerte cada día de su vida. Era valiente. Lo había desafiado cuando creyó que era una amenaza para los hijos Montbryce.

—Estoy llena de amor por ti, Rhodri. Me dejas sin aliento. Aún me cuesta creer que un hombre tan magnífico se haya enamorado de Rhonwen Dda.

La dejó sobre la gran cama, se giró hacia la multitud expectante, cruzó los brazos sobre el pecho y les lanzó una mirada severa. Uno a uno, abandonaron su insistencia de ver a los recién casados desvestirse y salieron de la cámara. Rhonwen estalló en carcajadas cuando se fueron.

—Los intimidas tanto.

—No tenía intención de permitir que te vieran, ni a mí, desnudos. Un hombre debe guardar algo para sí mismo.

Ella enredó sus dedos en su cabello.

—Ya me tienes solo para ti.

Habían hecho el amor en la cabaña de las colinas después de que Rhonwen decidiera quedarse con él, pero habían acordado observar las normas de la llys una vez allí, y habían pasado varias semanas desde que se habían acostado juntos.

Se deseaban con anhelo, no solo por el cumplimiento físico que su unión les traería. Cada uno veneraba el cuerpo del otro como una obra finamente creada, y su unión les otorgó una satisfacción mística, incluso espiritual.

A pesar de su urgencia, hicieron el amor lentamente, saboreando el intenso placer mutuo

mientras se acariciaban, lamían y besaban, succionaban y jugaban. Más tarde, tumbado en un estupor de placer, con Rhonwen dormida acurrucada contra su pecho, Rhodri pensó que no podía aspirar a mayor felicidad.

* * *

Castillo de Ellesmere, Diez meses después

Ram había estado en Westminster, convocado allí por Guillermo el Conquistador para discutir con los demás lores de las Marcas. Su esposa aguardaba con ansias su regreso y salió a recibirlo cuando él y su séquito llegaron cabalgando. Como era su costumbre, él la envolvió en su capa y la besó profundamente.

—¿Qué novedades hay de las conversaciones con los lores de las Marcas?

Él se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Entremos mientras te lo cuento. Como esperaba, fue el mismo tipo de discusión de siempre: yo defendiendo los beneficios de la diplomacia y las acciones constructivas, y los demás recomendando tácticas como saqueos, asesinatos y caos. No pueden comprender que estamos logrando avances aquí. No arriesgué mi vida en Hastings para traer miedo y matanza a un pueblo extranjero. Los normandos tenemos mucho que ofrecer al mundo: arquitectura magnífica, artes, comercio, y más. La desobediencia civil debe ser castigada, pero ellos solo ansían sangre.

Mabelle podía notar que su esposo se sentía cada vez más desilusionado; lo sabía desde hacía años.

—De acuerdo, al menos aquí en Ellesmere nos hemos librado de los ataques de Rhodri desde que él y Rhonwen se casaron —dijo con una sonrisa—. Hablando de ellos, llegó un mensajero hace una sennight con noticias.

Ram aceptó la jarra de cerveza que le ofreció una sirvienta mientras su escudero le retiraba la cota de malla, y tomó un largo trago.

—Oui, nos hemos librado, pero los demás lores se quejan ruidosamente de sus hostigamientos.

Ella se impacientó.

—Pero no estás escuchando. Rhonwen ha dado a luz a una niña. Me alegra decirte que la han llamado Myfanwy Mabelle.

Ram arqueó las cejas.

—Sin duda debes haber causado una gran impresión en el galés durante tu cautiverio para que permitiera tal honor.

Ella rió con suavidad.

—Supongo que sí. Rhonwen menciona en su mensaje que le gustaría traer a la niña a Ellesmere cuando sea lo suficientemente mayor para viajar.

Él resopló y casi se atragantó con su cerveza.

—No puedo imaginarme a Rhodri aceptando eso, pero si Rhonwen mantiene su relación contigo, solo puede beneficiar a Ellesmere. Te ve como su madre desde que Myfanwy fue cruelmente asesinada.

—Espero, por el bien de todos nosotros, que Rhodri no se acerque a Ellesmere. Si lo capturan, no tendré otra opción más que colgarlo.

Posdata

Rhodri ap Owain nunca fue capturado. Su leyenda creció a medida que pasaban los años.

Guillermo el Conquistador gobernó con puño de hierro durante diez años más, durante los cuales Rhonwen le dio a Rhodri cuatro hijos más. Arianrhod había hablado con verdad.

Pero, ¿se cumplirían las palabras de Mabelle de Montbryce? ¿Vivirían algún día los hijos de la Casa de Montbryce y los Hijos de Rhodri juntos en paz en las montañas y valles de las Marcas Galesas?

Acerca de Anna

Gracias por leer CONQUISTA. Si desea dejar una reseña en el lugar donde compró el libro o en Goodreads, se lo agradeceré mucho. Las reseñas contribuyen enormemente al éxito de un autor.

Me encantaría que visitara mi página web y mi página de Facebook, Anna Markland Novels.

Envíeme un tweet a @annamarkland, únase a mí en Pinterest, o suscríbase a mi boletín de noticias.

Sígame en BookBub y sea de los primeros en saber cuándo se lanza mi próximo libro.

Creo firmemente en el amor a primera vista. Es posible que mis personajes nieguen inicialmente la atracción entre ellos, pero, al final, la alquimia triunfa. Quiero que los lectores celebren que mis héroes y heroínas hayan encontrado a sus almas gemelas, y que el poder del amor haya superado todos los obstáculos. Para mí, las novelas son una experiencia que transporta a otro mundo y otra época. Me pierdo en las vidas de los personajes, sabiendo siempre que al final triunfarán y encontrarán el amor.

Una de las cosas que más disfruto al escribir romance histórico es la investigación exhaustiva que se requiere para ofrecer a los lectores una experiencia medieval auténtica. Me encanta descubrir detalles históricos curiosos que desconocía. Basé la trama de esta novela en la historia real de una noble normanda que pasó sus primeros años vagando en el exilio. Espero que llegue a conocer y amar a mi elenco de personajes tanto como yo.

Quiero reconocer la ayuda de mis compañeras de crítica Jacquie Biggar, Sylvie Grayson, LizAnn Carson y Reggi Alder. Y un enorme agradecimiento a la lectora beta Maria McIntyre.